MAYO DEL 68: LA REVOLUCIÓN DE LA REVOLUCIÓN

JACQUES BAYNAC

Prólogo de Tomás Ibáñez

ACUARELA & A. MACHADO

MAYO DEL 68: LA REVOLUCIÓN DE LA REVOLUCIÓN

JACQUES BAYNAC

Prólogo de Tomás Ibáñez

ACUARELA & A. MACHADO

JACQUES BAYNAC

MAYO DEL 68: LA REVOLUCIÓN DE LA REVOLUCIÓN

CONTRIBUCIÓN A LA HISTORIA DEL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO DEL 3 DE MAYO AL 16 DE JUNIO DE 1968

Traducción de Marisa Pérez Colina

Prólogo de Tomás Ibáñez

ACUARELA LIBROS A. MACHADO LIBROS

Licencia Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 2.5 España Se permite copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra, siempre que se reco-nozcan los créditos de la misma de la manera especificada por el autor o licenciador. No se puede utilizar esta obra con fines comerciales. No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta. En cualquier uso o distribución de la obra se deberán establecer claramente los términos de esta licencia. Se podrá prescindir de cualquiera de estas condiciones siempre que se obtenga el permiso expreso del titular de los derechos de autor.

© de la presente edición:

Ediciones Acuarela y Machado Grupo de Distribución, S.L.

Autor: Jacques Baynac

Título original: Mai retrouvé. Contribution à l'histoire du mouvement révolutionnaire du 3 mai au 16 juin 1968

Fecha original: 1978

Prologuista: Tomás Ibáñez

Traducción: Marisa Pérez Colina

Ilustraciones: Natalia Matesanz Ventura

Maquetación: Antonio Borrallo

Edición:

Acuarela Libros

acuarelalibros@gmail.com

acuarelalibros.blogspot.com

Machado Grupo de Distribución, S.L.

C/ Labradores, 5 - Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

machadolibros@machadolibros.com

www.machadolibros.com

ISBN: 978-84-9114-181-5

ÍNDICE

Nota editorial

«Deseo de Mayo», de Tomás Ibáñez

Mayo del 68: la revolución de la revolución

Sobre los adoquines, la página

Listado de siglas y acrónimos (organizaciones, etc.)

Primera parte

EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL

El Estado y la revolución

3 de mayo

1. La primavera de París

2. El Elíseo

3. La Sorbona

4. La policía

5. Incidentes

6. Reacciones

¿Qué hacer?

22 de marzo

7. Daniel Cohn-Bendit y la ocupación de Nanterre

8. Los enragés

Un paso adelante...

6 de mayo

9. Consejo de disciplina

10. Disturbios en la plaza Maubert

11. Sublevación en Saint Germain des Prés

... dos pasos atrás

7 y 8 de mayo

12. El SNE Sup y el prefecto de Policía

13. La larga marcha

14. Abatimiento y reacción de Alain Geismar

Los amigos del pueblo

9 de mayo

15. El 150 aniversario del nacimiento de Karl Marx

16. Louis Aragon en el Barrio Latino

17. El Partido Comunista

18. Mitin en la Mutualidad

La gran noche

Noche del 10 al 11 de mayo

19. Esperando el asalto

20. Negociaciones en todos los niveles

21. El ataque de la calle Gay Lussac

22. La barricada invencible

23. Últimos combates en la plaza de la Contrescarpe

La crisis está madura

11, 12 y 13 de mayo

24. Negociaciones del movimiento con los sindicatos

25. Agitación en el Partido Comunista

26. Georges Pompidou cede, ocupación de la Universidad de Censier

27. La gran procesión

28. La liberación de la Sorbona

Segunda parte

LA ALEACIÓN TRABAJADORES-ESTUDIANTES

La base roja

29. Obreros en la uni

30. Expulsión de los leninistas

31. El Comité de Acción Trabajadores-Estudiantes de Censier

32. Los estudiantes reformistas

33. La organización del Comité de Acción Trabajadores-Estudiantes

La huelga

34. Las primeras escaramuzas

35. La huelga en Renault

36. El Comité de Acción Citroën

37. Los Comités de Acción Extranjeros

El fuego en el llano

38. El movimiento estudiantil en el mundo

39. El regreso del general De Gaulle y la huelga en provincias

La autogestión

40. La asamblea general del Comité de Acción Trabajadores-

Estudiantes del 21 de mayo

41. En provincias: Troyes

42. Los campesinos de Cavaillon y la huelga activa

La ofensiva general

43. Los Comités de Acción de Barrio, el del Distrito XIII

44. La Asamblea General del movimiento de los Comités de Acción (23 de mayo), el Partido Comunista y las reacciones de Censier

45. La noche más caliente (del 24 al 25 de mayo)

46. «¿Qué hacer?»

47. El Comité de Acción de las Nouvelles Messageries de la Presse Parisienne [Nuevas Agencias de Distribución de París] (NMPP)

Las grandes maniobras

48. Las negociaciones de Grenelle (del 25 al 27 de mayo)

49. La operación Mendès France y la concentración en el estadio Charlety (27 de mayo por la tarde)

50. François Mitterrand entra en escena (28 de mayo)

51. La manifestación del Partido Comunista y la desaparición del jefe de Estado (29 de mayo)

La resistencia

52. La manifestación gaullista y las reacciones de Censier (30 de mayo)

53. El rechazo de las elecciones. Posiciones del Comité de Acción Escritores y de Censier

54. El Comité de Acción Rhône Poulenc

55. El Comité Interempresas

56. El Comité de Acción de la Regie Autonome des Transports Parisiens (RATP)

La retirada

57. La Asamblea General de los Comités de Acción (3 de junio)a

58. El último cartucho de Flinsa

59. Las evacuacionesa

60. Y desde entonces...

Fuentes

«Mayo 68: una hipótesis sobre la estrategia, el tiempo y la revolución», de Jacques Baynac

Sobre las «ilustraciones» de este libro

NOTA EDITORIAL

Mayo del 68 es un acontecimiento que atraviesa el catálogo de Acuarela Libros desde sus comienzos: por ejemplo, los Escritos políticos de Maurice Blanchot recogen los impactantes textos escritos colectivamente por el Comité Escritores-Estudiantes durante el movimiento; Crisis de palabras de Daniel Blanchard reflexiona largamente sobre la «toma de palabra» colectiva y política que se produjo entonces; Mayo del 68 y sus vidas posteriores de Kristin Ross es directamente un ensayo crítico sobre el trabajo de despolitización de la memoria del 68 que se ha venido desarrollando durante décadas y hasta ahora; y, en fin, el Mayo está en el corazón de la vida y el pensamiento de otros autores de la casa como Perniola, Bifo, Debord, Castoriadis, etc.

Mayo del 68: revolución de la revolución. Una formidable toma de la palabra por parte de miles de personas condenadas hasta entonces al silencio y el aislamiento. La calle como lugar de diálogo y los muros como espacio de expresión creativa. La alegría desbordante del encuentro entre diferentes y de la interrupción de la normalidad mortífera. La política no como un asunto de partidos o profesionales, sino como la invención de prácticas mediante las cuales las personas cualquiera se vuelven capaces de hablar en nombre propio, pensar y decidir en primera persona, planteando colectivamente los propios problemas. Una pelea, no tanto entre izquierda y derecha, como entre los de arriba y los de abajo. En fin, una nueva experiencia de lo político, por fuera de los partidos y los sindicatos, más al á del horizonte de la toma del poder, que encuentra su recompensa en la misma acción y no en una promesa futura o trascendente. Todo ello resuena muy poderosamente con las búsquedas del presente y con los acontecimientos políticos recientes (primavera árabe, 15M, Occupy, Syntagma, Gezi, etc.). Casi 50 años después, Mayo del 68 puede seguir dándonos mucho qué pensar.

El libro que tienes entre manos reúne tres textos:

En primer lugar, el prólogo escrito para esta edición por Tomás Ibáñez. La vida de Tomás Ibañez está marcada por el anarquismo

desde su infancia: hijo del exilio libertario en Francia, participó en los años 60 en los circuitos estudiantiles anarquistas cuando aún casi nadie se atrevía a cuestionar la hegemonía del Partido Comunista. En Mayo del 68, integrado en el Movimiento 22 de Marzo junto a compañeros anarquistas como Daniel Cohn- Bendit o Jean-Pierre Duteuil, se sumerge en la cotidianeidad de los acontecimientos hasta que es detenido el 10 de junio y confinado en destierro por su condición de refugiado político. En 1973 volvió a España y participó en los fracasados intentos de reconstrucción de la CNT. Autor de referencia para las corrientes libertarias en España y el extranjero, ha enriquecido los planteamientos anarquistas básicos con las aportaciones del post- estructuralismo francés y, muy en concreto, de Michel Foucault. La trayectoria de Tomás Ibáñez es de enorme valor, porque rompe con la idea dominante que quiere hacernos ver a todos los protagonistas del 68 atrapados en la alternativa entre arrepentimiento, normalización, cinismo y/o autodestrucción. Y su pluma trabaja siempre para que la historia sea memoria viva y no lengua muerta, catapulta y no ancla, presente y futuro, no solo pasado.

En segundo lugar, el libro que publicó Jacques Baynac en 1978, titulado originalmente Mayo reecontrado (Mai retrouvé). Diez años después de haber acontecido, el movimiento de Mayo del 68 se estaba haciendo paradójicamente invisible por un exceso de reinterpretaciones que tendían a aniquilar toda su radicalidad. El libro de Baynac trata de revitalizar la potencia del 68, pero no proponiendo otra interpretación más en disputa, sino rescatando la historia de las prácticas concretas que le habían dado vida (las manifestaciones, las ocupaciones de fábricas, los enfrentamientos con la policía, la reapropiación de la calle, los Comités de Acción, la vertiginosa toma de la palabra por parte de aquellos que siempre han estado excluidos de ella), borradas ya en el primer aniversario de Mayo, silenciadas y sepultadas después a lo largo de décadas por los iconos, estereotipos y clichés desgraciadamente por todos conocidos. Es difícil encontrar otro libro sobre Mayo del 68 donde se muestre, con el mismo rigor y la emoción, la historia y la materialidad misma del movimiento.

En tercer lugar, el ensayo que cierra este libro, «Mayo del 68: una hipótesis sobre la estrategia, el tiempo y la revolución», fue

publicado por Baynac también en 1978 en Libre, la mítica revista de política, antropología y filosofía fundada en los años 70 por personalidades como Cornelius Castoriadis, Claude Lefort y Marcel Gauchet. Es un ensayo perfectamente complementario del trabajo de investigación histórico en el que Baynac desarrolla algo que en el libro se encuentra quizá solo de modo latente: una interpretación política sobre el carácter radicalmente innovador de la estrategia que se despliega a través de las prácticas concretas de Mayo. Una estrategia que no razona en términos de poder y de tener, de espacio y de cantidad, de mediación y organización, sino de no-poder y de ser, de tiempo y de calidad, de aquí y ahora y autoorganización. Una «nueva racionalidad» de lo político, a cargo precisamente de los excluidos de la política, que rechaza «cambiar el mundo a través de la toma del poder» y encarna el deseo de una sociedad y un modo de vida sustancialmente nuevos.

Por último, el libro está «ilustrado» (portada, solapa, interiores) por Natalia Matesanz Ventura, arquitecta e investigadora. Durante el proceso de edición del libro, conocimos el trabajo cartográfico de Natalia sobre el «espacio afectivo» de Mayo del 68 y nos interesó muchísimo. Los afectos son esas fuerzas e intensidades que nos activan, transforman y ponen en movimiento. Uno de los motores principales de la política de transformación social, por tanto. En Mayo, las intensidades afectivas irrumpen, desarreglan y hacen vibrar las ciudades, los espacios, los lugares. Desordenan las divisiones sociales cotidianas, los espacios fijos, unívocos, reglamentados. Agujerean las distancias. Acercan lo que estaba lejos, separado. Producen nuevas conexiones entre personas, cosas, lugares, corrientes de energía y empatía. Crean una maraña dinámica de nuevas relaciones y vínculos donde había un espacio compartimentado, regulado, jerarquizado. Sin lugar a dudas, podemos aprender mucho de Mayo a partir de estos «mapas afectivos», que no son tanto «ilustraciones» como «máquinas de visión». Que dialogan y resuenan con el texto de Baynac y a la vez dan a ver otras cosas.

DESEO DE MAYO

Tomás IBÁÑEZ

Por muy intenso que pueda ser nuestro deseo de que Mayo del 68 vuelva a acontecer algún día, de bien poco sirve alimentar la nostalgia de lo que nunca volverá a ser. La irreductible singularidad de aquel evento lo ha anclado firmemente en la historia convirtiéndolo en un episodio absolutamente irrepetible. Pero, cuidado, afirmar que Mayo del 68 no puede acontecer nuevamente no implica, ni mucho menos, que haya dejado de latir con fuerza en nuestro presente, ni que sus efectos se hayan extinguido con el paso del tiempo.

Definitivamente irrepetible, Mayo del 68 se reinventa, sin embargo , en cada gesto de colectiva rebeldía, desde la Selva Lacandona, hasta la Plaza Taksim, pasando por Notre Dame des Landes, o por las abarrotadas plazas del 15M, entre muchos otros lugares. Pero, vayamos con cuidado, también en este caso, porque, decir que Mayo del 68 se reinventa en ocasiones, no significa que no presente notables diferencias con sus variadas reinvenciones.

Son esos extremos los que me gustaría abordar aquí, a modo de personal y fraternal homenaje al gran libro que Jacques Baynac nos ofrece. Sin duda, uno de los mejores que jamás se hayan escrito al respecto.

Mayo del 68 forma parte de esos raros eventos históricos que están dotados de la suficiente magia para espolear la imaginación, encender deseos y hacernos soñar.

Acontecimiento absolutamente inesperado, Mayo no solo causó una enorme estupefacción en el mundo entero sino que dejó atónitos a sus propios protagonistas. Nadie había imaginado que algo semejante pudiese ocurrir en aquel periodo que era relativamente próspero, y en aquel país que era tan apacible que hasta podía

resultar aburrido.

Es más, lo que entonces estaba ocurriendo seguía siendo inimaginable y desconcertante para nosotros mismos en el atardecer de cada día de lucha, y en el misterio que envolvía cada amanecer de un continuo combate[1].

La magia de Mayo nos transformó hasta el punto de que nunca volvimos a ser los mismos y, su impronta fue tal, que para muchas de las personas que lo vivimos Mayo nunca concluyó del todo, como así queda reflejado en el espléndido libro La libreta francesa. Mayo del 68, escrito por la entonces veinteañera Emma Cohen[2] que decidió fugarse del entorno familiar para sumergirse integralmente en las turbulencias de Mayo.

Para quienes lo vivimos intensamente resulta imposible hablar de Mayo desde cualquier otro registro afectivo que no sea el de la pasión. Es esa pasión la que aflora en cada línea del relato que nos ofrece Jacques Baynac, un relato que narra, desde dentro y con suma precisión, lo sucedido durante los acontecimientos[3], rescatando con incuestionable acierto tanto el extraordinario ambiente que hizo la singularidad de Mayo, como los novedosos contenidos políticos que lo agitaron.

En lo que sigue, trataré de contener mi propia pasión, absteniéndome de reincidir sobre un relato cronológico magníficamente elaborado por Jacques Baynac, limitándome a desarrollar dos aspectos. Por una parte, intentaré complementar, a mi manera, algunas de las claves ofrecidas en el libro para acercarnos a lo que fue Mayo del 68 y, por otra parte, intentaré enlazar la experiencia de Mayo con el momento presente.

Se ha escrito que 1968 fue “el año que conmocionó el Mundo” y, en efecto, Mayo del 68 participó plenamente de un contexto internacional sumamente ajetreado. En los primeros meses del año se sucedieron las espectaculares y violentas manifestaciones de los Zengakuren[4] en Japón, las ocupaciones de edificios universitarios en la Universidad de Columbia, las movilizaciones contra la Guerra del Vietnam, particularmente intensas en Berkeley, que culminaron en agosto con el multitudinario y tumultuoso asedio, liderado por Jerry Rubin, a la Convención Nacional Demócrata en Chicago. A

principios de marzo la “Batalla de Valle Giulia”, en Roma, se saldó con 400 heridos, mientras que el 17 de ese mismo mes 30.000 jóvenes protagonizaron una batalla campal delante de la Embajada estadounidense en Londres, y el 22 de marzo un explosivo cóctel de anarquistas, trotskistas, maoístas y situacionistas ocupó el edificio administrativo de la Universidad de Nanterre.

Poco tiempo después, el 4 de abril, se produjo el asesinato de Martin Luther King, y el día 11 Rudi Dutschke resultó gravemente herido de bala en Berlín, lo que desató manifestaciones en toda Europa. También convendría añadir a todo lo anterior la radicalización, en Estados Unidos, de los movimientos por la igualdad racial con los Black Panthers y el Black Power, los ecos (finalmente engañosos) de la Revolución Cultural china, las exigencias de libertad que llegaban desde Praga o desde Varsovia, la seducción ejercida por las guerrillas latinoamericanas, el éxito multitudinario de las marchas antinucleares organizadas en semana santa y un largo etcétera.

Enclavada en ese turbulento contexto, la potente deflagración que representó Mayo del 68 superó, con mucho, el eco de los restantes eventos del año 1968 introduciendo, además, una diferencia importante. En efecto, las movilizaciones que sacudieron el mundo a lo largo de ese año especialmente convulso se articulaban en torno a reivindicaciones bien concretas y precisas. Sin embargo, aunque la protesta que se extendió por Francia aludía, ella también, a aspectos reivindicativos concretos, fueron unas exigencias de carácter mucho más general las que anidaban en sus motivaciones más profundas. Como dice Jacques Baynac, lo que latía en las energías dinamizadoras de Mayo era una sed de libertad en todos los planos y, más al á de tal o cual aspecto particular, lo que cuestionaba Mayo era directamente el tipo de vida, gris y vacío, que ofrecía el sistema. Una vida que no era vida sino simple y mortífera rutina[5]. Ciertamente, Mayo no conquistó el Poder, pero consiguió politizar espacios, lugares, personas, instituciones, procesos… así como la propia palabra y el quehacer cotidiano, mostrando que la pasividad y el aislamiento se pueden romper.

Su radical inconformismo, su llamativa vertiente transgresora y creativa hicieron que, lejos de agotarse en una mera protesta, Mayo

del 68 abriese vías de innovación y de cambio en múltiples ámbitos, a la vez que declaraba caducos buen número de esquemas heredados. Fue así, por ejemplo, como los latidos de Mayo hicieron fluir expresiones libertarias por doquier, arrancándolas fuera del exiguo gueto donde moraban, y proyectándolas repentinamente sobre las multitudes para que la gente se las apropiase y las reinventase a su modo. Quizás fue por eso por lo que la cuestión de la toma del poder nunca se planteó como una exigencia principal.

Mayo del 68 se considera a veces, y no sin cierta razón, como una revuelta eminentemente estudiantil. Sin embargo, con independencia del indudable protagonismo de los sectores estudiantiles, fueron en realidad las ocupaciones de fábricas las que inyectaron en Mayo las energías que le permitieron subsistir más al á de la primera noche de las barricadas, y fueron los millones de trabajadores en huelga quienes potenciaron la resonancia, tanto en intensidad como en duración, que tuvo Mayo en lo más hondo de la sensibilidad antagonista. Fue lo que ocurrió en el mundo del trabajo lo que confirió a Mayo su dimensión de auténtico acontecimiento histórico, una dimensión que difícilmente hubiese alcanzado si se hubiese quedado en un simple asunto de estudiantes.

Desde el lugar privilegiado que le brindaba su activa participación en los Comités de Acción Trabajadores-Estudiantes (CATE), cuya asamblea general y cuya comisión coordinadora, permanentemente abierta a todos, se reunían en el recinto universitario de Censier, Jacques Baynac relata de primera mano el proceso, no de simple alianza, sino de auténtica fusión, que se dio entre ciertos sectores estudiantiles y determinados sectores de trabajadores estando ambos sectores fuertemente comprometidos con el rechazo de cualquier forma de vanguardismo, de verticalismo y de burocratización.

Pese a los denodados esfuerzos de las centrales sindicales para levantar un muro infranqueable entre los estudiantes y los trabajadores, no cabe duda de que en el ánimo de los jóvenes trabajadores que emprendieron las acciones más decisivas también latían, de forma más o menos confusa, y por encima de las reivindicaciones laborales particulares, la misma sed de libertad y la misma insatisfacción global con la vida impuesta por el sistema, que

animaban al conjunto del movimiento de Mayo. Fueron esa motivaciones las que les impulsaron a llevar a cabo las primeras ocupaciones de fabricas, los secuestros de directivos, y las que alentaron su decidida presencia en las barricadas o en los choques contra la policía.

Haciendo eco a las acusaciones de aventurerismo que se lanzaron entonces contra aquellos jóvenes trabajadores y contra los estudiantes más comprometidos con las luchas de Mayo, también se expresaron posteriormente fuertes críticas hacia la improvisación reinante, hacia la espontaneidad de las actuaciones, hacia la ausencia de precisos mapas de navegación y de detalladas hojas de ruta. En esa línea se argumentó (y algunos siguen argumentando hoy) que si el movimiento hubiese contado con un proyecto claro, con unas metas preestablecidas y con unas sólidas estructuras organizativas, se hubiese podido encauzar las energías en una dirección que le habría permitido derrotar el enemigo.

Sin embargo, lo que esta forma de plantear las cosas no alcanza a entender es que fue, precisamente porque carecía de todos esos elementos, por lo que el movimiento pudo ir avanzando hasta donde llegó, que no fue poco, en lugar de haberse estancado en sus primeros pasos. El movimiento pudo progresar hasta topar, finalmente, con sus límites porque fue construyendo su proyecto sobre la marcha: un proyecto que no preexistía al inicio de la movilización, sino que se construía, se rectificaba y se formaba en el seno del hacer cotidiano. Fue ese hacer haciendo el que dio vida al movimiento y le permitió ir sorteando con inventiva, uno tras otro, los obstáculos que iban surgiendo en su camino.

De hecho, Mayo clausuró cierta forma de entender la revolución y eso enlaza con algunos de los planteamiento expresados por el Comité Invisible[6] en su último libro. Unos planteamientos que podemos reformular de la siguiente manera: el sujeto revolucionario no preexiste a la revolución, se constituye en el seno del proceso revolucionario, resulta de ese proceso, porque es la revolución quien lo crea a partir de su propia andadura.

En este sentido, fueron los propios sucesos de Mayo, las prácticas que al í se desarrollaron, las fórmulas que en su devenir se idearon y se expresaron, los que dieron cuerpo a un multitudinario y

variopinto colectivo que no existía en lugar alguno antes de que los acontecimientos lo fuesen construyendo y fuesen acuñando sus señas de identidad. Lo sucedido el día 3 de mayo fue paradigmático a este respecto.

En efecto, el 3 de mayo se puede considerar como el inicio real del Mayo del 68 porque fue el momento en el que el enfrentamiento saltó fuera de los recintos universitarios para expandirse por las calles de París y empezó a adquirir, desde ese mismo instante, algunas de las características que lo fueron definiendo. Ese día los dirigentes, los principales militantes y las fuerzas de choque de las organizaciones estudiantiles estaban confinados en el patio de la Sorbona, cercados por un impresionante despliegue policial. Se ha comentado que fue precisamente esa circunstancia la que permitió que la revuelta pudiese prender con tanta fuerza en las calles del Barrio Latino.

Los escasos militantes que habían conseguido salir de la Sorbona se afanaban en calmar los ánimos, en intentar tomar el control de la situación y en prevenir contra las nefastas consecuencias de provocar a la policía. Sin embargo, carecían de fuerza para interponerse: la gente reaccionaba desde su sensibilidad, sin consignas, ni directrices, ni encuadramiento. . Y ocurrió que, sin proponérselo, la gente la armó.¿¿ La reacción de las personas que circulábamos esa tarde por el Barrio Latino introdujo en el corazón de la lucha, desde el inicio, algo que no podía equipararse a una mera reivindicación porque se expresaba en términos de una exigencia ética: la solidaridad activa con los detenidos. También situaba en el corazón de la lucha la acción directa, sin mediaciones, y la autoorganización y, sobre todo, no se pedía que las instituciones ac edieran a una determinada demanda, sino que el multitudinario grito de «liberad a nuestros compañeros» era más un grito de guerra que una reclamación. Se actuaba contra los furgones policiales para liberar a los compañeros, no para pedir su liberación. Por fin, también se manifestaba una característica que marcaría todo el proceso de Mayo: la férrea determinación de unas personas que se mostraban decididas a poner su cuerpo, todo su cuerpo, en la lucha. Los más de 500 detenidos de esa increíble tarde-noche del 3 de mayo, o los más de 800 heridos del día 6 lo atestiguan sobradamente, pocos días antes de que estallase la

famosa «noche de las barricadas» y sin esperar a la dantesca noche del 24 de mayo cuando París vivió unas escenas de auténtica insurrección.

No deja de ser llamativo que, pese a la extrema violencia de los enfrentamientos, solo se produjeran contadísimas víctimas mortales. La suerte estuvo, sin duda, del lado de los contendientes. Sin embargo, hay que precisar que, cuando poco a poco se fue restableciendo la normalidad, fueron muchos y muchas quienes no soportaron la perspectiva de renunciar a las promesas de Mayo. No pudieron resignarse a seguir viviendo como antes y se quitaron la vida, de una forma u otra, en las semanas, en los meses, o en los inmediatos años posteriores. Eso nos permite intuir cuál fue la pasión que engendró Mayo del 68, cuál fue la intensidad de las vivencias que suscitó, el entusiasmo que logró despertar y la fuerza con la cuál cambió, en cuestión de muy pocos días, unas historias de vida que parecían escritas de antemano y definidas de una vez por todas, con el trabajo, el consumo y la crianza de los hijos como único horizonte de sus deseos.¿¿ Quizás sea esa misma intensidad de las vivencias la responsable de que siempre nos produzca cierta sorpresa que se pueda hablar del fracaso final de Mayo del 68. De hecho, no parece muy procedente enjuiciar un acontecimiento en términos de éxito o de fracaso. Esas valoraciones solo se pueden aplicar, con propiedad, a un proyecto que se diseña para alcanzar tal o cual resultado, o a una ac ión que se emprende con tal o cual finalidad. Mayo del 68 no cayó del cielo, claro, respondió a determinadas causas, pero la realización de un proyecto no figuró entre ellas. Mayo fue, literalmente, un acontecimiento, es decir, una creación en el sentido estricto de la palabra, algo que no estaba precontenido en ningún momento anterior a su aparición. El éxito de un acontecimiento es, simplemente, el de haber acontecido, y su fracaso sería el de no haberse producido. Mayo del 68, simplemente, aconteció y ese es su incuestionable éxito a la vez que su indescifrable misterio, donde el papel del azar y de la concatenación de casualidades fue fundamental.

Interesarse hoy por Mayo del 68 no se reduce a rememorar lo ocurrido hace casi 50 años, no consiste en deslizarse por el registro discursivo de la memoria y del recuerdo, sino que encaja en el esfuerzo por intentar entender mejor nuestro aquí y ahora. La razón

por la cual, reflexionar sobre Mayo del 68, no es tanto contemplar el pasado como pensar el presente, es bien sencilla: ciertos acontecimientos suceden, irrumpen con mayor o menor fuerza en una determinada situación histórica y, luego, se difuminan y desaparecen, dejando su memoria como único legado.

Sin embargo, otros acontecimientos marcan un antes y un después. Cuando eso ocurre, el acontecimiento excede su memoria, la desborda y se prolonga en lo qué le sucede en el tiempo. Mayo del 68 es un acontecimiento de ese tipo: cierra una época y abre otra y, como resulta que la época que abrió aún no se ha cerrado, aquel evento sigue afectando nuestro tiempo en mayor o menor medida.

En tanto en cuanto lo que está aconteciendo actualmente en el territorio español mantiene una estrecha relación con lo ocurrido a partir del 15 de mayo de 2011, no resisto la tentación de retomar aquí, en su literalidad, algunos fragmentos de lo que publiqué en la revista Archipiélago[7] en 2008. Es decir, tres años antes de que se ocupasen las plazas:

«…Mayo nos enseñó… que las energías sociales necesarias para hacer surgir potentes movimientos populares, y para hacer brotar prácticas antagonistas de cierta intensidad, surgen desde dentro de la creación de determinadas situaciones, no les preexisten necesariamente. No es que esas energías se encuentren en estado latente, y se liberen cuando lo permiten las situaciones creadas, es más bien que esas energías se engendran, se constituyen, cuando se crean esas situaciones.

Se trata, por lo tanto, de unas energías que pueden aparecer "siempre", en cualquier momento, aunque en el instante inmediatamente anterior no existan en ningún lugar.

Aprendimos que, a menudo, esas energías sociales se forman cuando "lo instituido" queda desbordado, cuando se sustrae un espacio a los dispositivos de poder, y se vacía ese espacio del poder que lo permea. Cuando se consigue, en definitiva, crear un "vacío de poder". La creación de ese tipo de situaciones hace que las energías sociales se retroalimenten a sí mismas: van perdiendo

fuerza y, de repente, vuelven a crecer como ocurre con las tormentas.

Por ejemplo, subvertir los funcionamientos habituales y los usos establecidos, ocupar los espacios, transformar los lugares de paso en lugares de encuentro y de habla, todo eso desata una creatividad colectiva que inventa de inmediato nuevas maneras de extender esa subversión y de hacerla proliferar.

…Mayo volvió a recordarnos, pero con especial intensidad, que los espacios liberados engendran nuevas relaciones sociales, que crean nuevos lazos sociales y que, en comparación con los lazos previamente existentes, esos se revelan incomparablemente más satisfactorios. Las personas experimentan entonces el sentimiento de que viven una vida distinta, donde gozan de lo que hacen, descubren nuevos alicientes, y se lanzan a una profunda transformación personal en muy poco tiempo, como si interviniese un proceso catalítico extraordinariamente potente.

La gente se conciencia y se politiza en cuestión de días, y no superficialmente sino profundamente, con una rapidez que resulta propiamente increíble.

…Mayo nos mostraba que son las realizaciones concretas, aquí y ahora, las que son capaces de motivar a la gente, de incitarle a ir más lejos y de hacerle ver que otras formas de vivir son posibles. Pero también nos advertía de que para que estas realizaciones puedan acontecer, la gente necesita, imperativamente, sentirse protagonista, decidir por ella misma, y es cuando es realmente protagonista, y cuando se siente efectivamente como tal, cuando su grado de implicación y de entrega puede dispararse hasta el infinito.»

¿ Acaso no fue eso lo que ocurrió efectivamente en las plazas en mayo de 2011 como ya había ocurrido en Mayo del 68? Cuando volvemos nuestra mirada hacia el movimiento que empezó a tomar cuerpo en mayo de 2011 es fácil reconocer en él varias de las características que mencionaba en aquel artículo. Sin embargo, si un acusado aire de familia entre Mayo del 68 y Mayo del 2011 fue perceptible mientras el Movimiento 15M se iba construyendo, no cabe decir lo mismo cuando se considera la ulterior evolución de una parte sustancial del 15M y lo que

hoy acontece en el escenario político español.

Volveré inmediatamente sobre ello, pero antes quiero mencionar algunas de las diferencias que se pueden apreciar entre el Mayo del 68 y el Mayo del 15M, por encima del mencionado aire de familia que les une y guardando todas las proporciones.

Por ejemplo, la cuestión de la violencia recibió en cada circunstancia un tratamiento bastante dispar. Es cierto que, tanto en el 68 como en el 2011, las instituciones y los medios de comunicación magnificaron los destrozos y los actos de violencia callejera, atribuyendo toda la responsabilidad a los manifestantes. Sin embargo, por parte de los actores de uno y otro Mayo la actitud hacia la violencia fue bastante distinta. Nadie, en ninguno de los dos casos la justificó o la pregonó, pero en Mayo del 68 no se criminalizó sistemáticamente su uso sino que, frente a la violencia de los cuerpos represivos y de las instituciones, la violencia de la correspondiente respuesta gozó de cierta legitimidad y se ejerció efectivamente. No solo no se rehuyó el enfrentamiento sino que, en determinadas ocasiones, como por ejemplo, en la noche de las barricadas, se preparó deliberadamente y concienzudamente la resistencia violenta frente a la más que previsible intervención policial. No ocurrió nada parecido en las plazas del 15M. La excepción fue, quizás, el bloqueo del Parlament de Catalunya en Barcelona, con unas consecuencias que aún colean.

Otra diferencia tiene que ver con la proliferación de los focos de activismo y con la extensión de las ocupaciones. Es cierto que el 15M acabó por emigrar hacia los barrios. Sin embargo, eso aconteció en París al día siguiente de los primeros enfrentamientos. Es decir, el 4 de mayo se lanzó un llamamiento para crear los Comités de Ac ión en todos los barrios y en los centros de trabajo a fin de esparcir y de multiplicar los focos de agitación. Así mismo, el movimiento de ocupaciones fue apoderándose de nuevos edificios donde se instalaron colectivos dispuestos a desarrollar de forma autónoma nuevas iniciativas.

Una tercera diferencia tiene que ver con la extensión al mundo del trabajo. Es cierto que muchos trabajadores acudieron a las plazas del 15M, pero esa incorporación de los trabajadores al Movimiento no supuso la incorporación del Movimiento a los centros de trabajo,

como sí ocurrió en Mayo del 68 aunque en una medida insuficiente.

Ahora bien, cuatro años después del inicio del 15M las diferencias con Mayo del 68 se han ampliado de manera considerable si tomamos como punto de referencia la organización Podemos y las diversas alianzas que se han constituido para llevar los movimientos sociales a la conquista de las instituciones.

Mayo del 68 nunca se planteó seriamente la toma del poder. Su inclinación pasaba, más bien, por disolver el poder o por cortocircuitarlo. Mayo quería cambiar la vida y para ello había que salir del capitalismo, lo cual suponía creer en la exaltante posibilidad de hacer la revolución. Hoy, el componente utópico de Mayo ha dejado paso a un fuerte realismo [← pragmatismo] político y la aspiración consiste en regenerar tanto la política como la democracia y humanizar el capitalismo, lo cual supone conquistar el poder político, tomar las instituciones o, por lo menos, conseguir una presencia en su seno que permita enderezar su rumbo. La apuesta institucional ha sustituido la convicción de que hay que desertar de las instituciones.

Dicho de forma abrupta: Mayo del 68 pretendía abolir lo existente y trabajar para su radical mutación. Hoy se trata de regenerar lo existente.¿¿ La actitud hacia las elecciones resulta paradigmática. Cuando el General de Gaulle convocó las elecciones, la respuesta consistió en denunciarlas como una trampa para tontos[8]. Sin embargo, hoy todo se fía a ganar los comicios. ¿¿ Conviene recordar que Mayo también fue importante por todo aquello que declaró obsoleto, por los caminos que clausuró, por las prácticas de lucha, por los modelos organizativos y por las concepciones políticas que descalificó. Frente a aquellos planteamientos, quién no ve que Podemos significa una regresión a las concepciones anteriores a la explosión de Mayo del 68, poniendo a su servicio, eso sí, las tecnologías las más avanzadas. El diseño, entre unas pocas cabezas pensantes, de una estrategia para avanzar hacia la hegemonía política, la construcción de una potente máquina de guerra electoral, y la adhesión a una cúpula dirigente carismática, son algunos de los elementos donde afloran las trazas de vanguardismo y de rancio leninismo presentes en esa organización de nuevo cuño. Salvo que sea sorprendentemente ingenua, la voluntad de construir

unos instrumentos realmente eficaces para conquistar poder político institucional no puede ignorar que esta aceptando adentrarse en la vía de las inevitables concesiones, de los pactos y de un sinfín de renuncias que solo pueden servir para fortalecer el status quo, remozándolo. No cabe duda, parte de la herencia del 15M se sitúa hoy en las antípodas de lo que fue Mayo del 68, y basta con leer el libro de Jacques Baynac para convencerse plenamente de el o.

Contrariamente a lo que había anunciado, parece bastante claro que no he conseguido contener del todo mi pasión a la hora de escribir este prólogo. Lo siento, pero es como si un insaciable deseo de Mayo siguiese soplando persistentemente en el viento…

Tomás Ibáñez

Barcelona, junio 2015

Notas al pie

[1] «Ce n'est qu'un début, le combat continue» («Es tan solo un inicio, el combate prosigue»), fue uno de los lemas que más se gritaron durante las manifestaciones de Mayo, incluso cuando el combate ya tocaba a su fin.

[2] Emma Cohen. La libreta francesa. Mayo del 68. Castel ò de la Plana: Publicaciones de la Universitat Jaume I, 2010.

[3] «Les événements» era la expresión con la que todo el mundo se refería a lo que sucedía entonces en Francia.

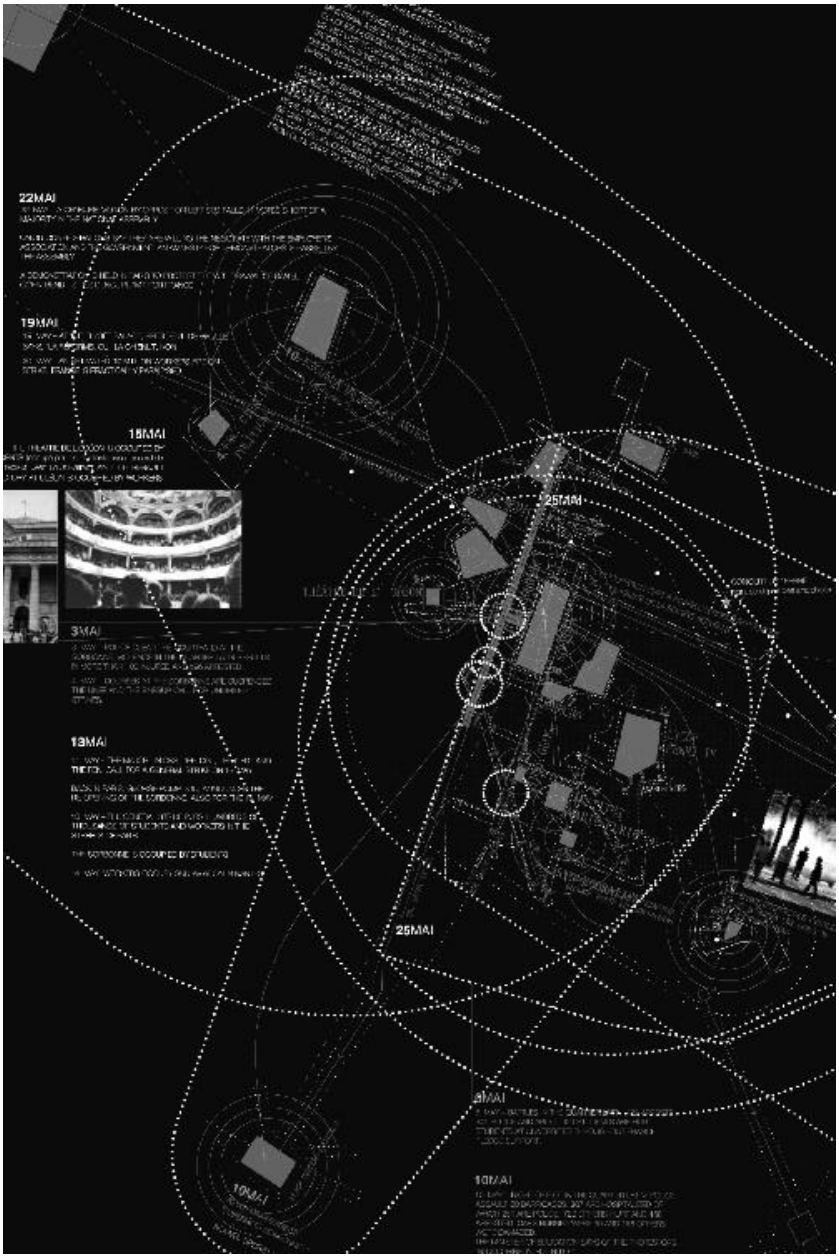
[4] Federación Japonesa de Asociaciones Estudiantiles.

[5] «Metro, boulot, dodo» («Metro, curro, catre») fue el lema que se usó para caracterizar la rutina de esa vida que no es vida.

[6] Comité Invisible. A nuestros amigos. Logroño: Pepitas de Calabaza, 2015.

[7] Tomás Ibáñez. «Más al á del recuerdo, pero muy lejos del olvido». Archipiélago, nº 80-81, 2008, 131-136.

[8] «Elections piège à cons» («Elecciones trampa para tontos»).


22MAI
19MAI
18MAI
25MAI
3MAI
13MAI
25MAI
10MAI
10MAI

JACQUES BAYNAC

MAYO DEL 68: LA REVOLUCIÓN DE LA REVOLUCIÓN

CONTRIBUCIÓN A LA HISTORIA DEL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO DEL 3 DE MAYO AL 16 DE JUNIO DE 1968

A la memoria de

Haïlée, la estudiante

Jean Louis, el obrero

Jimmy, el katangués

militantes de Censier

Á la fois vivre, être trompé

par la vie, vouloir mieux vivre

*et le pouvoir est infernal**

René Char, L'âge cassant

Notas al pie

* «Infernal es simultáneamente vivir, ser engañado por la vida, querer una vida mejor y ser capaz de ella», de René Char, «La edad áspera», en Solitario y múltiple, trad. Jorge Riechmann Fernández, Madrid, Pliegos de Estraza/12, CEFOR, 1985, p. 16. [N. de la T.]

SOBRE LOS ADOQUINES, LA PÁGINA…

1

«La Historia de la Comuna fue escamoteada», dice Michelet en un libro de la Revolución Francesa. «La historia de la Comuna la hicieron escamoteadores», insiste Lissagaray respecto a 1871. De lo que algunos han llamado la Comuna estudiantil de Mayo del 68 cabría decir lo mismo si un siglo de desarrollo económico no hubiera modificado considerablemente las formas del escamoteo. «El consumo del movimiento de Mayo muestra de forma precisa el estadio represivo actual: en el pasado se ahogaba la libertad de expresión mediante la censura, en la actualidad, mediante la proliferación masiva» de libros, constata una octavilla[2].

Sin embargo, la función del escamoteo no ha variado demasiado, como afirma otra octavilla que acusa a los «escritores de pacotilla» por querer «desechar así una sublevación tan inquietante y por aplastarla bajo una pila de libros»[3]. Y, ciertamente, el resultado es el mismo tanto si la falta de palabras impide la comprensión como si la abundancia verbal provoca sordera: el sentido queda sepultado.

Sería injusto, no obstante, responsabilizar de este entierro únicamente a los sepultureros literarios de Mayo cuando, a decir verdad, cada quien echó su palada de tierra. Porque si fuimos unánimes en vivir Mayo como una revolución, no lo fuimos menos en dudar, a lo largo de Mayo y cada uno por su lado, de sus sentidos, y en rechazar, a Mayo pasado, la imagen de la quimera encontrada al doblar la esquina.

Mayo fue una auténtica quimera, con su cabeza de estudiante de pelos leoninos, su boca escupidora de frases incendiarias, su vientre proletario fofo, su cola de dragón «katanguesa»*. Pero una quimera se rechaza de forma instintiva. Es tan incongruente como incoherente con la realidad. Ante tamaña monstruosidad, tratamos de calmarnos probando su imposibilidad o reencauzándola hacia lo ya conocido.

Eso hicieron todos aquellos cuya ingenuidad no fue lo bastante grande como para aceptar la realidad en su asombrosa novedad.

Mayo se mofaba de todo: de las leyes del Orden y, peor aún, de las del Desorden. La angustia había encontrado una fuente inagotable. En ese fol ón no parecía asomar ningún orden nuevo. En esa locura no se distinguía el menor embrión de lógica. Y el origen del caos se hundía en el misterio pues la propia razón se revelaba incapaz de resolver el enigma. Sí se distinguía un espectro furtivo similar al anunciado ciento veinte años antes por Marx y Engels pero, justamente, nadie creía ya en algo así. Los propios profesionales de la revolución seguían atrapados en su incredulidad: «Lo que está pasando es increíble, ¡increíble!», susurraba Roland Castro a Daniel Cohn-Bendit la noche del 7 de mayo[4].

Este fantasma, es cierto, llegaba con tanto retraso respecto al horario previsto que todo el mundo lo creía exorcizado. El progreso ininterrumpido, la integración de la clase obrera, la despolitización de la juventud, deberían haber terminado con él. O, en el peor de los casos, algunos pesimistas lo creían relegado a los países pobres, un espantapájaros que solo servía para meter en labor a los indolentes metecos. Y resulta que, cual diablo, la revolución irrumpía en el mismo corazón de los, estupefactos, países de la abundancia.

Un ectoplasma irreconocible, a decir de los especialistas que habían trazado su retrato robot a partir de sus últimas apariciones en Rusia, China y Cuba. Cautivaba a las categorías sociales cuyo alto nivel de vida debía haber protegido de sus maldades, repelía a las que se esperaba ver sucumbir bajo su influjo. Dirigía un juego diabólico en un terreno inesperado, ignoraba soberbiamente las reglas del juego, las leyes y los sistemas, apuntaba hacia unos objetivos insólitos y fluctuantes –como si el movimiento lo fuera todo–. Despreciaba las fronteras. Olvidaba las razas. Se guarecía de las sacrosantas condiciones objetivas y subjetivas como de la malaventura. Desorientaba a sus adversarios tanto como a sus partidarios. Escapaba de todas las trampas, esquivaba todos los encierros, se burlaba de todas las autoridades, pisoteaba todos los valores, desdeñaba todos los poderes. En todas partes, la tormenta

soplaba en un maelstrom «inaprensible», en palabras del general De Gaulle. Pasmado, el Orden parecía haberse vuelto de repente achacoso, casi caduco, enredado en sus códigos incapaces de controlar a una multitud que los ignoraba descaradamente, tamaña era la franqueza en la que vivía.

¿Qué normas oponer a la vida?

Ninguna.

Solo la muerte.

¿Pero quién se sacrificaría ofreciéndola? Aquí se evitó lo peor, se apagó el incendio ahogándolo en una marea que se sabía controlable. La solución se experimentó en Brasil y se pensó haber dado con ella en México. El 2 de octubre de 1968, en una plaza que la ironía de la Historia tenía sin duda predestinada, desde hacía mucho tiempo, a este uso –en vista de su nombre: Plaza de las Tres Culturas–, el Estado mexicano, actuando de alguna forma en nombre de los treinta Estados liberales, fascistas y «socialistas» afectados por la ola subversiva, dio muerte a quienes reclamaban vida. Pero masacrando a varios cientos de revolucionarios modern style, más que liquidar la revolución, el Partido Revolucionario Institucional Mexicano la licuó. En efecto, bajo ese golpe terrible, la ola desapareció tan rápidamente como había surgido. Pero no se evaporó. Cambió de forma. Molécula a molécula, se infiltró por todos los poros, todas las fallas, todos los intersticios, en las profundidades sociales.

En la superficie, los grandes tiburones políticos sintieron en seguida cómo la arena les raspaba los vientres. Y como minas submarinas ancladas sobre los relieves oceánicos, las ideas de Mayo esperan que estos las rocen para estallar. «Creo», decía Tocqueville en la Cámara en 1848, «que estamos durmiendo sobre un volcán». ¿¿ Una década después de Mayo, las sociedades desarroladas apestan. Si sus valores se gangrenan cada día más es porque la ley del valor se descompone. En lo sucesivo, la muerte estará en todas partes y, por lo tanto, en ninguna. En consecuencia, el deseo de vivir nunca fue tan fuerte ni su realización tan posible. Y, sin embargo, diez años después de Mayo todo es igual y todo es diferente. Todo es diferente porque sabemos que la revolución es posible, todo es igual porque

aún no sabemos cómo hacerla.

Si ignoramos cómo hacerla es porque en la confusión del acontecimiento nadie supo ver el germen de una racionalidad nueva. Obnubilados por los aspectos espectaculares, los observadores mejor intencionados no descubrieron el lugar donde se leía a libro abierto que Mayo era, en primer lugar, la revolución dentro de la revolución.

Yo mismo anduve buscando durante mucho tiempo ese lugar. Al igual que muchos otros, no conseguía medir y juzgar lo que vivía sobre el terreno. Pensaba que la Historia, la que se escribe con mayúscula, se hacía con la conciencia fría y de forma rigurosa. Ahora bien, habíamos flipado tanto y planificado tan poco, que tendía a pensar que, más que hacer historia, nos habíamos montado unas historias. Pensar en el goce como atributo y motor de la Historia era imposible para quien salía, y a duras penas, de la concepción leninista de la revolución entendida como ascesis individual y redención colectiva.

Tardé mucho tiempo en reconocer que admitir la producción subversiva del anexo Censier de la facultad de letras de la Sorbona como algo único en el movimiento de 1968 no era abandonarse a los placeres solitarios del viejo militante. En ninguna otra parte y nunca a partir de entonces, se anudó tan sólidamente la alianza o, mejor dicho, la aleación, entre movimiento «estudiantil» y movimiento obrero. Al í, estudiantes, intelectuales, marginales, obreros, empleados, técnicos, cuadros, desempleados, artistas, campesinos, aventureros, parisinos, provincianos, extranjeros, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, engendraron un ser vivo, heterogéneo y, sin embargo, organizado. Su eficacia práctica no debía nada en absoluto a los métodos tradicionales de organización y su coherencia teórica no debía casi nada a los esquemas corrientes de pensamiento.

Casi todos los autores que han escrito seriamente acerca de Mayo saben que en Censier se encarnó una diferancia, para retomar la feliz ortografía propuesta por Jacques Derrida en su Márgenes de la filosofía. Pero nadie sabe cuál.

En el mejor ensayo neoleninista[5] sobre Mayo, el italiano Lucio

Magri la cree ideológica: «Sería injusto e inexacto», escribe, «no reconocer que una parte, al menos, de la vanguardia estudiantil era consciente de la necesidad de realizar ese recorrido. Un documento de los estudiantes de Censier, por ejemplo...». El inglés Daniel Singer, periodista del Economist y simpatizante del luxemburguismo, la atribuye a la práctica: «Los Comités de Acción Trabajadores-Estudiantes, cuyo cuartel general estaba en Censier, tenían la tarea específica de estrechar los lazos entre la universidad y las fábricas»[6]. El estadounidense Murray Bookchin, uno de los principales teóricos de la ecología revolucionaria, ve las cosas con mayor claridad: «Los trabajadores que venían a los Comités de Acción de Censier dejaban de ser trabajadores inmediatamente para convertirse en revolucionarios». Y añade: «De lo que la revuelta carecía era de un movimiento capaz de desarrollar esa concienciación en los trabajadores. Un movimiento de esa índole tendría que haber sido anárquico, semejante a este respecto al Movimiento 22 de Marzo o a los Comités de Acción de Censier»[7]. En cuanto a los autores franceses, parece que ninguno se decidió a poner el punto final a su manuscrito sin haber hecho al menos una alusión, tan cargada de sentido como imprecisa, a Censier.

Misma discreción en lo que atañe a los periódicos. Le Monde, por citar solo el más importante de los diarios, evoca Censier en tres ocasiones (los días 25 y 29 de mayo, y el 26 de junio), antes de dedicarle algunas columnas, los días 6 y 12 de julio, a propósito de su evacuación y del asesinato de Jimmy, antiguo responsable del Servicio de orden. En su número del 26 de junio al 2 de julio, Le Nouvel Observateur publica un artículo sobre las guarderías de Censier y de La Sorbona. Si añadimos el artículo de Action (núm. 2, 13 de mayo) relativo a la ocupación de Censier, el artículo «The Censier Revolutionaries», publicado por Solidarity (Panfleto 30) en Gran Bretaña, el folleto titulado «Worker-student action commit ees-France Mai'68», publicado por Black and Red en 1969 en Kalamazoo (Michigan) y el artículo «Thesen über den Mai 1968» de la revista Dinge der Zeit (núm. 34, marzo 1969), habremos rastreado más o menos toda la documentación pública accesible, sin contar con las distintas compilaciones de octavillas y documentos que comprenden numerosas piezas producidas en Censier y a menudo atribuidas a otras fuentes.

La falta de información sobre Censier no se debe a ningún ostracismo particular por parte de los medios. Lo que explica su silencio es, por el contrario, la desconfianza que estos últimos despertaban en los «militantes» de Censier. Desde los primeros días se tomó la decisión de impedir la entrada de periodistas y «turistas», como se decía entonces para designar a esas hordas de curiosos obstaculizadores del trabajo, cuya sola presencia hacía correr riesgos de sensacionalismos, estrellatos y recuperaciones. Esta decisión respondía al deseo común y fue aplicada. Así fueron echados un equipo de France Soir y personalidades como el cineasta William Klein o el escritor Jean Genet.

Han pasado diez años. ¿Es preciso permanecer callados? ¿Es necesario hablar? Al igual que yo, los viejos militantes de Censier localizados y entrevistados han creído llegada la hora de romper el silencio, porque contradecía los objetivos perseguidos en aquella época. Mantener el black out no solo estaba ocultando un aspecto del movimiento, sino impidiendo una comprensión de conjunto a los mejor intencionados. Por otra parte, hablar no era algo que saliera sin más, aunque no hubiera nada vergonzoso, nada particularmente reprensible que esconder. Ahora bien, alguna razón debía ocultar un silencio tan largo y tan unánime.

Este obedecía, sin duda, a que la acción de Censier fuera esencialmente de orden poético. Todo se había compartido no tanto en el placer como en el goce. No quedó resto. Todo se consumía. Por lo tanto, no había valor. No era posible que nacieran ni economía ni poder. Pero como no todo se consumió en aquel apocalipsis de fuego en el que algunos soñaron durante un instante, quedamos atrapados en la banda de Moebius[8]. Y con el tiempo, los signos se invirtieron. El no valor se convirtió en valor. De la nada, el todo se engendró de forma irresistible. Obligando a asumirlo, es decir, a morir un poco.

Notas al pie

[1] Las notas al pie de página son del autor salvo aquellas donde se indica que son de la traductora. En unos casos, aportan un complemento de información al lector; en otros, se trata solo de una indicación bibliográfica.

[2] Octavilla firmada «Los amigos de Bernstein», sin fecha, verano de 1968.

[3] Octavilla firmada «Grupo de intervención antifascista» y «Comité Revolucionario de Agitación cultural», sin fecha, verano de 1968.

* Katangais se refería a un grupo de combatientes callejeros, contrarios a toda disciplina u organización, que en algunos casos afirmaban haber luchado como mercenarios en Katanga.

[4] Daniel Cohn-Bendit, Le grand bazar, p. 35 [ed. cast.: El gran bazar, Darío Giménez de Cisneros, Barcelona, Dopesa, 1976].

[5] Lucio Magri, Considerazione Sul Fat i di Maggio.

[6] Daniel Singer, Prelude to Revolution, p. 271.

[7] Murray Bookchin, Post Scarcity Anarchism [El anarquismo en la sociedad de consumo, Rolando Hanglin, Barcelona, Editorial Kairós, 1976], pp. 251 y 270.

[8] Para retomar la imagen propuesta por Jean Baudrillard.

LISTADO DE SIGLAS Y ACRÓNIMOS

(ORGANIZACIONES, ETC.)

CA	Comité d'Action. Los Comités de Acción f
CAL	Comité d'Action Lycéen, Comités de Acci
CATE	Comités de Acción de Trabajadores y Est
CFDT	Confédération Française Démocratique d
CGT	Confédération Générale du Travail. El sin
CLEOP	Comité de Enlace Estudiantes-Obreros-Ca
CRS	Compagnies Républicaines de Sécurité. P
FEN	Federación de la Educación Nacional.
FER	Fédération des Étudiants Révolutionnaire
FGDS	Federación de la Izquierda Democrática y
FNL	Frente Nacional de Liberación de Vietnar
FO	Force Ouvrière. Federación sindical "mod
GLAT	Grupo de Enlace por la Acción de los Tra
IFOP	Instituto de sondeos y estadísticas.
JCR	Jeunesse Communiste Révolutionnaire, J
MAU	Mouvement d'Action Universitaire, Movi
NMPP	Nuevas Mensajerías de la Prensa Parisina
OCI	Organización Comunista Internacional. D
ORTF	Office de Radiodiffusion Télévision Franç
PC(F)	Partido Comunista Francés.
PSU	Partido Socialista Unificado.
RTL	Radio Télévision du Luxembourg.
SFIO	Sección Francesa de la Internacional Obr
SNI	Sindicato Nacional de Maestros.
UEC	Union des Étudiants Communistes, Unión
UJC[m-l]	Union des Jeunesses Communistes, Unión
UNEF	Union National des Étudiants de France.

PRIMERA PARTE

EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL

«En Francia, el pequeñoburgués hace lo que normalmente debiera hacer el burgués industrial; el obrero hace lo que normalmente debiera ser la misión del pequeñoburgués; y la misión del obrero, ¿quién la cumple? Nadie. Las tareas del obrero no se cumplen en Francia: solo se proclaman»[1]

Lucha de clases en Francia

Karl Marx

EL ESTADO Y LA REVOLUCIÓN

1. LA PRIMAVERA DE PARÍS

Un delicioso sol de primavera ilumina la montaña de Santa Genoveva (Montagne Sainte-Geneviève). Fresco como un vino peleón recién sacado del tonel, un viento corre por las calles estrechas que bajan al Sena desde la plaza de la Contrescarpe pasando por la plaza de la Sorbona. Se está tan a gusto que casi es posible olvidar las deyecciones de la armada automovilística que sofocan la ciudad. En las terrazas de los bares, las estudiantes exhiben sus espaldas, paliduchas aún después de un invierno triste. Un puñado de melenudos ahorran sus Gauloises y alargan sus cafés. La guerra de Argelia terminó hace seis años. El mundo es tan gris como Le Monde. Vamos tirando en una libertad insípida. Nos ahogamos pero no nos atrevemos a decírnoslo. E ignoramos que en ningún sitio se respira tan bien como en una nube de gas lacrimógeno.

Al mediodía, ni el Estado ni la Revolución pueden imaginar que de tanta pasividad va a brotar tanta pasión.

El primero, encarnado desde hace diez años en el general de Gaulle, goza de una legitimidad tan unánimemente admitida en el fondo, de una voluntad tan aparentemente inquebrantable siempre, de un poder tan formidable, que parece invencible.

La segunda no tiene rostro, ni pasado, ni tropa, ni plan, ni fuerza, ni armas.

O eso se cree...

2. EL ELÍSEO

«Entre tantos países sacudidos por tantas convulsiones, nuestro país continuará siendo un ejemplo de eficacia en la dirección de sus asuntos», declaró el jefe de Estado el 31 de diciembre de 1967, en su alocución navideña a la nación.

Cuatro meses después nada invalida sus palabras.

Francia está más fuerte que nunca. Su crédito político y económico es gigantesco. Un stock de oro de veinticinco mil millones de francos duerme en los cofres de la Banca de Francia. La situación se aprovecha para poner zancadillas al dólar. Incluso algunos cambistas solo lo compran a regañadientes.

Respecto a la situación interna, todo indica que se alcanzará el 7 por 100 de crecimiento previsto en el Plan. Gracias a ello y a la débil inflación registrada en el primer trimestre –del orden del 0,1 por 100 mensual[2]–, cabe esperar que el descenso del desempleo, que había aumentado en un 25 por 100 respecto al año anterior por una pequeña recesión, seguirá la tendencia que ya ha hecho descender el número de demandantes de empleo de 271.722 personas en enero a 250.585 en abril. Además, todo lleva a pensar que la continuidad de la expansión pondrá fin a los conflictos laborales, así mismo en clara progresión respecto a los años anteriores. Mientras tanto, algunas medidas sociales y políticas hábiles se aplicarán a modo de bálsamo sobre las heridas.

El primero de mayo, la Prefectura de Policía no prohíbe, por primera vez desde 1953, una marcha que, desde la plaza de la República a la Bastilla, permite a los explotados celebrar su opresión. Maurice Grimaud, prefecto de Policía y hombre de confianza, cuya carrera al servicio del Estado debe mucho a François Mitterrand, solo «desaconseja formalmente»[3] la manifestación. Su magnanimidad se ve recompensada. En ausencia de la CFDT[4], la procesión es un éxito. A modo de cántico, se entona «Pompidou navigue sur nos sous»[Pompidou navega sobre nuestras perras]» al son de Il était un petit navire[5]. Reina un ambiente de niños formales y el desahogo de la gente discurre bajo control[6]. Único incidente: un pequeño grupo de anarquistas y de «izquierdistas» es expulsado de forma brutal de las filas proletarias

al grito de «¡Los hijos de papá que se pongan a currar!». Maurice Grimaud acaba de arrancar una buena victoria. La encargada del «trabajo sucio» ha sido la CGT. Los «izquierdistas» quedan aislados.

Al día siguiente se reúne la Asamblea Nacional. Un proyecto de ley que generaliza la cuarta semana de vacaciones retribuidas para los asalariados es adoptado por unanimidad. La gran sombra de 1936 pasa como un ángel y, sin duda, cada representante del Pueblo se dice a sí mismo que acaba de hacer una buena acción. Sus electores se acordarán en 1972. Aún queda tiempo para los próximos comicios pero nunca es demasiado pronto para pensar en ellos.

En lo que atañe a la política internacional, este 3 de mayo el general De Gaulle tiene todas las razones para estar igualmente satisfecho de una intendencia que se le supone despreciar. Suposición errónea ya que se ocupa de ella haciendo política de alto nivel. Prueba de ello es la firma, ese mismo día en París, de un acuerdo con la URSS, donde se venderán dos millones de pares de zapatos durante los cinco meses siguientes. Le Canard Enchaîné se atreve a reírse sarcásticamente diciendo que los «godillots»[7] del General se venderán en Moscú, aunque este no es el peor sarcasmo encajado por De Gaulle.

Sin embargo, el presidente es casi el único en estar al tanto de la gran noticia del día. En unas pocas horas se anunciará oficialmente que París ha sido elegida sede de las negociaciones entre estadounidenses y vietnamitas. El prestigio, la grandeza de Francia serán realzados y la habilidad de su política internacional felizmente sancionada. Miles de periodistas afluirán del mundo entero a la capital gaullista. Conviene actuar de forma que esta gente no tenga oportunidad de atisbar ninguna sombra oscurecedora de tan idílico paisaje. Así, pues, el Primero de Mayo, durante la tradicional entrega del muguete al presidente por parte de los «Forts des Halles»[8], el general susurró a su Ministro de Interior Christian Fouchet: «Es preciso acabar con esos incidentes de Nanterre»[9].

¿Pero cómo acabar con un puñado de enragés que están sembrando desde hace varios días un fol ón creciente en un campus desolado? Los días 29 y 30 de marzo ya hubo que cerrar la universidad. Y parece que ahora es necesario volver a hacerlo, pese a las órdenes

del jefe de Estado. Ayer por la tarde, el decano Pierre Grappin, hombre, no obstante, de izquierdas, no tuvo más remedio que decidir nuevamente el cierre desde la misma mañana del 3 de mayo. «La libertad de expresión y la libertad de trabajo están siendo constantemente pisoteadas», escribe en un comunicado cuyo único resultado práctico es impedir cualquier expresión y todo trabajo[10]. En cuanto a los enragés, estos serán llevados ante el Consejo de disciplina el siguiente lunes 6 de mayo. La ley se impondrá. Sin embargo, no está claro que el jefe de Estado se sienta, en su fuero interno, demasiado satisfecho. «Solo respeto a quienes se resisten a mí, pero no puedo soportarlos», declara un día[11].

Menos escrúpulos parecen mostrar los hacedores de la opinión pública. Las amonestaciones y acusaciones llegan de todas partes. Lo más suave es Robert Escarpit que, en Le Monde, escribe: «No hay nada más conformista que el pseudo cabreo de un rompedor de cristales [...] A decir verdad, los jóvenes cabreados son los mejores mandarines del futuro».

La ironía y el humor no son el fuerte del Partido Comunista. Esta mañana L'Humanité publica el artículo de un tal Georges Marchais, miembro de la secretaría del partido: «Por mucho que hagan, los pseudo revolucionarios de Nanterre no cambiarán nada de esta realidad histórica». La era de lo pseudo-pseudo acaba de inaugurarse a escala nacional. Pero otra pequeña frase del mismo autor hace alzarse instantáneamente contra los comunistas a todo el que la lee en los círculos estudiantiles y revolucionarios. «Pese a sus contradicciones, estos grupúsculos –algunas centenas de estudiantes– se han unido en lo que denominan "el Movimiento 22 de Marzo de Nanterre" encabezado por el anarquista alemán Cohn-Bendit». El autor denuncia igualmente al filósofo «alemán» Herbert Marcuse. Ya es bastante chocante que un nacionalismo tan intransigente proceda del portavoz de un partido, en principio, internacionalista. Pero este queda ya completamente fuera de lugar en boca de un hombre a quien, como ahora se sabe[12], ni tan siquiera se le pasó por la cabeza la idea de sustraerse, durante la última guerra, al trabajo forzado en la Alemania nazi, mientras decenas de miles de sus compatriotas así lo hacían. Pero para hacer justicia a Georges Marchais es preciso decir, sin embargo, que, de todos los políticos, él fue el único capaz de oler ese día el enorme

peligro pues intuyó que la contestación en Nanterre de los principios fundamentales del juego político ponía en peligro tanto a la izquierda como la derecha.

De Gaulle ya sabe que la política lo engloba todo. Al pensar en Nanterre, el General se dice seguramente a sí mismo que más que el problema universitario, lo que se está suscitando es todo el problema de la Cultura. Es inevitable relacionar los acontecimientos universitarios con la pequeña fronda que, en febrero, puso en efervescencia durante dos o tres días al mundo intelectual opuesto a la destitución de Henri Langlois, el director de la Cinemateca. Nunca conviene golpear a la intelligentsia: tiene demasiada memoria. De Gaulle vuelve a mascullar así la necesidad de reformar la Universidad[13] y de acariciar a la Cultura en el sentido de su pelaje. Al no poder intervenir en ese momento en la primera sin que parezca una cesión a un puñado de futuros reformados, el General opta por demostrar a la Cultura que no la desprecia invitándola a comer en su palacio del Elíseo. Al salir del ágape oficial, el más eminente de los huéspedes del Presidente declara: «El General nos ha recibido en familia. Hemos charlado de todo[14]». Se trata de Fernandel.

3. LA SORBONA

Mientras tanto, ante una pobre asistencia que apenas representa el 0,4 por 100 de la población estudiantil parisina, en el patio de la Sorbona[15] se celebra una concentración de protesta contra el cierre de Nanterre y de apoyo a los militantes de esa universidad llevados ante su Consejo (de disciplina). Cuatrocientos espectadores, casi la mitad procedentes de Nanterre, siguen, con la mirada apagada, a los líderes de los grupúsculos revolucionarios haciendo sus números habituales.

«Bla, bla, bla, revolución mundial», declara Henri Weber. Habla en nombre de las Juventudes Comunistas Revolucionarias (JCR), organización fundada dos años antes y que este dirige junto a Alain Krivine. Ocultan su pertenencia a la sección francesa de la Cuarta

Internacional, poderosa organización trotskista de menos de un centenar de miembros.

«Bla, bla, bla, clase obrera», añade Bresson, líder, pese a su partícula nobiliaria, de una banda trotskista rival, aficionada al disfraz supuestamente proletario de la chupa de cuero y los modales ordinarios. Hoy actúa bajo uno de sus innumerables emblemas, el de la Federación de Estudiantes Revolucionarios (FER), apéndice estudiantil de la Organización Comunista Internacional (OCI).

«Bla, bla, bla, sindicato, continúa un desconocido, un chico de buen ver, por cierto.

–¿Quién es ese? –pregunta la chica que está a mi lado.

–Nadie, Sauvageot...»

Jacques Sauvageot tiene veinticinco años. Miembro del PSU, acaba de heredar, pese a su falta de experiencia, el primer puesto en la Unión Nacional de Estudiantes de Francia (UNEF). Su presidente, Michel Perraud, había dimitido el 14 de abril –decisión por la que sigue felicitándose–. Su vicepresidente Sauvageot hace, por lo tanto, las veces de presidente en una organización en pleno proceso de descomposición. Mientras que en 1962, al final de la guerra de Argelia, el 60 por 100 de los trescientos mil estudiantes franceses tenía el carnet de este curioso sindicato siempre tentado a desempeñar algún papel político, en 1968 este solo representa ya al 7 por 100 del medio mil ón de alumnos de la enseñanza superior. A esto se suman la quiebra económica y las luchas políticas feroces entre mayoría y minoría, por no hablar de las luchas internas en cada uno de esos campos. En pocas palabras, la UNEF solo es ya una sigla vacía de contenido. Y será curiosamente ese vacío el que constituirá su fuerza a lo largo de las siguientes semanas ya que, debido a su rechazo de lo político, las masas revueltas otorgan a esa etiqueta en principio apolítica una confianza mayor que a las organizaciones, revolucionarias o no.

A las 13:00 las buenas palabras han dejado insatisfecho al famélico auditorio, que se dispersa hacia los restaurantes universitarios. Se come francamente peor que en el Elíseo pero se congregan tropas frescas para el nuevo espectáculo de las 14:00. A la hora convenida

no hay más gente que antes pero sí ciertas novedades, algunas gratas y otras inquietantes.

Las gratas proceden, como lleva ocurriendo desde hace algún tiempo, de Daniel Cohn-Bendit. Este tiene veintitrés años y ya algunos kilos de más bajo su dócil cabellera pelirroja. Tiene, sobre todo, la gracia del «estratega» nato. Y sabe decir en voz alta y en términos sencillos lo que nadie se atreve ni a pensar confusamente. Cuando coge el micro, todo el mundo sabe que algo va a ocurrir. La mayor parte de los participantes tienen esa esperanza: Dani encontrará de nuevo algún «truco». A algunos pasos de él se encuentra, rezagado, un representante de la Unión de Estudiantes Comunistas (UEC), una organización escuálida que ni siquiera cabe denominar grupúsculo desde que en 1965 sus mejores militantes se negaran a secundar la política de apoyo a François Mitterrand. Al único candidato de la izquierda a las elecciones presidenciales no se le han perdonado sus declaraciones, en calidad de Ministro de Interior, de 1954: «Argelia es Francia [...] la única negociación posible es la guerra».

Cohn-Bendit interpela al estudiante comunista y le pasa el micro:

–¿Estás de acuerdo con el artículo de Marchais?

El desgraciado no ignora que ante ese auditorio va camino del martirio. Pero se lanza y, en medio de las burlas, da la razón a su jefe. Desde ese momento, la influencia del Partido Comunista y de sus militantes estudiantes queda destruida. Peor aún: se acaban de convertir en enemigos. Y se disponen a retirarse cuando comienza a circular un rumor: «¡Los fachas de Occident van a atacar la asamblea!»

Unos extremistas nacionalistas han distribuido, en efecto, una octavilla titulada «Todos unidos contra la chusma», que afirma: «De ahora en adelante todo vale. Al í donde esté, el movimiento Occident aplastará a la gentuza bolchevique [...] los jóvenes exaltados pro-chinos o anarcotrotskistas no transformarán París en Berlín».

La amenaza parece tanto más creíble cuanto que la víspera un local ocupado por la Federación de Estudiantes de Letras (FGEL),

apéndice más o menos disidente de la UNEF que opera desde hace algún tiempo en un sentido parecido a los de Nanterre bajo el nombre de Movimiento de Acción Universitaria (MAU), había sido víctima de un incendio criminal atribuido a Occident. Por otra parte, a la Sorbona llegan estudiantes informando de que al final del bulevar Saint Michel se están concentrando entre cien y doscientos «fachas» (fascistas). «Las JCR y la UJC m-l (Unión de Juventudes Comunistas marxistas leninistas, grupúsculo maoísta) deciden movilizar a todo su servicio de orden hacia la Sorbona, no para ocuparla ni para impedir las clases [...], sino para proteger la Universidad», contará más tarde Alain Krivine[16].

En realidad, Occident no tiene ninguna intención de atacar. El secretario general de ese movimiento declararía más adelante: «No queríamos enfrentarnos y nos dirigimos hacia el Luxembourg sin la más remota intención de entrar en el patio. Ahora bien, uno de mis amigos, que se encontraba al final de la calle Écoles, oyó a un policía decir a sus colegas: “Ya está, ya están aquí, podemos entrar a saco”. Creo que él pensaba de verdad que íbamos a atacar a los bolchos y que tendrían, por fin, la posibilidad de acorralar y de machacar a todo el mundo dentro sin distinción de raza o religión»[17].

Fueran cuales fueran los sueños policiales el hecho es que ya ha convertido Nanterre en una trinchera a la vietnamita, sumada al delirio de los tipos duros trotskistas que por nada del mundo quieren pasar por menos valientes que sus rivales pro-chinos, la paranoia militarista de los maoístas, encuentra en estas circunstancias una ocasión ideal para manifestarse. En un abrir y cerrar de ojos, un montón de militantes aparecen armados, algunos con pies de mesas o sillas, otros con piedras recogidas de un pasillo en obras. Al ver esto, la dirección de la Universidad pierde la razón, sobre todo porque el ambiente de histerismo generado por los miembros de los servicios de orden se ha contagiado a los demás estudiantes.

Hasta ese momento, estos habían improvisado una «sentada» donde se estaban debatiendo dos temas. ¿Cómo ligar la acción universitaria a las luchas obreras? Nadie tiene la menor idea pero todo el mundo sueña con el proletariado. ¿Cómo combatir la

represión policial? Hasta ese momento se trataba de una cuestión puramente académica pero el alarmismo de los militantes va a inscribirla –involuntariamente– en el orden del día. Aunque Sauvageot y Odent, del Sindicato Nacional de Enseñanza Superior (SNE Sup), se emplean a fondo para calmar a las autoridades de la Sorbona diciéndoles: «Solo se trata de un mitin ordinario. Dejad que termine y la cosa no pasará de ahí»[18], los preparativos de guerra se aceleran. Los servicios de orden se concentran en las puertas, enseñando ostentosamente los dientes. Las autoridades reaccionan con la decisión, adoptada a las 15:00, de cerrar las puertas de los anfiteatros y de las salas. Una hora más tarde, el rector Jean Roche suspende las clases y pide a los estudiantes que evacuen la universidad. Los ocupantes del patio se niegan a irse. Respaldado por Alain Peyrefitte, Ministro de Educación, el rector pide entonces por escrito a la policía que restablezca «el orden expulsando a los perturbadores». En un cuarto de hora los furgones policiales sitian la Sorbona, aislándola del resto del mundo. Aún se puede salir libremente pero solo es posible entrar por la puerta, olvidada, de la calle Cujas. Por ella vuelvo a entrar en la Sorbona, de la que me había ido una hora antes, junto a Jean Lancelot.

4. LA POLICÍA

A sus veintiséis años, Jean Lancelot es un buen mozo robusto, moreno, de metro ochenta como poco. Licenciado en sociología, sobrevive con curros de encuestas de consumo. Una reforma oportuna había liberado de sus deberes militares a este camorrista del Barrio Latino. Durante sus estudios dificultados por la miseria de las becas había sido uno de los pilares del Servicio de Orden estudiantil (SO) dirigido por Pierre Goldmann y Rémy. Compuesto por militantes revolucionarios de diferentes tendencias, la función del SO es librar, cada año, la pequeña guerra donde se decide quiénes, los «fachas» o los «bolchos», habrán de reinar en el Barrio Latino. Regularmente, los fascistas ganan la primera partida en noviembre. Con la misma regularidad, los revolucionarios recuperan la forma dando una paliza a los desgraciados monárquicos de Acción Francesa que, como auténticos caballeros,

se dejan partir la cara estoicamente. Entonces es el momento de ajustar cuentas con Occident, unos duros de verdad. Y por lo general, tras unos tremendos combates con picos, barras de hierro y llaves de karate, la contrarrevolución es aplastada hacia finales de diciembre.

Pero Lancelot no es un camorrista casualmente enrolado en el bando revolucionario. También es un intelectual, sensible al aire de los tiempos y al impasse en el que la revolución está encenagada. Un año antes habíamos formado un grupo de reflexión teórica junto a una docena de amigos de todas las tendencias. Para que todos tuvieran la oportunidad de expresarse, decidimos escribir de forma individual un texto donde cada uno pudiera exponer sus preocupaciones e ideas. Casi todos se atrevieron a desvelar su identidad y, entre ellos, Jean Lancelot. En su «Mi carta al grupo» destacan, sobre todo, estas palabras: «¿Por qué estamos juntos? Porque nos anima una voluntad: la de ser revolucionarios, la de promover un nuevo orden liberador [...] El problema teórico principal es el de la autonomía del proletariado. [Este] se reduce al del papel y el lugar de los intelectuales revolucionarios»[19].

Mientras recorremos a zancadas los pasillos de la Sorbona, Lancelot y yo no sospechamos ni de lejos que ha llegado la hora de vivir esa problemática a gran escala. Solo esperamos la oportunidad de desquitarnos de un invierno especialmente duro y de una tensión nerviosa que nos agobia desde hace meses y nos empuja hacia unas fiestas cada vez más destructivas, como la que, en febrero, terminó con la construcción de una barricada en la calle Croulebarbe.

En el patio de la Sorbona reina un poco este mismo ambiente. Una tensión hecha de miedo y de ganas de hacer estallar la cosa. De que ocurra algo inaudito, irremediable. De sentirnos vivos, aunque sea a costa de recibir unos golpes.

Guiado por la experiencia, Lancelot localiza inmediatamente una vía de salida. Vuelve a la puerta de la calle Cujas, bloquea el dispositivo de cierre automático, recorre todas las aulas que dan a la calle Saint Jacques y abre las ventanas por las que, llegado el caso, podría uno escaparse. Está regresando al patio, cuando, de repente, un muro de espaldas negras bloquea su paso. La policía está entrando por la calle Écoles, bajo la mirada atenta de las

autoridades universitarias en pleno. «¡Cabrones!», les grita Lancelot, ingenuamente indignado de que estos hombres dejen violar el recinto universitario sin rechistar. Y se precipita hacia afuera completamente decidido a animar un motín estudiantil. Será el primero en anunciar la entrada de la policía, el primero en gritar lemas hostiles a las fuerzas del orden.

En el entretanto me he encontrado en el patio con Élisabeth Brünner. Con sus ojos tan claros como su pelo y su conjunto de algodón naranja. Tiene veintiséis años y prepara su licenciatura de historia. También es asalariada, profesora en una escuela de formación profesional donde se empeña en enseñar el inglés en futuros desempleados y OS[20]. En rebeldía contra su medio burgués, ella también había participado en nuestro grupo de investigación. Pero el saber y la seguridad de los militantes que somos pese a todo, pese a nosotros mismos, la aterrorizaba hasta el punto de impedirla escribir el texto. Nuestros conocimientos aplastaban su experiencia.

Estamos codo con codo cuando el guirigay cesa bruscamente. Un silencio de muerte se cierne sobre los cuatrocientos estudiantes. Por los soportales del fondo del patio fluye una masa compacta, negra. Algunas manchas blanquecinas revelan rostros enmascarados con gafas de motorista, manos apretando porras enormes y culatas de mosquetones. Nadie se mueve. Nadie dice una palabra. La estupefacción es total. Esperábamos a los de Occidente. Es la policía. Toda la policía: los Guardias Móviles[21], los CRS[22], las Brigadas de Intervención. El ecumenismo policial. En todas las cabezas aparece la misma imagen. El Orden Negro, el Orden SS, está ahí. No podemos dejar de pensarlo. Hay un ambiente de Edad Media, de caballeros teutónicos, quizá debido a la exhibición de los nuevos escudos. En un silencio que da ganas de gritar se puede oír la contracción de los sitiados. Es como si los cuerpos se estuvieran arrugando como papel. Entonces, lentamente, siempre sin decir una palabra, alguien da un paso, y otro más, hacia la balaustrada, refugio irrisorio que cierra el patio frente a la capilla. Ahora se oyen ruidos extraños. Piedras, porras, hierros caen de las manos. La policía avanza. Se detiene a veinte metros. Comienzan a formarse algunos conciliábulos entre gente que lleva años enfrentada a muerte por rivalidades políticas. Los de Nanterre proponen subir a los pisos. ¿Un «Fort Chabrol?» Pero nuestros «líderes» han

comenzado a dirigirse hacia los jefes de la policía. Alain Krivine por las JCR, Claude Chisseray y Charles Berg por la FER, Jacques Sauvageot por la UNEF y tal vez uno o dos más dialogan en la no man's land. Y en seguida, sin que haya habido realmente una negociación, anuncian: «Hay que concentrarse bajo el porche que da a la calle de la Sorbona. La policía nos va a hacer salir. ¡Sin provocaciones!»

Apenas nos hemos concentrado cuando la policía comienza a moverse. Nos rodean acordonándonos entre varias hileras. Estamos más comprimidos que en la hora punta del metro. Sudamos de calor y de miedo. Nos ahogamos de cólera y de rabia. ¿¿ En el patio, octavilas, trocitos de ideología, revolotean en el vacío.

Clovisse Versa, un viejo profesor de Cannes, surrealista por añadidura, consigue escapar por una puerta escondida. Será uno de los pocos JCR que pasará a la acción en la calle. De momento, los gritos ahogados que nos llegan del bulevar Saint Michel provienen, nadie duda de ello, de los «fachas» de Occident contenidos por estos valientes policías. Los rumores circulan: «La poli va a escoltarnos hasta el metro». Los jefes izquierdistas no los desmienten. Están «pálidos»[23]. A Dani Cohn-Bendit, al que diviso entre un bosque de cabezas, tampoco le llega la camisa al cuerpo. De hecho, nuestros fantasmas van tomando cuerpo. Los dirigentes se convierten en portavoces de la policía. Anuncian que esta pide que salgan las numerosas chicas presentes. Son libres. Élisabeth Brünner se va a regañadientes. Ya se veía convertida en mártir.

«Vete», le digo, «Aprovecha. Ya ves que estos cobardes», digo señalando con la mirada a los dirigentes de los grupúsculos, «nos han traicionado. Nos espera una noche de calabozo y una identificación».

Salvo contadas excepciones, todas las chicas salen. Se unen a la pequeña masa de gente que, en el bulevar Saint Michel, se agita gritando: «¡Liberad a nuestros compañeros!».

A las 17:10, los policías nos ordenan salir a la calle de la Sorbona. Un doble cordón de guardianes de la paz canaliza a los cincuenta primeros militantes. Sigo el movimiento. En la plaza de la Sorbona, las «lecheras» esperan con las puertas abiertas. Al pasar entre la

policía es inevitable recordar esa escena de ¿Por quién doblan las campanas? en la que los republicanos españoles saltan al vacío desde lo alto de un puente después de haber pasado corriendo entre dos filas de fascistas armados con manguales. El miedo ciega a los militantes. No hay ningún dirigente ahí para tranquilizarnos. Se han quedado detrás y no los llevarán detenidos hasta alrededor de las 20:00. Como siempre, la carne de cañón va delante, el estado mayor queda al abrigo.

Nadie parece comprender que los que se desgañitan en el bulevar son los nuestros. Entre ellos y nosotros hay apenas cien metros y una sola fila de agentes con capa[24].

Al lado mío están dos de Nanterre del «22 de marzo», el movimiento de Cohn-Bendit. No los conozco. En frente, dos maderos discuten sin mantener la distancia reglamentaria.

«¿Os habéis fijado?», digo a mis dos vecinos, «Podemos pasar empujándolos. Entre varios no nos cogerán. ¿Vamos?»

Con un signo de cabeza me indican su acuerdo.

«A la de tres nos lanzamos. Uno, dos, tres...»

Son las 17:15. Me lanzo con todas mis fuerzas, empujo a los dos agentes y corro hasta quedarme sin aliento, convencido de que mis acólitos, y más gente, espero, me están siguiendo. Desgraciadamente, nadie se ha movido. De repente surge un motorista hasta entonces oculto. Atraído por los gritos de sus colegas, se apresura a bloquearme el camino. Imposible evitarlo. Chocamos a toda velocidad, rodamos por la calle Champollion. Me estoy levantando cuando cinco o seis policías se me tiran encima, me arrancan el pelo a puñados, me ponen hasta arriba de patadas y me golpean con porras y otros «artilugios». Estoy medio reventado y ya no siento nada. Pero oigo: «¡Dejadlo! ¡Parad! ¡Basta! ¡Cabrones!». No son los compañeros quienes salen en mi defensa. No, ellos murmuran: «provocador». Es la gente del barrio que, desde los balcones, toma partido contra la brutalidad policial. «La fuerza de los ojos que miran es una fuerza de justicia. La porra no se atreverá a entrar en acción si se la mira con miles de ojos»[25].

Llega un mando. «Dejadlo junto. Ya nos veremos en comisaría. Nos ocuparemos de él en petit comité». Me meten en un vehículo todavía vacío. Unos minutos después, los militantes se hacinan en su interior. Formales, se sientan en los bancos de madera sin rechistar, aunque solo nos vigila un agente viejo y paralizado de miedo. Sin ninguna razón. Los militantes son corderitos. Sus jefes los llevan convenciendo durante tanto tiempo de que todo lo que no es organizado es contrarrevolucionario, irresponsable y provocador, que están atados de pies y manos. Jóvenes no organizados se escapan, sin embargo, de algunos coches. No es nuestro caso. Y no por falta de tiempo. Detenidos a las 17:25, nos llevan primero a la comisaría del barrio de Reuil y-Diderot. Está abarrotada. Nos vuelven a llevar al Barrio Latino. Hacia las 20:00, nos descargan en los sótanos de cemento de la comisaría de la calle Notre Dame des Champs. En estos calabozos se agolpan ya doscientos jóvenes, sin ventilación, sin aseos y sin agua. Un aire pegajoso asfixia y da sed. Todo el mundo está abatido. Pocos creen verdaderamente que el lunes, en la manifestación prevista, lo podamos hacer mejor que hoy. Nadie puede sospechar lo que está sucediendo en estos mismos momentos en el Barrio Latino. Pero sí se siente cómo aflora la rabia y va arraigando un deseo de venganza. Se adivina que esta pequeña tropa desde hace años dividida en sectas y camarillas acaba de ser súbitamente unida por la represión. Las querellas ideológicas están siendo superadas por la experiencia colectiva.

–¿Te duele?

Son mis dos traidores de hace un rato. Me los volveré a encontrar a menudo entre las primeras filas de combatientes. Pero ahora no tengo ninguna gana de hablar. Me da más por preguntarme qué pinto aquí, yo, que no pertenezco a ningún partido, a ningún grupúsculo, que no soy un verdadero estudiante ni realmente un asalariado, que solo soy un marginal. De repente me viene a la memoria el contenido de un artículo que había publicado hace justo dos años. «Vehiculada por una subcultura, la incertidumbre angustiada de los jóvenes ante la vida conduce a la irrupción política. El enorme ejército de adolescentes rebosa de oposiciones y contradicciones diversas. Una amplia fracción del mismo busca una apertura ideológica. Es su forma de demostrar que el capitalismo no permite satisfacer las nuevas necesidades, tampoco en la sociedad

de la abundancia. En el futuro, es algo que no dejará de modificar seriamente las condiciones y objetivos de la lucha en pos del derrocamiento de la sociedad asentada en el beneficio»[26].

5. INCIDENTES

El 4 de mayo, fichado como «merodeador» y puesto en libertad hacia la una de la madrugada, llego al bulevar Saint Michel. Es como si una tormenta hubiese asolado París. La calle está cubierta de escombros, de ramaje, de basura diversa. Un detalle llama, no obstante, mi atención: las cadenas que ciñen el cruce entre Soufflot y Saint Michel han desaparecido.

Lo impensable había advenido. Mientras nos detenían en la plaza de la Sorbona, una multitud se amontonaba en el liceo Saint Louis. Era la hora de salir de clase. Estudiantes y transeúntes de todas las edades y condiciones se concentraban y observaban el arresto de los militantes, la noria de coches policiales. Algunos se morían de rabia por la impotencia. La mayor parte solo estaba curioseando.

Delante de la librería de Presses Universitaires de France aparca un joven bajito de ojos verdes. Es estudiante de letras, hijo de profesores, anarquista. Tiene veinticinco años. Pierre Arènes ha caído casualmente por ahí. Está indignado. No tanto por la entrada de la policía en la Sorbona, pues hace tiempo que ha comprendido que esta puede permitirse cualquier cosa, como por la idea de que ya no se puede ni discutir sin terminar detenido. Él y otros gritan: «¡Liberad a nuestros compañeros!». Desde enfrente se responde: «¡CRS, SS!». La excitación va creciendo. Alguien se atreve a bajar a la calzada y a quedarse en ella.

Este gesto anodino es una bomba. Para todos los presentes significa: «Vosotros habéis ocupado la Sorbona; nosotros ocupamos la calle. Vosotros habéis transgredido vuestra ley; nosotros ya no tenemos por qué respetarla». Unos coches de policía patrullan, todavía con pereza. Pierre Arènes se agacha. Coge una piedra, una no muy grande, vaya, y la lanza hacia un coche de policía[27].

Inmediatamente, por no decir al mismo tiempo, dos o tres de las personas que están a su lado lo imitan. Son las 17:30. Las piedras no alcanzan su objetivo. Se buscan más. En este lugar no abundan. Se arrancan las verjas de los árboles y se tiran al bulevar, pero no se consigue bloquearlo. Un coche de policía llega por casualidad. Se grita más fuerte. Un joven taxista avanza pausadamente por la calzada con un adoquín en la mano sacado de quién sabe dónde. Lo lanza. El adoquín alcanza de lleno el parabrisas del vehículo y cae sobre un brigadier que resulta gravemente herido. El coche zigzaguea, se detiene, huye por la calle Médicis. Las fuerzas del orden reciben autorización para intervenir. Excitados por la herida de uno de los suyos, se desbocan en seguida, persiguen a todos aquellos a quienes consideran culpables, golpean de forma indiferenciada y salvaje a cualquiera que tenga la mala suerte de encontrarse al alcance de sus porras.

En el cruce entre el bulevar Saint Michel y la calle Monsieur le Prince, una joven pareja se dirige al cine Trois Luxembourg. Empleada de un restaurante universitario, ella tiene veintitrés años y vive con un estudiante suizo de veinticinco. Ella se llama Marie France Paro, él, Henri Dacier. Un grupo de policías persigue a un lanzador de piedras. A su paso van repartiendo porrazos a diestro y siniestro. Uno de ellos se abstiene in extremis de sacudir a Marie France y le dice: «Lárguese por ahí». Cuando ella se da la vuelta para recuperar a su Henri, este yace en el suelo con cinco policías ensañándose con él. Marie France arremete contra ellos con todas sus fuerzas, sobre todo contra el más salvaje, un pelirrojo con bigotes. Los policías terminan soltando a su presa y yéndose a dar porrazos a otra parte. Henri Dacier estará ciego durante varios días: «A partir de ese momento», dice, «comprendimos rápidamente de qué lado estábamos». A decir verdad, él solo necesitaba una confirmación. Había participado en el Grupo de Estudios Marxistas de Lausanne en 1965 y dos años después en nuestro grupo de investigación parisino para el que había escrito un texto: «Compartimos reflexiones de una lucidez extraordinaria sobre los problemas de los demás pero nunca nos referimos a nosotros, a nuestra propia situación; como si personalmente no tuviéramos verdaderos problemas o como si –puesto que al fin y al cabo experimentamos el deseo de juntarnos– encontráramos en el estar ahí y comulgar en nuestro malestar social, la forma de saciar

nuestras aspiraciones profundas»[28].

Desde hace ya una hora larga, una marea asciende y desciende por el bulevar Saint Michel. El ambiente es de jugar a lo grande, a un juego de polis y cacos. Con polis verdaderos y cacos falsos. Los atacantes se disuelven en una multitud más y más densa. Las cargas policiales se suceden. Las granadas lacrimógenas explosionan. Se llora mucho. Un grupo de unas cuarenta personas disfruta de lo lindo. El número de enragés crece a la misma velocidad de los porrazos recibidos. Un camionero frena su máquina, desciende tranquilamente de ella, saca primero un gato y, acto seguido, la manivela. Haciéndolo girar de una forma terrorífica consigue dispersar él solo a un grupo de Guardias Móviles. Y se va.

Un Peugeot 404 negro para en la esquina de la calle de l'École de Médecine. Lo conduce un joven de veinticinco años. Vende software de IBM. Se ha enterado de las escaramuzas en el Barrio Latino por la radio del coche. Y llega al í justo en el momento en que unos policías están a punto de atrapar a unos jóvenes. Se interpone con su vehículo, lo detiene y, haciéndose el inocente, pregunta por las causas de tanto jaleo. Le responden con toda la claridad de dos golpes de porra bien atinados. Claude Frèche, casado y padre de familia, se convierte así en un enragé más.

Las verjas de los árboles bloquean ahora el bulevar. La multitud se ha adueñado de la calle. Está completamente envalentonada. Absorbe sin protestar a los perseguidos, no hace nada para ayudar a los perseguidores: ha elegido su campo. Sin dejarse llevar por el pánico, encaja los golpes más duros repartidos por una policía que ha perdido la cabeza. Aún espantado, el comandante Demurier, del cuerpo de los guardianes de la paz, declarará dos días más tarde ante el juzgado de lo penal número 10 que juzga a los manifestantes detenidos en delito flagrante: «He visto ya infinidad de manifestaciones, sobre todo en el Barrio Latino. El viernes [3 de mayo], vi a unos chicos enloquecidos por la rabia levantando barricadas, dedicándose a toda clase de destrozos, fundiendo el asfalto para sacar los adoquines de la calzada. Vi, por primera vez en toda mi carrera, a las fuerzas de la policía obligadas a retroceder ante una ofensiva de los manifestantes que las bombardeaban con adoquines. Aunque había algunos cabecillas, unos cuarenta, en mi

opinión los manifestantes actuaban en su conjunto de forma espontánea, por el placer de destruir»[29].

Los «cabecillas» eran, efectivamente, poco numerosos. Tenían el denominador común de no ser militantes organizados. Los poquísimos miembros de grupúsculos, que se encontraban al í porque no habían sido detenidos en el patio de la Sorbona, se esforzaban, todos ellos, por mantener la calma. «¡Esto es una locura, compañeros! ¡Replegaos! ¡No sigáis a los provocadores!», gritaba un militante de la FER encaramado a un automóvil frente a la Sorbona. Muerta de miedo, Élisabeth Brünner lo insultaba con todas sus fuerzas. En la calle Cujas, otro miembro de la FER, hijo de uno de los principales responsables de la OCI, impedía decididamente a Pierre Guillaume, que había acudido en auxilio, levantar una barricada que habría podido bloquear los coches de policía que se llevaban a los militantes detenidos. Había también algunos otros, de distintas tendencias, que no decían pero tampoco hacían nada. De todas formas, la multitud ignoraba a estos aguafiestas y, en lo que atañe a los combatientes, estos estaban demasiado ocupados como para preocuparse por ellos.

Aunque nunca olvidarían que si por fin habían podido actuar había sido gracias a la ausencia forzosa de los militantes y de sus organizaciones.

Al detener a todos los revolucionarios organizados del Barrio Latino, la policía había dejado involuntariamente el campo libre a todos los que, ignorando que era imposible porque «las condiciones objetivas y subjetivas» no se daban todavía, vencieron en calidad de amateurs en lo que todos los profesionales habían fracasado. La propia policía había aniquilado lo que retenía a las masas.

Se había cargado la última mediación entre el poder y la sociedad.

Había creado un vacío por donde todo se escapaba, aspirado por un agujero negro donde los grupos revolucionarios eran los primeros en disolverse.

Viendo su necesidad y legitimidad destruidas por el acontecimiento, los grupúsculos reaccionan autojustificándose. Las JCR fingen no esquivar el debate para poder enterrarlo mejor: «La manifestación

del 3 de mayo ha suscitado en el movimiento estudiantil uno de sus típicos debates falsos. “Ya veis que no servís para nada, decían partiéndose de risa los espontaneístas a los grupúsculos. Mirad qué magnífica respuesta han desencadenado las bases estudiantiles cuando todos estabais bloqueados en la Sorbona. Es más, apostamos lo que haga falta a que con vosotros en la calle no habría pasado nada. Porque con vuestra labia, vuestra disciplina, vuestros servicios de orden habríais conseguido paralizar una vez más la iniciativa de las masas”»[30]. A lo cual, las JCR replican: «Años de propaganda revolucionaria, años de movilización y de luchas asumidos por los grupúsculos, han llevado la “espontaneidad” del movimiento estudiantil a un nivel de madurez política muy apreciable. Es esa madurez la que se ha manifestado de forma “espontánea” durante la noche del 3 de mayo y las semanas posteriores».

El problema de esta tesis es que la madurez del puñado de combatientes del 3 de mayo no debía casi nada a la acción de los grupúsculos. En la plaza Maubert y la calle Écoles, donde también había habido bronca, eran los «macarras» del «Roméo Club», situado en la esquina del bulevar Saint Germain con la calle Saint Jacques, los que habían dirigido el cotarro; y nadie podría afirmar sin desternillarse que lo habían hecho influenciados por la propaganda de los grupúsculos. En lo que atañe a los escasos universitarios y estudiantes de secundaria que intervinieron, estos eran, salvo un puñado de excepciones, adversarios declarados de los grupúsculos leninistas.

6. REACCIONES

Las reacciones están a la altura del propio acontecimiento. Si Le Monde condena la «falta de sangre fría» de las autoridades, la prensa se muestra, en general, dura. En cuanto a los políticos, a estos no les gusta para nada todo esto. François Mit errand «emite sus reservas sobre el valor del método empleado por los estudiantes»[31]. El PC ataca con menos rodeos: «¿Cómo calificar a quienes por sus actos irresponsables, por su violencia, por sus

insultos, han provocado esta situación? La gran mayoría de los estudiantes, incluyendo, estamos convencidos, a muchos de los que se dejaron embaucar, está ya en disposición de medir la gravedad de las consecuencias a las que inevitablemente conduce el aventurismo político, aun el disimulado bajo frases pseudorrevolucionarias»[32].

Pero algo comienza a moverse en las profundidades del país y el PC haría bien en reflexionar sobre ello: es el primer concernido. Un responsable de las Juventudes Comunistas de un suburbio del sur de París contará más adelante: «Me era increíblemente difícil contener a mis amigos, estaban desatados. Una simple autorización del Partido y se habrían plantado inmediatamente en el Barrio Latino. Esa autorización no llegó: algunos compañeros pasaron y fueron a manifestarse a escondidas»[33]. Entre los proletarios de más edad circula otro tipo de reprimenda: «El mundo sindical rechaza (a los estudiantes): esos profesores a los que se abuchea suelen ser sindicalistas y gente de izquierdas. “Además”, confiesa un responsable sindical, “hemos sido educados en el respeto a los ‘profes’. Los militares son la reacción, los ‘profes’, el progreso”»[34].

La realidad es que el movimiento ha dejado a todo el mundo tan estupefacto que durante la noche del 3 de mayo se encuentra aislado. «El mismo “22 de marzo” es “incapaz”, al menos en lo que atañe a la mayoría de sus militantes, de comprender el alcance revolucionario del 3 de mayo», escribirían Serge July y Alain Geismar[35].

Geismar es el único que reacciona de forma radical. A las 19:00 telefonea al Ministerio de Educación en calidad de secretario general del SNE Sup para advertirle, en vano, contra nuevas provocaciones policiales. Es expulsado. A las 22:00 lanza por su cuenta y riesgo una convocatoria de huelga general en la enseñanza superior para el lunes 6 de mayo. Las horas se le hacen interminables en su despacho de la calle Monsieur le Prince. Ni Jacques Sauvageot ni Daniel Cohn-Bendit están ahí para apoyarlo: se encuentran en arresto provisional, situación que aprovechan para conocerse. Alain Geismar teme haber dado ese paso demasiado rápido. Pero ya lleva meses previendo una revuelta universitaria. En el coloquio de Amiens había llegado incluso a advertir al ministro

de que «la renovación pedagógica no se haría a base de “trucos”: o bien se traducía en modificaciones profundas de la orientación, las leyes programáticas y las leyes de equipamientos y estructuras universitarias, o bien se traduciría en huelgas y en la calle»[36].

El 4 de mayo, hacia la 1:00 de la madrugada, comienza una reunión en la que el SNE Sup, el «22 de marzo» y el MAU se oponen a la UNEF, a la FER y a los estudiantes socialistas Unificados (ESU). Jacques Sauvageot y sus socios «dirigistas» quieren que la manifestación del lunes esté rigurosamente encuadrada y controlada por los grupúsculos y las organizaciones sindicales. El otro campo, el «espontaneísta», prefiere evitar un encorsetamiento paralizador y desnaturalizante del movimiento. En esta reunión, los «espontaneístas» son en realidad más débiles que los «dirigistas», a los que no quieren ceder la dirección de las operaciones. El movimiento sacará partido de dicha rivalidad, aunque esta noche los «dirigistas» se llevan el gato al agua. Sus pretensiones de regentarlo todo, sus aspiraciones de controlarlo todo, solo reflejan su incomprensión del acontecimiento y la sobreestimación de sus fuerzas. Si no han podido impedir los enfrentamientos hasta ahora, menos aún podrán hacerlo cuando el número de manifestantes aumente.

¿Pero es eso lo que ocurrirá?, se pregunta Daniel Cohn-Bendit al recuperar la libertad, después de haber pasado durante toda la noche «mucho, mucho miedo»[37]. Tenía motivos, de hecho. Nadie ignora, en efecto, que aunque él no tenga nada que ver con el giro tomado por los acontecimientos, ello no le exime de haber sido el creador de las premisas.

¿QUÉ HACER?

7. DANIEL COHN-BENDIT Y LA OCUPACIÓN DE NANTERRE

«Los militantes que están aquí han venido, creo, porque están decididos a actuar contra la represión policial en Francia (Aplausos). Creo que ya es hora de revelar la acción que nosotros, es decir, cierto número de compañeros decididos a actuar, queremos proponeros. Para que la opinión pública hable de lo sucedido, para alarmar a la opinión pública, proponemos ocupar esta noche un edificio de la Universidad de Nanterre, donde pasaríamos toda la noche para afirmar nuestra voluntad de que las víctimas de la represión policial, ya sea Xavier Langlade de la Universidad de Nanterre, ya sea Boulte, miembro del Comité Vietnam Nacional, o bien los estudiantes de Caen o los de Nantes, estamos decididos a llevar adelante la lucha (Comienzo de la ovación) para que todas las víctimas de la represión sean liberadas»[38].

Estas son las palabras de Daniel Cohn-Bendit el 22 de marzo de 1968. Son las 17:00 en el anfiteatro B2 de la Universidad de Nanterre. Entre quinientos y seiscientos estudiantes de todas las tendencias están reunidos frente a una pancarta donde se lee: «Liberad a los militantes políticos en lucha contra la represión».

De represión ya se venía hablando mucho desde el comienzo de las clases en noviembre de 1967, pero desde hace dos días esta se ha vuelto tangible. El 20 de marzo, un pequeño comando destrozó la vitrina del American Express, en la esquina entre las calles Scribe y Auber en París. Al grito de «¡FNL vencerá!» y antes de desaparecer, el comando quemó una bandera estadounidense y lanzó un «cóctel molotov». Durante las horas siguientes fueron detenidos Joël Grymbaum, fundador del Comité de Acción de los Liceos (CAL) de Turgot, Najman del CAL, Jacques Decour, Xavier Langlade de las JCR de Nanterre y Nicolas Boulte del Comité Vietnam Nacional

(CVN). Con esta actuación, la policía no solo convierte en un hervidero los círculos izquierdistas, sino que los constriñe a unirse. El pequeño grupo al que pertenece Daniel Cohn-Bendit comprende inmediatamente que se trata de una situación insólita. Es preciso explotarla, arrastrar a todos los que estén dispuestos a actuar hacia una acción que los superará y generará una dinámica irreversible. «El movimiento 22 de marzo no nacía, por lo tanto, como una nueva escisión o una experiencia separada, sino que era la expresión consumada de un proceso que estaba llevando a la superación de los contrastes, a la prioridad de la acción, a la gestión democrática de las luchas, al enriquecimiento de los temas e ideas, a la "desburocratización" del lenguaje»[39].

«Ocupar un edificio», ha sugerido Dani. De acuerdo, pero ¿cuál? Él propone el de sociología. Es el día de la semana que más estudiantes hay en la facultad. Y estos son, desde hace bastante tiempo, los universitarios más combativos. Jean-Pierre Duteuil, un anarquista bastante afín a Cohn-Bendit, toma en ese momento la palabra: «Lo que hay que ocupar es la torre... el edificio administrativo de la Universidad de Nanterre». Es aclamado. Daniel Cohn-Bendit continúa:

«El primer (problema) es el problema de la comida» (Risas, gritos). «¡No!» (Ruidos) «¡Claro que sí! ¡No seamos infantiles! ¡El hecho de ocupar el edificio toda la noche no significa que quiera castigarme toda la noche sin comer! (Ruidos, risas, aplausos). El problema del comedor universitario es el siguiente: ¿creéis que la policía no se ha enterado ya desde el anuncio de nuestro plan, aquí en el anfiteatro? ¡Sois unos inocentes! El problema es, por lo tanto, el siguiente: si nos vamos ahora de la facultad es muy posible que antes de que podamos volver del comedor universitario la encontremos cerrada...

–Una voz femenina: Esta noche hay un concierto. (Ruidos)

–Daniel Cohn-Bendit: El problema está, en consecuencia, resuelto por ese lado y podremos ir al comedor.

–Una voz: Sí, ¡pero no todos juntos!

Una vez resueltas las cuestiones de intendencia, para la satisfacción general, solo se piensa en respetar las formas. Una voz masculina se

eleva: «Tenéis que decidir votando: huelga general de las clases en los anfiteatros y TP (prácticas) el lunes y el martes contra el sistema represivo y retrógrado de la Universidad actual de Nanterre, con piquetes de huelga». Los aplausos sancionan elocuentemente la propuesta.

Un poco más tarde, un grupo de gente se encuentra ante las puertas del edificio administrativo, una torre que, a modo de falo lamentable, domina un campus desolado, enfangado y ventoso. Discuten apasionadamente.

–Una voz masculina: Lo que termino de decir a los compañeros es evidente... Y es: ¿el símbolo de la represión no es de orden material?

Silencio dubitativo. La «evidencia» de las palabras defendidas por este lacaniano precoz no satisface a nadie. Este prosigue:

–¿Ocupar la sala de arriba en vez de un anfiteatro es un acto que marca una victoria?

–Voces: ¡Completamente! ¡Sí, Sí! ¡Nooooo! (Guirigay)

–Una voz exasperada: La administración ha demostrado su voluntad de reprimir, aquí, en la Universidad. (Aprobaciones, negaciones.)

–Una voz: ¿Quién llamó a la poli, gilipollas?

–Una voz femenina: ¿Quién no les deja entrar?

–Otra voz femenina: ¡Otra vez de bronca no, por favor!

–Una voz masculina: ¡Cuidado, es de teléfono fácil!

–Voces: ¡Entrad, daos prisa! (Guirigay)

El grupo se detiene delante de la escalera. La discusión se reanuda aún más intensamente, hay muchos nervios.

–Una voz masculina: Si hay divergencias respecto a los pisos, os propongo ocupar los edificios de sociología. Parece que la policía está en la puerta del campus... Bueno. Mejor nos quedamos en el edificio administrativo.

–Otra voz: Si viene la policía, teniendo en cuenta el número de personas reunidas esta noche, las determinaciones de la relación de fuerza están graduadas, ¡nos quedamos en el edificio administrativo!

El hermetismo de esta declaración surte efecto.

–Una voz: ¿Subimos al octavo (piso)?

–Otra voz: ¡Al octavo!

–Otra voz: Haremos una huelga total...

–Otra voz: Vendrá la prensa...

–Otra voz: Arriba hay una sala grande, ¡con moqueta!

–Una voz con acento extranjero: Querría saber si continúa el compromiso con la acción...

–Una voz femenina: ¡Sí í í í !

–Una voz masculina: Estamos peleando por cuestiones de principio. ¿Vamos a detener la huelga ahora que han liberado a dos o tres personas?[40] *(Guirigay)*

Se hace oídos sordos a esta noticia que despoja de sus justificaciones a la ocupación. Daniel Cohn-Bendit, que no dice nada desde hace un rato, presiente que las cosas están tomando un mal cariz. Actuar primero, discutir después, de lo contrario las divisiones políticas volverán a romper la fusión del grupo. Interviene: «Es aberrante ir al edificio de sociología cuando el edificio administrativo es el centro de Nanterre y cuando es estando en el edificio administrativo como queremos demostrar nuestra voluntad de luchar contra la represión. Esto es un punto preciso. En segundo lugar, ¿cuál es la diferencia, si es que hay alguna razón para pelearse por ello, entre ir al primer piso, subir al segundo o quedarse aquí abajo...?»

Este discurso «centrista» no es bien recibido. Una voz femenina lo interrumpe: «Mira...» Pero Dani está completamente decidido a retomar el control de las cosas. Se impone con vehemencia: «No, no, no es eso. Dejadme continuar, no es eso. ¡El problema no es,

evidentemente, si quedarnos aquí o sentarnos en las escaleras, ni nada de esto! Si propongo quedarnos aquí abajo es por la sencilla razón de que nuestro gesto, y en eso estamos todos de acuerdo, es un gesto que pretende ser y solo puede ser simbólico, dada la fuerza que tenemos en este momento. El gesto simbólico de la ocupación aquí, abajo, nos protege, por otra parte, de una represión que puede ser completamente idiota pero no deja de ser represión: la represión judicial. Ahora bien, aquí, querámoslo o no, y no hablo por mí, ese no es el problema, aquí hay personas conocidas, y no hablo de mí, hay otra gente, y también hay gente desconocida. Y estoy seguro de que si hay represión judicial ello podría, efectivamente, volver a desarrollar y mostrar la represión. Pero las personas que serán víctimas de esta represión por haber entrado por la fuerza arriba en vez de quedarse aquí abajo, cuando se trata exactamente del mismo gesto simbólico, no habrán obtenido nada más».

Pero Dani se equivoca. El grupo está ya formado y si existe es precisamente porque se niega a aceptar la imposibilidad de la acción. Ya no puede detenerse. Está en medio del Rubicón. Y, aun a riesgo de fracasar, tiene que atravesarlo, pisar la moqueta del último piso, sentarse en los sillones del poder, ocupar simbólicamente su lugar.

Al constatar que «las masas» lo superan, Dani declara: «Me sumaré a lo que quiera la mayoría. Si la mayoría quiere ir arriba, subiré. Pero el problema es asegurarse de que la gente tenga la oportunidad de expresarse».

Con una voz grave, agresiva y rápida, un militante toma entonces la palabra: «Estoy totalmente de acuerdo en discutir de todos estos problemas juntos. Pero no es aquí, de pie, como debemos hacerlo o en diez minutos la mitad de la peña se habrá pirado. En primer lugar, uno de los objetivos de la ocupación era precisamente también el de permitirnos discutir de forma ininterrumpida acerca de todos estos problemas. En segundo lugar, no estoy de acuerdo contigo, Dani, cuando dices que se trata simplemente de “una acción simbólica”. No es solamente una acción simbólica porque, en ese caso, también podríamos hacer otras acciones espectaculares. Mandar comunicados a la prensa, hacer un llamamiento a la Liga de Derechos Humanos, habría muchas opciones. Pero también se trata,

en cierta medida, de una modificación de la relación de fuerzas, en la medida en que hemos sido capaces, tras la detención por la mañana de cuatro militantes, de reunir aquí a ciento cincuenta personas para ocupar, para hacer una acción que se sale un poco de lo ordinario. Y esto, habituar a la administración, por una parte, y a la policía, por la otra, a reaccionar de forma inmediata, es algo importante. Y no es solo un problema simbólico».

Aunque tiene razón, este militante discierne mal que «los alborotadores de Nanterre sacuden las evidencias que sostienen el sistema. [...] La brecha que (el "22 de marzo") abre en la Universidad, la abre simultáneamente en las pequeñas burocracias que se han apropiado de la reivindicación y de la lucha revolucionaria. Es la misma brecha, de hecho, porque la sociedad está ordenada de tal modo que, por muy amplio o reducido que sea su tamaño, por muy diversos e, incluso, opuestos, que sean sus objetivos, al entrar en contacto con otros círculos y en diferentes niveles de actividad, las organizaciones solo son capaces de producir una estructura análoga»[41]. Y si los militantes del «22 de marzo» ya han comprendido en gran medida que «no se puede combatir a la burguesía imitando sus esquemas organizativos»[42], también se ven obligados a reconocer que «nadie sabe todavía muy bien lo que está ocurriendo, aunque hablar de "folclore" o de "provocación anarquista" tampoco resuelve el problema»[43].

Pero el retraso de la conciencia respecto a la acción, de la teoría respecto a la práctica, no consigue paralizar a la pequeña troupe instalada en la sala del Consejo. Tras unos instantes de estupor, asombrados como están de su propia audacia, los presentes se ponen a redactar un texto: «El gobierno ha dado un paso más. Ya no detiene a los militantes en las manifestaciones, SINO EN SUS PROPIAS CASAS. A nuestro juicio, estos fenómenos no son casuales; corresponden a una ofensiva del capitalismo falto de modernización y de racionalización. En pos de ese objetivo, la clase dominante debe ejercer una represión a todos los niveles. [...] El capitalismo ya no puede andarse con sutilezas. HEMOS DE ROMPER CON LAS TÉCNICAS DE CONTESTACIÓN QUE YA NO SIRVEN»[44].

Y la que acaba de emplearse demuestra su eficacia sobre el terreno. A la una de la madrugada del 23 de marzo se sabe que los últimos

detenidos ya están en la calle. Después de firmar la octavilla indicando a boleo el número de ciento cuarenta y dos personas presentes, se decide formar cuatro comisiones especializadas.

La primera abordará el tema de universidad y universidad crítica. Su primer informe concluirá: «En sus futuras funciones, los estudiantes serán explotados y, por lo tanto, proletarizados. La lucha ya no puede llevarse a cabo solamente contra el patrón, sino contra todo el sistema. De ahí la necesidad de hacer huelgas conjuntas de obreros-estudiantes»[45].

La segunda comisión reflexionará sobre el capitalismo en 1968 y las luchas obreras. Su informe afirmará: «Dado que la clase obrera es la fuerza principal para la transformación de la sociedad y, en consecuencia, de la universidad, la universidad socialista no será una isla»[46].

La tercera comisión debía ocuparse de los países del Este, de las luchas obreras y estudiantiles que se estaban desarrollando en ellos. Las divergencias ideológicas entre los miembros de la comisión impidieron su trabajo.

Por último, la comisión «Luchas anti mperialistas» constatará «la carencia de organizaciones anti mperialistas en Nanterre [...], una carencia que, se estima, obedece a la grupuscularización y atomización de los comités Vietnam [...]. La utilización palmaria de estos comités como base de reclutamiento para diferentes grupúsculos explica la desafección de los estudiantes respecto a la lucha anti mperialista»[47].

8. LOS ENRAGÉS

Aunque en la noche del 22 de marzo el enfrentamiento se evitó por lo pelos, pues los ocupantes se eclipsaron a la 01:45 y la policía había sido convocada por el decano a las 02:30, la tensión en el campus es cada vez mayor. El 29 de marzo, día previsto por los «142» para ocupar el edificio C de la Universidad, el edificio se

cierra. Si las autoridades tenían la esperanza de calmar así los ánimos, esta se ve decepcionada: quinientos estudiantes se concentran en un mitin en el centro de la ciudad (universitaria). Las paredes se cubren de graf itis, poco divertidos en general, pero ya con una buena carga poética y reivindicativa. Los incidentes, más o menos políticos, se multiplican.

El 24 de abril, Pierre Juquin, del Partido Comunista, es recibido con pintadas de «Judas Juquin». Cuando intenta hablar, los trotskistas de la futura FER y los maoístas de la UJC m-l le obligan a protagonizar una humillante huida. El PC, que inició hace varias semanas una guerra sin cuartel contra los izquierdistas de Nanterre y, en especial, contra Cohn-Bendit, abiertamente acusado de ser un agente del Ministro de Juventud y Deportes, François Missoffe, registra así su primera derrota. Poco preocupado de ver nacer a su izquierda un movimiento deseoso de establecer un lazo estrecho con la clase obrera, coto privado de caza de su propiedad, el PC reacciona con acritud: «Su anticomunismo, que comparten con Pompidou, los convierte (a los izquierdistas), [...] en aliados de hecho de la clase en el poder»[48].

El 26 de abril, en el anfiteatro E1 y en presencia de entre quinientas y seiscientas personas, se abre la reunión plenaria del Movimiento 22 de Marzo Nanterre. Se difunde el Bulletin 5494 bis. Es un grito de victoria, que afirma: «Se han desarrollado formas originales de acción. Mítines improvisados, ocupaciones de salas para celebrar nuestros debates, intervenciones en clases o conferencias, boicoteos de exámenes, pancartas y carteles políticos en los hal s, apropiación del micro monopolizado por la administración [...]. Se trataba de obligar al autoritarismo latente a manifestarse (cfr. los furgones de los CRS dispuestos a intervenir) mostrando la verdadera cara de los diálogos propuestos».

En Nanterre se habían establecido, efectivamente, unas estructuras de diálogo. «Los estudiantes estaban autorizados a discutir de todo, menos del fondo»[49].

Desde la perspectiva de los redactores del Bulletin, lo más importante es la realización de «un trabajo en común, por encima de las oposiciones grupusculares: no es cuestión de decretar su inanidad de forma voluntarista pero hay un proceso en marcha

donde las divergencias nacerán del enfrentamiento teórico y práctico más que de las querellas de discursos entre camarillas». Esta es, efectivamente, la gran novedad. Las escuálidas fuerzas revolucionarias comienzan a salir del cenagal donde años de escisiones y de comadreos las habían hundido. Ese día, hasta los maoístas se ven obligados a rendirse a la evidencia: «Al principio tachamos de reaccionario al Movimiento 22 de Marzo. Teníamos ideas preconcebidas, sectarias, abstractas sobre los movimientos estudiantiles en general porque casi nunca llegaban a ningún sitio. Hemos decidido estar como peces en el agua en el movimiento de Nanterre»[50]. Es cierto que ese tránsito se les había facilitado y también que nadie se hace demasiadas ilusiones acerca de la pureza de las intenciones maoístas. Al igual que los demás grupúsculos, si se suman es, en primer lugar, con la esperanza de «recuperar» y, después, con la de imprimir a los acontecimientos un giro, a su entender, más proletario, más violento. Esto es, de hecho, lo que ha atraído a estos «peces». El Bulletin no cicatea: «La contestación contra la universidad solo será posible si se expresa en forma de violencia en acto [...]. La violencia ha de ser el vehículo de una expresión creadora [...]. Porque la negación de la cultura es la creatividad, porque la negación del poder y, por lo tanto, de todas las administraciones, es la violencia, la única contestación total contra la universidad es la violencia creadora de todos los estudiantes que se niegan a aceptar el papel y el silencio al que la universidad los condena».

La adhesión de la UJC m-l completa la unión de las fuerzas revolucionarias del campus de Nanterre. Los trotskistas de las JCR ya se habían sumado, con Daniel Bensaïd a la cabeza. También se había sumado ya el pequeño grupo de los prosituacionistas, con René Riesel. Se habían sumado igualmente los anarquistas, con Jean Pierre Duteuil. Y ahora el gran Fleischl puede dejar de morirse de aburrimiento en la incómoda posición que ocupaba entre el «22 de marzo» y los maoístas.

Es un refuerzo importante pero tiene su reverso. Mientras que hasta ese momento todo ha transcurrido sin verdadera violencia y se han obtenido excelentes resultados –incluido el cierre de la universidad–, el delirio militarista de los jefes maoístas, y de Robert Linhardt entre ellos, convertirá Nanterre en un campo atrincherado.

Los maoístas esperan consolidar la revolución mediante el enfrentamiento militar con los fascistas y con la policía. Esta idea les guiará durante todo Mayo y no pararán hasta arrastrar todo el movimiento a una batalla campal.

Sea como fuere, a partir del 26 de abril Daniel Cohn-Bendit es el denominador común aceptado por las diversas tendencias. Es un anarco-comunista: no es tan anarquista como para ser recusado por los leninistas –trotskistas y maoístas–, ni tan leninista como para ser rechazado por los pocos prosituacionistas y anarquistas presentes. Poco aficionado a la ideología, tanto por temperamento como por voluntad, este pragmático se convierte en el hombre ideal, en el hombre clave, en el hombre bisagra. Y en torno a este marginal por excelencia –alemán de Francia, nanterrés, judío, anarco-comunista, pelirrojo– se centra el movimiento. «Soy centrista», reconoce sin problemas, «estaba a caballo entre la tendencia ruptura total y (la tendencia) reformismo radical»[51]. Y en lo sucesivo mantendrá esta posición centrista entre Alain Geismar, el más radical, y Jacques Sauvageot, el más reformista del trío «dirigente». Sin embargo, su aceptación por parte de todos estos militantes rivales entre sí, se la debe a su realismo humorístico. Dani siempre encuentra la palabra que alivia los corazones, la palabra que lubrifica los engranajes. La palabra pronta pero justa que da cuenta de la situación. Cuando coincidí con él en abril en un restaurante de la calle Boulangers, en el Barrio Latino, me explicó los acontecimientos de Nanterre en tres frases: «Hemos sido los primeros sorprendidos en ver que reivindicar la libertad de expresión movilizaba a tanta gente. Pero la cosa no iba bien: ya no teníamos nada más que decir. ¡Entonces pasamos a la acción!».

UN PASO ADELANTE…

9. CONSEJO DE DISCIPLINA

Acción.

La mañana del lunes 6 de mayo no queda ninguna otra solución para salvar a aquellos cuya mala fortuna ha escogido para pagar los platos rotos del viernes pasado.

De las quinientas noventa y seis personas detenidas, veintisiete habían quedado en arresto provisional. El sábado, siete de ellas, que ni siquiera habían sido detenidas en París sino en Nanterre, obtuvieron una suspensión condicional de la pena. El domingo, de una nueva hornada de siete acusados, cuatro pagaban el pato con dos meses de prisión firme. A estos motivos de exasperación, se añade la celebración de un Consejo (de disciplina) de la Universidad ante el cual ocho nanterreses son citados con la única finalidad de notificarles formalmente la suerte que cada uno conoce de antemano: la expulsión de la universidad. A las 7:00, tres mil policías rodean ya la Sorbona.

A nadie le cabe la menor duda: el día se avecina caliente.

Todos y cada uno de los militantes con los que cuenta el Barrio Latino están movilizados desde el sábado. Las Roneo[52] giran. Las primeras de las casi veinte mil octavillas publicadas en Mayo han sido difundidas. Los maos han repartido las suyas en los barrios obreros de la periferia. Firmadas con el nombre anónimo de «Comité de defensa contra la represión», estas afirman: «Los estudiantes no temen a la madera. Cuando la madera de la burguesía obstaculiza los movimientos progresistas, no es ella quien lleva la batuta. Los obreros de Caen y de Redon le han dado una dura lección. Los estudiantes que sostienen las luchas del pueblo aprenderán en la escuela de los obreros y de los campesinos».

El MAU, por su parte, ha difundido unas octavillas llamando a la constitución de los comités de acción «porque [...] está demostrado que numerosos estudiantes que no son miembros de organizaciones políticas quieren pasar a la acción. Porque las estructuras de la UNEF no bastan, no están adaptadas. Porque una de las debilidades de nuestro movimiento naciente es la falta de organización: los militantes políticos se dispersan en múltiples grupos, los demás esperan las consignas de un arriba que ya no existe»[53].

El llamamiento maoísta no suscita ningún eco pero el del MAU provoca inmediatamente la formación de comités de acción. En el distrito XIII, por ejemplo, una docena de estudiantes se reúne la noche del 4 de mayo. La mayor parte de ellos se conoce del Comité Vietnam del barrio. Pertenecen a tendencias políticas diferentes. Uno de ellos es miembro de la Unión de Grupos Anarquistas Comunistas (UGAC). Es profesor en una escuela de formación profesional. Tiene 24 años y el año anterior también participó en el pequeño grupo de estudio antes mencionado. En su texto para nuestro grupo, Michel Moché escribió: «La atomización actual del movimiento revolucionario demuestra que aún no se ha repuesto del estalinismo. [Es preciso] quebrar todas esas estructuras burocráticas de los aparatos de todo tipo que son la muerte del movimiento revolucionario. Nuestro trabajo debe permitirnos percibir una solución embrionaria, esto es, un intento de romper el círculo de repetición de los aparatos y las mentalidades de camarilla esencialmente contrarrevolucionarios y cuya práctica los conduce o bien a la escisión, o bien a la sumisión»[54]. El 5 de mayo por la mañana, en la esquina entre la avenida Gobelins y el bulevar Saint Marcel, el pequeño grupo distribuye su primera octavilla. Este cruce será uno de los foros permanentes de la contestación hasta finales de junio[55].

Los demás grupúsculos también están volcados. Los prosituacionistas han publicado la lista de nombres, direcciones personales y teléfonos de los diecinueve miembros del Consejo de la Universidad. El FER, uno de cuyos militantes debe comparecer ante el Consejo, ha preparado una octavilla recusándolo: «Os recuso porque hoy no tengo ante mí a mis profesores, sino a unos hombres que han aceptado hacer el trabajo de los CRS [...] Os recuso porque [...] quiero seguir estando orgulloso de mi nombre, de los sacrificios

que mi padre, obrero metalúrgico, ha tenido que hacer por mis estudios...». Este buen chico se llama Michel Pourny. Olivier Castro, del «22 de marzo», lleva hasta el final el razonamiento esbozado por Pourny: su padre será quien lo defienda. El situacionista René Riesel confiará sus intereses al abogado de su familia. Danielle Schulmann y Ploix contarán con la defensa de Alain Touraine y Guy Michaud, dos profesores de Nanterre. Ayudado por Henri Lefebvre, Alain Touraine defenderá así mismo a Fleischl, a Duteuil y a Cohn-Bendit.

Cuando los ocho estudiantes se presentan en las puertas de la Sorbona, los esperan, religiosamente apostados, unos treinta periodistas. Quieren espectáculo y lo van a tener en seguida. Los ocho cantan la Internacional y se niegan a entrar uno a uno como se les requiere. Terminan llevándose el gato al agua y salen hacia las 11:00, tras haber sido informados del aplazamiento de su «juicio» al próximo viernes.

Mientras tanto, la calle se agita. Por una vez, los revolucionarios han madrugado. Una multitud se ha ido agolpando desde las 09:00 y a las 10:30 ya hay dos mil personas. Esta movilización obedece menos a los esfuerzos de los colectivos y de la UNEF que a la «matraca» con la que los medios llevan machacando al país desde el viernes por la tarde. Cuando escuchaban la radio, algunos de los combatientes del 3 de mayo podían llegar a pensar que no habían estado en el sitio adecuado pues no habían presenciado nada tan extraordinario como lo narrado por las ondas.

Para no perdernos nada, Pierre Guillaume y yo asistimos a la salida de Dani y sus amigos que se dirigen hacia el SNE Sup. Por el camino, alguien advierte la presencia de dos individuos vestidos con impermeables de plástico: «Cuidado, ¡fachas!». En realidad, solo se trata de dos jóvenes simpatizantes de la revista de Boris Souvarine, Le contrat social. Los conocemos bastante bien. Son clientes de la Vieil e Taupe, la librería de Pierre Guillaume. Tranquilizamos a toda esta gente que, decididamente, no nos parece muy seria.

«Lo que más me sorprende», dice Pierre Guillaume, «es la forma en que algunos individuos pueden desafiar al Estado con su comportamiento. Es desproporcionado. Hay algo que no encaja».

A las 15:00 ya lo entiende todo. El encarnizamiento de las batallas

en curso en la plaza Maubert le convence de que sus dudas no tienen demasiado peso respecto a la acción comprometida.

10. DISTURBIOS EN LA PLAZA MAUBERT

La masa de manifestantes ha ido engordando a lo largo de su deambular por el Barrio Latino. En el cruce entre Saint Germain y Saint Jacques, un choque violento ha enfrentado a los cinco mil manifestantes provistos de cascos de las primeras filas, con un cordón policial que ha tomado la iniciativa de la pugna. Un rato después, la «Maub» se ha convertido en un campo de batalla. Barricadas de coches cierran el bulevar. Una garita de peón arde envuelta en llamas. Las piedras vuelan por todas partes. Las bombas lacrimógenas caen con generosidad y, aprovechando la lentitud de su dispositivo de activación, sus remitentes suelen lanzarlas de vuelta. Los refuerzos policiales se concentran en el otro extremo del bulevar, hacia la calle Cardinal Lemoine. Alguien desiste de levantar una barricada para proteger la retaguardia alegando que, dado que el bulevar es de sentido único, la policía no llegará por ahí. Otros son menos ingenuos. Un desconocido protagoniza una proeza. Se acerca a los policías y los bombardea a quemarropa hasta que, exasperado, uno de ellos se sale del cordón y lo persigue, porra en alto. El desconocido lo arrastra entonces hasta la no man's land y, de repente, se para en seco, blande una larga porra hasta ese momento disimulada bajo un impermeable y se pone a aporrear alegremente al pobre representante del orden, que se come así una buena media docena de golpes antes de que un contraataque decisivo le obligue a una retirada bien merecida. El ejemplo de este chico enardece a los espectadores, aún más numerosos que los combatientes. Ese cuerpo a cuerpo demuestra a todo el mundo que es posible no retroceder ante la policía. Al fin y al cabo, los policías no son más que hombres.

Jean Yves Mignochon y William Panfield son uña y carne. Ambos tienen veintiún años y llevan dos estudiando en una escuela de periodismo. El primero es de origen proletario y ya ha tanteado la Escuela de Magisterio. Tiene el pelo rizado, la mirada despierta, el

gesto rápido, el cuerpo enjuto y fuerte. No es un héroe guerrero. El 3 de mayo había presenciado los combates delante de la Sorbona sin atreverse a participar. «Nunca había visto a tanto madero junto, estaba cagado», explicó a su amigo William. Este es moreno, pelo lacio, y tiene la firmeza de las personas serenas y una convicción plena de su vocación periodística. Tan pelados de pasta el uno como el otro y, sin embargo, perpetuamente sedientos, han recuperado un lote de botellas reciclables y las llevan a su tienda preferida de la plaza Maubert para cobrar el depósito. Se ven envueltos en medio de la refriega. La osadía de los manifestantes los enardece. Se ponen a gritar y retroceden junto a los demás frente a una carga. Unos instantes después, sin saber cómo, terminan sacrificando sus amadas botellas lanzándolas sobre los policías: «Pensábamos que todo era de broma. Corríamos como locos. ¡Cómo nos pudimos reír! Después salimos por piernas, no éramos lo suficientemente numerosos».

11. SUBLEVACIÓN EN SAINT GERMAIN DES PRÉS

La batalla de la plaza Maubert cesa a falta de combatientes revolucionarios. Tienen una cita en Denfret-Rochereau, punto de partida de la manifestación convocada por la UNEF y los grupúsculos.

En el trayecto nos cruzamos con muchos desconocidos que caminan a paso ligero, con aire decidido. Para un conocedor del personal revolucionario parisino no es difícil reconocer entre estos transeúntes de aspecto particular, a menudo calzados con deportivas de baloncesto o tenis y un fular alrededor del cuello, a muchos de quienes dejaron la militancia al terminar la guerra de Argelia, de quienes se reengancharon un tiempo después por diferentes motivos o de quienes rompieron con sus antiguas organizaciones. Todos convergen solitarios, mudos, tensos, hacia el Lion de Belfort. Les espera una sorpresa divina. La plaza está negra de gente. Una atmósfera de rencuentros planea sobre la masa de gente aún atomizada. Un incidente ridículo la suelda instantáneamente. Los gorilas de la FER se han puesto a desplegar

sus banderolas a la cabeza del cortejo que se ha ido formando. Son los únicos que llevan banderolas. Los demás grupúsculos han respetado la consigna de no usar este tipo de utensilio de cocina política. Un abucheo general asciende de la masa de gente: los trapos de la FER comienzan a replegarse poco a poco. No es una victoria baladí, como bien saben quienes conocen la organización. Aburrida de los discursos estériles de los grupúsculos, la manifestación tira espontáneamente por el bulevar Raspail, atraviesa Montparnasse, desemboca en la calle Rennes. Hasta ese momento no se podía tener conciencia de su importancia. Pero la pendiente y longitud de esta calle permiten a cada uno experimentar el shock de su vida. Creíamos ser entre cinco y seis mil y somos varias decenas de miles –o, al menos, esa es la impresión, ya que, en realidad, a la manifestación de ese día acudieron unas diez mil personas–. Los ojos se llenan de lágrimas, un estremecimiento recorre la multitud que grita con todas sus fuerzas: «¡Somos un grupúsculo!» y, dedicado al PC, «¡Todos somos judíos alemanes!». Se canta La Internacional –pero solo las dos primeras estrofas porque el resto no se conocen–. La exaltación crece por minutos. Por las ventanas asoman banderas rojas. Las chicas tiran rosas rojas desde los balcones. Respondemos amablemente: «¡Burguesas, uníos!». Estamos relajados, no hay ni un policía a la vista. Nadie ha vivido nunca una manifestación así. Es cualitativamente distinta. El tradicional delirio ideológico se ha disuelto. No es una muchedumbre, es un cuerpo. No hay temor por su estupidez, sino certeza de su lucidez. Estamos locos de alegría, pero no verdaderamente sorprendidos. En el fondo es normal: tenemos razón, nuestra lucha es una lucha justa. Nos merecemos todo esto.

Aunque no todo el mundo piensa igual. En el cruce de Saint Germain des Prés, la cabeza de la manifestación se detiene bruscamente. A cien metros, a la altura de la estatua de Diderot, un cordón policial denso, inmóvil, amenazador, erizado de palos, de fusiles, de lanzadores de bombas lacrimógenas, ocupa la parte de arriba de la calle. El cortejo enmudece, se queda como muerto ante esta visión. El Estado desvela su lado despiadado, brutal, siniestro. Súbitamente comprendemos que en pleno corazón de este barrio burgués que es Saint Germain van a enfrentarse unas fuerzas considerables. Es la guerra. La batalla va a comenzar y estamos

metidos hasta el cuello. Imposible huir, las calles circundantes hierven de escuadrones negros. Las únicas vías libres son las que llevan al Sena pero es demasiado tarde, la multitud ha reiniciado la marcha y se dirige hacia el cordón policial. Sus primeras filas se detienen a menos de diez metros de este. En seguida vuelan las primeras piedras. Un grito de victoria escapa de miles de gargantas: «¡Retroceden! ¡Adelante!». En efecto, la policía, temerosa de verse sorprendida por la espalda desde las calles Gozlin, Four y Ciseaux, retrocede hasta la altura del café La Rhumerie. La vanguardia estudiantil ocupa rápidamente el terreno y aprovecha la protección del cercado de la plaza ajardinada de la iglesia de Saint Germain des Prés y del rincón de la pequeña plaza donde Diderot, con una leve sonrisa en los labios y un lápiz en la mano, contempla las tropas contestatarias. Ya hay algunos coches arrastrados en medio de la calle. Algunos están volcados y, al echar un ojo a su interior, uno tiene la impresión fugaz de estar viendo por fin el fondo de las cosas. Pero no es momento de filosofar. Petardazos, gritos, cosas lanzadas al aire, agitación e insultos llegan por doquier. El gas lacrimógeno arranca los pulmones. El rímel de las mujeres corre en largos regueros por sus rostros desechos. Los pañuelos en la boca hacen las veces de protección irrisoria. Estupefactos, algunos transeúntes huyen apresurados en busca de portales amigos. Pero, milagro, muchos de ellos se unen al mogol ón. En la esquina entre el bulevar Saint Germain y la plaza Saint Germain des Prés, se encuentra un hombre de unos cuarenta años. Su mujer, aterrorizada, se agarra a su brazo e intenta llevárselo: «¡Pero estás loco! ¡Ven, vamos a casa!», «¡No!», responde él, «Estos jóvenes tienen razón. Y les voy a enseñar cómo se desadoquina la calle». Y con estas palabras, arranca una señal de tráfico y se pone a martillear el suelo. Inmediatamente se forma una cadena. En menos de diez minutos un raudal continuo de adoquines fluye hasta las primeras líneas. También se ha comenzado a desadoquinar un poco más al á. Una joven treintañera, vestida con un traje de chaqueta tipo Channel, se para. Mira a la gente que está sacando los adoquines. Lleva a su hijita cogida de la mano. «Por fin vamos a poder hacer algo», dice incorporándose a la cadena. Solo las observaciones de sus vecinos que le señalan los riesgos para la pequeña consiguen convencerla de irse, cosa que hace a regañadientes.

Mientras, la batalla hace estragos. La policía ha traído dos vehículos con cañones de agua que, en pocos minutos, se ven reducidos a la impotencia. Unos adoquines lanzados con puntería han roto sus ventanas. Retroceden. Los CRS cargan pero se ven obligados a recular, sorprendidos por detrás por los emboscados del parque ajardinado. Hasta comienzan a dispersarse. Una compañía huye despavorida pese a los porrazos que el oficial asesta a sus hombres. Les da igual. Han recibido demasiadas piedras. Tienen miedo. Además, ya tienen un montón de heridos. Los adoquines hacen realmente daño. Y luego están las torpezas. Como la de un poli que corre para lanzar una bomba lacrimógena sin mirar hacia delante. Choca contra un árbol y cae, reventado. Dos colegas lo apartan del árbol agarrándolo por el cuello entre las burlas de los combatientes: «¡Bien hecho! ¡Cabrón! ¡Basura! ¡SS!». Sin embargo, no todos son unos bestias. Pierre Guillaume se queda atrapado en un contraataque. Se le ha enganchado un pie en la reja de un árbol. Se acerca un CRS, con la culata del fusil preparada para atizarle. Pero pese a la lluvia de adoquines que los amigos lanzan desde ambos lados de la calle, el CRS no llevará a cabo su gesto. Del lado de Diderot, el que tira es Jean Lancelot. Del otro lado, protegido por las cercas de la plaza ajardinada, Pierrot Garsson.

Pierrot es un caso. Para empezar, físicamente. Alto, delgado, desgarbado, nariz aguileña, su pelo rebelde le ha valido el mote de «Rompepeines». Una silueta inolvidable. Y además, agresivo como nadie. Tiene, es cierto, sus motivos. Sus padres fueron exterminados en campos de concentración nazis y él no supo adaptarse a Israel. Vive en unas condiciones que rayan en la miseria. Su revuelta es universal, irreprimible, indómita. Él también participó en el grupo de estudio de 1967. Y tampoco tuvo pelos en la lengua: «Las frases de este grupo [...] se parecen demasiado a domingos sin amigos, sin nada, sin nadie. La vanguardia suscita la depresión y no la revolución. Lo mismo que el sistema burgués. Que los intelectuales con los cerebros llenos de mierda se enteren [...] la lucha de clases se aprende con la cabeza, y se puede ser mejor o peor alumno, pero se siente con el estómago, y uno se convierte en rebelde. [...] ¡Que aquellos que sientan rabia la muestren!»[56].

En este momento, echa espuma por la boca. Ya ha caído la noche y el espectáculo es alucinante. El resplandor de los coches

incendiados se refleja en los impermeables de los policías. Ya que, sin duda por accidente, hay fuego. Está el sonido de las bombas lacrimógenas. Y algunos pocos gritos de los combatientes. La exasperación ha llegado a su punto culminante. De repente, una camioneta rueda hacia el cordón policial. Un adoquín bloquea su acelerador. Como en Rebelde sin causa, su conductor salta en el último momento. Pero no es James Dean, sino Pierrot. Varios coches serán dirigidos de esta forma hacia las fuerzas del orden. Ninguno causará heridas de gravedad. Un poco más tarde, cuando la batalla se deshaga, Pierrot continuará hostigando a los policías bombardeándolos con piedras, con tejas, con todo lo que cae en sus manos, desde los tejados, en el cruce Odéon.

Unos momentos antes, a la altura de la estatua de Diderot, el grupito de Jean Lancelot está a tope. Su retaguardia está protegida porque Pierre Guillaume se ha ido a organizar una barricada delante del café de Flore para evitar la llegada de alguna mala sorpresa por ese flanco. Desgraciadamente, la masa de mirones no comprende la utilidad de la construcción. Pese a todos sus esfuerzos, Pierre Guillaume debe renunciar a su empresa y huir delante de los furgones azules que, como habían previsto, comienzan a llegar por ahí. Unos minutos después, Jean Lancelot se ve igualmente obligado a abandonar. Regresa al corazón del Barrio Latino por las callejuelas. Lo acompaña Colet e Mouchaud. En el bolsillo de su chaquetón, la mano de esta buena mujer bajita y regordeta aprieta el tirachinas que acaba de estar usando diestra y prolongadamente. Sus proyectiles han hecho estragos en el campo enemigo. Guardará y usará esta arma hasta el 24 de mayo, fecha en que, atrapada por los CRS, conseguirá escabullirse de sus manos al precio de abandonar su inseparable horquilla metálica. Esta costurera suiza de veintiséis años también formó parte del grupo de 1967. En su «Carta abierta al grupo» puso todo su corazón: «No tengo a mis espaldas ningún caparazón político y procedo de un medio donde pasaban cosas reprobadas por la moral: éramos pobres. [...] Sobreviví y ya no tengo necesidad de despreciar a los italianos*: estoy menos cerca de ellos. [Pero] afirmo que al proletariado ya no le queda nada de revolucionario. [...] En lo que atañe a Francia, la toma del poder por parte del proletariado es, en la actualidad, un delirio de los intelectuales de izquierdas. [...] Es preciso volver a empezar de cero [...], ya no se trata de ver más

claro para los demás, sino de ver con ellos. [...] El gobierno dispone de medios importantes para maniobrar, la Federación Mit errand de medios menos importantes, los grupúsculos de medios escasos, algo que los deja sin respiración. [...] Para engañar a nuestros opresores habremos de ser bastante más sutiles que ellos, de donde se desprende que nuestros medios no son los de los burgueses. [...] Tenemos que ser muy malos con nuestros opresores y anunciar a voz en grito las razones de esa maldad. [...] Creo en la fuerza de la desesperación, ella hizo la Comuna»[57].

El enfrentamiento cesa hacia la 1:30 del martes 7 de mayo. Muchos de los manifestantes se han esfumado por las estaciones de metro de los alrededores. Otros se han ido por las callejuelas que bajan al Sena. Marie France Paro huye por la calle Four. Un cordón policial compacto impide el paso. Aparece Juliette Gréco. Avanza hacia el oficial. Marie France la sigue. «Atiéndanme, por favor, señores», dice la cantante, «déjenme pasar, no puedo llegar a mi casa». Marie France aprovecha la galantería de los «señores», pero su pasión por la Gréco se queda ahí. Coge un taxi. El taxista le dice: «A los estudiantes hay que enchironarlos a todos».

… DOS PASOS ATRÁS

12. EL SNE SUP Y EL PREFECTO DE POLICÍA

La mañana del 7 de mayo hacemos las cuentas. Ochocientos cinco heridos[58], cuatrocientas veintidós personas detenidas de las cuales diecisiete permanecerán arrestadas. Doce de los inculpados no son estudiantes[59]. Entre los manifestantes hemos visto a numerosos profesores y ayudantes. En la universidad la huelga ha sido casi general. Y el movimiento no se ha circunscrito a París. También ha habido agitación en Estrasburgo, Burdeos, Clermont- Ferrand, Rouen, Aix-en-Provence, Caen, Montpellier, Toulouse, Orleans, Saint Étienne, Niza, Besançon, Rennes. En Grenoble incluso se ha presentado batalla.

La prensa está desatada. Bajo el impulso de Jacques Arnaud Penent, Combat escribe en titulares: «Masacres en el Barrio Latino». Le Monde del 8 de mayo llama a la represión de los pendencieros: «Llevar inmediatamente ante los tribunales a los manifestantes armados con porras y hachuelas está plenamente justificado».

Sin embargo, los testimonios que ponen de manifiesto las brutalidades policiales se multiplican. La comisaría del Panthéon está particularmente en el punto de mira. «Me obligaron a ir a comisaría solo para identificarme […] salí unos minutos después con la nariz rota gracias a un palo de madera hábilmente manejado por un “oficial”». En la comisaría del Odéon, un enfermero constató que «se había desnudado y maltratado a unas chicas»[60]. En cuanto al antiguo hospital Beaujon, donde llevan a la mayor parte de los detenidos, todo el mundo coincide en que es mejor no caer al í. De hecho, el prefecto de Policía se verá en seguida obligado a intentar acabar con estas violencias enviando a unos observadores de la Inspección General de Servicios, la policía de la policía. Numerosos testimonios ulteriores probarán que esto solo sirvió para tranquilizar la conciencia del prefecto.

Durante la mañana, Jacques Sauvageot y Alain Geismar dan una rueda de prensa. Desde ayer todo el país está convencido de que son los jefes del movimiento. Para nada es así. En primer lugar, porque están divididos, no tanto en lo que atañe a la táctica como respecto a la cuestión estratégica. Suficiente para impedir la confianza. Están lejos de contárselo todo. En segundo lugar, si se encuentran en el primer plano de la escena es solo porque son los únicos que desempeñan funciones oficiales. Son sindicalistas y disponen de oficinas, teléfonos, ayudantes. Ahora bien, aunque aún no pretende negociar sobre el fondo, el Poder sí busca interlocutores válidos. En cuanto a los sindicatos y partidos, ellos también están esperando que estos dirigentes sindicales consigan llevar a su cauce las aguas de la crecida. Las instituciones cuentan, en definitiva, con poder retomar el control de las cosas gracias a la UNEF y al SNE Sup.

En lo que respecta a los manifestantes, si no reniegan de tales líderes es, por una parte, porque no tienen esa posibilidad, por otra, porque algo tranquiliza contar con unos representantes presentables en caso de negociación. Negociar ya es obtener un reconocimiento. Y por ahora, la inmensa mayoría se conformaría con esto. Y este es el sentir que Sauvageot explota cuando lanza una orden de huelga general ilimitada y anuncia una nueva manifestación a las 18:30 en la plaza Denfert-Rochereau.

Geismar toma entonces la palabra. Al principio más duro que su colega, también da, a su vez, prueba de buena voluntad. Cualquier negociación debe cumplir, a su juicio, tres condiciones previas.

En primer lugar, la retirada de las fuerzas de policía del Barrio Latino. Es casi como transformar el barrio en territorio liberado. Pero no es demasiado probable que el Estado abdique de su autoridad.

En segundo lugar, la liberación y amnistía inmediata de los estudiantes condenados o en búsqueda. No es muy probable que el Estado se contradiga de una decisión a pocas horas de tomarla. Pero lo más llamativo es que Geismar solo habla de estudiantes. Ahora bien, el día 5 el tribunal no ha condenado solo a estudiantes. Al abandonar a su suerte a los trabajadores detenidos, Geismar recibirá muchas críticas de todos aquellos que no dejan de pensar en la alianza con el proletariado.

En tercer lugar, el secretario del SNE Sup reclama el fin del lock out de

las universidades. Ahora bien, todo el mundo sabe que el principal deseo del Ministro de Educación es reanudar las clases. En el ambiente actual, esto es pura fantasía. Si las facultades abren sus puertas, también serán, evidentemente, ocupadas.

«Como gesto de buena voluntad», concluye Geismar, «nos comprometemos a que la manifestación de esta tarde sea lo menos violenta posible». Un compromiso arriesgado. Si las cosas no van por buen camino durante la tarde, el secretario del SNE Sup perderá toda su credibilidad; si todo discurre de forma tranquila, entonces, efectivamente, habrá demostrado su autoridad.

Para ganar el envite se toman, por lo tanto, ciertas disposiciones. Se pide a Cohn-Bendit que se abstenga de manifestarse. Se quedará en la sede del SNE Sup. Tendrá así la oportunidad de conocer a Geismar. En cuanto a los maoístas, también se ruega a varios de sus jefes que no se dejen ver por la tarde. Ni el uno ni los otros podrán, sin embargo, reprimir sus ganas de asistir como espectadores a lo que se anuncia como un acontecimiento de masas. Veinte mil personas salen de Denfert. Cincuenta mil enragés se encuentran en la Étoile. Dani se siente muy frustrado porque esa noche «nada ocurrió donde [él] estaba»[61].

Lo cierto es que sí pasan cosas apasionantes en las pequeñas oficinas del SNE Sup. Sus dos líneas de teléfono están continuamente saturadas. Los militantes que participan en la manifestación llaman para informar. Uno de ellos, Jean Loup Motchane, profesor y sindicalista, usa las unidades móviles de la RTL [Radio Télévision du Luxembourg] para transmitir las informaciones al SNE Sup. Entre dos de estas llamadas, el prefecto de Policía, Maurice Grimaud, consigue hacer llegar su demanda: «Es preciso», le dice a Geismar, «que podamos estar fácilmente en contacto». «Ciertamente», contesta Geismar, «pero solo tenemos dos líneas y en estas circunstancias, como usted comprenderá...». «Que ese no sea el problema, ya me ocupo de ello» y el prefecto cuelga. En menos de media hora llegan dos técnicos de telefonía e instalan una línea provisional directa, que funcionará de forma gratuita durante más de seis meses. Nada más conectarla, Geismar hace la primera llamada. Ese contacto se producirá cada media hora.

Porque el prefecto de Policía está muy preocupado. Teme que sus

hombres no puedan aguantar el tirón de una marea de estas dimensiones que, de momento, no es agresiva. Consciente de la inquietud del prefecto y de sus pocas ganas de «cargar con el muerto» que corresponde a unas cimas del Estado que aún están flotando en un atontamiento rayano con la postración, Geismar inicia una suerte de negociación. «¡Abra los cordones!», le pide al prefecto, «de lo contrario, se producirá una masacre». Grimaud está tentado de hacerlo. Pero antes de dar esa orden quiere saber qué pasará entonces con la Sorbona. De repente, su tono cambia y su voz suena «conmocionada de alegría»[62] cuando declara: «Ya no hay nada que discutir, la dirección de la UNEF acaba de dar la orden de disolución». El prefecto de Policía sabe perfectamente que el grueso de la manifestación va a disolverse y que, de producirse enfrentamientos, estos solo serán obra de una minoría que él puede controlar. Porque si estaba inquieto no era por la calidad, sino por la cantidad de la masa en movimiento. Para él, lo que los periódicos bautizarán como la «larga marcha», no es más que una gran manifestación estudiantil.

En realidad, se trata de algo muy distinto, algo que un Prefecto de Policía, así fuese catedrático de historia, es completamente incapaz de captar. Es la manifestación de la victoria.

13. LA LARGA MARCHA

Al llegar a Denfert-Rochereau, todo el mundo temía encontrarse con el fin de un sueño. Nadie se atrevía a imaginar una masa de gente superior a la de la víspera. Sin embargo, nunca hemos sido tan numerosos: veinte mil personas, constantemente reforzadas por miles y miles de personas, experimentando una sensación de embriaguez desconocida. Los días anteriores han puesto a todo el mundo en plena forma física e infundido una moral extraordinaria. Ningún obstáculo puede detenernos. En vez de desanimarnos, la represión nos ha multiplicado, enardecido, agilizado. La manifestación se tiñe de una alegría hasta entonces desconocida. Somos los vencedores, los amos. Recorremos nuestro territorio. Nos sentimos capaces de abarcar todo París a paso ligero. De hecho,

corremos sin cansarnos, como si cada uno fuera llevado por todos los demás. París nos pertenece. La policía no puede hacer nada. Nadie puede hacer nada.

En este estado, el cortejo bordea la Asamblea Nacional. Alguien dice: «¡Tomémosla!». Otro replica: «¡Dejemos a esos gilipollas con sus discusiones!». La multitud pasa indiferente mientras resuena uno de los más famosos lemas de Mayo: «¡El poder está en la calle!».

Al reflexionarlo después, algunos se arrepentirán de no haber hecho nada, de haberse limitado a quemar dos o tres banderas tricolores. Pero en la ebriedad del poder que se sentía ostentar esa tarde, nos dejamos llevar por una generosidad desmesurada y, en una suerte de gesto de grandiosidad, despreciamos el Palais Bourbon: «En ese edificio se amontona la basura: no se toma una papelera. Sería rebajarse. Los diputados son pequeños, nosotros somos grandes». Aunque este exceso de confianza no carezca de esplendor y desenvoltura, cabría, sin embargo, lamentar el resultado. Ese poder que, en efecto, estaba en la calle, debíamos haberlo utilizado para hacer entrar la calle en la Asamblea. Pero las masas no querían saber nada de un poder que rechazarían sistemáticamente durante todo Mayo.

Unos minutos después de haber menospreciado el Parlamento, pasamos cerca del Elíseo donde, siempre a destiempo de una revolución, unas inútiles fuerzas policiales intentan precaver cualquier eventualidad. Si dejamos de lado el Palacio del Elíseo es, no obstante, a causa de una brusca evolución de los sentimientos de la manifestación. Una vez atravesado el puente de la Concorde, nos encontramos en los vastos espacios de la plaza de mismo nombre y de los Campos Elíseos. Cincuenta mil personas no pasan ciertamente inadvertidas pero la amplitud de la perspectiva es abrumadora. Nos sentimos pequeñitos. Y el cansancio comienza a notarse. El cortejo inicia su dispersión por las estaciones de metro bajo la mirada un tanto burlona de los eternos burgueses de los cafés de la gran avenida. Es cierto que ocupamos las aceras, es cierto que zarandeamos un poco los coches y las costumbres, es cierto que encendemos una chispa de desorden, pero nada resulta verdaderamente perturbado, nos ofrecemos como espectáculo. Da la

impresión de que los burgueses de los Campos Elíseos solo nos miran para vengarse del desprecio manifestado a los burgueses de la Asamblea Nacional.

La multitud llega por fin a l'Étoile. ¿Qué hacer al í? Una vez invadido el espacio, hacemos tiempo mientras se nos ocurre algo. Unos inorganizados, a los que todo el mundo se referirá después como anarquistas para dar a entender que nadie los reconoce como suyos, hacen el ademán de orinar sobre la llama de la tumba del soldado desconocido. Miembros de los servicios de orden de las JCR y de la FER acuden inmediatamente y se pelean con los iconoclastas hartos de patria. «En los grupúsculos no se bromea con los valores morales», se dice Maurice Mafils, espectador de la escena. Él también participó en el grupo de 1967, al que confesó: «En mi opinión, todos los grupos, grupúsculos, grupusculoides, son sectarios y dogmáticos. Repiten viejas teorías machacona y estérilmente sin poner en tela de juicio nada de nada»[63]. Acaba de recibir una demostración suplementaria. Canta, no obstante, La Internacional.

La manifestación vuelve a descender entonces los Campos Elíseos. Su frustración es tan grande que regresa a su territorio furiosa contra sí misma pero sin saber por qué. Al cortar estúpidamente sus vías de retirada, la policía le va a proporcionar la oportunidad de desahogarse. En la calle Rennes, a la altura de la calle Assas, la marcha se encuentra bloqueada: son las 23:30. Media hora más tarde se produce una nueva agarrada en la calle Vaugirard. Todo el barrio se pone rápidamente en pie de guerra pese a los esfuerzos de los servicios de orden de la UNEF y de la FER, que no quieren desaprovechar la oportunidad de sacar rédito de esta pacífica tarde. Aprovechando la ausencia de Cohn- Bendit y de Geismar, quieren demostrar que ellos también son jefes. Quieren mostrar su poder. Pero como no lo tienen, llegan incluso a denunciar a los manifestantes a las fuerzas represivas. En su informe a la Prefectura de Policía, el comisario Bondais apunta: «En el bulevar Montparnasse, cerca del cruce Port-Royal, fui interpelado por cuatro miembros del servicio de orden de la UNEF que estaban muy conmovidos. Uno de ellos incluso lloraba; se encontraban completamente fuera de sí, desbordados por los acontecimientos, y querían hacerme saber a toda costa que los manifestantes

irreductibles que destruían coches y se resistían al servicio de orden lanzando proyectiles no pertenecían a su organización, sino a una organización revolucionaria prochina. Me suplicaron que hiciera intervenir a mis efectivos para terminar con estos actos vandálicos»[64].

En el entretanto, Pierre Arènes, Jean Lancelot, Élisabeth Brünner y yo coincidimos por casualidad con Cohn-Bendit en un café de la Contrescarpe. Dani llega acompañado por algunos de sus amigos del «22 de marzo». Como nos conocemos desde hace tiempo, la conversación se entabla en seguida. Nosotros todavía pensamos estar viviendo una flor de un día. Cada nuevo día profetizamos el final del movimiento para el día siguiente. Preguntamos a Cohn-Bendit su opinión al respecto. Y, todavía hoy, sigo preguntándome si esa tarde Dani había tenido una revelación o si se le había aparecido la virgen.

«Diez mil manifestantes ayer, cuarenta mil hoy, cien mil mañana», dijo, «¡y el lunes habrá huelga general, con un mil ón de personas en la calle!».

«Los sindicatos nunca aceptarán sostener el movimiento hasta ese punto», exclamamos nosotros.

El día siguiente pareció confirmar que teníamos razón en confiar más en nuestros análisis que en las intuiciones de Dani, a quien solo reconocíamos cierto carisma.

14. ABATIMIENTO Y REACCIÓN DE ALAIN GEISMAR

Sesenta mil personas se manifestaron ayer en toda Francia. En Toulouse se produjo una auténtica batalla campal. Las marchas surcaron las calles de otras nueve ciudades universitarias. En París, la policía solo pudo detener a unas sesenta personas. Objetivamente, es una victoria para el movimiento. Una victoria tanto más clara cuanto que las graves brutalidades policiales cometidas en Montparnasse han debilitado todavía más la

popularidad de las fuerzas del orden. La del movimiento ha aumentado en proporción inversa. Se trata, no obstante, de una victoria amarga. Desde la perspectiva del movimiento, el 7 de mayo no ha permitido avanzar. Ha significado, por lo tanto, un retroceso. A juicio de las masas rebeldes, hace falta un nuevo paso hacia adelante.

En las cumbres son plenamente conscientes de este estado de ánimo. Por consiguiente, una y otra parte van a intentar buscar una válvula de escape que permita disminuir las tensiones y llevar al movimiento a una dinámica encaminada a la negociación.

En la reunión del Consejo de Ministros de todos los miércoles, el general De Gaulle reconoce la necesidad de reformar la universidad pero «la selección», añade, es indispensable. Un término desafortunado a oídos de toda una capa que teme justamente su exclusión. Una masa de oportunistas y de reformistas se adhiere inmediatamente a la causa subversiva. En lo que atañe a los enragés, la afirmación brutal de que «se mantendrá el orden público» tiene el mismo efecto que un trapo rojo delante de un toro. «Es una provocación», responde inmediatamente la UNEF, que da una nueva rueda de prensa junto al SNE Sup. «Estamos dispuestos a entablar negociaciones», declaran Sauvageot y Geismar. Pero mantienen las condiciones previas ya planteadas y convocan una nueva manifestación a las 18:30 en la Facultad de Ciencias. Ambos líderes están convencidos de su control sobre la situación. Crecidos tras su experiencia de ayer, durante la cual «pocas organizaciones habrían podido sostener un cara a cara tan prolongado, con esa sangre fría, frente al servicio de orden»[65], esperan que este día asiente definitivamente su autoridad sobre el movimiento. De hecho, todo se conjuga para que así sea. Daniel Cohn-Bendit sostiene un discurso conciliador, el Gobierno está en tela de juicio en la Asamblea Nacional, la policía se encuentra debilitada, el PC indeciso.

En una entrevista concedida al Nouvel Observateur, Daniel Cohn-Bendit reduce súbitamente el movimiento a un asunto puramente estudiantil. «El punto de partida de [nuestra] politización, es la condición a la que nos somete la universidad. [...] Es el sistema al que nos hemos enfrentado en nuestras reivindicaciones. [...] La

crítica de la universidad supone, en definitiva, un cierto poder estudiantil. No en la sociedad pero sí, de momento, en la universidad»[66].

En la Asamblea Nacional, Edgard Pisani, antiguo Ministro de Equipamiento y Vivienda, hace un elogio [de la juventud] al declarar: «Nadie se ha preguntado si los verdaderos responsables no son los profesores, los padres, los políticos, incapaces, todos ellos, de transmitir a la juventud una imagen satisfactoria de la sociedad. [...] La juventud de todos los países reniega en bloque de todo lo que intentamos transmitirle, rechaza el debate entre socialismo y liberalismo y, a su juicio, todos somos cómplices e interpretamos cada uno nuestro papel en una comedia humana de la que ella no quiere saber nada».

A este respecto, las figuras más destacadas de la oposición renuncian a sus papeles. El comunista Louis Baillot denuncia a los «aventureros» pero no puede dejar de reñir al Poder. Mitterrand, a su vez, vende sin ambages la revolución naciente: «En un debate de tamaña gravedad nadie trata de quedar por encima de nadie, solo querríamos facilitar la tarea de los que, fuera de aquí, trabajan para apaciguar el conflicto»[67].

«Fuera de aquí» también está la policía. Hoy no está demasiado farruca. Convocadas por los sindicatos, Bretaña y los Países del Loira se manifiestan en defensa del empleo. El sector de la enseñanza y los funcionarios se incorporan parcialmente al movimiento, del que se teme una deriva violenta si se suman los activistas bretones. Las organizaciones obreras y campesinas han tomado, no obstante, medidas (prohibición de banderolas o pancartas de cualquier índole de origen extrasindical) a fin de no perturbar el carácter puramente reivindicativo de las manifestaciones. Pero como la UNEF, que ahora desempeña el papel de ogro, apoya la jornada de huelga, se envían diez mil Guardias Móviles y CRS como refuerzos de la policía local. Estas fuerzas se encontrarán, por lo tanto, lejos de París. Para nada, por cierto, pues aunque la manifestación fue más numerosa de lo previsto, no se produjo ningún incidente destacable[68].

En lo que atañe al Partido Comunista, este ya no puede seguir escondiendo las reticencias de una parte de sus bases a obedecer

ciegamente a la dirección. Algunos se reúnen clandestinamente para discutir y criticar los artículos de L'Humanité. «El lunes por la tarde son quince mil los manifestantes que se enfrentan con la policía con el arrojo consabido. Los militantes del Partido están estupefactos: leyendo L'Huma, nada les dejaba adivinar la amplitud del movimiento»[69]. Las reacciones son idénticas en las bases de algunas secciones de la CGT. El 8 de mayo, la sección sindical técnica de los obreros del bronce publica una octavilla titulada: «En el fondo, ¡el futuro pertenece a la juventud!... [...] Nuestro sindicato aprueba y apoya sin reservas las acciones y reivindicaciones de los estudiantes. [...] Trabajadores, vecinos de nuestros barrios, responded a los llamamientos por una acción común». De golpe, el Partido siente levantarse una brisa de revuelta. Y aunque en la madrugada del 8 de mayo L'Humanité publica una declaración que denuncia «las actuaciones de los aventureros cuyas concepciones no abren ninguna perspectiva verdadera a los estudiantes y no tienen nada en común con un verdadero movimiento de progreso y de futuro, con un verdadero movimiento revolucionario», por la tarde, la UEC llama a la manifestación. La Oficina Federal del Partido le pisa los talones. Desde la perspectiva del PC, no se trata tanto de «subir al tren en marcha» como de subir a la locomotora y controlarla, en un día en que la policía está debilitada.

Desde el punto de vista de Alain Geismar, el movimiento tiene que salir del gueto universitario. Está servida, por consiguiente, la tan esperada oportunidad de poner, por fin, al PC y a la CGT contra la pared, de obligarles a hacerse cargo de sus responsabilidades. Para Geismar no existe en ese momento ninguna salida posible que no pase por el intersindicalismo. Desconocedor de la agitación ya existente en las fábricas y oficinas desertadas por los jóvenes deseosos de acudir a las manifestaciones, él cree, de todas formas, que las visitas inesperadas de los sindicalistas de la CGT, del Sindicato General de Educación Nacional (SGEN) y de la Federación de la Educación Nacional (FEN) traducen un comienzo de deshielo. Se trata de aprovecharlo para extender el movimiento a nuevas capas sociales, una de cuyas características es ser poco favorables a la violencia. Pero no es imposible llegar a un acuerdo con ellas. El movimiento ha alcanzado un punto en el que no puede repetir cada vez el mismo tipo de acciones que degeneran en agarradas inútiles. Geismar y Cohn-Bendit proponen una gran reunión. Si se celebra en

un lugar al abrigo de la policía, esta brindará la posibilidad de hacer el balance de los días anteriores. Los sindicalistas tendrán que expresarse y podrían terminar aliándose. ¿¿ Precisamente, Marc Zamanski, decano de la Facultad de Ciencias, telefonea al SNE Sup. Propone poner sus locales a disposición del movimiento. Negociará con el prefecto de Policía la no presencia de fuerzas policiales visibles. Instalará una buena sonorización para favorecer la discusión. Los sindicalistas del Sindicato Nacional de Enseñanza Secundaria (SNES) y otros cegetistas de la enseñanza aceptan acudir, así como los dirigentes federales del Partido Comunista. Como la UEC ya ha anunciado su presencia, Geismar y Cohn-Bendit creen bien tendida la trampa. El movimiento deja entrar a los comunistas y estos se verán obligados a pasar un mal cuarto de hora.

Sin embargo, la maniobra falla. Los micros del sistema de sonorización no están instalados entre la multitud, sino en una sala. El diálogo previsto es imposible. Por consiguiente, se deja tomar la palabra a quien quiera tomarla y desahogarse con los temas rituales de la solidaridad. Más inquietante aún es la ausencia de la UNEF. Su representante llega, por fin, con dos horas de retraso. El encuentro previsto con el rectorado no se produce. Geismar y Cohn-Bendit se hacen con el micro para denunciar públicamente las negociaciones clandestinas: «Si el Poder quiere negociar», concluyen, «ya saben donde encontrarnos: en la cabeza de la manifestación».

La multitud concentrada en el patio, donde se aburre desde hace varias horas, está de todas formas decidida a ponerse en movimiento, con o sin líderes. Pero cuando ven a los comunistas pavoneándose en la primera fila, sus elementos más radicales montan un escándalo. Dani asume una vez más la dirección de esa protesta y ataca vivamente al PC. Los miembros del «22 de marzo» no pararán hasta que los sindicalistas de la CGT y la cuasi totalidad de los miembros permanentes de la Federación de París sean expulsados hacia atrás –a falta de poder excluirlos y en contra del deseo de Geismar.

La manifestación se pone en marcha. Llega en seguida, y sin el menor incidente, a lo alto del bulevar Saint Michel, plaza Edmond Rostand. Una lluvia fina, fría y triste empeora aún más el humor

desconsolado de una multitud decepcionada. No ha pasado nada. La orden de dispersión lanzada por Claude Chisseray, de la FER, cae como un mazazo. Al lado de Geismar, Sauvageot está muy contento. No le ha tocado hacer el trabajo sucio. Los arribistas de la FER se han encargado de ello. Los premios Nobel franceses, igualmente presentes, también se muestran satisfechos. Y los comunistas están en la gloria: acaba de demostrarse que con ellos todo va bien. Los militantes, por el contrario, no comprenden nada: «Hemos invertido nuestro tiempo. Y entonces, bueno, no había nada más que hacer. Incluso [...] hemos contribuido a ello. La cadena. Los tíos expulsados. No nos sentimos orgullosos de nosotros mismos pero bueno. El cara a cara inmóvil, insolente y tenso con la madera. Y después el bar, para decirnos que no entendemos qué nos ha pasado, a todos, para ceder así. Sin embargo, nos sentíamos fuertes y dispuestos, eso sí, dispuestos. El miedo, en un momento dado, de haber sido engañados, de que todo hubiera terminado, de que ya no hubiera un mañana para la revolución»[70].

El abatimiento es general. Nos sentimos traicionados. A lo largo de la valla del jardín del Luxemburgo se van formando pequeños grupos. Discuten con pasión pero también con tristeza: «Tenía que pasar. Las organizaciones nos han vuelto a vender». Son muchos los que lloran de rabia. Alain Geismar no se resigna a irse de al í. Presa de una malestar creciente, se encuentra al borde de las lágrimas. No ha hecho nada para impedir la dislocación. Pero nadie hizo nada. Ni los maoístas, ni las JCR, nadie desautorizó a la FER. Único aspecto positivo: se ha demostrado que las consignas dadas se han respetado al pie de la letra, que los jefes son auténticos jefes. Las radios se hacen eco de la noticia. Cantan la gloria de esos responsables al fin hallados y dan a entender que el Gobierno está dispuesto a hacer un gesto destinado a reforzar aún más la autoridad de la UNEF y del SNE Sup sobre el movimiento: los verdaderos estudiantes detenidos en los disturbios de los días anteriores serán liberados en breve. Ni una palabra respecto a los detenidos no estudiantes, no obstante, mayoritarios.

Ante esta noticia, Alain Geismar, de vuelta ya en su despacho de la calle Monsieur le Prince, rompe a llorar. Sus compañeros se quedan estupefactos. A su juicio es evidente que acaba de arrancarse una gran victoria. «¿Pero es que no veis», les dice él esencialmente, «que

nuestra acción de esta tarde no corresponde en absoluto a la dinámica del movimiento, a su lógica interna?, ¿no veis que al favorecer la unión intersindical hemos encerrado el movimiento en un corsé, algo completamente contrario a los deseos de sus iniciadores y de las masas movilizadas?, ¿acaso no os dais cuenta de que nuestro reconocimiento como jefes significa la liquidación del movimiento? Hemos caído en la trampa de la política, en la rutina de la derecha y la izquierda. Resultado: debemos abandonar en las manos de sus carceleros a quienes, precisamente por no ser estudiantes, son el indicio y el comienzo de la garantía de que el movimiento no ha hecho más que empezar a salir de su gueto, al que todo y todos quieren reconducirnos».

Ante la incomprensión de sus colegas, Alain Geismar decide ir a dar la voz de alarma a los que, a su juicio, representan la legitimidad del movimiento. Ellos, espera, comprenderán. Sabrán decidir con él las medidas urgentes a adoptar para relanzar la acción, si aún no es demasiado tarde. Pero el movimiento «22 de marzo» es nómada. ¿Dónde encontrarlo? Después de dos horas de búsqueda, lo localiza, al fin, en mitad de una reunión.

La llegada de Geismar no es igualmente apreciada por todo el mundo. El sentimiento general es que los militantes se están desmovilizando desde hace dos días. Y manifestaciones amañadas como la de esta tarde no son precisamente lo que conducirá a las masas a la pelea. Daniel Cohn-Bendit, físicamente agotado pero mentalmente superexcitado, acaba de acusar a Geismar y a Sauvageot de haber llegado a un acuerdo «entre ellos» para disolver la manifestación. Preconiza incansablemente que aunque no es el fin sí es preciso terminar de una vez por todas «con la gestión burocrática del movimiento»[71].

En este ambiente, Alain Geismar pide la palabra y aporta al «22 de marzo» un refuerzo inesperado. Comienza haciendo «una autocrítica extraordinaria, explicando el funcionamiento de la burocracia sindical, sus intentos de frenar las luchas, de agruparlas, de canalizarlas para recuperar, desviándolos, sus efectos». Y también, de forma aún más extraordinaria, dice: «lo que más me repugna es que van a acusarme de haber entregado a unos tíos». Todo el mundo lo mira preguntándose por el significado de sus palabras.

«Sí, ahora la policía va a soltar a los estudiantes franceses después de las manifestaciones pero no a los extranjeros, sean estudiantes o trabajadores. Nos van a acusar de habernos limitado a salvar a los estudiantes franceses». Tras esta revelación, la totalidad del movimiento «22 de marzo» se une a Geismar. Hasta ese momento solo los viejos de la vieja guardia, los que habían conocido la lucha contra la guerra de Argelia, los que ya se habían acercado al PC y a la CGT, los que habían pensado durante mucho tiempo que el único camino posible era el intersindicalismo, habían comprendido que este hombre solo, este marginal, acababa de proponer el salto: la lucha fuera de todas las instituciones, la lucha a todos los niveles, la ruptura definitiva con el juego político, el paso a otro terreno, con otros métodos, con otros medios. Si esto no se consigue, está claro que Mayo habrá terminado. La asamblea del «22 de marzo» toma entonces varias decisiones. La primera, asumida por Alain Geismar, será pedir a la UNEF que haga una autocrítica similar a la de la SNE Sup. Se aprovechará la primera oportunidad para explicarse ante las masas. Después se organizará una manifestación, para pasado mañana, una gran manifestación «muy, muy dura, exigiendo la liberación de todo el mundo, la amnistía completa para todo el mundo, en particular, para los extranjeros detenidos»[72].

El enfrentamiento con el Poder será, por ende, inevitable. Su resultado dependerá de la actitud del Partido Comunista y de la CGT. ¿Serán tan fuertes como para poder aislar al movimiento recién salido de su gueto?

LOS AMIGOS DEL PUEBLO

15. EL 150 ANIVERSARIO DEL NACIMIENTO DE KARL MARX

¿Qué le habría parecido a Karl Marx que un Alexis Roumiantzev, vicepresidente de la Academia de Ciencias de la URSS, tuviera la cara de deplorar el cisma entre cultura y sociedad[73] cuando a un tiro de adoquín de la Unesco, donde ese 9 de mayo se celebraba el centésimo quincuagésimo aniversario del autor de El capital, se estaban enfrentando cultura y sociedad? Marx, ese «profesor de impertinencia», por retomar una expresión de Raymond Aron en este coloquio, habría abandonado sin duda aquel espacio donde se momificaba su pensamiento y se habría ido al lugar donde este estaba cobrando vida.

¿Cómo habría podido resistirse a la atracción de unas masas que, por primera vez en la historia, encarnaban al mismo tiempo la necesidad de una sociedad, de un modo de vida y de producción radicalmente nuevos, y la capacidad de actuar sin mediación para satisfacerla? ¿Cómo habría sido capaz de renunciar a la oportunidad de observar «un ejemplo que alumbra[ba] la revolución tal y como [él] la había concebido: movimiento real de las fuerzas sociales, conclusión de una dialéctica objetiva en lugar de presión jacobina de una minoría que solo puede proponer la liberación de todos como un objetivo lejano?»[74] ¿Cómo habría podido abstenerse de participar en este acontecimiento sobrevenido un siglo después de aquella Comuna tras la cual él había dejado de publicar, como si una premonición vertiginosa le hubiera hecho entrever que ese modelo serviría de matriz a la abominación leninista y estalinista?

Pero con Marx muerto y enterrado, las miradas se dirigen hacia Herbert Marcuse, a quien Georges Marchais ha acusado el 3 de mayo no solo de ser alemán, sino de ser el «gurú» de un izquierdismo que, en realidad, no lo ha leído nunca. Pierre Viansson-Ponté, el periodista que el último 15 de abril había

constatado «Francia se aburre», pide al viejo filósofo revolucionario que esboce el esquema de esa revolución esquiva.

«Los estudiantes», explica Marcuse, «no se están rebelando contra una sociedad pobre y mal organizada, sino contra una sociedad bastante rica y bien organizada. [...] La revuelta no se dirige contra los males provocados por esta sociedad, sino contra sus beneficios. [...] Los estudiantes [tienen] una exigencia que no es solo intelectual, sino "instintual". Quieren una forma de existencia totalmente diferente. Se niegan a una vida reducida a mera lucha por la existencia, se niegan a entrar en lo que los ingleses denominan el establishment, porque piensan que este ya no es necesario. Sienten que toda su vida será absorbida por las exigencias de la sociedad industrial, en único beneficio de los grandes negocios, los militares y los policías. [...] Este género de revuelta es una poderosa fuerza de desintegración[75]. Dada la comunidad de intereses entre las clases en [los] países industrializados [...], el impulso revolucionario [se ubica] entre los marginales [...] catalizadores de la revolución por venir, únicas fuerzas susceptibles de provocar la ruptura de la sociedad capitalista»[76].

Habrá que esperar varios meses para que Lucio Magri publique un análisis más preciso de las causas del movimiento estudiantil.

«En la base de la cuestión estudiantil [...] existe una contradicción más profunda que unifica todas las demás y les da un carácter revolucionario porque se hace inherente a la esencia del sistema y a su desarrollo posible. Se trata de la contradicción entre la masa de conocimientos que el propio sistema necesita cada vez más, y no solo en los niveles superiores de investigación sino en todas las funciones de ejecución y control, y la utilización de estos conocimientos en las tareas reales, en el desarrollo de su carrera profesional, en la participación en las decisiones de la gran masa de los trabajadores. Los estudiantes saben que incluso para la mayoría de quienes tengan la suerte de insertarse en la vida productiva, el ejercicio concreto tanto de la profesión como de la vida social será insoportablemente decepcionante [...]; ven, en suma, con realismo, que lo que les espera a la vuelta de la esquina no es la parábola ascendente de la afirmación individual «burguesa», sino la

descendente de la decadencia física e intelectual antaño reservada al proletariado. [...] La misma contradicción se presenta así mismo en calidad de dato fundamental y permanente en cada país capitalista y constituye la base objetiva y social de la rebelión estudiantil que nace como rebelión contra la división del trabajo, contra la situación actual de la ciencia, contra la subordinación de la producción, contra la concentración del poder»[77].

Conviene añadir a estos análisis una observación apuntada por casi todos los autores de ensayos teóricos sobre Mayo de 1968, aunque fue Max Gallo quien extrajo de forma más clara sus primeras consecuencias. A su juicio, los estudiantes «son, por naturaleza, marginales al sistema (aún no integrados en la sociedad, en sus procesos directos de producción), esto es, exteriores a él [y] las "tradiciones universitarias" refuerzan esta extra-territorialidad [dejándoles], por lo tanto, la única posibilidad de combatirlo revolucionariamente»[78]. Aquí radica la clave para comprender la naturaleza del movimiento estudiantil. Cuando busca, por la razón que fuere, el contacto con el proletariado, se coloca en una dinámica típicamente leninista ya que, por la fuerza de la cosas, su exclusión de las relaciones de producción «directas» lo alinea en el credo leninista de acuerdo al cual la conciencia de clase ha de llegarle al proletariado desde fuera. Pero dado que, simultáneamente, solo existe en tanto que niega esa relación de exterioridad, dado que no busca la alianza sino la aleación con el proletariado, el movimiento estudiantil se encuentra desgarrado entre la dinámica leninista impuesta por su posición y la no leninista derivada de una situación determinada por las demás relaciones sociales, esencialmente las de distribución (esto es, de consumo), homólogas a las relaciones de producción. A esta determinación corresponden dos consecuencias esenciales.

La primera es que el movimiento estudiantil crece como una bola de nieve aglutinando a quienes las relaciones de distribución motivan principalmente con quienes las relaciones de distribución determinan en primer lugar –de ahí la adhesión de una masa pequeño burguesa y de muchos jóvenes trabajadores, de ahí, también, el impacto del movimiento sobre el proletariado.

La segunda consecuencia es que, exterritorializado de nacimiento, el

movimiento no puede ni tolerar una limitación del área ínfima donde se engendra (Nanterre, la Sorbona, el Barrio Latino), ni convertir la extensión de este territorio en el objetivo estratégico de su lucha. A partir de ahí, el movimiento queda constreñido a encontrar un nuevo campo de batalla inmaterial. La única dimensión estratégica a su alcance es la temporalidad. La estrategia del movimiento estudiantil apunta a ocupar y conquistar el tiempo y no ya, como la estrategia leninista – arquetipo de todas las estrategias políticas– a ocupar y conquistar el espacio. En consecuencia, la estrategia del movimiento estudiantil no puede plantearse como objetivo la conquista del poder. Y aquí es donde Mayo del 68 es verdaderamente la revolución de la revolución.

Pero he aquí que se acerca, a pequeños pasos por el bulevar Saint Michel, Louis Aragon, el más célebre de los cantores del poder supuestamente proletario, «ex dadaísta, ex surrealista, ex autor de El c oño de Irene [...], ex él mismo»[79].

16. LOUIS ARAGON EN EL BARRIO LATINO

Son alrededor de las 14:00. Bajo un cielo desabrido, la silueta de Aragón se insinúa entre los dos o tres mil jóvenes que, sentados o de pie en la calzada, frente a una Sorbona protegida por un discreto cordón policial, están poniendo en apuros a los oradores de la UNEF y del SNE Sup. La autocrítica que estos se habían propuesto llevar a cabo, se la está imponiendo la multitud. Geismar resiste bien ante la furia apenas contenida de los frustrados de los dos días anteriores. Menos experimentado, Sauvageot se ve arrastrado a prometer la ocupación permanente de la Sorbona desde el momento en que se abra. Aún no se han apagado los vítores cuando un desconocido relanza el ataque desde otro ángulo: «Las centrales sindicales no pintan nada en esto. Solo quieren recuperar el movimiento. ¡Su solidaridad es una solidaridad de curas!».

Tras esta palabra, mi mirada cae, como por casualidad, sobre Aragon. Pierre Guillaume y François Cérutti están a mi lado. Aragon es nuestra cabeza de turco. Desde hace años. En las exequias de

André Breton distribuimos una esquela que decía:

André Breton ha muerto

Aragon está vivo.

Es una desgracia doble

Para el pensamiento honesto

Su acogida por parte de los pontífices del surrealismo no estuvo a la altura de su pasado. Los únicos que apreciaron nuestro honorable gesto fueron los anarquistas y Le monde libertaire llenó su primera plana con nuestra carta. Algunos meses después, el hombre que Elsa Triolet tuvo que «violar»[80] estaba firmando en una librería del PC una edición supuestamente completa de su obra poética. El grupo de la Vieille Taupe se coló entre las filas de los amantes de dedicatorias. Llegó el turno de Pierre Guillaume, quien plantó bajo las narices del poeta el ejemplar de un poema desgraciadamente olvidado en esa compilación:

Je chante le Guépéou qui se forme

en France à l'heure qu'il est

Je chante le Guépéou nécessaire de France

Je chante les Guépéous de nul e part et de partout

Demandez un Guépéou pour préparer la fin du monde

Demandez un Guépéou

Il vous faut un Guépéou

Vive le Guépéou figure dialectique de l'héroïsme

qu'on peut opposer à cet e image imbécile des aviateurs

tenus par les imbéciles pour des héros quand ils se foutent

La gueule par terre

Vive le Guépéou véritable image de la grandeur matérialiste

Vive le Guépéou contre Dieu, Chiappe et la «Marseillaise»[81]

A Aragon no le hizo ninguna gracia nuestra loable preocupación por salvar esta obra maestra del olvido. Los intelectuales de nuca ancha y frente estrecha que lo rodeaban virilmente en aquella época nos echaron con cajas destempladas[82].

Y hete aquí, por fin, nuestra oportunidad de vengarnos. «¡Viva el Guépéou! ¡Viva Stalin!», gritamos. Nuestros vecinos nos toman por provocadores. Se ponen en plan amenazante. Dani se pregunta qué mosca nos ha picado. Con un gesto le señalamos la causa de nuestra agitación. Dani interpela inmediatamente a Aragon, le tiende un megáfono. La multitud lo reconoce, al fin. Le grita, intenta impedir su intervención. Dani corta en seco: «Esto no es Krondstadt. Todo el mundo tiene derecho a hablar. ¡Por muy traidor que sea!».

Nadie, en efecto, puede presumir de ser más «traidor» que este hombre. «Nadie lo superó gritando "¡muerte!" durante las trágicas jornadas de mayo de 1937 en Barcelona; nadie lo superó denunciando a la policía a los militantes antiestalinistas españoles refugiados en Francia. [...] Quién lo ha visto y quién lo ve, ayer antimilitarista y hoy sacando tripa bajo las condecoraciones, ayer histéricamente internacionalista y hoy xenófobo de tomo y lomo? [...] Se le ha visto bailar el kasatchok a ritmo de La Marsellesa, emborracharse de vodka y lanzar vivas al vino peleón, aplaudir los Procesos de Moscú y clamar justicia, poner por las nubes la "democracia soviética" e injuriar a "nuestro fascismo"; [...] y se le ha visto –al único entre los lacayos de la escritura– tener el estómago de proclamar en su publicación rusa Ce soir (24 de agosto de 1939) que el pacto Stalin-Hitler significaba, con toda certeza, la paz»[83].

Aragon no tiene más remedio que coger el micro. Y mientras balbucea la razón de su presencia entre esta juventud que «le recuerda la suya»[84], la rabia se apodera de nosotros. En La vieille Taupe tenemos un stock del folleto ya citado. Es cierto que se trata prácticamente de una pieza de bibliofilia... pero no es momento de avaricias. Salimos corriendo a buscar un paquete y regresamos, sin aliento, para distribuirlo. Aragon conoce perfectamente ese pequeño fascículo azul. Al verlo resurgir, abrevia su discurso e incluso promete dedicar a los estudiantes los próximos números de Let res françaises, el periódico que dirige, y jura que hará cuanto pueda para conseguirles aliados. Exit[85], por lo tanto, del hombre que, de acuerdo a Paul Éluard «extrae toda su fuerza de sus renuncias sucesivas pero no deja de aplazar el día en que no le quede ninguna renuncia más que hacer, el día en que su arribismo abandone la renuncia como alimento natural»[86].

17. EL PARTIDO COMUNISTA

El jefe de los «aliados» prometidos por Aragon es Roland Leroy, responsable del sector intelectual del PC. Un mensajero cae por su casa. Le informa de la presencia de Aragon en la sentada estudiantil. «¡No podía habérsele ocurrido nada mejor!», dice partiéndose de risa. Pero Leroy también ve el provecho que cabe sacar de este nuevo error del poeta... menos estúpido, por otra parte, de lo que hubiera cabido pensar, ya que, en su lectura matutina de L'Humanité, Aragon se percata de los vientos de cambio. Es la primera vez que no se insulta a los revolucionarios. Y todo el mundo sabe que este periódico refleja mecánicamente los cálculos de los grandes jefes del Partido, en lo sucesivo obligados a tener en cuenta a sus bases mediante un doble movimiento.

Por un lado, los pequeños jefes comunistas y cegetistas siguen actuando bajo la inercia de la rutina, imperturbables. La Unión local de la CGT del distrito IX de París convoca, por ejemplo, a sus militantes para depositar ese día «a M. Kaspereit, diputado del distrito IX, cartas destinadas a obligarle a hacerse cargo de sus responsabilidades»[87]. Estos billetes no tienen ninguna relación con

los acontecimientos. Su objetivo es luchar contra unas ordenanzas de la Seguridad Social. Pero en este momento la agitación universitaria ha alcanzado tal magnitud que nadie se preocupa por esas ordenanzas. Esta situación también inquieta a los pequeños jefes comunistas. La célula del PC de la CSF en Issy les Moulineaux no se anda con rodeos: «Algunos grupúsculos de tendencias diversas –trotskistas, anarquistas, maoístas, etc.– están recibiendo muchísima publicidad (véase Le Monde), cuando no siendo directamente financiados y codirigidos desde el Ministerio del Interior»[88].

Por otro lado, los delegados cegetistas también están viendo cómo sus bases se les escurren entre los dedos: «Nunca había visto tanta tensión en los camaradas comunistas. Estaban esperando las palabras del Partido, sus directivas, sus consignas. Algunos, los jóvenes sobre todo, no podían estarse quietos por más tiempo y casi de forma involuntaria terminaban yéndose al bulevar Saint Michel "para ver", según decían, lo qué estaba pasando. Los días de "mani grande" asistíamos en el curro a verdaderas crisis de absentismo entre los militantes. Los más jóvenes inventaban cualquier pretexto para explicar su ausencia: "Ayer estuve enfermo". Porque era preciso dar una explicación, y no solo al jefe de taller, sino también al responsable de Partido que comprendía, por supuesto, pero prefería no saber»[89].

Evidentemente, el PC no puede permanecer de brazos cruzados durante mucho más tiempo. Si pierde el control de sus cohortes más jóvenes, las más combativas, permitirá el establecimiento del lazo trabajadores-estudiantes y quién sabe si hasta una alianza manuales-intelectuales. Se corre, por lo tanto, el riesgo muy serio de un fol ón que, en el peor de los casos, llevará a la destrucción del Partido y, en el mejor, a su acceso al poder. Ambas perspectivas son igualmente desagradables. Además, tampoco es posible dejar que la CFDT siga aprovechando las circunstancias para hacerse cada vez más fuerte a expensas de la CGT y arriesgarse a encender el polvorín favoreciendo los contactos entre obreros y estudiantes. En el buró político se sabe que Jacques Sauvageot se deja aconsejar por Marc Heurgon, dirigente del PSU, y que toda esa gente sueña con poner al Partido entre la espada y la pared.

La evolución de la situación en la fábrica de Rhône-Poulenc de Vitry

es significativa de esta táctica.

Ayer, 8 de mayo, la sección CFDT publicó una octavilla titulada «Zoom sobre los jóvenes». «Los jóvenes se mueven en todas partes», dice, «porque la vida no es capaz de entusiasmarlos. [...] Los jóvenes no son ni libres ni responsables respecto a sus estudios. [...] Las estructuras que nos oprimen han sido concebidas para servir a la misma sociedad, la sociedad capitalista. ¡Son los mismos polis, CRS, los que van y vienen de las puertas de las fábricas a las puertas de la universidad! Ellos son la única respuesta recibida a nuestra contestación. Nuestra lucha es la misma pero nosotros tenemos las mejores armas: tenemos la producción. La producción DEPENDE DE NOSOTROS. Cuando queramos, podremos ser, SI así lo queremos, muy muy fuertes. Solo nos hace falta quererlo y preparar el momento»[90].

Hoy, día 9, salen dos nuevas octavillas.

La primera anuncia que «trabajadores de todas las tendencias se han reunido de forma espontánea tras los acontecimientos de esta semana». Es la prueba de que los obreros más combativos no quieren luchar bajo la bandera de ninguna organización, bajo ninguna bandera distinta de la suya propia, la de su autonomía. Y no esconden sus intenciones: «Tenemos que estar con ellos [con los estudiantes] en su lucha, participar a su lado en sus manifestaciones»[91].

La sección CFDT reacciona inmediatamente ante este desbordamiento exagerado que la pone, también a ella, en tela de juicio. Y publica una segunda octavilla, de enorme importancia: «Acabamos de vivir una semana muy agitada. [...] Nosotros, trabajadores, hemos comprendido que los jóvenes tienen razón. [...] Esta es la razón por la cual las organizaciones sindicales obreras y la UNEF preparan una gran manifestación en París para el SÁBADO 11 de mayo por la tarde. Os invitamos a todos a acudir en masa a esta manifestación (hora y lugar serán confirmados mediante prensa y radio) para protestar contra este régimen de plenos poderes, para reclamar la reforma de la enseñanza, para manifestar contra viento y marea la solidaridad trabajadores- estudiantes»[92].

Esta octavilla reviste una importancia excepcional. Anuncia una

gran manifestación intersindical de apoyo a los estudiantes el sábado 11 de mayo por la tarde. Es la prueba de que la CFDT no esperó a la noche de las barricadas (del 10 al 11 de mayo) para plantearse bajar a la calle. Pero entonces, ¿cómo es posible que el fruto de las negociaciones CGT, CFDT-UNEF, SNE Sup, que se abren el jueves 9 de mayo por la tarde y no se cierran hasta el viernes 10 a las 20:30, fuera la decisión de manifestarse el martes 14, a las 18:30, de la plaza Saint Michella la estación del Este?

La explicación más verosímil es que la CGT se negara a manifestarse el sábado por la tarde por temor a una afluencia excesiva[93].

A partir de estos hechos cabe avanzar dos hipótesis.

La primera es que si la CGT hubiera puesto, la noche del día 10, todo su peso del lado de los estudiantes aceptando el principio de una manifestación el 11 por la tarde, lo más probable es que el Gobierno hubiese terminado cediendo en la negociación entablada con los estudiantes durante la noche del 10 al 11. ¿El rechazo de la CGT explicaría entonces la crudeza de los porrazos recibidos por los estudiantes durante esa noche?

Nadie puede afirmarlo pero nadie puede olvidar tampoco las responsabilidades cegetistas en este episodio.

La segunda hipótesis es la siguiente: ¿los líderes del movimiento podrían haber desencadenado la noche de las barricadas de forma voluntaria para presionar a la CGT? Es preciso constatar que las barricadas comenzaron a levantarse menos de una hora después de anunciarse el resultado de las negociaciones entre estudiantes y sindicatos obreros. Pero si bien ha quedado demostrado que militantes comunistas intentaron impedir físicamente la despavimentación de la calzada, ningún «responsable» se jactó de haber dado la orden de desadoquinar.

18. MITIN EN LA MUTUALIDAD

Volvamos a la víspera de las barricadas, a ese bulevar Saint Michel del que Aragon acaba de huir.

La escena se ha desarrollado bajo la mirada de los CRS, que refuerzan sus filas minuto a minuto. Desde esta mañana el ambiente tiende, no obstante, a la distensión. Tras cuatro horas de reunión, los decanos de las universidades parisinas publican un comunicado. Según ellos, y conforme a la promesa hecha por el Ministro de Educación ante la Asamblea Nacional, las clases se reanudarán el próximo lunes. Pero mientras, el general De Gaulle se ha enterado de la intención, expresada por Sauvageot durante la sentada, de ocupar la Sorbona. De Gaulle declara entonces a Louis Joxe, presidente provisional en ausencia de Georges Pompidou, y a Alain Peyrefitte: «Desde hace tiempo vengo hablando reiteradamente de la necesidad de reformar la Universidad. Pero de momento lo que hace falta es dejar al "1 por 100 de los enragés" sin posibilidades de continuar "aterrorizando al 99 por 100 de las ovejas". Primero una "buena limpieza" y después ya veremos»[94].

A las 17:00, la policía tiene ya un aspecto francamente amenazador. La tensión aumenta. Se teme un nuevo enfrentamiento cuando Cohn-Bendit coge el micro. «Hacemos saber a los señores suboficiales», dice con sorna, «que hoy no nos vamos a pelear. Hoy vamos a dedicarnos a debatir lo que vamos a hacer. Nos veremos mañana, como de costumbre, a las 18:30 en Denfert-Rochefort». «Esta tarde», añade, «las JCR tienen un mitin, previsto desde hace mucho tiempo. Han decidido abrir sus puertas a todo el mundo. La discusión continuará al í».

A las 21:00, la gran sala de la Mutualidad se encuentra abarrotada. Todos los grupúsculos están representados y toman sucesivamente la palabra. En la tribuna, Ernest Mandel hace ostensibles demostraciones de afecto a Daniel Cohn-Bendit, quien todavía no ha digerido la masacre de los kronstadtianos[95] y no demanda tanto.

Los discursos de los líderes de los grupúsculos son, como de costumbre, para morirse de aburrimiento. Ni siquiera Dani está en forma. La gente está a punto de dormirse cuando sube a la tribuna un orador prácticamente desconocido. Moreno, de mirada viva y verbo fácil, Jean Louis Péninou va a pronunciar el discurso esperado por los inorganizados.

«Es una suerte», comienza diciendo, «que finalmente el Gobierno no retrocediera ayer por la noche ¡ya que también nosotros habríamos retrocedido! Pese a su enorme capacidad de combate, el movimiento demostró hasta qué punto es vulnerable. Y así seguirá siéndolo mientras no nos organicemos. Todas las recuperaciones, todos los compromisos son posibles. [...] ¡No necesitamos un comité central de huelga, como reclama la FER! El papel de comité central de huelga ya lo desempeñan, de momento, la UNEF y el SNE Sup. Lo que necesitamos son comités de base, para organizar la unidad de la base en la acción y, sobre todo, para organizar la acción. Esta acción se debe contemplar teniendo en cuenta el origen y desarrollo de la lucha. Es preciso distinguir varios niveles de conciencia política y de motivaciones en el compromiso. Por ejemplo, muchos de los trabajadores jóvenes se han unido a los estudiantes por su odio a la poli. Hay una convergencia entre la revuelta estudiantil y la revuelta juvenil, uno de cuyos aspectos es el fenómeno de los blousons noirs*. En la calle, junto a los estudiantes, los jóvenes trabajadores han podido responder, por fin, a las agresiones policiales que padecen cada día. [...] Es bueno que las JCR hayan decidido abrir su mitin a todos los movimientos y estudiantes revolucionarios. Sería bueno que los demás movimientos evitaran tomar iniciativas que se apartaran del movimiento en su conjunto. Propongo la anulación del mitin de la FER previsto para mañana y que sus militantes acudan junto a los demás estudiantes a la manifestación de Denfert-Rochereau»[96].

LA GRAN NOCHE

19. ESPERANDO EL ASALTO

Bajo los castaños en flor del bulevar Arago marchan tres mil estudiantes de secundaria. Congregados en la plaza Gobelins en respuesta al llamamiento de los comités de acción de los institutos, han leído, entre otras, la siguiente octavilla:

En la secundaria, se os llena cual odres, de cosas inútiles... y útiles, se os ceba de saber y de vacío. [...] Estudiantes de secundaria: tenéis dieciséis, diecisiete, dieciocho años. A esa edad pose mos todas las neuronas y todos los dientes, somos perfectamente aptos para participar en la vida de la ciudad, esa vida que vuestros institutos, vuestros profesores se dejan tan a menudo en la puerta. ¡SABED ACTUAR PARA HACERLA ENTRAR! [...] Vuestros «viejos» lucharon por amaneceres cantarines pero en lugar de canciones lo que resuena desde hace algunos días es la polca de los palos blancos. ¿Acaso vais a dejar que los empalagosos cantos de Sheila o Adamo silencien los gritos de vuestros compañeros apaleados? ¿Acaso vais a seguir siendo «espíritus complacientes» mientras vuestros cuerpos son pisoteados y vuestros espíritus e inteligencias machacados? ¿Acaso vais a permanecer aún mucho tiempo refugiados en el infantilismo que os convertirá en eternos «retrasados» y, dentro de poco, en los desechos de una civilización naciente para la que no estaréis preparados? [...] ¡Actuad, estudiantes de secundaria, vuestro futuro lo merece![97]

En el camino, la pequeña troupe va engordando –aunque algunos institutos, como el Turgot por ejemplo, hayan secuestrado prácticamente a sus alumnos–. Por su parte, la policía ha recibido órdenes de evitar el enfrentamiento y se mantiene a una distancia

prudencial de estos chicos y chicas jóvenes y furiosos. Los sigue por las calles paralelas hasta Denfert-Rochereau, donde los cinco mil adolescentes desembarcan a las 17:25. Al í se suman los adultos que han respondido al llamamiento de la UNEF, el SNE Sup y los grupúsculos. Falta la FER. Pese a la propuesta de Jean Louis Péninou, esta celebra su mitin por separado. Su consigna es «reunir a cinco mil jóvenes en el Barrio Latino». En tres días serán quinientas mil personas las que participarán en la manifestación y no precisamente gracias a la FER.

El «enemigo interno» pronuncia discursos apasionados y palabras incendiarias al pie del León de Belfort, monumento erigido en memoria de la Defensa Nacional. La multitud abarrota ya las aceras, bloquea la circulación. Algunos jóvenes con brazaletes rojos en los brazos ordenan el raudal de coches. Y es tan evidente que disfrutan haciéndolo que el observador poco sensible a los encantos de la policía, incluida la revolucionaria, se queda perplejo. Pero como muchos de los participantes han tomado la precaución de proveerse de transistores de radio portátiles, este espectáculo digno de preocupar se olvida en seguida para pasar, de buena gana, a comentar el rumor que transmiten las estaciones periféricas. El próximo martes los sindicatos organizarán una gran manifestación. En general, la cosa se estima «insuficiente». «Mejor que nada», piensan los líderes estudiantiles, reunidos a esta hora para decidir el siguiente paso de los acontecimientos. ¿¿ SeabandonaelproyectoinicialdeiralaORTFareclamaren masa el derecho a la palabra. El PC se ha opuesto categóricamente y la policía ya ha cerrado el acceso a los puentes. La ocupación del Palacio de Justicia o del Ministerio de Justicia, dos objetivos sugeridos, se ha vuelto imposible salvo que se pretenda buscar un enfrentamiento de forma deliberada. Los dirigentes lo temen: las negociaciones iniciadas han de terminar en las próximas horas. Una nueva demostración de fuerza puede bastar para hacer ceder al Gobierno.

Ahora bien, la multitud, cada vez más compacta, no piensa lo mismo. Está firmemente decidida a vencer esta noche, tanto más cuanto que en el informativo de las 19:00, la RTL ha citado un sondeo IFOP según el cual cuatro parisinos de cada cinco se muestran favorables al movimiento estudiantil. En estas

condiciones, ya no es solo el gobierno el que está en tela de juicio, sino el mismo De Gaulle y, más profundamente aún, el Estado. Convencido de su legitimidad, el cortejo avanza por el bulevar Arago. Poco después de las 19:15 pasa por delante de la prisión de la Santé. Grita: «¡Liberad a nuestros compañeros!». Los brazos se agitan entre los barrotes de las ventanas. En la calle Monge se corea: «¡Somos un grupúsculo!». Frente a la Mutualidad estalla un «¡Todos somos judíos alemanes!». A las 20:30, la vanguardia llega al cruce Saint Michel-Saint Germain al grito de «¡El poder está en la calle!». La policía cierra el paso al segundo bulevar, deja libre el acceso al primero. Tras una rápida concertación, Alain Geismar conduce la manifestación hacia el Luxemburgo mientras Cohn-Bendit se desgañita en lo alto de un banco: «¡Esta tarde no hay servicio de orden!, ¡todo el mundo es servicio de orden!, ¡formad vuestras propias cadenas!». Una vez abortada la tentación de controlar la mani por parte de los grupúsculos y de la UEC, Dani vuelve a subir hacia la Sorbona donde se concentra el grueso de la troupe. La gente canta e incluso se intenta dialogar con el ejército policial que defiende la Universidad.

Élisabeth Brünner interpela a uno de esos evangelistas ingenuos:

–¡Déjalo ya, estás perdiendo el tiempo! ¡Dentro de un rato te estarán partiendo la boca!

–¡De eso nada! Hay que discutir... A fin de cuentas, si hacen esto es porque es su curro. No es culpa suya...

–Bueno, ya te irás enterando, pedazo de gilipollas.

Cien metros más arriba, la gente anda más espabilada. O, en todo caso, más decidida. La cabeza de los cortejos aglutina a una mayoría de, ahora ya, viejos combatientes. Algunos tienen viejas cuentas personales que ajustar con una policía que en el Barrio Latino nunca ha destacado por su ternura y delicadeza. La mayor parte de la gente solo tiene, no obstante, tres o cuatro batallas a sus espaldas. Pero se aprende rápido. Cada hora de manifestación equivale a un año de discusiones. Cada día de lucha hace más que diez años de militancia. El reformista del viernes es el enragé de hoy. El timorato del lunes es el batallador de esta noche. El manifestante del martes es el radical de ahora. El disgustado del

miércoles es el combatiente de este momento. Las porras han roto muchas ilusiones. Esto ya no es una cruzada infantil para nadie. El policía ha dejado de ser el padre incapaz de pegar a su hijo.

Acompañados por un par de amigos, Jean Yves Mignochon y William Panfield aparcan delante de las rejas del jardín del Luxemburgo. Se aburren. Tienen a su alcance una señal de tráfico. La arrancan y se ponen a golpear el suelo con ella. El primer adoquín se mueve. Jean Yves se deja las uñas para extraerlo de su cavidad. El segundo adoquín sale en seguida y todo el mundo a su alrededor se pone a recoger adoquines, a desadoquinar por desadoquinar –por hacer algo–. La idea de construir una barricada, una de verdad, como en el siglo pasado, no se le ocurre todavía a nadie.

A algunas decenas de metros de ahí y separados por una multitud densa, Claude Frèche y Claude Boulanger, ex obrero de la Renault y ahora cantante callejero, oyen los golpes sordos de los adoquines que se están arrancando. Una mirada cómplice, una verja de árbol arrancada y los adoquines comienzan a amontonarse a sus pies. Dos o tres vecinos se han puesto a echar una mano, cuando aparecen, amenazadores, unos militantes de la UEC. «¡Ninguna provocación!», gritan. Aunque sin entender qué derecho se arrogan estos tíos a prohibirles nada de nada, los dos desadoquinadores ceden por espíritu de conciliación. Se piran y van a dar con una calle Gay-Lussac ya medio desnuda, donde aflora una arena amarilla, bella, insólita. Killian Fritsch, antiguo alumno de una escuela de ingeniería además de gran lector de Marx y de Karl Korsch, pasa por ahí. «Bajo los adoquines, la playa», piensa. E inscribe el fruto de su inspiración sobre una gran pared blanca. Dos años después se tirará a las vías del metro en la estación Gaité [alegría].

Pero no es precisamente de alegría de lo que carece en estos momentos la multitud, activa como un termitero. A las 20:55, un mensajero llega corriendo al SNE Sup. Confirma la información de la despavimentación, al mismo tiempo anunciada por Europa 1, y añade: «Hemos perdido el control de la situación en la parte alta del bulevar Saint Michel, delante del Luxemburgo»[98].

Alain Geismar se encuentra sobre el terreno, completamente dedicado a calmar a un Jacques Sauvageot resentido por no haber

sido esperado cuando, a su juicio, las negociaciones conducidas por Sarda, gaullista de izquierdas y, sin embargo, abogado de la UNEF, van por buen camino. Sintiendo la inminencia de la victoria, preocupados de no arriesgarla con un nuevo enfrentamiento y poco deseosos de desmovilizar a una masa por otra parte decidida a no obedecer más que a su propio criterio, los dos hombres lanzan la consigna de ocupar el Barrio Latino. A las 21:06 emprenden un periplo entre las treinta mil personas concentradas. «Quedaos en el sitio. Ocupad las calles lo más ampliamente posible. Poneos cómodos y tomad todo el espacio necesario. Estamos creando un punto de reunión donde invitamos a la población a unirse a nosotros».

Daniel Cohn-Bendit tampoco se queda a la zaga. Al llegar a la plaza de Edmont Rostand, le basta una ojeada para hacerse una idea de la situación. Completamente decidido a evitar los disturbios, se ve una vez más arrastrado por una troupe más radical que él. «Ocupad el Barrio Latino», dice, «toda la noche si es preciso, hasta la satisfacción de todas nuestras reivindicaciones». Incapaz de encontrar una propuesta mejor, las JCR se limitan a elaborar un poco más la forma de la consigna: «Asediemos a los asediadores», dicen[99]. Pero lo cierto es que los diferentes lemas no hacen más que ratificar las iniciativas tomadas por la masa. Los metros cuadrados desadoquinados comienzan a contarse por centenas. En las cadenas tentaculares, los cubos de granito pasan tan velozmente de una mano a otra que es como si volaran, para terminar apilados en unos montones cuya ubicación solo ha sido determinada por el hecho ineludible de que toda cadena tiene su final.

En el frenesí de su acción, la multitud se funde en un ser único. Sus sesenta mil brazos, su corazón puesto a trabajar, le dan, por una vez, tanta cabeza como corazón. Apilar adoquines al azar es una idiotez. Hace falta un plan. O una táctica, al menos, pues la estrategia todo el mundo la elabora ya que son sus enemigos quienes la determinan.

En la calle Le Goff se levanta la primera barricada. A las 21:55 la radio da la noticia. El modelo se populariza de forma inmediata. Se cree que es defensivo pero es ofensivo en el sentido de que supone una ofensa imperdonable al poder. Cohn-Bendit se huele el quid pro

quo en seguida. Solo lo mueve un pensamiento: los exaltados, y no son pocos, no deben atacar. Si lo hacen, será la masacre y, como poco, el fracaso de las negociaciones. Se va corriendo a la calle Le Goff, punto neurálgico: «Fui dos veces para calmarlos y dejamos al í dos delegados que entablaron con ellos una discusión política. En esta barricada había, sobre todo, jóvenes trabajadores, y uno de ellos me dijo: "Vosotros tenéis vuestros problemas de estudiantes. Seguramente conseguiréis obtener vuestros 'tres puntos'. Pero nosotros también tenemos nuestros problemas y necesitamos disponer de todo el tiempo que haga falta. Entonces, incluso si el Gobierno cede a vuestros tres puntos, no deis la orden de dispersar. ¡Hay que seguir resistiendo, por los otros, para nosotros!"»[100].

Todo el mundo está decidido a resistir. La gente rebosa de alegría en un territorio reapropiado con el consentimiento de los vecinos del barrio. Un poco más tarde se cantará La Marsellesa. Continuamente maravillada de su osadía, perpetuamente regocijada por una fraternidad tangible, incesantemente exaltada por su propio poder, la multitud se muere de alegría, de una alegría inesperada. Y sobre este vasto campo ferial edifica, en su propia gloria, un inmenso monumento en forma de castillo. Saca jugo hasta de la angustia generada por la idea del probable enfrentamiento, que intensifica sus sensaciones y su acción. Todo el mundo quiere hacer algo. Se trata de tener la idea más ingeniosa, la imaginación más ágil, para transportar, edificar, poner trampas. Se destruye para construir. Se construye para destruir. Es un hormiguero arrastrado por su propio impulso. En todas partes se extraen adoquines. La multitud se desinhibe para inhibir el tiempo, ocupándolo. Estamos viviendo la eternidad. La masa lo siente. Y se mueve en todas direcciones, de un extremo a otro de su imperio minúsculo. Mariposas en la lámpara, dándose con todo y con todos. Nos hace mucho bien atravesar el pasado y reencontrarnos con el futuro en el terreno del presente, palpable al fin, vivo como nunca. Nos tranquilizamos mutuamente. Nos animamos mutuamente. Soñamos despiertos. Absorbemos las noticias como esponjas, volvemos a escupir aún más lejos los rumores. Hablamos más a gusto con desconocidos que con nosotros mismos. A los amigos, surgidos milagrosamente del pasado –porque ahí están todos, jóvenes y viejos, padres e hijos– , les dirigimos una mirada cómplice. A los «profes», presentes como en un té inglés, les hacemos un gesto de

connivencia. Ante los premios Nobel, Jacob, Kastler, Monod, no podemos dejar de sorprendernos. Y por encima de todo esto flota un heroísmo tan anticuado como impresionante. Ernest Mandel visita Austerlitz con algunos gruñones de las JCR. Poco le falta para tirar de alguna oreja. Pero su mirada brilla de felicidad. En la calle Thouin, un padre anima a su hijo, a su parecer, demasiado timorato: «Pero vete, ¡por Dios! ¡Que tienes razón!». Y acto seguido se remanga el pijama de rayas y grita: «¡Bajo [contigo]!».

Ya no sabemos donde estamos. Es demasiado humano. Los ojos comienzan a humedecerse adelantándose a los lacrimógenos. Es demasiado prosaico. Todo se desarrolla de una forma tan obvia, tan sencilla, tan natural, que cuesta identificar la escena. ¿Revuelta? ¿Revolución? Pero la «gran noche» es cosa de los libros. Aquí estamos viviendo. Aquí solo con vivir desbaratamos la autoridad tanto como la calle, destruimos la mercancía tanto como los coches, nos cargamos el poder del dinero tanto como las obras de este París ahora descubierto en manos de los promotores. Además, una revolución exige planes, jefes, estrategia, táctica, orden, sangre, sudor y lágrimas. Aquí, a parte de sudor, no hay casi nada de eso. O quizá esto es tan completamente diferente de lo que habíamos imaginado que se vuelve irreconocible. En definitiva, no está claro. No es evidente. Seremos devorados: «La sociedad es una planta carnívora», «Corre, compañero, el viejo mundo te pisa los talones», se escribe a toda prisa en las paredes como para conjurar el sortilegio.

Pero a las 23:30, cuando Europa 1 informa de la existencia de cincuenta barricadas erizando el Barrio Latino, es preciso rendirse a la evidencia: ningún Estado digno de ese nombre podría quedarse de brazos cruzados ante la insurrección de un barrio de su capital. La ley tendrá que imponerse. La dimensión del simulacro es demasiado grande para que el Estado pueda fingir, una vez más, interpretarlo como tal. De lo que no cabe duda es de que ahora va a terminar con nosotros. Y nuestra Gran Noche es esta noche. Aunque no lo hubiéramos deseado.

Jean Lancelot se acuerda de la guerra de España. Alain Geismar piensa en las barricadas de Argel. En cuanto a Daniel Cohn-Bendit, se empeña en evitar el drama: «Hace un momento, un tipo ha

venido con un plan diciéndome “Hay barricadas aquí y al í” y le he respondido “Asegúrate, sobre todo, de que podamos salir huyendo por detrás”. (Más tarde) tres chavalillos han venido a verme y me han dicho: “Te estamos protegiendo”. Y mis guardaespaldas no se han separado de mí en toda la noche. Era divertido, en cuanto alguien me jorobaba: “Dejadlo tranquilo. Tiene algo importante que hacer”»[101].

20. NEGOCIACIONES EN TODOS LOS NIVELES

En la cúspide estarían encantados de poder desbaratar los juegos de los de abajo. Pero el aparato, enloquecido, es incapaz de encontrar una solución. Vacila a cada paso y ni siquiera se atreve a despertar al general De Gaulle.

Por su parte, Alain Geismar no duerme. Después de haberse negado a la petición de los comunistas de ordenar el desmantelamiento de las barricadas, así como a la sugerencia de Sauvageot de esperar los resultados de la negociación con el poder en los locales de la UNEF, se instala en una de las unidades móviles de la RTL[102]. Fuera de antena tiene la primera discusión con Sarda. El abogado pide paciencia: «Esperad», viene a decir sustancialmente, «el gobierno aún no está completamente decidido a ceder. Pero se le ve debilitarse. Si no hay provocaciones, el resultado favorable está asegurado». De forma inmediata y de acuerdo a su voluntad de abolir el secreto de las negociaciones, Geismar hace pública la noticia, velando por no desmovilizar el movimiento.

Mientras tanto las negociaciones se desarrollan a todos los niveles. James Marangé, de la Fédération de l’Éducation Nationale [Federación de la Educación Nacional], y Jean Daubard, del Syndicat National de Instituteurs [Sindicato Nacional de Profesores de primaria], se ven con el Ministro de Educación. Permanecen reunidos en su casa desde las 19:00 hasta las 20:00 para aislar a Cohn-Bendit de Geismar y Sauvageot. Louis Joxe negocia al mismo tiempo con Sarda, que no es solo abogado de la UNEF sino también de Cohn-Bendit: «Es imposible», dice Joxe a Peyrefit e, «abordar dos

negociaciones paralelas. El rector Roche invita a una delegación del SNE Sup y de la UNEF a acudir a verlo. Es preciso que, a la salida, los propios delegados anuncien: “Estamos de acuerdo en los tres puntos y en las contrapartidas”».

Pese al fracaso de las negociaciones entabladas de las 22:00 a las 23:00 entre Geismar y el vicerrector Chalin[103] a través de la RTL, cabe esperar que el encuentro de la Sorbona será positivo. A las 23:15, Europa 1 anuncia la entrada de policías en el rectorado. A las 00:35, la RTL señala la llegada de la delegación estudiantil. Diez minutos después, Europa 1 vuelve a emitir para precisar que Daniel Cohn-Bendit forma parte de la delegación recibida por el rector Roche.

Joxe y Peyrefitte escuchan el «flash» informativo. El segundo se abalanza sobre el teléfono:

–Señor rector, ¿qué ocurre? No entiendo nada. Habíamos convenido que recibiría a la UNEF y al SNE Sup. ¡Y está usted discutiendo en su despacho con Cohn-Bendit!

–Roche: ¿Qué dice usted, señor Ministro? Eso es imposible.

–Peyrefitte: ¿No tiene en frente a un chico achaparrado, con greñas, de cara redonda y pecosa?

–Roche: Pues sí, efectivamente, señor ministro...

–Peyrefitte: Señor rector, ¿sería posible proseguir esta conversación desde otro despacho?

Cambio de estancia y decorados.

–Roche: Es un malentendido espantoso. ¿Qué podemos hacer ahora?

–Peyrefitte: Le aconsejo zanjar la conversación lo más rápido posible. No serán precisamente sus invitados quienes darán la orden de desmovilizar[104].

El ministro se equivoca. Dani aboga en este sentido desde hace un rato: «Abra la Sorbona. Haré traer unas orquestas. Bailaremos toda la noche. Estaremos de fiesta. No pasará de ahí»[105]. Pero frente a la

negativa por respuesta, endurece su posición. A la 01:57, al salir del despacho del rector donde Alain Touraine y Jean Loup Motchane lo habían introducido disimuladamente, Dani declara: «No hemos negociado nada. Hemos dicho: lo que está pasando esta noche en la calle demuestra que una buena parte de la juventud se expresa contra cierto tipo de sociedad. Hemos dicho que para evitar un derramamiento de sangre es preciso que todas las fuerzas de policía salgan del Barrio Latino y que mientras nuestras exigencias no se vean satisfechas, los manifestantes se mantendrán, con toda certeza, detrás de sus barricadas»[106].

Ha llegado, por lo tanto, la hora de la represión. Los esfuerzos de los profesores Touraine, Monod, Kastler, Jacob y Schwartz, así como los de René Capitant, diputado gaullista de izquierdas del distrito V, ante Bernard Tricot, secretario general del Elíseo, serán inútiles. La hora del padre bueno ha terminado: es la hora del padre fustigador.

Entre las filas de las fuerzas del orden, este momento se estaba esperando con una impaciencia creciente. El prefecto de Policía lleva bastante tiempo insistiendo para obtener una autorización de ataque. Tiene que relevar a sus unidades a las 02:00 y remplazarlas por tropas frescas. Esto llevará tiempo. Ya no podría prometer la reconquista del Barrio Latino antes del amanecer. En sí mismo, este hecho significaría, a nadie le cabe duda, una derrota. Pero Grimaud piensa que, pese a la fatiga, los hombres que están ahora de servicio podrán hacer el trabajo. De hecho, más vale darse prisa pues los signos de desobediencia se multiplican. A las 00:30, dos coches de policía han tenido bastantes problemas para librarse de la multitud concentrada en la parte alta del bulevar Saint-Michel. Un poco más tarde, de acuerdo a Europa 1, una columna de CRS que pasaba por delante de las barricadas levantadas en la entrada de la calle Gay-Lussac, ha lanzado una ráfaga de gas lacrimógeno e incluso ha cargado, en vano, contra el primer obstáculo. «En algunas unidades, los oficiales retiran toda la munición a sus hombres, armados con lanzagranadas. Aunque, por otra parte, unos camiones repletos de cajas llenas de bombas lacrimógenas llegan, cuidadosamente cubiertos con lonas, a la comisaría del Panteón, donde se ha organizado un depósito que alimentará a las unidades durante toda la noche. En unas pocas horas se van a utilizar más de veinte mil

bombas»[107]. A las 02:18 las tropas de policía se ponen en marcha. Primero limpian el bulevar Saint- Michel, cargándose por el camino las barricadas de las calles Vaugirard y Médicis. A las 02:35 están al pie de la primera barricada de Gay-Lussac, esa calle que Haussmann hizo atravesable para facilitar la represión de las insurrecciones en un barrio turbulento. Dos minutos más tarde, precedidos de un diluvio de bombas de gas lacrimógeno, granadas de humo y bombas de gas cloro[108], los CRS avanzan pertrechados de escudos, fusiles y porras.

21. EL ATAQUE DE LA CALLE GAY LUSSAC

Sin embargo, la conquista de la primera barricada les costará trece largos minutos. Los CRS están desatados y apuntan a las ventanas desde donde se les bombardea con tiestos. La señora Nabokov observa la escena. En un momento dado, inquieta por la bestialidad de las fuerzas de policía, telefoneará a su padre Louis Joxe, primer ministro provisional[109]. Al ruido de las explosiones se suma ahora el crepitar de los incendios. Las bombas han incendiado los primeros de los ciento ochenta coches que arderán esta noche. Fernand Choisel, reportero de Europa 1, transmite en directo: «Las bombas de [gas] cloro, ya que es necesario precisar que no se trata de las bombas utilizadas en las anteriores manifestaciones, [...] son bombas mucho más nocivas que las otras. Los estudiantes se protegen con pañuelos que, dato a señalar, les lanzan los vecinos [...], que también les tiran trozos de trapos o sábanas. [...] En el techo de nuestro coche, Jacques Sauvageot y sus compañeros dan instrucciones a sus efectivos»[110]. Lo releva su colega Alain Cancès: «La primera y la segunda barricada de la calle Gay-Lussac acaban de ser destruidas. El procedimiento seguido por las fuerzas de policía es el siguiente: lanzan bombas lacrimógenas que llegan extremadamente lejos, como si se tratase de un nuevo tipo de bengalas. Yo, personalmente, no las había visto jamás. Estas bengalas suben muy alto hacia el cielo y caen sobre los manifestantes del otro lado de las barricadas. La atmósfera es irrespirable, nos hemos encerrado en nuestro coche»[111].

Cinco minutos después, el viento cambia de dirección, devolviendo a la policía la terrible capa de gas que estaba asfixiando a los manifestantes. Estos vuelven al asalto y recuperan la barricada. A las 03:07, tres mil combatientes se concentran detrás de ella. Jean-Yves Mignochon ya tiene los ojos quemados. Martine Olivier, una espléndida mestiza de veinticinco años, camarera en un restaurante universitario, lanza con todas sus fuerzas unos adoquines tan pesados que nunca alcanzan su objetivo. Martine Fabien, nacida en una buena familia del centro de Francia, estudiante de letras, se muere de miedo pero no retrocede ni un milímetro. No tira adoquines: su primer intento estuvo a punto de saldarse con el aplastamiento de uno de sus propios pies. 03:15: RTL informa de un ataque imponente de la policía, precedido de un nuevo diluvio de bombas. Desde las ventanas, los vecinos del barrio echan cubos de agua. Los gases, un poco diluidos, se pegan en el suelo. La atmósfera se hace menos irrespirable. Las barricadas arden en la esquina de las calles Royer-Collard y Gay-Lussac. La construida en el callejón de Roger-Collard resiste aún pero, como alguien advierte, se encuentra a merced de un ataque kamikaze de Raymond Aron, ¡que vive en el último edificio de la calle!

La multitud se desgañita gritando: «¡CRS, SS!», «¡Liberad a nuestros compañeros!». Se canta La Internacional a grito pelado, con las voces cascadas, desgarrándose los pulmones saturados de gas. Fernand Choisel, en la onda de Europa 1: «Puedo explicaros las explosiones que acabáis de escuchar. Son una suerte de bombas destinadas a incendiar barricadas. La mayoría de las barricadas han sido efectivamente construidas con madera. [...] Los incendios han sido provocados por las fuerzas de la policía»[112].

Ya hay muchos heridos, quemados y contusionados, así como personas intoxicadas por el gas. Sauvageot recuerda en el micro de Europa 1 que «nuestro objetivo es mantenernos todo el tiempo posible en el Barrio Latino y mientras podamos quedarnos, nos quedaremos». Daniel Cohn-Bendit lo interrumpe sin miramientos: «...¡Mierda, mierda, es importante! ¡Pásame el micro! ¡Dame, rápido! ¡Venga, déjate de rollos!...»

Cohn-Bendit: «Escuchad, cojo el micro porque vengo de la primera barricada. La policía está lanzando ahora bombas de gas cloro y de

todo. Es evidente que los manifestantes no podrán resistir mucho tiempo. Solo que, teniendo en cuenta la disposición, la táctica de la policía, tampoco podrán replegarse. Esto significa que, una de dos, o bien la policía está dispuesta a asumir una masacre peor que la de Charonne, o bien se retira y acaba con su carnicería, porque esto es incomprensible. La ocupación del Barrio Latino no había tenido hasta ahora ningún incidente: es la policía la que ha generado el conflicto atacando con sus lanzagranadas de cloro. Es decir, en estos momentos, una de dos: como los manifestantes no pueden retirarse, o bien una masacre y peor que la de Charonne, o bien la policía se detiene...»

Alain Geismar sucede a Dani: «Comparto completamente el análisis de Sauvageot. Tenemos una idea: abandonar las barricadas débiles y resistir en las fuertes. Es evidente que, ahora, el gobierno puede decidir entre masacrar a los profesores y a la juventud universitaria o hacer que sus polis se retiren de inmediato».

Jacques Sauvageot retoma la palabra: «Estoy totalmente de acuerdo con Geismar»[113].

22. LA BARRICADA INVENCIBLE

La calle Gay-Lussac está cerrada por ocho barricadas más o menos sólidas. En el cruce entre las calles Ulm, Claude-Bernard y Feuillantines, una de ellas, enorme, asegura la retaguardia del dispositivo defensivo estudiantil. En la obra de construcción del nuevo edificio de la École Normale Supérieure, los manifestantes han encontrado todo el material necesario. Las barracas de la obra han sido arrastradas hasta la mitad de la calle. Se han apilado vagonetas metálicas, mesas, sillas, piedras, tubos de acero. Se han tendido trampas. Hilos de hierro a ras de suelo, clavos sembrados en la no man's land, aceite vertido sobre el asfalto, gasolina derramada por todas partes. Una imponente columna de CRS viene a tantear el dispositivo. Se la provoca sin cesar con gritos de «¡Acercaos, esclavos!». En balde. Impresionados, los CRS dan media vuelta. Su retirada indecorosa se festeja descorchando unas botellas

de vino encontradas en la obra. Pero esas botellas no son lo único que se ha birlado a los proletarios. La gente también se ha colocado sus cascos de obra. Hasta se han puesto en marcha las excavadoras. Sus conductores suscitan una admiración general. «Los obreros están con nosotros» es la conclusión un tanto precipitada a la que se llega, pues a todos nos parece imposible que unos intelectuales sean capaces de pilotar estos monstruos mecánicos. Y mientras se canta La Internacional, esta noticia es transmitida por los mensajeros que van y vienen sin cesar entre las cuatro esquinas del cuadrilátero insurrecto. Tranquilizan a los defensores: «No hay nada que temer. Estamos bien protegidos por todas partes. Podemos resistir toda la noche».

¿Pero la pequeña cabra de Monsieur Seguin[114] resistirá de verdad hasta el alba salvadora que ahuyentará los lobos?

La angustia se combate comiendo. En la calle Thuillier, una pareja de porteros descorcha unas botellas y distribuye bocadillos entre los combatientes, cuyas facciones esculpe la fatiga. Se habla todo el rato. Se explica sin tregua. Se canta sin desfallecer. Se grita sin reblandecerse. Y, quizá para mantener la ilusión, se oculta lo que hacia las 4 de la mañana parece ya algo irrefutable: no se podrá resistir durante mucho tiempo. Una tras otra, las barricadas de la calle Gay-Lussac son derribadas por la policía. Los manifestantes retroceden en desorden hacia la última barricada. Jean Lancelot está completamente decidido a resistir, cueste lo que cueste. Cuando unos enfermeros voluntarios piden la apertura de un paso que permita la retirada, su primera reacción es oponerse a ello. Pero el número de heridos crece. Muchos han resultado heridos al atravesar las barricadas anteriores. Resultan tan peligrosas que no queda más remedio que resignarse a abrir una brecha. A través de ella, muchos manifestantes se apresuran a huir de la policía que (¿de forma calculada o por estupidez?) ha dejado libre el flanco sudeste.

Las bombas caen ya abundantemente sobre los últimos defensores de la barricada. Las lanza una escuadra de Guardias Móviles que acaba de retirar, no sin esfuerzo, la barricada levantada en la calle Abbé de l'Épée por unos macarrillas de Saint Denis o Saint Ouen, no se sabe bien. Aquí nos estamos asfixiando. Es necesario reaccionar.

Muchos se refugian en Ulm, donde los maoístas han convertido la École Normale Supérieure en un bastión. Pero una docena de valientes se unen con la esperanza de sorprender a la policía por su retaguardia. Con los bolsillos repletos de pernos y canicas de acero, pasan por la calle Ursulines, tirachinas en mano. El ataque fracasa. Pegados a la muralla, los policías resisten. Los estudiantes cargan contra ellos, adoquines en mano. El cuerpo a cuerpo se evita por los pelos. Los policías responden con un fuego copioso. Los insurrectos renuncian a esta táctica. Jean Lancelot se niega, sin embargo, a abandonar el combate. Colette Mouzard está seriamente intoxicada. Ha peleado como una leona y ya no puede más. Fuerzan una puerta cochera, suben los escalones de cuatro en cuatro y desembocan en los tejados. Al í se encuentran con tres o cuatro desconocidos. En las casas vecinas, al alba pálida de un día gris, se distingue a otros combatientes. En la azotea de la École de Mines hay un jaleo tremendo. Una tormenta de piedras, botellas y escupitajos cae sobre los policías que acosan a los estudiantes en la calle. Todo aquel que tenga las manos sucias es vapuleado sin piedad, obligado a quedarse con las manos en la nuca. Arriba, la rabia hace echar espuma por la boca. Se arrancan las tejas y se lanzan sobre los verdugos. Descienden sibilantes y cortantes como cuchillas de afeitar. Muchos agentes se desploman, ensangrentados. Rodilla en tierra, una compañía de Guardias Móviles apunta con sus fusiles en dirección a los rebeldes e incluso recibe la orden de cargar, a la que renuncia justo antes de abrir fuego.

23. ÚLTIMOS COMBATES EN LA PLAZA DE LA CONTRESCARPE

Es un milagro que la calle Gay-Lussac haya sido derrotada sin dejar muertos[115]. Sin embargo, el combate no cesa. Una bolsa de resistencia aguanta todavía en el barrio de la plaza Contrescarpe. Al í van a tener lugar unos combates muy duros de las 03:42 a las 05:25, reveladores de la sobreestimada reputación de una policía cuyo jefe de esa época se ingenia en presentar como especialmente hábil y eficaz.

Tras haber deambulado durante largo rato por el barrio insurrecto,

los pasos de Maurice Mafils lo llevan de forma natural a esa plaza donde acostumbra a estar. Al llegar a la calle Thouin se encuentra con Mayence, un militante de Voix Ouvrière: «Bueno, tío», dice el uno, «¡vaya movida! ¿Tú entiendes algo?», «¿Y tú?», contesta el otro, «¡Marx no nos sirve de mucho!». Se separan entre risas y se dirigen hacia unos amigos afanados en bloquear las calles Thouin, Blainville, Descartes y Tournefort. Tras ellos, Pierre Arènes se empeña en cerrar la calle Irlandais. Pero como nadie quiere unirse a él para proteger esta pequeña calle sin importancia, este abandona su empresa aun a sabiendas de que esta vía permitirá a la policía tomar por la retaguardia todo el sistema de defensa, desde la Contrescarpe a la calle Gay-Lussac. «Contra la voluntad de las masas», filosofa con amargura, «no hay nada que hacer. Ojalá un milagro haga olvidar a la policía esta calle libre». ¿¿ EnlaplazaThouinsecreangruposdecombateenfunciónde las afinidades políticas. Hay anarquistas, trotskistas de diversas tendencias, maoístas, inorganizados. Todos hacen lo que pueden y contribuyen a reforzar las defensas. En la esquina de las calles Tournefort y Pot de fer, se usan rejas de tiendas y chapas onduladas cogidas de una obra. Los asaltantes tendrán que escalar por estas superficies lisas. Antes de que logren hacerlo, los adoquines almacenados a montones caerán sobre sus cráneos. Eso es lo que piensa Claude Frèche, quien llega hasta al í tras haberse cruzado entre las calles Ulm y Lhomond con dos policías uniformados, escoltados por unos guardaespaldas que les abren paso a golpe de: «¡Dejad paso, son plenipotenciarios!». Frèche, que ha identificado a estos guías tan raros como militantes de una organización trotskista, no ha podido contenerse y les ha escupido: un buen acelerón le ha permitido salvarse por los pelos de la furia de esos extraños «militantes».

A su lado, un joven desconocido se deja la piel. Con cuatro pelos en el mentón y unos ojos hundidos pero vivos, Francis Berbel aún se pregunta si todo esto no es más que un sueño. Obrero de las NMPP (Nuevas Agencias de Distribución de París), su trabajo consiste en pasarse ocho horas al día atando los paquetes de revistas que la empresa expide a todos los países del mundo.

En el taller, el sindicato CGT del Libro no ha hecho nada para atenuar el mosqueo contra «los gilipollas, hijos de papá que están armando todo este desmadre». En la residencia de jóvenes donde

vive, la misma canción. Pero él siente una atracción irresistible por el Barrio Latino. Esa noche ha decidido acercarse a ver qué es lo que está ocurriendo de verdad. Y se ha visto atrapado por la borrasca. Una sola idea ocupa su mente: «Lo que está pasando es formidable pero también es cierto que voy a salir tremendamente malparado». En estas condiciones, lo mejor es sacar todo el jugo posible a la ocasión. El azar ha sido lo que lo ha llevado a la calle Tournefort, perdido como estaba en el laberinto de un barrio desconocido. Acorralado por todas partes, solo le queda el enfrentamiento. Junto a los demás. Así es como se encuentra de pronto convertido, a su pesar, en revolucionario. Después de Mayo, su vocación se verá confirmada. Ya no volverá a poner los pies en la fábrica. Su suerte y su talento le permitirán vivir libremente y sin caer en la delincuencia, a diferencia de muchos otros jóvenes proletarios que se sumaron al movimiento y, desanimados por su final, sí terminaron desgraciadamente en ella. ¿¿ 03:42. Bajo las órdenes de Masson, el Comisario Principal, dos compañías de CRS llegan al cruce Thouin-Descartes. A las 04:05, bajo una lluvia de adoquines y chatarrería procedente de las ventanas y la barricada de la calle Descartes, esta es derribada... y permite a los asaltantes descubrir otra barrera que los desafía treinta metros más al á, en la calle Thouin. Los CRS se ven inmediatamente atrapados bajo los tiros de esta barricada. Retroceden desordenadamente. Con su astucia de soldados deciden tomar el obstáculo por la retaguardia. Corren hacia la calle Blainville. ¡Qué mala suerte! En esta callejuela empinada, una barricada los desafía aún más insolentemente que la otra. Avanzan de todas formas para salir inmediatamente disparados bajo una avalancha de toda suerte de proyectiles. En esta calle, casi todos los edificios están habitados por estudiantes o gentes «de izquierdas». Todo lo que se puede arrojar, es arrojado. «Una de mis compañías», escribe el comisario Masson, «lanzaba ataques incesantes en la calle Blainville mientras la otra hacía lo propio en la calle Thouin. En la calle Thouin nos repelían con cócteles Molotov»[116]. Los anarquistas hacen bien las cosas. En la calle Blainville, en una atmósfera que se podía cortar con un cuchillo, un pequeño grupo de CRS avanza hacia la no man's land. Un ataque vigoroso prorrumpe, de repente, de las puertas cocheras. Un CRS se queda aislado en medio de un ataque de insurrectos. No es capturado. Corre a todo trapo hasta alcanzar a sus amiguitos[117]. A las 04:23, viendo la imposibilidad de tomar estas malditas

barricadas, el ridículo jefe pide refuerzos y, cada vez más sutil, sugiere lanzar un ataque desde la calle Estrapade, en la retaguardia enemiga. Al colega encargado de esta misión no le inquieta demasiado ocuparse de la barricada que bloquea la calle Ulm a la altura de la calle Estrapade y de la, aún más temible, únicamente defendida por Pierre Arènes, en la calle Irlandais. Así, pues, da la vuelta valientemente al barrio y desembarca, señorial, en la plaza Contrescarpe. En el camino echa abajo una barricada abandonada en la calle Lacépède. Fortalecidos por estas diversas hazañas, los dos genios militares se ponen de acuerdo y en seguida diseñan un plan: rodearán al enemigo por la calle Tournefort, pasando por la calle Pot de Fer.

Dicho y hecho. Cinco minutos después han recibido una tunda memorable. Sin un solo herido, el campo insurrecto canta victoria ruidosamente. Golpe de silbato, segundo asalto. Los CRS ya no muestran tanto entusiasmo. Setenta adoquines bien atinados los convencen de lo absurdo del ataque frontal. En cuanto a los jefes, estos tardarán cuatro o cinco asaltos más en llegar a la misma conclusión. Envían entonces un pequeño destacamento de sus hombres que, por la calle Lhomond, encontrará por fin el camino hacia la retaguardia de esta orgullosa barricada. Estos hombres aparecen de pronto, obligando a los defensores a dar media vuelta y a retirarse ante este doble ataque. Los insurrectos se dispersan por las casas desde donde se les lleva invitando a refugiarse desde el principio de la batalla. Herido de levedad, Francis Berbelles acogido por un periodista de Paris-Jour. Claude Frèche llega por los tejados hasta la calle Blainville, donde se sigue resistiendo.

Encaramada a la barricada, Mado Perrignon, veinticinco años, empleada, un metro cincuenta, cuarenta y cinco kilos. Intoxicada a muerte, con unos pañuelos en la nariz, llorando a lágrima viva e impulsada por una rabia indescriptible, se enfrenta sola, con una piedra en cada mano, a una compañía de CRS. Desde que la gasolina se acabó, las botellas lanzadas desde las ventanas van rellenas de agua. Una vez absorbidos todos los depósitos de los coches, se han vaciado los de las motocicletas. Unos muros de llamas gigantescas han mantenido a la policía paralizada durante bastante tiempo. Pero ahora es el fin. En esta atmósfera envenenada no se puede resistir más de cinco minutos. Maurice Mafils, que pesa

casi el doble de Mado, se descuelga de la barricada, vuelve a encaramarse a ella, se descuelga una vez más. Otros siguen aferrados a la primera línea de la barricada y no retroceden. Ya solo les anima una esperanza. Hace un rato ha circulado un rumor: ¡llegan los obreros! «Treinta mil obreros están en las puertas de París, bloqueados. ¿Treinta mil? Pero, entonces, ¡esta noche será la revolución! La gente se echa a los brazos de unos y otros, todo el mundo se abraza. La noche ruge de alegría. En un rato ya solo se hablará de veinticinco mil. Bueno, es lo mismo. Y un poco más tarde de tres mil en Strasbourg-Saint Denis. Después, ya no quedará nadie. De hecho, Séguy lo ha dicho muy claramente: no se moviliza a la clase obrera a estas horas...»[118].

Ya no se puede resistir más. Es demasiado duro. A las 05:15, los CRS toman la calle Blainville. Diez minutos después, «ya podía anunciar», escribe el comisario Masson, «que habíamos terminado con las dos barricadas de la calle Thouin y con la de la calle Blainville»[119]. Si el comisario Masson hubiese sabido al menos leer en un mapa, habría tomado el barrio en menos de cinco minutos. Por no mencionar la travesía que une la calle Mouffetard con el número 11 de la calle Tournefort, por donde podía haber hecho pasar cómodamente a sus tropas tomando por detrás las cuatro barricadas irreductibles, o la calle Clotilde, que bordea el instituto Henri IV y estaba absolutamente libre, por donde podía haber hecho llegar los refuerzos pedidos al Panteón.

Sea como fuere, los últimos defensores se repliegan apuradamente en los apartamentos amigos. En casa de Élisabeth Brünner, en la calle Tournefort, nos apiñamos unos veinte. En las ventanas de los edificios, movimientos imperceptibles de cortinas. Ojos estupefactos y atemorizados observan cómo los policías se ensañan con los estudiantes, así como algunos años atrás iban a la caza del árabe[120]. El cinismo del prefecto de Policía le permite escribir en sus memorias: «La violencia es el precio que pagamos por negarnos, de una y otra parte, a matar»[121].

«Es un milagro que no haya muertos», se comenta en la calle Tournefort con el alma encogida. Y, más cansados que nunca, contemplamos el cinturón de gas cloro que rodea con su sucio halo verdoso la cúpula del Panteón.

LA CRISIS ESTÁ MADURA

24. NEGOCIACIONES DEL MOVIMIENTO CON LOS SINDICATOS

Daniel Cohn-Bendit anuncia la retirada: «En vista de la crueldad de la represión policial», declara a las 05:45, «los combates de retaguardia no son necesarios». Si Dani hace hincapié en la brutalidad de las fuerzas del orden es porque presiente que la indiscutible derrota militar sufrida esta noche por los contestatarios va a transformarse en una victoria política. La violencia ejercida por la policía cuando ya nada la justifica provoca una toma de conciencia general de la naturaleza del Estado.

Por la mañana, la fracción de la población que no se ha pasado la noche enganchada a las emisiones en directo de las estaciones de radio periféricas, descubre, estupefacta, que el Estado del Bienestar escondía el Estado Policial. Es la caída de un mito, remplazado, una vez más, por una imagen exagerada de la realidad. Incontables relatos de abusos policiales transmitidos por periódicos y radios[122], imágenes televisadas de calles destripadas, barricadas lúgubres y coches incendiados, además de los primeros balances de heridos[123], sin mencionar los rumores sobre una decena de muertos[124], provocan ese acceso de mala conciencia que tanto se echó en falta en la época de las auténticas masacres perpetradas en Argelia, pero también en París, durante los primeros años de la década.

Sea como fuere, hay un clima de gran emoción y Dani aprovecha para emplazar a las centrales sindicales a lanzar una orden de huelga general para el lunes 13 de mayo. Una vez hecho esto y con su profecía del martes a punto de cumplirse, se retira a descansar en casa de un viejo militante anticolonialista que está preparando el segundo número del periódico Action.

A esa misma hora, Alain Geismar, primero replegado en la École Normale Supérieure, llega, a través de caminos clandestinos, a su

laboratorio de física en la calle Lhomond. Está agotado e inquieto. ¿El poder va a sacar al ejército? ¿Dará orden de disparar? No tiene respuestas para estas preguntas. Desde la entrevista con el rector Roche no ha habido ningún otro contacto con las esferas dirigentes. Telefonea a Fontaine. El secretario general adjunto del SNE Sup se ha pasado la noche en los locales del sindicato tratando de restablecer ese contacto. Fontaine y Geismar comparten el mismo sentimiento de victoria y de angustia. ¿Se ha ido demasiado lejos? ¿Podrá «olvidarse» el gobierno de inculpar a los líderes del movimiento? Única noticia positiva: la Fédération de l'Éducation Nationale afirma que el poder está dispuesto a negociar. Geismar acepta de inmediato. Pero ¿cómo salir del Barrio Latino? El sindicato de profesores de educación física organiza un comando. Alain Geismar llega así, boca abajo y en el fondo de un coche, a la sede de la FEN, donde a las 07:00 saborean la victoria.

Los dirigentes de la FEN están exaltados. Según hacen saber a Geismar, al menos dos instancias superiores les reclaman a voz en grito para negociar. Por una parte, y en nombre del Gobierno, el director de enseñanzas medias: «Ya no es tiempo de comadrear», replica Geismar, que se niega a reunirse con un subalterno, «El Gobierno es, como poco, el Ministro del Interior»[125]. Pero la hábil insistencia de los dirigentes de la FEN logra que su colega del SNE Sup reconsidere su decisión. Mientras, Georges Pompidou interviene desde Afganistán, de donde se dispone a regresar. Ordena que no se haga nada hasta su vuelta. En consecuencia, la reunión no tendrá lugar.

Por otra parte, CGT y CFDT esperan a Alain Geismar y a Jacques Sauvageot en la Bourse du Travail. Una reunión conjunta debe decidir sobre el carácter, amplitud, recorrido y fecha de la gran manifestación unitaria, ahora inevitable. A las 06:30, el buró político del Partido Comunista ha publicado una declaración titulada «¡Stop represión!», donde recoge por su cuenta las reivindicaciones estudiantiles. El PC declara además: «El grupo parlamentario comunista ha solicitado una convocatoria extraordinaria de la Asamblea Nacional. El Partido Comunista da y seguirá dando su apoyo total a la gran respuesta unitaria prevista por las organizaciones sindicales de obreros, estudiantes y profesores. El Partido Comunista propone una reunión de todos los

partidos de izquierda»[126]. En unas pocas horas, el PC ha pasado de la hostilidad declarada a un apoyo ampuloso al movimiento.

En efecto, en el L'Humanité que se lleva a imprenta tras el comienzo de las barricadas se puede leer que una de las características de la manifestación era «la desaprobación, por parte de un gran número de estudiantes, del comportamiento, al término de la marcha, de algunos grupos trotskistas y anarquistas que persisten en hacer de la violencia un objetivo y que no han dejado de criticar el carácter masivo y tranquilo de la manifestación del miércoles. [...] Con aún varios miles [de manifestantes] bloqueados en el bulevar Saint Michel, algunos se pusieron a extraer adoquines para la "respuesta". Al llegar a su altura y descubrir el espectáculo, muchos estudiantes desaprobarían su comportamiento»[127]. Pero en la edición especial de este mismo periódico publicada tan solo algunas horas después, solo se dice que «Con varios miles de manifestantes aún bloqueados en el bulevar Saint Michel, se erigen, por iniciativa de algunos grupos, las primeras barricadas»[128]. Este cambio de tono refleja la fluctuación de la dirección del PC. Este es el clima en el que Georges Séguy se dispone a reunirse con los líderes estudiantiles.

De nuevo protegido por los gorilas de la FEN, Alain Geismar llega sin dificultad a la Bourse du Travail. Georges Séguy y Eugène Descamps juegan a hacerse los ultrajados y le recriminan: «¿Por qué no nos has tenido al tanto de lo que estaba sucediendo?». Agotado y sin afeitar, Alain Geismar, bastante consciente de la relación de fuerzas inclinada a su favor, se permite ponerles secamente en su sitio: «Si tantas ganas teníais de hablar conmigo, la cosa no era muy difícil. Toda Francia sabía donde estaba... ¡solo teníais que haberos acercado a las barricadas!». Ninguno de los dos jefes sindicales insiste. Prefieren anunciar, como si de una hazaña se tratase, su orden ya lanzada de huelga general. «Gozaba», recuerda Geismar, «viéndolos tan patéticos». No le faltaban motivos para ello. No solo se habían visto obligados a hacer lo que no querían, sino que, además, lo habían tenido que hacer después del llamamiento lanzado por Cohn-Bendit. A los ojos de todos aparecían como unos oportunistas.

Tras la partida de sus jefes respectivos, ocupados, como se verá más

adelante, en tareas políticas urgentes, los negociadores de la CGT y la CFDT[129] se muestran coriáceos a las exigencias de los estudiantes. Rechazan de forma categórica la idea de una huelga general de cuarenta y ocho horas[130]. La CGT se niega durante bastante tiempo a aceptar el paso del cortejo por el Barrio Latino. En lo que atañe al servicio de orden, es inútil discutir: ¡será CGT, punto y final! Por último, la CGT no quiere que ningún «indeseable» aparezca en la cabeza del cortejo.

Alain Geismar: «¿Qué indeseable?»

CGT: «Preferimos no dar nombres... pero ya que insistes, no queremos a Daniel Cohn-Bendit en primera fila.

Alain Geismar: «Hemos estando arriesgándonos juntos. Daniel Cohn-Bendit estará a nuestro lado o esta negociación no tiene ninguna razón de ser»[131].

La CFDT conseguirá que se acepte que cada organización pueda designar a sus representantes. Gracias a este acuerdo, Daniel Cohn-Bendit podrá declarar en un mitin del PSU la noche del 13 de mayo: «De lo que he disfrutado mucho esta tarde ha sido de estar a la cabeza de una marcha donde los crápulas estalinistas iban a remolque».

Diez años después, tanto Dani como Geismar tendrán, sin embargo, la sensación de haber desperdiciado una ocasión única. «Después de todo», dice Cohn-Bendit, «en la situación creada por la noche de las barricadas, el movimiento tenía la posibilidad de convocar en su propio nombre a los parisinos a una manifestación de protesta, algo que no hubiera impedido, lógicamente, la posibilidad de que las organizaciones tradicionales participaran en ella u organizaran su propia protesta. Si la CGT hubiera desempeñado ese papel, quizá la CFDT y la FEN no habrían apoyado la manifestación del movimiento»[132]. Geismar es aún más claro: «Pensándolo bien, podríamos haber evitado pasar por el canal de los sindicatos para lanzar el llamamiento a la manifestación del lunes. Teníamos bastante fuerza. Nada nos impedía hablar directamente, cortocircuitar los aparatos. Pero incluso después de haber hecho nuestra autocrítica sobre el papel real de los sindicatos, seguíamos teniendo en la cabeza que había que pasar por ellos»[133]. A Georges

Seguy no le pasó sin duda inadvertida esta falta de determinación. Y la aprovechará a fondo para arrancar el triunfo de su punto de vista en la batalla a muerte que ese día desgarra secretamente la cúpula del Partido Comunista.

25. AGITACIÓN EN EL PARTIDO COMUNISTA

El PC ya no puede seguir tergiversando. Desde hace varios días se dedica a «subir al convoy pero sin moverse del andén»[134], algo que deja a todo el mundo insatisfecho. De la base a la cima se manifiestan cuatro sensibilidades que no tardarán en cristalizar en verdaderas tendencias.

En primer lugar están los militantes asustados por el movimiento. «En muchas empresas [...] intentabas explicar que era una buena oportunidad para echar a De Gaulle y su banda [...] y te mandaban rápidamente a paseo: "¡Aquí nada de política!", gritaba el delegado [CGT] de la empresa»[135]. En la cabeza del Partido, esta actitud la encarnan los cuatro cegetistas con puesto en el buró político (Séguy, Krasucki, Ansert, Frischmann). En segundo lugar están los militantes ingenuos que creen pertenecer a un partido revolucionario. «El movimiento estudiantil ha desbloqueado la situación política del país. En las manifestaciones estudiantiles han participado miles de jóvenes trabajadores; todo un potencial de hostilidad al régimen se ha revelado y encontrado nuevas formas de expresión. [...] Tras esta oleada de simpatía hacia la lucha estudiantil, al Partido no le queda otra opción: ha frenado todo lo que ha podido; pero existe un movimiento de masas de amplitud incomparable y es preciso ponerse a su cabeza. [...] Para una amplia masa, la lucha estudiantil ha mostrado el camino»[136]. En la cúpula del Partido, nadie se muere por representar esta tendencia. El único en sacar sus conclusiones a este respecto es André Barjonet, dirigente cegetista de segundo plano. El 23 de mayo dimitirá de sus funciones.

Algunos dirigentes del PC aprovechan, no obstante, la existencia de esta sensibilidad para proponer la adopción de una nueva línea

política y teórica más adecuada a la situación. Pero la inquietud por resolver viejas disputas no es, sin duda, ajena a su intervención. Quizá en su calidad de representante del sector intelectual, Roland Leroy será uno de los que apoyará, aunque moderadamente, el ataque en toda regla lanzado contra Georges Marchais por Roger Garaudy, con el respaldo de Louis Aragon y de los parlamentarios comunistas.

A falta del tiempo necesario para convocar al Comité Central, se organiza apresuradamente una reunión que congrega a un buró político más amplio.

No se sabe gran cosa de lo que al í se dijo. Cabe suponer, no obstante, que la intervención crucial, la de Roger Garaudy, se basó, a grandes rasgos, en las tesis teóricas que haría públicas más adelante.

Garaudy pide a Marchais que dimita de sus funciones y desarrolla su argumentación, consciente de que su carrera depende de su elocuencia. Y no solo le reprocha haber dado al traste, gracias a su desafortunado artículo del 3 de mayo, con la poca influencia que le quedaba ya al Partido en el medio estudiantil y haber levantado contra este a una parte notable de la intelligentsia, poco dispuesta a cargar sobre sus espaldas con los epítetos chovinistas lanzados contra los «alemanes» Marcuse y Cohn-Bendit, sino que también resalta que ese error político deriva de una incomprensión teórica de la situación histórica. A diferencia de Marchais, Garaudy piensa que el origen social de los estudiantes no los convierte automáticamente en pequeñoburgueses. El lugar estratégico nuevo y crucial que estos ocupan en el proceso de producción es un hecho decisivo, ya que, a su juicio, «la ciencia se ha convertido en una fuerza productiva directa»[137]. De donde es preciso deducir, por consiguiente, el vínculo interno y profundo que une las aspiraciones estudiantiles con los objetivos de la clase obrera. Este vínculo es la exigencia común de participar de forma activa en la determinación de los fines y del sentido de la producción. La alianza con el movimiento estudiantil se impone por sí misma. Al rechazarla por dogmatismo obrerista, Marchais conduce el Partido hacia la derrota. Es necesario que se vaya.

Hasta donde podemos saber, esta diatriba no tuvo la fortuna de

gustar al pontificado dirigente. Superados por los acontecimientos, los viejos estalinistas (Jeannette Thorez- Vermeersch, Fajon, Mauvais, Billoux), que constituyen la cuarta tendencia entonces observable en el Partido, se oponen a cualquier innovación teórica. No dicen esta boca es mía. Duclos chochea con recuerdos de octubre de 1917. Dando ejemplo de buen jefe, Waldeck-Rochet se inclina del lado de los más fuertes. Y los más fuertes son los sectarios «obreristas»: Séguy y Marchais. Estos no pararán hasta excluir a Garaudy del Partido, aunque sin renunciar, en la práctica, a retomar algunas de sus tesis. En cuanto a Leroy, este se salvará por los pelos negociando justo a tiempo una adhesión no desprovista de segundas intenciones.

El fruto de este altercado es una estrategia que, más al á de su sectarismo y de su aparente duplicidad, esconde una continuidad real observable desde el Frente Popular de 1936. Esta línea apunta a un «derrocamiento del poder político dominante mediante la sanción del voto popular, así como a la instauración de un gobierno unitario de los partidos de izquierda destinado a realizar un programa de reformas democráticas y sociales que respete lo fundamental del sistema capitalista al mismo tiempo que prepara su superación futura. Esta línea no puede confundirse con la puramente parlamentarista de los partidos socialdemócratas. La diferencia radica justamente en la convicción de que una política de reformas democráticas es útil y posible si está defendida por una fuerza política ideológicamente revolucionaria, fuertemente ligada a la clase obrera y sostenida por la presión de sus luchas. La utilización de grandes movimientos de masas, sobre todo reivindicativos, en calidad de arma fundamental de la lucha política constituye, por lo tanto, un elemento esencial y permanente de esta».

«Pero según este esquema estratégico, la lucha obrera debe desarrollarse aceptando dos límites esenciales: por un lado, debe ejercer una presión para imponer unas elecciones democráticas y conducir a la izquierda a su victoria sin desencadenar una crisis del régimen ni una lucha política fuera de la legalidad constitucional. Por otro, debe aceptar los límites del sistema, no asumir contenidos directamente socialistas y, por ende, plantearse un gobierno democrático unitario no como una fase provisional de desarrollo de

una crisis revolucionaria, sino como una fase intermedia, como un poder estable que permita la realización de un programa de reformas. Esta es la razón por la que, conforme a la lógica de su propia estrategia y no por complicidad con el régimen o por pura desconfianza burocrática hacia un movimiento susceptible de escapársele de las manos, el PC se esforzó en mantener el carácter reivindicativo de la lucha en las fábricas, en obstaculizar el desarrollo de formas de poder político en la base y en combatir la tendencia hacia un diálogo estudiantes-obreros necesariamente centrado en el tema de la revolución socialista», esto es, del anticapitalismo.

Aunque Lucio Magri, autor del libro ya mencionado de donde procede esta extensa cita, haya podido subestimar la complicidad del PC con el régimen y sus cargas burocráticas, este no deja de ser el mejor análisis público de la estrategia real del PC en Mayo del 68. Una estrategia que cabe verificar de forma global hasta el final de los acontecimientos, así como en detalle en la práctica del Partido durante los días 11 y 12 de mayo.

En efecto, el lazo obreros-estudiantes no aparece ni remotamente mencionado en las directivas lanzadas por los dirigentes comunistas y cegetistas a sus bases. Las organizaciones locales distribuyen cantidad de octavillas en todas las periferias. Convocan a la huelga general y a la manifestación parisina del lunes 13. Al igual que otras muchas, las secciones sindicales de la CSF de Levallois citan a los militantes «a las 14:00 horas, en la plaza del metro Anatole France»[138], para poder estar a las 15:30 en la plaza de la República, en París. Un tercio de las líneas de metro seguirán circulando para hacer la cosa posible. En Saint Ouen, la CGT, el PC, el SNI y la SFIO concentran a mil militantes en el ayuntamiento a las 14:00 horas, «transporte en coche asegurado»[139]. Todas las octavillas consultadas afirman sustancialmente que «los móviles del mundo universitario [...] se corresponden en muchos puntos con los de los trabajadores»[140]. Pero nadie preconiza una verdadera alianza. Cada mochuelo a su olivo: los estudiantes a la universidad, los obreros a la fábrica. Más apasionadas, las Juventudes Comunistas sí tienen ganas de imitar a los estudiantes e izquierdizan claramente las directivas escribiendo, por ejemplo: «este gobierno es el defensor del orden burgués, del régimen capitalista, de los banqueros. [...]

Este régimen es el enemigo de la juventud y de los estudiantes. [...] Desarrollamos una acción anticapitalista [...] es preciso liberar a nuestro país de este régimen pernicioso»[141]. Unas intenciones susceptibles de inquietar tanto a los dirigentes comunistas y cegetistas como a los dirigentes estatales, en cuya primera fila figura el hombre que, según la Constitución, conduce la política nacional.

26. GEORGES POMPIDOU CEDE, OCUPACIÓN DE LA UNIVERSIDAD DE CENSIER

A las 19:15, Georges Pompidou aterriza en Orly. Bronceado, el Primer Ministro regresa de un viaje oficial a Afganistán donde se ha dedicado principalmente a pasar revista a unas tropas cubiertas con cascos alemanes, gritando a pleno pulmón «¡Zalmota Salem!» (¡Hola, amigos!)[142]. Las personalidades que acuden a recibirlo al aeropuerto comparten la perplejidad ingenuamente expuesta la víspera por Jacques Chirac: «En verdad no me siento capaz de desentrañar los motivos profundos de este movimiento»[143]. Tras haber departido con Louis Joxe, y no muy afectado de ver en las últimas a su sustituto provisional, Georges Pompidou lanza a los principales ministros concernidos un «¡No se puede cicatear!»[144]. A las 21:05 llega al Elíseo, donde mantiene una agotadora reunión de tres cuartos de hora con el Presidente de la República. El Primer Ministro defiende su punto de vista. La situación no es dramática. La agitación puede neutralizarse con algunas medidas apaciguadoras. Además, la tranquilidad de la Bolsa demuestra que no está ocurriendo nada grave. Los valores de la bolsa francesa no han dejado de aumentar durante la semana. De Gaulle acepta el principio de las concesiones. A las 23:15, Georges Pompidou aparece en la televisión: «He decidido que la Sorbona abra libremente sus puertas a partir del lunes. [...] También el lunes, el tribunal de apelación podrá [...] resolver el recurso de petición de libertad presentado por los estudiantes condenados [...] profunda simpatía [...] sentido común [...] apaciguamiento rápido y total [...] en lo que a mí respecta, estoy dispuesto...».

La derrota del gobierno ha sido consumada. Valery Giscard d'Estaing denuncia inmediatamente la violencia y la represión. A juicio de Jean Lecanuet, «el gobierno se ha rebajado». Para el PC se trata «de la primera marcha atrás del poder». Raymond Aron extrae, por su parte, unas interesantes conclusiones: «En cuanto desafío dirigido a las fuerzas del orden por estudiantes rebeldes, las barricadas no remiten a una técnica arcaizante, sino, por el contrario, a la aplicación de una técnica que tiende a obligar al gobierno a perder su prestigio o a producir mártires. En un país liberal, tan peligroso es perder el prestigio como producir mártires. Y el gobierno francés comenzó produciendo mártires durante la noche del viernes al sábado para perder después su prestigio durante la noche del sábado al domingo. Aunque la reutilización de viejas técnicas pueda parecer algo arcaico, estas técnicas han cambiado de función. En el siglo XIX las barricadas tenían cierta eficacia militar. Hoy interpretan la comedia de la eficacia militar pero tienen o encuentran una eficacia psicológica. Paso de la eficacia material a la eficacia simbólica»[145].

Pese a la tardía hora de su aparición televisiva, esto es lo que el país ha sentido de forma confusa al escuchar las palabras de Georges Pompidou. Y los menos atentos a esta alocución no han sido precisamente los que, sin esperar el anuncio de la reapertura de las universidades, han invadido y ocupado el anexo Censier de la Sorbona.

La decisión la han tomado los líderes del Movimiento de Acción Universitaria (MAU), que desde el 3 de mayo inunda el Barrio Latino con sus octavillas e invitaciones a la constitución de Comités de Acción independientes de partidos y grupos. Marc Kravetz, Jean Louis Péninou, Brice Lalonde, Jean Marcel Bouguereau o Serge Bosc no son precisamente unos principiantes. Su experiencia política se remonta a las apasionadas horas de la lucha contra la guerra de Argelia. Desde entonces, han formado parte de todas las movilizaciones. El 21 de febrero de 1964 estuvieron a punto de ocupar la Sorbona durante los graves disturbios provocados por la visita del presidente de la República de Italia a esta universidad. Ahora llevan a cabo su venganza, la venganza de los marginales del movimiento estudiantil. Su situación les ha permitido entender mejor que otros que la revuelta no es «una lucha por el poder

ejecutivo, ni un alzamiento desesperado nacido de una crisis económica, [sino] una sed de libertad en todos los niveles de la existencia, un deseo profundo de rechazar la tartufería asfixiante y la tiranía mezquina de las instituciones esclerotizadas, [es] algo nuevo, quizá la primera revuelta del siglo XX contra el sistema capitalista»[146].

A las 18:00, unos diez jóvenes se presentan ante las puertas de Censier, en la calle Santeuil, a dos pasos del Jardin des Plantes. Algunos bedeles, no demasiado musculosos, terminan por dejarse convencer para abrir unas verjas que, por otra parte, Jean Lancelot se empeña en forzar disimuladamente desde hace un rato. Una pequeña troupe de estudiantes de instituto que se manifestaba por la zona se une a los primeros ocupas. Con sus trece o catorce años, uno de ellos formará parte del comité de ocupación durante un tiempo y, haciendo alarde de sus convicciones maoístas, dedicará todo su esfuerzo a resolver las delicadas cuestiones de abastecimiento con un talento organizativo incuestionable.

Pasadas las 21:00 hrs. llegan, atraídas por un flash informativo de Europa 1, nuevas remesas de ocupas. Alrededor de dos mil personas desfilarán a lo largo de toda la noche y hasta el lunes por la mañana por Censier, donde experimentarán el modelo organizativo que, formado espontáneamente, va a reproducirse a grandes rasgos en todas partes. Una Asamblea General, permanente y totalmente abierta, debate sobre todas las cuestiones y toma, en principio, las decisiones. Unas comisiones especializadas estudian los problemas particulares. Unos servicios permanentes se encargan de las cuestiones materiales. Las octavillas se redactan en comisiones especializadas, se imprimen gracias al servicio multicopista y son distribuidas por equipos de voluntarios reclutados en la Asamblea General. Los poetas, que son legión, ya andan requisando paredes. En una de ellas cabe leer: «Quien abre los ojos una vez, no volverá a dormir tranquilo»[147].

Pero nadie piensa en dormir en un Censier iluminado como un buque navegando sobre un mar de palabras desatadas. Hay una exaltación enorme. En la Asamblea General (AG), presidida por Marc Kravetz, los militantes más curtidos se ahogan, al principio, entre una marea de neófitos. Se escuchan todas las intervenciones,

tanto las más delirantes como las más consistentes. Pero el discurso de Georges Pompidou hace que los asistentes vuelvan a poner los pies sobre la tierra. ¿Acabamos de arrancar una victoria pírrica? Y, sobre todo, si el gobierno cede, si ya no hay más represión, ¿el movimiento continuará, encontrará un segundo aliento? ¿Cuál? Y todos y cada uno vuelven a soñar, una vez más, con los obreros.

La discusión entre Alain Geismar y Jacques Sauvageot gira en torno a estas mismas cuestiones. Hacia la medianoche declaran que el discurso de Georges Pompidou «parece constituir una apertura muy importante pero sigue habiendo algunas ambigüedades». O lo que es lo mismo: los dirigentes del movimiento están tan desorientados como su base. Incluso Cohn- Bendit empieza a perder pie. «Estábamos sin aliento», dirá más adelante, «aún no habíamos comprendido lo sucedido»[148].

El futuro parece tan incierto en las altas esferas del Estado como en el campo revolucionario. Edgard Pisani, ministro de Equipamiento y Vivienda hasta el pasado 28 de abril, preguntará a Marc Kravetz por medio de una amistad común:

–¿Qué pasaría si fuera a hablar con los estudiantes?

–¡Qué venga y lo vea por sí mismo! –responde Kravetz.

Pero no fue. Una lástima porque su aparición habría contribuido sin duda a adelantar el sobresalto que estal ó al día siguiente y reactivó el movimiento desconcertado durante un instante a causa de su inesperada victoria. En efecto, el 12 de mayo, en el anfiteatro B2 de Censier, una estudiante grita entre aplausos enloquecidos: «Camaradas, ¡pospongamos los exámenes a los tiempos del posrégimen!»[149].

27. LA GRAN PROCESIÓN

«En la manifestación del 13 de mayo, yo estaba al lado de Rol-Tanguy», cuenta Pierre Juquin, miembro del Comité Central del PC.

«Le dije: “¿vamos al Elíseo?” Él sonrió: “Sí, eso sabría cómo hacerlo. Es fácil. Pero ¿y después?”...»[150]. ¿Quién osaría seguir afirmando que el humor negro no es el fuerte de los dirigentes comunistas que a estas horas ya han tomado todas las precauciones posibles para impedir el desbordamiento temido por el Estado?

Omnipresentes los días anteriores, las fuerzas policiales uniformadas han desaparecido ahora de la universidad. Permanecen enfurruñadas en su rincón y llegarán a quejarse de haber pagado los platos rotos de la farsa. Pero este estado de ánimo no resistirá la promesa de un aumento salarial. En la estación del Este donde se concentran los estudiantes se siente un hormigueo de policía secreta. Alrededor de Daniel Cohn- Bendit parece advertirse la presencia de unos extraños vestidos con impermeables. Teniendo en cuenta que luce un sol de justicia, estos previsores tendrían su mérito si no mantuvieran una mano ostensiblemente metida en el bolsillo. Algún estratega sutil temió sin duda que Dani pudiera correr la suerte trágica del líder estudiantil alemán Rudy Dutschke, tiroteado dos meses antes[151].

Cuando a las 15:30 el cortejo estudiantil se precipita hacia la plaza de la República donde están concentradas las cientos de miles de personas movilizadas por los sindicatos y los partidos de izquierda[152], Georges Seguy empieza a sudar tinta. Y si le falta el aire no es solo a causa de la corbata que lo estrangula. Tiene muchas razones para estar inquieto.

En primero lugar, el entusiasmo de la masa estudiantil no le inspira nada bueno. Esos energúmenos son perfectamente capaces de hacer saltar el polvorín. Con tanta gente en la calle, a saber cómo puede acabar la cosa. Séguy no tarda en llamar al jefe de su servicio de orden. «Cuando veas peligro de que la marcha se desvíe de su itinerario, intenta que no se salga de él. Si se para, haz que se mueva»[153].

Además, Georges Séguy ya sabe a estas alturas que la huelga nacional no ha obtenido un verdadero éxito. En la SNCF solo han dejado de trabajar 90.000 de los 320.0000 empleados[154]. En lo que atañe al conjunto del país, en el oeste se registran buenas proporciones de huelguistas pero en el sudoeste y en los Alpes los resultados no son brillantes, especialmente en la región parisina. No

obstante, en la manifestación hay, a su juicio, demasiada gente. Semejante multitud demuestra la popularidad de ese movimiento estudiantil que él combate desde sus inicios junto a Georges Marchais. Esta multitud deslegitima su política. Deslegitimación tanto más cruel cuanto que esos malditos izquierdistas han logrado ponerse a la cabeza de la marcha. Y mientras el «anarquista alemán» se pavonea en la primera fila, Georges Séguy ha sido relegado a la quinta. En cuanto al «ubuesco Duclos»[155], este no sale mejor parado que «Mit errand [que] se pierde vergonzosamente entre la multitud»[156]. Para colmo de males, los izquierdistas se cuelan por todas partes, contaminando a los proletarios sanos con sus lemas devastadores. Y, suprema abominación, los trabajadores, contentos de poder cantar por fin algo distinto del «Pompidou navigue sur nos sous [Pompidou navega sobre nuestras perras]»[157], el hit de la CGT, se ponen a recuperar temas revolucionarios.

Por su parte, los dirigentes izquierdistas están en la gloria. ¿Cuántos manifestantes hay? «¡Un mil ón!», responde fríamente Cohn-Bendit a un periodista pelmazo. La verdadera cifra oscila, sin duda, en torno a los 500.000. Suficiente, en todo caso, para que «el 13 de mayo [sea] el día más extraordinario que marca la salida de los estudiantes del gueto de las universidades, la salida de los obreros del gueto de las fábricas»[158]. En estas condiciones, no se puede dejar pasar la oportunidad de amalgamar ambas fuerzas. Un propósito que exigirá violar la voluntad sindical y comunista.

A las 17:30, la cabeza del cortejo llega a la plaza Denfert-Rochereau. El servicio de orden de la CGT se pone en seguida a organizar la disolución. Las masas izquierdistas no ocultan su decepción. Primero, han tenido que participar en el aburrimiento de procesión que tan bien se les da preparar a las organizaciones tradicionales. Y ahora pretenden impedirles ahondar en los contactos trabados durante la marcha. Si no pasa nada, el día habrá significado el entierro de la revolución. Un bello entierro, es cierto. Pero un entierro al fin y al cabo. Se percibe una atmósfera de indecisión evidente. Cohn-Bendit, al principio favorable a la dispersión, se echa luego para atrás. Y lanza la consigna «¡Al Champ de Mars!». Pero no todos están por la labor. «Algunos quieren ir hasta el Elíseo. En el puente de Alma, bloqueado por los coches en paralelo de los CRS, un vehículo sonorizado de la UNEF intenta

atraer a la gente hacia el Champ de Mars. Está a punto de ser volcado por unos jóvenes trabajadores furiosos: «¡Sois iguales que los otros!». Un joven del contingente que dice tener dieciséis fusiles pregunta que a quién debe entregarlos. ¿Un provocador? No cabría asegurarlo...»[159]. En el Champ de Mars terminan juntándose alrededor de diez mil personas. La discusión se entabla, por fin, sobre bases revolucionarias. Hacia las 22:00 comienza el reflujo hacia la Sorbona y Censier.

Los hechos acaban de dar la victoria a la línea de Cohn-Bendit. La de los maoístas de la UJC m-l ha sido derrotada: su propuesta constante e inútil era arrastrar el movimiento hacia el pueblo, una propuesta destructiva que equivalía a alinear la vanguardia revolucionaria estudiantil con una retaguardia popular inerte. La realidad zanja la cuestión. En vez de disolverse en la masa reformista del pueblo, el movimiento subversivo ha atraído hacia él a los elementos revolucionarios con los que el pueblo cuenta. En vez de irse a las periferias, ha atraído las periferias hacia el centro. En vez de volver a descentrarse, ha operado una nueva e inmediata reubicación de las fuerzas en torno al núcleo inicial.

Sea como fuere, lo acaecido esta noche del 13 de mayo esconde el acontecimiento decisivo: la atomización de todos los grupúsculos. Ninguno tiene la capacidad de asumir, de absorber, de encuadrar el movimiento. Es, por el contrario, el movimiento el que los digiere a todos aunque, desgraciadamente, no logra disolverlos o apartarlos definitivamente, como sucede, sin embargo, con la FER, a la que no se perdona el haber preconizado la desmovilización en plena noche de las barricadas. Las JCR, la UJC m-l, el «22 de marzo» se ven desbordados por todas partes. Pero se niegan a seguir el ejemplo del MAU, el primero en comprender la nueva ecuación de la relación de fuerzas, y que se autodisuelve el día 11 en la naciente estructura del movimiento de los Comités de Acción. Rechazados, los grupúsculos fingen desaparecer, por supuesto, pero siguen existiendo a escondidas, hecho que, por sí solo, socava el movimiento.

Por el momento, esta evanescencia de los grupúsculos alimenta los sueños de grandeza del más pequeño entre ellos. Pero el golpe de estado de un puñado de situacionistas que se han adueñado del poder en la Sorbona durará tanto como un caramelo en la puerta de

un colegio. A partir del día 17, se verán obligados a abandonar el lugar, ya que «la Asamblea General [se ha] mostrado incapaz de hacerse respetar»[160].

28. LA LIBERACIÓN DE LA SORBONA

Es preciso reconocer que el folklore alcanza proporciones preocupantes desde las primeras horas de ocupación de la Sorbona. Algo que el tiempo no paliará en absoluto. Un exceso de reportajes atrae a multitud de visitantes cuyas motivaciones no cabría calificar de incuestionables en todos los casos. Es posible encontrarse, por ejemplo, con cierto Rothschild posando junto a su perro en los peldaños de una escalinata de la Sorbona. Si hiciéramos la lista de todos los que vinieron a experimentar sin riesgos la gran emoción revolucionaria, el anuario de la alta sociedad podría acusarnos de plagio.

Así, pues, esas abuelillas que, un bonito domingo, se deciden a visitar de arriba a abajo las altas esferas de la revolución ostentan, sin duda, ilustres apellidos. Envueltas en visones y cubiertas de perlas, su escuadrón terrorífico recorre una oficina tras otra y no se les escapa ningún anfiteatro. Sí señora, esta visita organizada es mejor que un safari. Pero su cotorreo termina exasperando a un pequeño grupo que trama la huelga de un instituto. Unos treinta adolescentes están discutiendo con miembros del Comité de Ocupación cuando uno de ellos sugiere desembarazarse de las visitantes. Cada oveja con su pareja, deciden los estudiantes de instituto que, con ojitos tiernos y largas manos, se acercan a las matronas sexagenarias. A la primera mano en el culo, estas se dispersan como una bandada de arrendajos.

No obstante, tras el espectáculo permanente de los cursos y anfiteatros, en las plantas se va fraguando una organización. A duras penas. El Comité de Ocupación (CO) se reúne nada más resultar elegido. En el orden del día, una única cuestión: ¿qué hacer?

En seguida se manifiestan dos opciones. Unos sociólogos inveterados proponen constituir el CO en «poder de reflexión». Cada tarde, todos los organismos y comités asentados en la Sorbona entregarían un informe de actividad al CO. Este sintetizaría durante la noche dichos documentos y extraería de ellos la línea general a seguir. Por la mañana solo quedaría aplicarla. Aunque seductora, la idea no es realista. La fobia al poder de los activistas vuelve inaceptable el hecho de rendir cuentas a nadie o, peor aún, la aplicación de una línea definida por una instancia suprema. «El poder está en la calle» no es un lema vacío de sentido.

Más en sintonía con la sensibilidad de las masas, otro grupo propone convertir el Comité de Ocupación en la emanación de los Comités de Acción (CA) asentados en la Sorbona. El CO habrá de estar ligado a la Comisión de Coordinación de estos últimos, que brotan como champiñones después de la lluvia. A juicio de sus promotores, esta estructura limitará la influencia de las luchas grupusculares susceptibles de reaparecer en cualquier momento. Por otra parte, aunque sea lo más ligera posible, la eficacia del movimiento exige, al fin y al cabo, una estructura. Es legítimo que su vanguardia, en pleno proceso de estructuración en los CA, ostente su control. En una palabra: en virtud de las circunstancias particulares, la cuestión del poder en el movimiento se plantea muy pronto en la Sorbona.

Una vez adoptado este esquema, se pasa a su realización. Nada más volver de Bruselas, donde ha contribuido junto a Jean Marcel Bouguereau, encargado de las relaciones internacionales de la UNEF, a desencadenar la agitación en la Universidad Libre, Armand Plas, perro viejo del sindicalismo estudiantil, es catapultado al CO de la Sorbona. Será su representante en la Comisión de Coordinación, que se forma prácticamente por autodesignación sobre la base de las afinidades políticas. Su papel consiste en impulsar el movimiento tomando iniciativas y haciendo propuestas políticas. Su alma la integran Marc Kravetz, Jean Louis Péninou, Yves Lichtemberger, Antoine Griset y Armand Plas, todos ellos militantes experimentados. Cada uno se encarga teóricamente de un sector pero, en la práctica, todo el mundo mete la mano en la masa de una multitud de sectores. Además de Plas, al cargo del CO de la Sorbona, Lichtenberger se ocupa de los Comités de Acción Obreros-

Estudiantes. La opinión general es que estos CAO-E no tuvieron ni el impacto ni la importancia de los Comités Trabajadores-Estudiantes asentados en Censier –de los que se tratará ampliamente en la segunda parte de este libro–. Griset, cuyas cualidades organizativas son unánimemente reconocidas, crea el fichero de los Comités de Acción. Es capaz de dar rápidamente todas las indicaciones sobre cualquiera de los cientos de CA que se ponen en marcha más o menos rápidamente. Péninou asegura el seguimiento cotidiano de la coordinación. Es el eje de la acción. Kravetz brega como un demonio para resolver los innumerables problemas suscitados, entre los cuales los económicos no son precisamente los más insignificantes. Porque por mucho que François Lonselle, tesorero del CO, consiga recuperar cotidianamente la décima parte de las sumas colectadas por una multitud de recaudadores incontrolables, el puñado de millones de antiguos francos así recaudado, y en los días buenos, resulta insuficiente. Y por mucho que Milberg, un genio de los negocios, ponga todo su saber hacer al servicio de la revolución, tampoco basta. Por eso Kravetz no se lo piensa dos veces cuando José Bidegain, líder de los Jeunes Patrons [Jóvenes Empresarios], le ofrece un camión sonorizado. Los lemas revolucionarios se vocearán, por ende, desde altavoces capitalistas.

Kravetz será así mismo quien acepte la invitación para exponer el sentido de los acontecimientos ante una asamblea del Grand Orient de Francia. Después de su speech, los masones de la calle Cadet están tan emocionados y convencidos de haber desperdiciado su vida que, para recuperar el tiempo perdido, deciden redactar en el acto un cartel de apoyo al movimiento. Impreso esa misma noche, lo pegan al amanecer en las paredes de la Sorbona. Y, más interesante todavía, ofrecen emisores- receptores portátiles, mantas y comida. Si cualquier cosa es bienvenida, la comida es un bien especialmente apreciado en el sótano, donde una buena mujer originaria de Toulouse pero afincada en París ha reabierto la cantina de la Sorbona que llevaba bastante tiempo abandonada. Cada día, esta mujer sirve docenas de platos calientes a todos los que trabajan y viven en la Sorbona. Y al atravesar los pasillos, al aspirar los ricos aromas de la cocina provenientes del rectorado, uno no puede dejar de decirse que esto es verdaderamente la revolución. La vida, la verdadera vida, ha entrado en la Sorbona.

Para llegar a este punto ha sido necesario destrozar la Universidad, estructura esencial de la sociedad. Pero la energía y la violencia liberadas han desequilibrado el Estado. Estupefacto, este contempla la propagación de la onda de choque en dirección a las clases trabajadoras. La revolución, incrédula, asiste al mismo fenómeno. Frente a este polvorín, uno y otra se sienten impotentes.

▪

Esencialmente lírica y dinámica, la primera fase del movimiento de Mayo desemboca en una segunda fase, en un primer momento estática y prosaica.

Hasta entonces nómada, el movimiento ha conquistado un espacio (los establecimientos escolares y universitarios) que debe gestionar y organizar, preocupado por no reconstituir estructuras de poder idénticas a las que combate. Debe decidir simultáneamente el empleo de su tiempo.

Para muchos es el comienzo de una lenta, paciente, minuciosa actividad de relación con esa clase obrera cuyo despertar llevan esperando desde el primer momento.

Menos espectacular que las manifestaciones pero no menos apasionante, ya que, por primera vez, la pasta social se trabaja verdaderamente con las manos, esta empresa lleva a la fusión del individuo con el grupo. Los individuos no volverán a recuperar el primer plano hasta el momento de la desagregación de la comunidad y del movimiento.

Para dar cuenta de esta realidad, he optado por un cambio de tono y, a veces, trastocado la cronología, haciendo, transitoriamente, mayor hincapié en las diferentes comunidades que en los individuos. Por consiguiente, el texto exige más atención que antes pero, en cualquier caso, mucha menos de la que necesitaron los autores del acontecimiento, obligados a pelearse en dos frentes (capitalista y burocrático) y a inventar una nueva estrategia adecuada a una situación jamás vivida anteriormente, porque la historia nunca había conocido un movimiento tan subversivo, tan vasto y tan determinado a no tomar el poder.

Notas al pie

[1] Karl Marx, Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850, Madrid, Colección Austral, Espasa-Calpe, 1985, p. 193 [N. de la T.].

[2] Todas las cifras han sido extraídas del Annuaire statistique de la France.

[3] André Barjonet, La CGT, p. 147.

[4] Confederación Francesa Democrática del Trabajo (CFDT) [N. de la T.].

[5] Tradicional canción infantil francesa [www.mamalisa.com/?t=ss&p= 139&c=22] de un barquito que se lanza a navegar por primera vez [N. de la T.].

[6] Una octavila de la sección de Noisy le Sec del PC da una buena imagen de la «combatividad» del PC en aquel entonces: «La tarea de los comunistas es dura y os invitamos a comprar el ramo de muguete que os proponemos [...]», subrayado en el original.

[7] Bajo de Gaulle, los diputados obedecían al régimen de la incondicionalidad, es decir que seguían a ciegas lo que disponía el gobierno. Se les llamaba peyorativamente, los «godillots» [http://ney.bensadon.net/nueva_democracia_en_francia.htm], que significa, literalmente, botas militares [N. de la T.].

[8] Personalidades notables de Francia [N. de la T.].

[9] Pierre Viansson-Ponté, Histoire de la République Gaulienne, tomo 2, p. 430.

[10] Le Monde, 4 de mayo, 1968.

[11] André Fontaine, La guerre civile froide, p. 99. [ed. cast.: Historia de la guerra fría, Barcelona, Caralt Editores, 1970].

[12] Auguste Lecoeur, Le PCF, continuité dans le changement, pp. 165 a 204.

[13] Ya en 1963, Jacques Narbonne, un consejero del Elíseo, había anunciado que la universidad estallaría en 1968, año en que sus efectivos alcanzarían los 600.000 estudiantes, cfr. J. R. Tournoux, Le mois de Mai du Général, p. 43.

[14] Le Monde, 5/6 de mayo, 1968.

[15] 400 personas de entre los 160.000 estudiantes inscritos.

[16] Jean Bertolino, Les «trublions», p. 27.

[17] Ibid.

[18] Ibid., p. 28.

[19] Archivos privados.

[20] Obreros no cualificados [N. de la T.].

[21] Agentes antidisturbios de la gendarmería [N. de la T.].

[22] Compagnies Républicaines de Sécurité [Compañías Republicanas de Seguridad]: fuerzas antidisturbios de la policía [N. de la T.].

[23] Alain Schnapp, Esprit, junio-julio, 1968, p. 1048.

[24] Se refiere a los policías del cuerpo de guardianes de la paz, que vestían con capa. [N. de la T.]

[25] Octavilla no firmada y sin fecha, anterior al 13 de mayo de 1968.

[26] La Gauche, semanal de Bruselas, núm. 4 de junio, 1966. Igualmente publicado en La Méthode, boletín de Cannes, editado por Jean Jacques Samary y Philippe Sabathé.

[27] La palabra utilizada en el texto es voiture pie, un vehículo de color negro y blanco usado por la policía [N. de la T.].

[28] Archivos privados.

[29] Cita de Rioux y Backmann, L'explosion de Mai, p. 114.

[30] Daniel Bensaïd y Henri Weber, Mai 68, une répétition générale, p. 112.

[31] Le Monde, 7 de mayo, 1968.

[32] L'Humanité, 4 de mayo, 1968.

[33] Rioux y Backmann, L'explosion de Mai, cit., p. 218.

[34] Ibid., p. 216.

[35] Alain Geismar, Serge July, Erlyn Morane, Vers la guerre civile, p. 371.

[36] Alain Geismar, La révolte étudiante, p. 41.

[37] Cohn-Bendit, Le grand bazar, p. 33. [ed. cast.: El gran bazar, Darío Giménez de Cisneros, Barcelona, Dopesa, 1976].

[38] Tanto esta cita como las siguientes del subcapítulo 7 han sido extraídas de una grabación realizada en directo por Patrice Louis, un estudiante de historia de Nanterre, que me la cedió de forma gratuita. He transcrito tal cual este documento inédito y desconocido.

[39] L. Magri, Considerazione Sul Fat i di Maggio, cit.

[40] Entre ellas, a Xavier Langlade.

[41] Claude Lefort, La brèche, p. 46.

[42] Movimiento 22 de Marzo, Ce n'est qu'un début, continuons le combat, p. 71.

[43] Bulletin 5494 bis, Movimiento 22 de Marzo de Nanterre, 26 de abril, 1968.

[44] Octavilla del «22 de marzo», reproducida en Bertolino, Les «Trublions», cit., p. 341.

[45] Bulletin 5494 bis, Movimiento 22 de Marzo de Nanterre, cit.

[46] Ibid.

[47] Ibid.

[48] L'Humanité, 25 de abril, 1968.

[49] A. Geismar, La révolte étudiante, cit., p. 41.

[50] Rioux y Backmann, L'explosion de Mai, cit., p. 81.

[51] D. Cohn-Bendit, Le grand bazar, cit., p. 29.

[52] Mimeógrafo o máquina multicopista, todavía a varias décadas de distancia de las impresoras domésticas, conocida por el nombre de su marca y muy usada en la época para hacer copias de octavillas, carteles o pasquines [N. de la T.]

[53] Octavilla, 4 de mayo, 1968.

[54] Archivos privados.

[55] Cfr. subcapítulo 43, p. 273 y siguientes.

[56] Archivos privados.

* Los «italianos» eran un sector de las U.E.C. (Union des étudiants communistes), juventudes del PC. Se les llamaba así por su apoyo a las tesis de Palmiro Togliatti sobre la necesaria independencia de los partidos comunistas frente a Moscú.

[57] Ibid.

[58] Entre ellos, 345 policías.

[59] Le Monde, 10 de mayo, 1968. De acuerdo a este periódico, el grupo de personas inculpadas se compone de un pintor artístico, un artesano, un cocinero, un camarero, un tornero, un enfermero, un troquelador, un empleado de la SNCF [Société Nationale des Chemins de Fer, la empresa nacional de ferrocarriles]. Además, entre los detenidos, 47 franceses y 40 extranjeros tenían antecedentes policiales.

[60] Rioux y Backmann, L'explosion de Mai, cit., p. 143.

[61] D. Cohn-Bendit, Le grand bazar, cit., p. 35.

[62] Entrevista a Alain Geismar.

[63] Archivos privados.

[64] Maurice Grimaud, En mai fais ce qu'il te plaît, p. 130. El prefecto de Policía cita asimismo el informe de M. Cagnard, jefe del servicio de orden durante esa noche, quien relata unos hechos similares.

[65] Rioux y Backmann, L'explosion de Mai, cit., p. 158.

[66] Le Nouvel Observateur, 8 de mayo, 1968.

[67] Le Monde, 10 de mayo, 1968.

[68] El éxito sorprende a los sindicatos. [...] «Las manifestaciones estudiantiles», dice un sindicalista de Le Mans, «han podido servir de ejemplo. No estoy seguro. [...] ¿Qué puede haber en común entre los currantes del metal [métallos] de la Renault y los chavales del Barrio Latino?», Rioux y Backman, L'explosion de Mai, cit., p. 231.

[69] ¿Dónde estaba el Partido? , folleto roneocopiado, publicado el 19 de mayo por militantes del PC, p. 3.

[70] Pierre Peuchmaurd, Plus vivants que jamais, p. 36.

[71] D. Cohn-Bendit, Le grand bazar, cit., p. 36.

[72] Le mouvement du 22 mars, p. 27.

[73] «Es», dice, «una doble tragedia para las masas, pero también para la sociedad, privada de un potencial inmenso», Le Monde, 10 de mayo, 1968.

[74] L. Magri, Considerazione Sul Fat i di Maggio, cit.

[75] Le Monde, 11 de mayo, 1968.

[76] Ibid., 12/13 de mayo, artículo de Jean Lacouture.

[77] L. Magri, Considerazione Sul Fat i di Maggio, cit.

[78] Max Gallo, Gauchisme, réformisme et révolution, p. 132.

[79] Jean Malaquais, Le nommé Louis Aragon ou le patriote professionnel.

[80] André Thirion, Révolutionnaires sans révolution, p. 161.

[81] «Nos hace falta una Gepeú [GPU]», en el folleto citado de Jean Malaquais.

[Canto a la Gepeú que se crea

En Francia ahora

Canto a la Gepeú necesaria para Francia

Canto a las Gepeús de ninguna y de todas partes

Pedid una Gepeú para preparar el fin del mundo

Pedid una Gepeú

Os hace falta una Gepeú

Viva la Gepeú figura dialéctica del heroísmo

Que cabe oponer a esa estúpida imagen de los aviadores

Que los imbéciles convierten en héroes cuando se rompen

La crisma contra el suelo.

Viva la Gepeú verdadera imagen de la grandeza materialista

Viva la Gepeú contra Dios, Chiappe y La Marsellesa], [N. de la T.].

[82] La expresión francesa usada en el original es «nos hicieron la conduite de Grenoble», ceremonia con la que se expulsaba a los culpables de robo o de actos deshonestos en los gremios obreros, entre la humillación de los abucheos y silbidos de sus pares. http://genhames.free.fr/comptrad.htm [N. de la T.].

[83] En el folleto citado de Jean Malaquais.

[84] Daniel y Gabriel Cohn-Bendit, Le gauchisme, remède à la maladie sénile du communisme, p. 64.

[85] La agencia Chine Nouvelle da cuenta, el 11 de mayo, del episodio. Aragon «abucheado por los estudiantes, a quienes sus argumentos parecieron inaceptables [...], tuvo que abandonar el lugar, abochornado».

[86] Paul Élouard, «Une tache de sang intellectuelle (Certificat)», 1934, en el folleto citado de Jean Malaquais.

[87] Octavilla de CGT, unión local del distrito IX, 9 de mayo.

[88] La voix des communistes, octavil a, Fédération des Hauts de Seine, núm. 3, 8 de mayo, 1968.

[89] Jean Paul H., delegado sindical, citado por Rioux y Backmann, p. 218.

[90] Octavilla CFDT, Química, sección Rhône-Poulenc Vitry, 9 de mayo.

[91] Octavilla anónima, Rhône-Poulenc Vitry, 9 de mayo.

[92] Octavilla CFDT, sección Rhône-Poulenc Vitry, sin fecha –noche del 9 de mayo–, subrayado en el original.

[93] Se sabe, además, que también se negó a manifestarse el 13 por miedo a desafiar el régimen fundado precisamente 10 años antes. Tampoco se ignora que se negó categóricamente a plantearse una huelga nacional en apoyo de los estudiantes. No obstante, el 4 de junio de 1968 en su Historique des événements adressé aux préfets, el Ministerio de Interior afirma: «Es preciso señalar que la CGT e, incluso, la CFDT habían difundido con anterioridad (durante la noche de las barricadas) consignas que dejaban entrever que estaban preparándose para desencadenar una huelga general», citado por J. R. Tournoux, Le mois de Mai du Général, cit., p. 381.

[94] P. Viansson-Ponté, Histoire de la République gaullienne, tomo 2, cit. p. 453

[95] En 1921, la guarnición de Krondstadt se rebeló contra el poder bolchevique. Comandado por Trotski, el Ejército Rojo tomó por asalto la ciudad.

* «Blousons noirs» (camisas negras): subcultura juvenil aparecida en Francia a finales de los años cincuenta, de influencia norteamericana y vinculada al rock and rol . Se les vinculaba con actos vandálicos y gamberrismo.

[96] Marc Kravetz, L'insurrection étudiante, p. 278.

[97] Octavilla CAL [Comité d'Action Lycéen], sin fecha –10 de mayo de 1968–, subrayado en el original.

[98] Página 8 de las notas manuscritas tomadas por la permanencia del SNE Sup. Todas las indicaciones sobre las horas proporcionadas en este capítulo proceden de esta fuente, salvo las indicadas en los informes de la policía citados por Maurice Grimaud (En mais fais ce qu'il te plaît).

[99] Bensaïd y Weber, Mai 68, une répétition générale, cit., p. 136.

[100] Daniel Cohn-Bendit, Le Nouvel Observateur, 15 de mayo, 1968.

[101] D. Cohn-Bendit, Le grand bazar, cit., p. 39.

[102] La RTL tiene cuatro reporteros transmitiendo en directo: Christian Brincourt, Jacques Chaput, Jacques Idier y Patrick Pesnot. Jean Pierre Farkas dirige la emisión. Europa 1 tiene, también en directo, a Alain Cancés, Fernand Choisel, Bernard Lalanne y Gilles Schneider, bajo la dirección de Jacques Paoli.

[103] Alain Geismar no sabía que estaba en directo.

[104] J. R. Tournoux, Le mois de Mai du Général, cit., pp. 58-60.

[105] D. Cohn-Bendit, Le grand bazar, cit., p. 40.

[106] J. R. Tournoux, Le mois de Mai du Général, cit., p. 60, nota.

[107] P. Viansson-Ponté, Histoire de la République Gaulienne, cit., p. 461.

[108] El uso de bombas de cloro se negó durante mucho tiempo, también por parte del prefecto de Policía. Pero este escribe en sus memorias: «La policía empleó bombas de todo tipo, de gas lacrimógeno y de otros tipos», cit., p. 162. Persiste en afirmar, sin embargo, que estos gases «no tienen nada que ver con los empleados en combate», aunque pueden, «empleados en dosis importantes, atacar los tejidos más sensibles como la córnea ocular». ¡La diferencia entre unos y otros salta, por lo tanto, a la vista!

[109] Claude Paillat, Archives secrètes, p. 131.

[110] Cinta grabada de las emisiones de Europa 1, proporcionada de forma gratuita por Marcel Barnet.

[111] Ibid.

[112] Ibid.

[113] Ibid.

[114] «La Cabra de Monsieur Seguin», cuenta la historia de una cabra que, ansiosa de libertad, termina, después de una noche de combate, siendo devorada por un lobo. Es un cuento incluido en el libro de relatos de Alphonse Daudet, Let res de Mon Moulin [ed. cast.: Cartas de mi molino, Madrid, Ediciones Gaviota, 2005] [N. de la T.].

[115] Según rumores persistentes habría habido, sin embargo, varias muertes. Pero nadie ha podido probarlo. Debo señalar, sin embargo, que tuve acceso al testimonio de una socorrista de la Cruz Roja de unos cincuenta años que afirmaba haber cerrado personalmente los ojos a un manifestante. Pero no he podido verificar el testimonio.

[116] M. Grimaud, En mais fais ce qu'il te plaît, cit., p. 159.

[117] Esta suerte de episodios forma parte, probablemente, de los rumores que la policía pone en circulación para redimirse de las innumerables acusaciones de salvajismo lanzadas contra ella. Pierre Viansson-Ponté, cit., p. 463, escribe: «En el otro campo (el de la policía), donde se cuentan 400 heridos, se describe, con gran

derroche de “precisiones” que se revelarán absolutamente falsas, la captura de un oficial “martirizado” por un grupo de fanáticos en un sótano de la Contrescarpe».

[118] Pierre Peuchmard, Plus vivants que jamais, p. 53.

[119] M. Grimaud, En mais fais ce qu’il te plaît, cit., p. 160.

[120] El término usado en francés, sin traducción acuñada al castellano, es ratonner, que Nicolás Daum explica en su libro Des révolutionnaires dans un village parisien, Londreys, París, 1988 [De próxima publicación en Acuarela Libros & A. Machado]: «Maurice Papon era prefecto de Policía del Sena (París y cinturón) cuando De Gaulle llegó al poder en 1958, y mantuvo su puesto. La represión contra los argelinos, fueran o no militantes del FLN, fue indiscriminada y sanguinaria hasta el final de la guerra, en 1962. La palabra ratonnade, que deriva del término de argot peyorativo «ratón», usado para referirse a los magrebíes, significa «Expedición punitiva o brutalidad ejercida contra los magrebíes (Larousse), una práctica corriente de la policía en esa época» [N. de la T.].

[121] M. Grimaud, En mais fais ce qu’il te plaît, cit., p. 163.

[122] Muchos de los relatos fueron recogidos por comisiones de encuestas. Cfr. a este respecto, Le livre noir des journées de Mai.

[123] El balance oficial habla de 367 heridos registrados en los hospitales. Pero la verdadera cifra es, seguramente, mucho más alta, pues mucha gente prefirió no arriesgarse a ser identificada. Hubo 22 heridos graves –de entre los cuales solo 4 eran estudiantes–. Se produjeron, así mismo, 461 detenciones, 61 de personas extranjeras. 63 personas pasaron a disposición judicial, 34 de las cuales no eran estudiantes. 188 coches resultaron incendiados o dañados.

[124] Se hizo pública una lista de 11 desaparecidos. Todos ellos reaparecieron unos días más tarde (Le Monde, 23 de mayo, 6 y 7 de junio, 1968)

[125] Entrevista a Alain Geismar.

[126] Octavilla del BP de la OCF, 11 de mayo de 1968 a las 18:30. Se

celebrará un encuentro entre Waldeck-Rochet y Guy Mollet. François Mitterand, en provincias, no participará en él.

[127] L'Humanité, 11 de mayo, 1968, p. 4.

[128] Marc Goldstein señaló la diferencia de contenido entre ambas ediciones en su artículo «La OCF del 3 de mayo al 16 de junio », en Les Temps Modernes (noviembre, 1968), p. 850.

[129] FEN, CGT y FO se sumarán a la huelga. Aunque sigue negándose a sentarse en la misma mesa que CGT, FO participará en la negociación vía telefónica. FO se había negado la víspera a unirse a la manifestación prevista para el día 14, acusando a la CGT de estar exclusivamente preocupada por «ahogar las reivindicaciones legítimas de los estudiantes» (Le Monde, 12 y 13 de mayo, 1968). Marc Heurgon, del PSU, reprochaba a su vez al PC su intención de «querer sustituir las reivindicaciones cualitativas, priorizadas por el movimiento, por las cuantitativas».

[130] Jean Ferniot, Mort d'une révolution, p. 52.

[131] Adrien Dansette, Mai 1968, cit., p. 136.

[132] Daniel Cohn-Bendit, Le grand bazar, cit., p. 106.

[133] Entrevista a Alain Geismar.

[134] Le Monde, 28 de mayo, 1968, artículo de Raymond Barillon.

[135] Rioux y Backmann, L'explosion de Mai, cit., p. 313

[136] «¿Oú était le parti? », folleto citado.

[137] En un artículo publicado poco después en Democratie Nouvelle (número especial, abril-mayo, 1968), de donde procede esta cita, Roger Garaudy se cuidará bastante de polemizar con «el profesor Marcuse».

[138] Octavilla del CSF, 12 de mayo, 1968.

[139] Octavilla, 13 de mayo, 1968.

[140] Octavilla de las uniones locales de CGT, CFDT, subsección del SNI de Levallois (12 de mayo de 1968), por ejemplo.

[141] Octavilla del Comité del distrito XII parisino del Mouvement de la Jeunesse Communiste, sin fecha (12 de mayo, 1968).

[142] Claude Paillat, Archives secrètes, cit., p. 114.

[143] Le Monde, 12 y 13 de mayo, 1968.

[144] J. R. Tournoux, Le mois de Mai du Général, cit., p. 107.

[145] Raymond Aron, La révolution introuvable, p. 88.

[146] P. Seale y M. McConville, Drapeaux rouges sur la France, p. 123. Este libro es el único en hacer justicia al MAU y a sus militantes por el papel que desempeñaron en los acontecimientos.

[147] Action 2 (13 de mayo, 1968).

[148] Daniel Cohn-Bendit, Le grand bazar, cit., p. 46.

[149] Rioux y Backmann, L'explosion de Mai, cit., p. 338.

[150] El coronel Rol-Tanguy estaba a la cabeza de las fuerzas que liberaron París en agosto de 1944.

[151] Preguntado acerca de esto, Daniel Cohn-Bendit se quedó pasmado. Él no se había dado cuenta de nada. Pero los testimonios al respecto son lo suficientemente serios como para mencionarlos aquí .

[152] El único que se negó a sumarse a la manifestación fue el PSU.

[153] Rioux y Backmann, L'explosion de Mai, cit., p. 242.

[154] Adrien Dansette, Mai 1968, cit., p. 175

[155] Bensaïd y Weber, Mai 68, une répétition générale, cit., p. 154.

[156] Ibid.

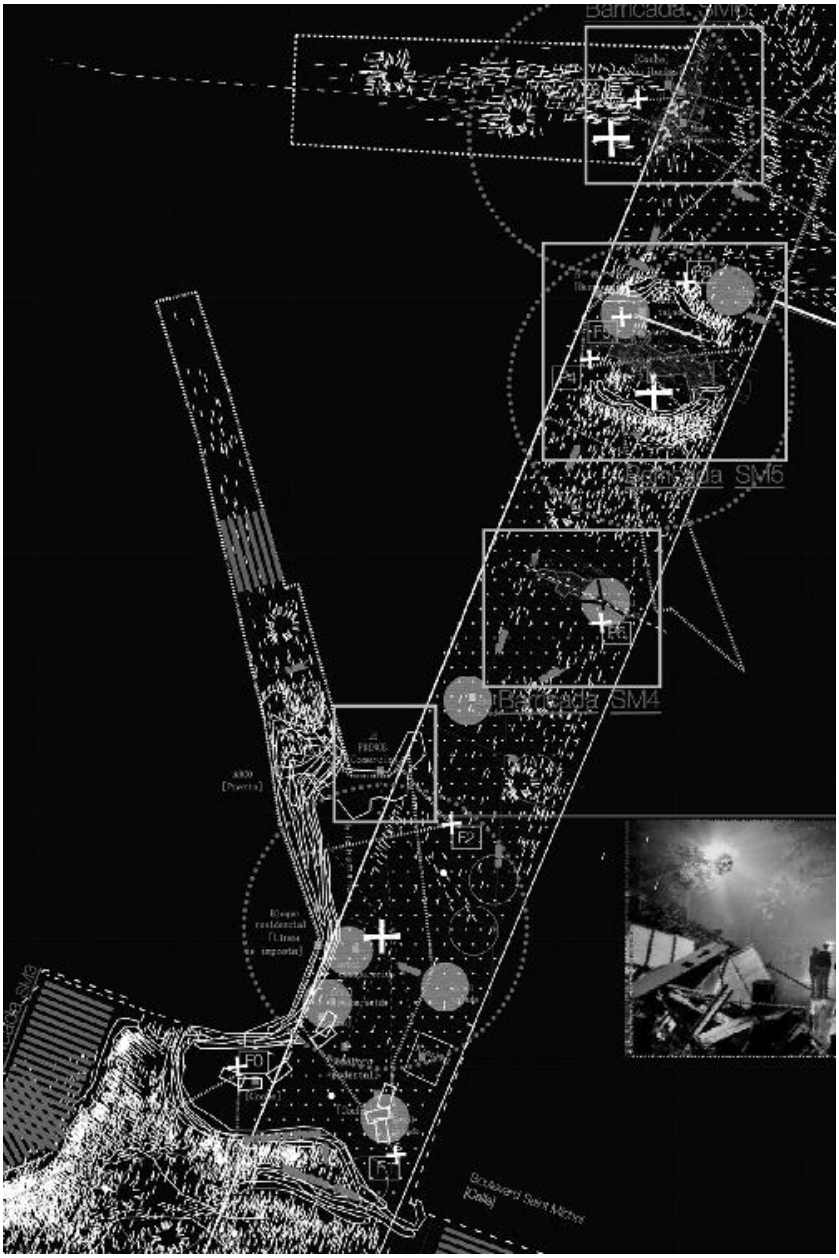
[157] Lema cantado al son de Il était un petit navire, una popular

canción infantil francesa [www.mamalisa.com/?t=ss&p=139&c=22] acerca de un barquito que se lanza a navegar por primera vez [N. de la T.].

[158] Alain Geismar, Serge July, Vers la guerre civile, cit., p. 56.

[159] Bensaïd y Weber, Mai 68, une répétition générale, cit., p. 154.

[160] Para conocer la versión situacionista del Mayo 68, véase René Vienet, Enragés et situationnistes dans le mouvement des occupations, de donde procede esta cita, p. 103.


Barricada SM5
Barricada SM4
F2
F0
F1

SEGUNDA PARTE

LA ALEACIÓN TRABAJADORES-ESTUDIANTES

El rechazo del terreno político tradicional [...] es la característica fundamental de todo el movimiento de Mayo. El objetivo de los Comités de Acción, de los Comités Trabajadores-Estudiantes, era proporcionar un apoyo social a la huelga, romper el aislamiento de las fábricas, impedir la sectorización de la lucha. Y en este sentido, los grupos de base mostraron mayor lucidez que la nueva izquierda...

Quaderni Piacentini

Sergio Bologna y Giairo Daghini

LA BASE ROJA

29. OBREROS EN LA UNI

«¿Qué? ¡Aún no me he puesto a hablar y ya me estáis aplaudiendo! Os voy a decir lo que sois: ¡sois unos gilipollas!»[1].

Quien acaba de hablar es un obrero de la Renault. El anfiteatro abarrotado calla por un instante. Tras el silencio se levanta un ciclón de parloteos fruto del jarro de agua fría. Al fin reencontrada este 13 de mayo, la clase obrera es mitificada en un quién da más. Poco importa si los pocos cientos de proletarios que ponen tímidamente su pie en las universidades liberadas se sienten incómodos por esta adulación. Por miedo a decepcionar a una audiencia tan instruida, la mayoría de ellos guarda silencio, aunque piensen, como este obrero de Ivry sur Seine: «No lo comprendí de forma inmediata [pero] me habías ganado [...] ahora somos hermanos, estudiante»[2].

Sin embargo, en Billancourt nadie se vuelve loco por las apariencias. Al í nadie vacila ni un momento en correr el riesgo de desesperar al Barrio Latino abriéndole los ojos*. «Las cosas se mueven mucho menos rápido en las fábricas que en las facultades. Los estudiantes han de encontrar un lenguaje para enganchar a los trabajadores»[3].

Mientras en la Sorbona se discute en estos términos, François Cérutti, Maurice Mafils y yo estamos sentados en los incómodos bancos del anfiteatro B2 de Censier.

Aunque inmersos en la realidad, no podemos quitarnos de encima la sensación de estar alucinando. Entre la bruma de los cigarros ruge una especie de niágara verbal. Nos hundimos en las palabras como en arenas movedizas. Nos quedamos adheridos a una suerte de espectáculo que un público se ofrece a sí mismo sin que sea posible

adivinar ni el sentido exacto de la pieza, ni la verdadera identidad de los espectadores, ni sus motivaciones profundas. A juzgar por la forma de vestir, hay gente de todas las clases, de todas las edades, de todas las nacionalidades, de todas las razas. Su presencia radiante demuestra que el movimiento ha salido del gueto universitario. Pero esta constatación suscita precisamente más preguntas de las que resuelve. ¿En qué afecta la revuelta universitaria a estos pequeñoburgueses, empleados, obreros, profesores, marginales, técnicos, cuadros, mecanógrafos e, incluso, jubilados, que los hace vivir su triunfo como una victoria propia? Y los «macarras» de las periferias, o los hippies, también presentes, ¿qué buscan en este asunto? La atracción de la violencia en los primeros, el respeto un tanto sospechoso por la cultura en los otros no bastan para explicarlo todo. Debe haber algo más profundo pero ¿qué?

Al ignorar la naturaleza real de la fuerza que nos atrapa, solo podemos dejarnos guiar por el olfato. El instinto y una ya vieja experiencia acumulada bajo diferentes cielos nos señalan un camino a seguir. La táctica se impone por sí misma: buscar la alianza de los trabajadores revolucionarios con el movimiento revolucionario, hacer coincidir estos dos elementos esenciales de lo que Marx denominó movimiento real. Respecto al modo de llevar a cabo esta alianza, este es, por fuerza, único. El movimiento ha demostrado sentir una repugnancia total hacia toda forma de poder autoritario y jerárquico, y nosotros, por convicción anticipada, hemos repudiado los principios leninistas autoritarios y jerárquicos.

Estamos en sintonía con el movimiento.

Pero nuestra confianza en las virtudes de la espontaneidad no es, sin embargo, tan grande como la suya. Sentimos la necesidad de una organización aunque solo seamos capaces de entrever muy vagamente los objetivos realmente a nuestro alcance. Porque no soñamos hasta el punto de creer realizable el objetivo que ocupa el centro de nuestro pensamiento y el horizonte de nuestras esperanzas en este momento: la abolición del trabajo asalariado y de la mercancía, la instauración del poder de los consejos de trabajadores, preludio del debilitamiento del Estado.

En definitiva, nuestras ambiciones últimas son lo suficientemente

locas como para constreñirnos a un realismo práctico. Sobre todo porque en caso de lograr el desplome del sistema, tememos ver nuestra victoria confiscada por el Partido Comunista. Y no es menor nuestro miedo, si un milagro permitiera evitar dicha usurpación, a padecer una intervención extranjera, estadounidense y/o soviética. ¿¿ Sinembargo,elmovimientoexisteynoescuestióndefrenarlo bajo el pretexto de los peligros futuros o de la falta de preparación actual. Habrá que dejar que la práctica zanje las cuestiones teóricas a día de hoy irresolubles.

Nuestro papel consistirá en explicitar lo que hace el movimiento, es decir, lo que es.

No lo dirigiremos: lo canalizaremos hacia donde él mismo tienda de forma natural.

Con el único propósito de evitar extravíos y pérdidas de energía, nuestra tarea principal consistirá, por ende, en protegerlo de las influencias contrarias a su naturaleza. Sobre todo de las procedentes de las distintas sectas leninistas dedicadas a fabricar, en nombre de esquemas manifiestamente caducos, una racionalidad donde pretenden embutir a toda costa al movimiento. Los leninistas sueñan o bien con arrancar la clase obrera del control de los sindicatos y partidos reformistas para someterla al suyo, o bien con ponerse a su servicio y al del pueblo. ¿¿ Nosotros, por nuestra parte, no queremos dirigir ni ser dirigidos.

No queremos recrear una vez más la separación letal entre dirigentes y ejecutantes.

Queremos la igualdad de los revolucionarios de todos los orígenes sociales –esto es, ya no creemos verdaderamente en la misión histórica del proletariado por sí solo.

Queremos instaurar la responsabilidad individual –esto es, la autonomía de todas las partes del bando revolucionario en creación dinámica.

Repudiamos las alianzas, politiqueras, en beneficio de la aleación, subversiva.

Aunque el movimiento aún esté lejos de haber ganado nuestra adhesión total, no podemos permanecer impasibles ante los intentos de apropiación de políticos y sindicalistas leninistas (izquierdistas, comunistas y otros). Y menos aún tolerar que estos mismos políticos hagan todo lo posible para reconducir la delgada franja proletaria que se ha unido por sí misma a la acción, al redil de las tradiciones, la impotencia y la obediencia. Es preciso, por contra, hacer todo lo necesario para multiplicar esa ínfima minoría. ¿¿ Esnecesarioalentarlaemancipaciónyfavorecerlaautonomía mediante una lucha consecuente.

Y ya se verá después si la clase sigue o se escinde en fracciones reformistas o revolucionarias. El desenlace dependerá de la relación de fuerzas instaurada entre ellas.

Pero siempre convendrá empujar el movimiento hasta sus últimos límites, ya que, con toda seguridad, ese será el punto de partida de la próxima ola revolucionaria.

Estas ideas, huelga decirlo, están lejos de presentarse tan claramente en nuestras mentes cómo cabría deducir de este resumen. Y ni ese 13 de mayo, ni los días posteriores, tiene lugar concertación o reunión alguna para decidir o planificar nuestra actividad. Todo transcurre en la improvisación que hace posible la coherencia de un equipo soldado por la confianza recíproca entre sus miembros. Todo adviene por reacción inmediata al acontecimiento. Y si en algún momento estuvimos en la cresta de la ola fue gracias a esa «vista» del surfeador que presiente la buena ola desde su nacimiento y disfruta dejándose llevar por ella lo más lejos posible, sin pensar en hazañas.

30. EXPULSIÓN DE LOS LENINISTAS

Este es el espíritu con el que a partir del 12 de mayo comenzamos a intervenir en Censier. Un profesor adjunto de economía acapara el micro. Defiende concienzudamente las tesis del PC como si siempre hubieran sido irreprochables. François Cerut i y yo lo escuchamos

durante un buen rato. De seguir con esta perorata, está claro que terminará poniendo a la Universidad a trabajar inmediatamente. Solo quiere reorganizarla y someterla a la dirección de comisiones paritarias formadas por muchos profesores y pocos estudiantes. Una maniobra demasiado tosca como para pasar desapercibida. En cuanto izamos la bandera de la protesta, una mayoría se suma a nosotros y el adjunto Paul Boccara es expulsado de la sala. Desde este momento, los comunistas abandonan Censier. Reaparecerán, a finales de mayo, con la intención de ocupar un locallentonces requisado por el Comité de Acción Trabajadores-Estudiantes (CATE) en una de las plantas. Una discusión breve pero dura hará al CATE dueño del terreno. Los estudiantes comunistas quedarán sometidos al estatus de los demás grupúsculos. Y, a condición expresa de no hacer ruido, podrán difundir su literatura, única y exclusivamente, en el hal de entrada.

Si ayer eliminamos, con mucha facilidad, la influencia de un PC tan arrogante como poco orgulloso de sí mismo, no fue para permitir hoy, 13 de mayo, el dominio de las miniburocracias grupusculares sobre la franja revolucionaria del proletariado. Nadie debe controlar la situación: el movimiento debe desarrollarse libremente. Y mientras las JCR coquetean con los proletarios presentes en la Sorbona con la esperanza de trabar ulteriormente contactos en las fábricas, Censier nos brinda la inesperada oportunidad de terminar en una sola batalla con las pretensiones de regentarlo todo de los grupúsculos leninistas.

Hacia las 23:00 aparece una pequeña banda de hombres. Con sus chupas de cuero, los tipos están a medio camino entre los cacos comunes y unos comisarios del pueblo soviético. Algunos llevan cadenas de bici en sus manos. Los dos cabecillas exhalan alcohol. Bajan precipitadamente las escaleras del anfiteatro, corren hacia el estrado. Una persona está hablando. Le quitan la palabra. Los guardaespaldas se apiñan en torno a los jefes, aferrados al micro. La sala se queda estupefacta. Pocos son quienes conocen a los individuos que ahora vociferan.

Pero nosotros los conocemos demasiado bien. No se nos escapa que la organización en cuyo nombre dicen hablar aquí es una de las numerosas tapaderas utilizadas por los militantes de la FER, odiados

por todos desde que en plena noche de las barricadas vinieran a proclamar su deserción de lo que, a sus ojos, solo era una «carnicería inútil». El que aúlla es Claude Chisseray, líder de la FER. El que espera para hablar es Stéphane Just, uno de los jefes de la Organización Comunista Internacional (OCI), cuya rama estudiantil es, recordemos, la FER. Ambos están manifiestamente sobreexcitados. Seguramente a causa de los excesos con los que celebraron la victoria a su juicio arrancada en la procesión de la plaza de la República-Denfert-Rochereau.

Al principio pasmados, François Cerutti, Maurice Mafils y yo logramos recomponernos. Pedimos la palabra. Los nuevos amos se niegan a dárnosla. Replicamos revelando a la sala la verdadera identidad política de estos energúmenos. Pero la concurrencia reacciona de forma indolente. ¿Acaso está impresionada por la determinación de estos ocupantes? Y si está ofendida tampoco lo refleja, no vaya a ser que se trate de verdaderos obreros. En los ademanes groseros y brutales de los invasores ellos creen ver esa virilidad proletaria tan valorada por Lenin. La concurrencia no ha frecuentado tantos ambientes obreros auténticos como para discernir lo verdadero de lo falso de una ojeada. Por eso no se atreve a resistir. Peor aún: comienza a murmurar contra nosotros. Es cierto que estamos infringiendo la regla, ahora sagrada, por la que todo el mundo puede expresarse libremente. «¡Dejadles hablar!», nos ordenan de aquí y de al á. Estamos totalmente dispuestos a dejar hablar a la FER, pero cuando les toque y no durante más tiempo que cualquier otro. Además, conocemos desde hace tiempo los métodos fascistoides de este grupo. Ni hablar de dejarlos instalarse. En seguida sería demasiado tarde para deshacernos de ellos. Es preciso atajar la cosa de inmediato. Pero, salvo nosotros, nadie parece tener conciencia del peligro ni estar dispuesto a intervenir.

Nuestras intervenciones orales no logran acabar con este mini golpe. Nos queda la violencia. En la tarima se desencadena un pugilato. Aferrado al micro, Claude Chisseray berrea: «¡Están pegando a un militante obrero!». Stéphane Just que, incluso ebrio, mantiene el sentido de la jerarquía, vocifera: «¡Están pegando a un dirigente obrero!». Pero no nos dejamos impresionar por tan poco. Además, llegan refuerzos. Se suman unos desconocidos pero

también Pierre Guillaume, que vuelve de la Sorbona descorazonado por la demagogia obrerista reinante, fruto de la desorientación de los militantes ante la atomización de los grupos. ¿¿ Finalmente la sala despierta. Exige el final de la escena. Condena los métodos de la FER y le asigna un turno de palabra de cinco minutos. La FER ríe sarcástica, parece creer que las diez personas que componen su sólido comando podrán disertar durante una hora. Con la primera dilación, la concurrencia se da cuenta, por fin, del tipo de individuos a los que se enfrenta. Se enfada, denuncia el tongo. Reducida al silencio, la FER se bate en retirada, disgustada y amenazadora.

Gracias a esta pequeña victoria sobre unos adversarios insignificantes, Censier consigue instaurar una relación de fuerzas desfavorable a los grupúsculos leninistas. Mientras estemos al í, conservarla y consolidarla será el objeto de todos nuestros cuidados. Pero sería erróneo sacar la conclusión de una Censier sectaria, ya que, como se verá más adelante, siempre aceptó la participación a título individual de todos cuantos quisieran participar, ya fueran comunistas, trotskistas, maoístas, anarquistas, situacionistas o de cualquier otro grupo. Aunque también se defendió con uñas y dientes de todas las infiltraciones e intentos de control por parte de las organizaciones como tales. Y, en general, Censier logró mantener su autonomía dentro del movimiento.

Tras la trifulca, el runrún de las intervenciones se reanuda. Desde las filas superiores del anfiteatro llegan de repente dos voces atronadoras y cascadas de haber estado gritando muchos lemas: «¡Aquí hay obreros y estudiantes que quieren hacer algo juntos! ¡Estamos hartos de tanta cháchara inútil! ¡Los interesados en una acción eficaz, nos vemos en el tercer piso, aula 323!»

Dicho esto, Jean Yves Mignochon y William Panfield, con los ojos quemados de las bombas de cloro, desaparecen. Como un solo hombre, nos vamos tras ellos. Lo que nos ha decidido es haberlos tomado por obreros cuando son, como hemos dicho antes, estudiantes de periodismo. Pero no nos decepcionaremos porque pisándonos los talones entrarán en el aula 323 dos fontaneros, un artesano, una secretaria, la directora de una casa de la juventud de la periferia y una estudiante de física[4].

La discusión arranca en seguida. Trata del contenido y la forma de las octavillas que escribiremos, imprimiremos y distribuiremos con la esperanza de cambiar el mundo.

Entre diez, será difícil...

31. EL COMITÉ DE ACCIÓN TRABAJADORES-ESTUDIANTES DE CENSIER

«1936: los obreros ocupan las fábricas

1968: los estudiantes ocupan las facultades

Hoy, la Universidad burguesa se hunde. En las facultades, al fin abiertas a los obreros, se crean Comités de Acción destinados a proseguir con la lucha entablada en las barricadas.

El objetivo de estos Comités es:

– Informar sobre las condiciones reales de la represión, denunciando las mentiras de la prensa burguesa

– Redefinir formas de lucha común frente a todas las formas de opresión, tanto dentro como fuera de la Universidad

– Oponerse a la explotación cuyas víctimas son los trabajadores[5] y los estudiantes.

Hoy, dándole «la bofetada más magistral de su carrera», reafirmando la solidaridad entre estudiantes y trabajadores, hemos hecho temblar al poder[6].

El Gobierno ha cedido en puntos de importancia menor; la lucha común no ha hecho más que empezar.

Vuestro lugar está aquí, con nosotros.

Acudid en masa a las facultades.

Comité de Acción.»

La primera función de esta primera octavilla, así como de todas aquellas a las que esta servirá de matriz, es atraer a los trabajadores a Censier, espacio libre de todo control político y sindical.

En pos del éxito de esta operación, la prudencia recomienda no asustar a los trabajadores. Se teme que muchos vacilen en dar el primer paso hacia nosotros si desvelamos demasiado pronto nuestros sentimientos antisindicales. Evitamos, por ende, ataques que nombren a la CGT y a la CFDT. Es difícil no salvar a esta última, dada la buena reputación de la que goza en el movimiento en comparación con su contrincante principal. En la asamblea general del CATE del 20 de mayo, la posición de Censier será definitivamente fijada: «Utilicemos a la CFDT a pesar de su hipocresía»[7].

Es preciso adelantar aquí la continuación de los acontecimientos.

Aunque usada de forma táctica, la CFDT no dejará de aprovechar nuestra aparente neutralidad con ella para redorar su blasón subversivo y salir a cazar en tierras cegetistas. Nosotros, por nuestra parte, también jugaremos tan a menudo como podamos a este juego de rivalidades sectarias para infiltrar nuestras delgadas fuerzas a través del telón de acero levantado por la CGT y el PC entre trabajadores y revolucionarios.

La debilidad de la articulación entre el flanco cegetista y el cedetista fue el punto vulnerable del dispositivo burocrático en Mayo.

De no ser por esta falla habríamos sido reducidos a la impotencia total pese a los apoyos aportados de forma individual por numerosos cedetistas, apoyos que permitirán a la CFDT superar la prueba y tener la reputación de ser, si no más revolucionaria, sí al menos más simpática que la CGT.

Pero volvamos a las primeras octavillas del CATE.

Reclutados por los llamamientos lanzados a los voluntarios en las asambleas permanentes de estudiantes, la misión de los equipos enviados a las puertas de las fábricas, las estaciones de metro, las estaciones de tren, los grandes almacenes e, incluso, los PMU, es empezar difundiendo este tipo de octavillas[8]. Una vez entablada la discusión, se puede distribuir otra octavilla, más explícita:

«Trabajadores

El objetivo de las universidades era, hasta ahora, formar jefes destinados a servir a los patrones. Nos negamos a convertirnos en los perros guardianes de la burguesía. Ser esclavos de los patrones es odioso; ser, además, un CRS, insoportable.

Nuestros problemas son los mismos que los vuestros. El desempleo, la exigencia de rendimiento nos afectan tanto como a vosotros. El interés por el beneficio que mueve a la burguesía dirigente lleva hoy al desempleo[9] a los obreros y mañana a nosotros, los estudiantes. Luchando en las barricadas y ocupando nuestros lugares de trabajo, las universidades, hemos puesto en tela de juicio las condiciones laborales impuestas. En Nantes, los obreros levantaron barricadas y recibieron la misma paliza que nosotros, la misma noche (10 de mayo), y al í intervino el ejército. Los obreros se sublevan en Redon, Laval, Le Mans[10]. Para abatir este sistema que nos oprime a todos, tenemos que luchar juntos. Este es el objetivo de los Comités de Acción Trabajadores-Estudiantes.

Luchamos juntos y juntos venceremos.»

Y tras indicar la dirección de Censier, la octavilla llama a la acción: «El viernes 17, cien mítines Estudiantes-Obreros se reunirán en París y en la periferia. Podéis pedir información a los distribuidores de octavillas»[11].

A medida que pasan las horas y los repartidores de octavillas regresan, nos vamos haciendo una idea más clara del ambiente que reina en las puertas de las fábricas y, en general, entre los

asalariados. El entendimiento ha sido excelente, las discusiones en seguida apasionantes. Es evidente que existe una proporción notable de trabajadores decididos a actuar. Muchos de ellos se quejan del inmovilismo sindical. Casi todos expresan su admiración por las luchas estudiantiles de la última semana. A fin de responder a una demanda que supera nuestras esperanzas y capacidades, se distribuye un nuevo modelo de octavilla (que tendrá muchas variantes):

«¡Trabajadores parisinos! [...]

Entre vuestros problemas y los nuestros hay semejanzas fundamentales. ¿Quién decide las normas y cadencias? ¿Quién decide los objetivos y naturaleza de la producción? La ley es la misma en todas partes, solo nos piden que ejecutemos órdenes. Sindicatos y partidos de oposición nunca proponen nada fundamentalmente diferente. Siempre existe una minoría que decide en nuestro lugar, tanto en la producción como en la sociedad. ¡Hay que organizar la lucha desde la base!»[12].

La explicitud de esta octavilla basta, naturalmente, para inquietar a los sindicalistas de las empresas donde se realizan los repartos. Las primeras escaramuzas entre «estudiantes» y delegados sindicales no se hacen esperar. Las calumnias contra Cohn-Bendit se reanudan con más fuerza. Las nuevas ediciones de las octavillas se retocan endureciendo su tono: «Los estudiantes persiguen la desaparición del sistema capitalista, una consigna rescatada del propio movimiento obrero», declara uno de estos refritos. Pero frente al telón de acero que se está interponiendo entre trabajadores y revolucionarios, nos vemos obligados a endurecer nuestra posición, a incitar a las bases a rebelarse contra las organizaciones que monopolizan su representación:

«Hay que abrir las fábricas ocupadas a todos los camaradas trabajadores y estudiantes y entablar una relación para decidir todos juntos lo que queremos.

Si los megáfonos deciden por vosotros y exponen cuáles son las decisiones que “vosotros” habéis adoptado, entonces no tratan de representaros sino de controlaros [...]

CREEMOS COMITÉS DE ACCIÓN EN LOS LUGARES DE TRABAJO»[13].

Aun habiendo tomado la precaución de emplear la perífrasis de los «megáfonos» para designar a la CGT y al PC, el contenido de la octavilla es lo bastante claro como para provocar el efecto esperado. La exigua franja revolucionaria del proletariado se siente animada y alentada por este apoyo exterior. Y pone toda la carne en el asador para facilitar su aleación con nosotros. Nosotros tenemos algunas ideas, ella tiene alguna fuerza. Suficiente para el nacimiento de una praxis[14] común real que favorezca la extensión de las ideas revolucionarias, su penetración, su concreción.

En la FNAC del bulevar de Sébastopol, en París, durante la reunión celebrada el día 17, el 20 por 100 de los trabajadores presentes se declara partidario del movimiento, según señalan los observadores de Censier. Los delegados de CGT se oponen a él. A excepción de dos votos, el texto queda, no obstante, aprobado por unanimidad. Los cegetistas abandonan la sesión. La asamblea aprovecha para decidir inmediatamente la creación de un Comité de Acción. Su primera reunión tendrá lugar el día 21 a las 19:15[15]. Un hecho a señalar es que los delegados de CGT y de FO del Bazar del Hôtel de Ville asistirán a esta reunión[16], que será el principio de una estrecha colaboración entre los empleados de las distintas grandes tiendas. Estos serán extremadamente activos y se agruparán en un CA que publicará varios números de un boletín multicopiado en roneo y titulado La Base.

Pero, en general, los primeros resultados suelen ser más modestos. El día 17 en L’Illustration de Bobigny, los delegados de Censier traban un primer contacto con los impresores. Se encuentran con una CGT todopoderosa pero también con un terreno favorable debido a la mala situación salarial y a un nivel de politización muy alto. «Enganchan» a algunos trabajadores que irán a Censier la semana siguiente.

El día 16 nuestros repartidores tuvieron una «acogida favorable» en la Dassault de Saint Cloud «a menudo gracias a la mediación de los delegados de CGT. Cierto número de trabajadores plantean ahora el problema del poder y critican, aunque moderadamente, a su sindicato», señala el informe redactado después de este contacto. ¿¿ Enestostresejemplosson«losestudiantes»quienesentablan la relación. En otros, son los trabajadores quienes toman la iniciativa. Trabajadores que vienen en busca de ayuda material, de ideas organizativas e, incluso, de militantes, ya que se suele tener miedo a rebelarse ante la CGT o el patrón. En ese caso, los estudiantes tienen que sustituir a los trabajadores para distribuir octavil as en las puertas de la empresa.

El día 16, por ejemplo, tres sindicados del INSEE vienen a Censier. Discutimos. Redactamos una octavilla. Esta convoca a una asamblea, al día siguiente, a las 11:30, durante la pausa. Algunos estudiantes intervendrán en ella acerca del tema «protesta global y acción a largo plazo». Una atmósfera parecida reina en la Hispano-Suiza de Bois Colombes. «Muchos obreros, jóvenes sobre todo, piden y desean tener encuentros con universitarios y estudiantes de instituto», señala el informador, que también indica el sentimiento expresado por un viejo obrero: «Los aumentos salariales me importan un bledo. Lo principal es el derrocamiento total del capitalismo». El día 17 un cuadro de la sociedad Frimatic, en Puteaux, se pasa por el Comité y pide que un estudiante acuda a la puerta de la empresa para entrar en contacto con él y explicar la posición de los estudiantes. El contacto con este cuadro se perderá después a causa de un error de funcionamiento pero los trabajadores sabrán organizarse sin nuestra intervención.

De hecho, en la mayor parte de los casos esta solo es el empujoncito que inclina a los indecisos hacia el campo revolucionario. Nuestro objetivo no es controlar y, aunque lo fuera, no tendríamos fuerzas para ello. Nosotros estamos plenamente satisfechos cuando los trabajadores deciden organizarse entre sí. Por supuesto, también estamos encantados cuando deciden integrar a algunos de nuestros miembros en sus comités.

Así ocurre, por ejemplo, en el sector de la construcción. Un equipo animado por jóvenes técnicos de la construcción contacta con la

empresa Decauville, de Corbeil. «Una asamblea reúne ese día a unos veinte proletarios portugueses, unos pocos franceses y algunos argelinos. Tras la primera intervención de un camarada, se reparten unas octavillas que son muy bien recibidas, con la firme voluntad de vencer. Después, los trabajadores toman la decisión de trabajar juntos y de abordar los puntos importantes a exponer a la Comisión portuguesa. Se prevé una nueva asamblea de toma de decisiones para el martes siguiente (21 de mayo)». El Comité de Acción de la Construcción se convertirá así en uno de los más activos y radicales, pese a las dificultades generadas por la diversidad de las nacionalidades comprendidas.

Un proceso bastante similar, pero del que disponemos más información gracias a unos apuntes de Jean Lancelot de la primera reunión celebrada en Censier el día 16 a las 11:30, es el de los trabajadores de Thomson-Houston. Según este documento, todo el mundo coincide en lamentar la tibieza de las organizaciones sindicales. Algunos se atreven incluso a denunciar los intentos de recuperación llevados a cabo por las «organizaciones tradicionales», eufemismo empleado para designar al PC y a la CGT. Se constata que los estudiantes han hecho retroceder al poder utilizando formas de acción de gran eficacia. Ahora contestan a la sociedad entera. Y lo hacen positivamente («¡error!», apunta Lancelot). El objetivo del Comité de Acción fundado en esta asamblea no es sustituir a las organizaciones sindicales sino radicalizar sus consignas. Al trabajar desde la base, se superará el espíritu sectario; al informar, se impulsará la contestación de la sociedad y se terminará con las «cabezas que piensan por nosotros». Este Comité de Acción será uno de los más combativos de los nacidos en mayo[17].

32. LOS ESTUDIANTES REFORMISTAS

Si a partir del 17 de mayo se multiplican los contactos, los encuentros, las intervenciones en las reuniones, el reparto de octavillas, y si, por consiguiente, los documentos conservados son más numerosos, es porque la atmósfera ha cambiado. Fuera, los efectos de un mar de fondo comienzan a hacerse notar. El mayor

movimiento de huelga de todos los tiempos acaba de empezar. Sostiene al CATE y confiere a sus militantes una confianza en sí mismos y una audiencia crecientes.

Un crecimiento tan fulminante no puede tener lugar sin plantear unos problemas tremendos. En primer lugar, el del estatus del CATE en la universidad. La cuestión puede sintetizarse en la relación entre la masa de estudiantes, reformista, y la minoría, revolucionaria.

No nos podemos separar de la mayoría so pena de perder nuestro punto de referencia y de privarnos de una reserva de militantes potenciales. Enviamos a nuestros «sargentos reclutadores» a las asambleas de estudiantes. Estos toman la palabra, atacan a los reformistas preocupados por las pequeñas y miserables cuestiones de los exámenes, demuestran que, en cualquier caso, la reforma radical de la universidad pasa por la revolución de la sociedad y mueven todos los hilos para radicalizar a los estudiantes, para empujarlos a la acción, para atraerlos al CATE. Alain Rémila es muy bueno en este tipo de operaciones. Este jovencísimo poeta, que su amiga Anne Vandervole nos trajo de Grenoble, es un auténtico enragé. Como, además, es guapo, en cada una de sus expediciones consigue seducir a un nuevo equipo de repartidores.

Otra razón para no romper con los estudiantes reformistas: nos protegen y nos esconden. Detrás de la cortina de humo podemos actuar con toda tranquilidad. Además, como medida de seguridad suplementaria, el CATE ha cerrado rápidamente el acceso a las plantas superiores del edificio a los innumerables turistas y curiosos. El Servicio de Orden de Censier ha montado un puesto de filtrado abajo, en las escaleras. Desde al í nos llegan los rumores de la agitación estudiantil. Les prestamos atención un poco por encima y no podemos evitar una irritación difícilmente de reprimir. Son muchas las fuerzas que nos faltan y no podemos dejar de disgustarnos viendo la cantidad de ellas que se desperdician en discusiones infinitas.

A nuestro juicio es evidente desde los primeros días que las discusiones interminables acerca de la autonomía de las universidades o del control permanente del conocimiento solo pueden llevar, y en el mejor de los casos, a una reforma chapucera de la Educación Pública. El Estado usará el movimiento en su

provecho. Hará concesiones tácticas con el único propósito de reinstaurar la calma. Los problemas pedagógicos también nos resultan absolutamente indiferentes[18]. No esperamos nada de los debates sin fin que desembocarán en «el rechazo de la cogestión en beneficio del doble poder en la universidad, la desmistificación de la "autonomía universitaria", el derecho a la educación, la protección de las cualificaciones profesionales en el mercado laboral», cuestiones todas ellas que embelesan a neoleninistas como Lucio Magri, antes citado[19]. Cuestiones que también permitirán a Raymond Aron ironizar así: «Después de cinco semanas, los oradores de Censier y de la Sorbona no sabían todavía qué significaba poder estudiantil»[20]. Para nosotros, la reivindicación del poder estudiantil, formulada por primera vez en Nanterre, retomada por el PSU y popularizada por la UNEF, era una absurdidad.

Con la distancia cabe, no obstante, preguntarse en qué medida nuestro desinterés por el trabajo de los estudiantes reformistas no fue un error político. Es cierto que carecíamos de las fuerzas necesarias para abordar una intervención profunda susceptible de terminar poniendo en marcha una universidad realmente autogestionada. Pero habríamos podido atraer hacia la acción a un mayor número de estos estudiantes ya que entre ellos hubo algunos a quienes la propia dinámica de sus trabajos condujo a la misma conclusión, a saber, que el reformismo era una receta tan poco aplicable a la universidad como al resto de los ámbitos. Esta fue, por ejemplo, la evolución de la «Comisión de salidas [laborales]» del Comité de Acción de Sociología. Tras un sondeo realizado en las empresas empleadoras de sociólogos, llegó a la conclusión de los escasos atractivos de la profesión que esperaba a quienes se libraran del desempleo. Modificó inmediatamente su nombre, convirtiéndose en la «Comisión de ex-salidas [laborales]», y muchos sociólogos se lanzaron en ese momento a la acción radical[21].

Otra fuente de irritación del CATE es la pretensión estudiantil de organizar Censier. Nosotros no reconocemos más autoridad que la del propio CATE. No cabe admitir ninguna otra tutela, sea de la índole que sea. Ahora bien, el 16 de mayo se hace pública una propuesta de organización interna de la facultad. Esta define unas estructuras y unas modalidades organizativas muy formalistas y burocráticas que no nos interesan en absoluto. «Delante de cada

sala (de reunión de comisiones estudiantiles) debe haber un servicio de orden»[22]. Por lo tanto, en estas comisiones ya no se podrá reclutar a más gente. Y dado que también habrá un servicio de orden protegiendo las puertas de las asambleas generales, nuestras posibilidades de expansión quedarán comprometidas. Se crean, además, tres comités. Uno se encargará de la información, otro de la «acogida de los obreros» y un tercero de la coordinación del trabajo de las comisiones. Todo el conjunto quedará subordinado al Comité de Ocupación de Censier, responsable del Servicio de Orden. Pero si ya no se trata de limitarse a la «acogida de los obreros», menos aún de aceptar el control de ese Comité de Coordinación previsto, sometido, además, al poder del Comité de Ocupación que se apoya en el Servicio de Orden. Se trata, evidentemente, de un contraataque de los militantes leninistas contra un CATE que no los toma en consideración. Y como están tan ocupados en instalar desde arriba un poder asentado en la masa de los estudiantes reformistas, los autores de este organigrama no han visto que se está constituyendo muy rápidamente una verdadera autoridad desde abajo. Porque el 16 de mayo el CATE se ha convertido ya en un auténtico poder.

33. LA ORGANIZACIÓN DEL COMITÉ DE ACCIÓN TRABAJADORES-ESTUDIANTES

La docena de impulsores iniciales recibe refuerzos en tres días. Cientos de personas actúan ahora en el marco del CATE y en su nombre. Este ya no se reúne en una sala pequeña, sino que ocupa todo el tercer piso, es decir, unas veinte estancias. Se relaciona en pie de igualdad con el Comité de Ocupación, misteriosamente autodesignado. Este último ha tomado rápidamente conciencia de nuestra fuerza, de suerte que entre él y nosotros se instala un modus vivendi. Si el Comité acepta nuestra línea y no obstaculiza nuestra acción, nosotros le reconocemos una autoridad nominal en Censier. Sabe que lo echaremos abajo si no accede. Sus cinco o seis miembros respetarán lealmente las reglas del juego. Algo que no debió de resultarles siempre fácil a los maoístas convencidos[23].

Pero, en la práctica, controlamos la mayor parte de los servicios permanentes (roneos, dactilografía, centralita telefónica, cocina). Cuando surgen problemas con el Servicio de Orden es el CATE el que, finalmente, los soluciona. Es el único que tiene más fuerza que el SO. Por el contrario, el CATE no interviene prácticamente nada en la guardería y en la enfermería. Estas están tan bien gestionadas y organizadas que no plantean problemas. ¿¿ En lo que atañe a la estructura del CATE, se esfuerza por seguir el ritmo endiablado impuesto por los acontecimientos. La preocupación omnipresente de no entorpecer ni pervertir el movimiento no impide deplorar el despilfarro de energía. La creación de una secretaría permanente se impone por sí misma. Esta recoge las informaciones y las difunde entre los militantes, o bien de viva voz, o bien a través de carteles, o bien mediante boletines copiados con la roneo. La increíble lluvia de informaciones que cae de todas partes en un chaparrón continuo ahoga al primer equipo. Entonces llega Martine Fabien. Regresa, decepcionada, de la Sorbona, donde Alain Rémila la ha reclutado. Martine se integra en pocos días en el equipo del CATE y reorganiza la secretaría. Las fichas y dosieres se van amontonando y pueden consultarse in situ. Hay un bote de alcohol de quemar al alcance de la mano por si llega la policía.

Martine Fabien es sustituida en seguida de ese papel central por una secretaria del editor Jean Jacques Pauvert. Después de perfeccionar aún más la secretaría, esta última nos deja a su vez para ponerse a trabajar en la Coordinación de los Comités de Acción instalada en la calle Serpente. Una militante de Pouvoir Ouvrier retoma sin problemas su lugar.

La rotación de tareas se impone por sí misma. Los puestos decisivos se crean en función de la acción, por ella, para ella. Los primeros en ocupar dichos puestos siempre son, así mismo, sus fundadores. Pero nadie se engancha a ellos porque nadie aspira al poder. Así, pues, las funciones se asumen tanto tiempo como interesan a sus inventores o titulares. ¿Que otra tarea los atrae de forma más intensa? ¿Que se les ocurre crear un nuevo comité o un servicio diferente? Pues se ponen manos a la obra de inmediato, después de haber pasado las consignas prácticas, e incluso políticas, a un sucesor voluntario. Si nadie se presenta, la función desaparece. Si la función se revela indispensable, no hay nada que temer: se recreará

por sí sola. Así se deseca una de las fuentes de burocratización.

Aparecen, sin embargo, otras dos temibles fuentes.

La primera está relacionada con la cuestión económica. Jeanne Cossé, del Comité de Ocupación, centraliza los recursos de Censier. Recoge los frutos de las colectas de las que, como ocurre en la Sorbona, llega a sus manos una décima parte, más o menos, de las sumas recogidas. A esto se añaden las donaciones en especie como, por ejemplo, los tres mil quinientos francos aportados un día por Rafaël Pividal en nombre de un grupo de pintores y artistas[24]. Otras veces, las contribuciones proceden simplemente de particulares, anónimos en general, como esas dos prostitutas de la calle Saint Denis que entregan diez mil francos[25]. Por otra parte, Jeanne Cossé ajusta los gastos de papel, tinta y comida. Evidentemente todos los militantes de Censier sufragan sus necesidades y pagan de su bolsillo los gastos corrientes ocasionados por su actividad. Pero después de algunas semanas, las economías personales están agotadas. Y los bancos en huelga. Ahora bien, un centenar de personas trabaja de forma permanente en Censier. Hace falta alimentarlas en un período en que las donaciones escasean y las colectas no son tan rentables como al principio. A la abundancia sucede la penuria y, por ende, el racionamiento. Hasta ese momento gratuita, la cocina no puede seguir satisfaciendo una demanda creciente. El Comité de Ocupación no tiene más remedio que distribuir unas cartillas de acceso prioritario a la cantina. El CATE no se opone a esta medida. No le pasa desapercibido, sin embargo, que esta es, en miniatura, una réplica de las medidas que favorecieron la constitución de una nueva clase dirigente privilegiada en Rusia.

La segunda fuente de burocratización será, por el contrario, globalmente controlada. Ante el florecimiento de Comités de Acción Trabajadores-Estudiantes y de Comités de Acción de Barrio, así como ante la multiplicación de los servicios y la intensificación de las relaciones externas, se impone la necesidad de crear un Comité de Coordinación. Sus iniciadores, que también fundaron el primer Comité de Acción, se niegan de forma voluntaria a institucionalizarlo. Permanece, pues, informal. Ninguno de sus miembros es elegido por ningún tipo de asamblea y participa en él

toda aquella persona que quiera hacerlo, a condición, únicamente, de ser un militante activo que comparta en su conjunto la visión política de Censier. Se integrará así el Grupo de Enlace por la Acción de los Trabajadores (GLAT), al principio instalado en la Sorbona.

La Coordinación se reúne pocas veces pero siempre de forma pública. No habrá reuniones secretas de ningún tipo. La Coordinación no establece ninguna jerarquía, no impone su autoridad sobre nadie. Se resiste sin descanso a la tentación de transformarse en un centro oculto que tomaría decisiones y manipularía a la base para que las aceptase como si fueran suyas. Siempre intenta expresar y aplicar la línea e ideas formuladas en la asamblea general cotidiana donde cada uno puede abordar el tema que decida, tratarlo como le plazca y durante tanto tiempo como la asamblea le permita. Si la asamblea queda convencida, se trata de actuar en la dirección definida. Si la asamblea no lo está, nada impide al autor de la propuesta intentar llevarla a cabo de todas formas. Los coordinadores no gozan a este respecto de ningún privilegio o estatus particular. No tienen más derechos que los demás en la asamblea general. Sus propuestas pueden ser aceptadas o rechazadas, pero nada les impide llevarlas a cabo.

En caso de éxito, la asamblea puede sumarse sin tener que desdecirse. En caso de fracaso, los promotores de la acción pueden reintegrarse en la comunidad de la asamblea sin remordimientos ni vergüenza. En definitiva, la asamblea general no delega sus poderes en nadie pero tampoco restringe los poderes de los individuos que la componen. Cada uno puede y tiene todo el derecho de hablar en su propio nombre y, al mismo tiempo, en nombre del CATE. Todos los militantes son base y cúspide a la vez. Todos son, por igual, responsables de sí mismos y de la colectividad. La democracia directa funciona. La idea matriz inventada por el «22 de Marzo» vive.

Pero mientras aquel movimiento se agota y extravía en un nomadismo que lo priva de la oportunidad de llevar a cabo sus propios proyectos de vinculación con los trabajadores, otros marginales consiguen erguirse sobre sus dos piernas en Censier. Con un pie en el proletariado y otro en el movimiento revolucionario, el

desmembramiento solo se evita deviniendo políticos enemigos de la política, siguiendo la estrategia de los enemigos de la estrategia. Se han convertido en esos «horribles trabajadores» descritos por Rimbaud. Han comenzado «por los horizontes donde el otro se desplomó». Han pasado de lo político a lo poético. El resultado es un «estado de gracia»[26] inolvidable.

LA HUELGA

34. LAS PRIMERAS ESCARAMUZAS

15 de mayo, 20:00 hrs. La primera asamblea general (AG) del CATE congrega a cuarenta personas. En pocos días la asistencia será diez veces mayor. Reina un ambiente de optimismo.

La ocupación del Odeón por parte de una columna procedente de la Sorbona no tiene nada que ver con dicho ambiente. La transformación del teatro de Madeleine Renaud y Jean Louis Barrault en un foro permanente donde Michel de Saint-Pierre y otros grillados podrán desahogarse en vez de atascar las facultades no nos interesa en absoluto.

Esta atmósfera de optimismo tampoco guarda relación con el debate abierto ayer en la Asamblea Nacional. El hecho de que el primer ministro haya podido exponer sus teorías sobre la «crisis de civilización» que atraviesa tanto Francia como otros países, arriesgándose a lo sumo a una moción de censura de la izquierda, moción que se le permitirá votar el día 22, no es algo que nos apasione. La huelga de la Imprenta Nacional despierta, por el contrario, todo nuestro entusiasmo, aunque se desarrolla, por desgracia, de la forma más tradicional. Un intento de entrar en contacto fracasa. La CGT, dueña del lugar, califica a nuestros militantes de «marcusianos»[27]. Mal presagio si pensamos que antes de ayer en Lille y en Forbach las manifestaciones obreras en defensa del empleo habían acogido de la forma más natural a los estudiantes de instituto y a los universitarios que querían participar en ellas.

Pero el estado de ánimo se recupera la noche del 14 con la noticia de la huelga de Sud Aviation en Château Bougon, cerca de Nantes. Su carácter extraordinario se percibe en seguida.

Aprovechando el malestar generado por el fracaso de las negociaciones paritarias, Yvon Rocton, militante de la OCI y secretario de la sección de FO de la fábrica, sabe llevar a los jóvenes obreros a la acción. Estos sueldan las puertas de la oficina[28] donde se encuentra el director M. Duvoche, al que Georges Séguy tratará de reconfortar por teléfono. Después, en un ambiente de kermés y de aperitivo gigantesco, dos mil obreros levantan unas barricadas frente a la previsible intervención policial. Pero en vez de policías quienes se presentan son unos grupos de estudiantes de Nantes, enviados por Juvénal Quillet, anarquista y, sin embargo, líder de la UNEF regional[29].

Los sindicatos locales no saben medir la importancia del acontecimiento. «Sí pensamos», dice un responsable local, «en la posibilidad de que la huelga se extendiera a otras empresas: siempre se piensa cuando estalla una huelga. Pero las pocas informaciones [recogidas] no parecían avalar una extensión así. [...] Pensar que se trataba del primer acto de una gran explosión reivindicativa era, ese martes por la tarde, una idea inconcebible»[30]. Si las direcciones nacionales pensaron otra cosa, se guardaron de decirlo. L'Humanité solo dedicó siete líneas de su página nueve al acontecimiento. Ni la CFDT supo a qué santo encomendarse. «No creía en una "continuación" obrera de la agitación estudiantil», confiesa un dirigente nacional[31].

Los revolucionarios, por su parte, no se equivocan. Y no porque estén confundiendo sus deseos con la realidad, como sugiere un eslogan situacionista. Se siente que los obreros han descubierto la posibilidad de pelear y de ganar, sin correr demasiados riesgos. Se adivina que por fin han tomado conciencia de sus fuerzas y recuperado la confianza en sí mismos. Las octavillas del CATE se modifican sobre la marcha. Innumerables ediciones citan el ejemplo de los trabajadores de Sud Aviation, a los que se envían telegramas de apoyo.

Y, sorpresa divina, hoy 15 de mayo estalla una nueva huelga. Esta vez en Cléon. Una fábrica de Renault. Si la Renault se mueve, todas las esperanzas están permitidas. La huelga puede propagarse de fábrica en fábrica hasta el centro de la Régie, hasta Billancourt, fortaleza de la clase obrera y feudo incontestable de la CGT.

Desbordarla ahí es hacer saltar los cerrojos que impiden la huelga general. Es preciso invertir todas las fuerzas en esta batalla decisiva. Cuando tres obreros de Cléon se presentan en Censier con un texto de tres hojas, este se copia con la roneo y una docena de estudiantes son enviados a Flins, donde la fábrica de Renault también comienza a agitarse[32].

Pero con el paso del tiempo comienzan a llegar informaciones contradictorias. Se sabe, por una parte, que quienes han provocado el paro y ocupado la empresa en Cléon son doscientos jóvenes. El indicio del desbordamiento de la CGT por su base es evidente[33]. Pero puede tratarse únicamente de una peripecia local ya que, por otra parte, también se constata que la combatividad de los trabajadores no es muy elevada en el conjunto del país. La jornada de acción organizada por la CGT y la CFDT contra las ordenanzas de la Seguridad Social es prácticamente un fracaso. Esto tranquiliza al Gobierno que «tiene la impresión de que el fuego no prende por el lado obrero»[34]. El general De Gaulle ha hecho bien yéndose de todas formas a Rumanía. Pero la CGT sí es consciente de una evolución de la situación y el 15 de mayo por la tarde convoca a su Comité Federal para el viernes 18. Y mientras la CGT se dispone a discutir sobre las formas de impedir su desbordamiento, el CATE trabaja para provocarlo.

35. LA HUELGA EN RENAULT

La AG del CATE comienza haciendo el balance de las acciones realizadas el 15 de mayo. Se han establecido contactos sólidos con empresas (Renault, Imprimerie Lang, Air Inter, Citröen, Thomson-Houston, Rhône Poulenc), sindicatos (de Actores, de Técnicos del Cine), establecimientos escolares (Lycée Mallarmé, al que es preciso proteger de un ataque de Occident, Institut National d'Orientation Professionnelle), organismos varios (Cine Club de Créteil) y barrios (Place des Fêtes, Bartille). En los distritos III y IV se han organizado Comités de Barrio. En la Thomson de Bagneux se ha creado un CATE. Se ha entrado en relación con los viticultores de Carcasonne. Se han recibido varias ofertas de abastecimiento gratuito de roneos,

de papel, de tinta. Muchas personas han propuesto la idea de vender nuestro futuro periódico. Se han distribuido nuestras octavillas en multitud de sitios.

«Justamente», grita un obrero, «la consigna lanzada por algunas de esas octavillas “Grimaud, Fouchet, ¡dimisión!”, no vale[35]. No se trata de cambiar de marionetas». «Además», continúa otro, «las frases son demasiado largas. Hay que hablar más de las luchas de los trabajadores y menos de las de los estudiantes, hay que demostrar la eficacia de la huelga como arma y explicar qué son los Comités de Acción. Hay que evitar, por último, la utilización de siglas que nadie conoce fuera del Barrio Latino».

Será una dura lección, sobre todo para los maoístas autores de una octavilla destinada a la Renault. Se dedicará bastante tiempo a criticarla. El autor anónimo del acta de esta reunión anota a este respecto: «La AG quedó paralizada durante dos horas por la discusión en torno a la octavilla para la Renault. Parecía una reunión de la Asamblea Nacional. Es decir, una verdadera batalla campal. La conclusión a la que parece llegarse es [...] la necesidad de crear pequeños grupos de redacción a partir de unas ideas directrices». Y así es, efectivamente, cómo se hará en lo sucesivo. Mientras tanto, los obreros de la Renault redactan inmediatamente un nuevo texto.

«Algunos chicos de CGT fueron a Censier», cuenta después de Mayo un obrero trotskista de Renault a Jacques Frémontier, autor de un libro extremadamente favorable a la CGT y al PC[36], «[y] se les recibió como a reyes. Además, dijeron que eran de CGT. Los estudiantes tenían por fin a sus proletas. [...] Y se pusieron a escribir octavillas juntos. Al día siguiente, los chicos regresaron a la fábrica. La CGT cogió sus octavillas, las echó a los braseros y les dijo: “Sois unos provocadores. Estas octavillas no se pueden distribuir”».

La realidad es, naturalmente, algo más compleja de cómo la cuentan el entrevistado y el entrevistador, con sus respectivas razones para presentar las cosas a su manera.

La CGT de Renault-Billancourt recibe las directivas adecuadas el 16 de mayo por la mañana. Nada de dejarse desbordar por los

«izquierdistas» que no deben entrar en la fábrica bajo ningún concepto. Es preciso, por el contrario, canalizar el movimiento hacia reivindicaciones cuantitativas, tradicionales, pues «las cuentas pendientes se han acumulado»[37]. Si el movimiento se revela demasiado fuerte como para poder contenerlo en este límite, se encauzará hacia «la sustitución del poder actual por un gobierno popular [lo cual] dependerá de la unión y de la acción común de todas las víctimas de la política actual»[38]. Pero cuando el día 16 a las 6:00 de la mañana los militantes de Censier se presentan en las puertas de la fábrica, los dirigentes cegetistas aún están en la cama. A las 7:00 se han distribuido ya varios miles de octavillas. Entre las 7:00 y las 8:00 se entablan discusiones con obreros de todas las tendencias. Nace un sentimiento de confianza mutua. La unidad estudiantes-obreros queda bosquejada. El próximo encuentro será a las 13:00 en la plaza Nacional, en el mitin organizado por una CGT preocupada por difundir rápidamente sus consignas.

A la hora convenida, se enzarzan unos debates agitados entre los obreros comunistas, trotskistas (de diversas tendencias), maoístas y los militantes del CATE presentes. «Los cegetistas boicotearon nuestras intervenciones», señala el informador de Censier, «pero logramos aguantar el tirón y recoger la aprobación de entre el 20 y el 25 por 100 de los obreros. Nuestras discusiones con los no cegetistas giraron principalmente en torno al tema de la unión estudiantes-obreros, así como en torno a las modalidades de la acción que el movimiento estudiantil podía aportar a las masas obreras a fin de respaldarlas y de contribuir eficazmente a la acción final –es decir, a la revolución propiamente dicha–. La cuestión que suele preocupar a los obreros es la siguiente: "¿Tenéis un programa de acción eficaz y duradero?". Ahora ya no se trata exclusivamente de que los problemas universitarios y los exámenes hayan de pasar a un segundo plano, sino de la cuestión PRIMORDIAL en el orden del día: perseverar en el buen entendimiento y conseguir materializar la unión entre estudiantes y obreros. Es preciso reforzar el diálogo abierto con estos últimos, cueste lo que cueste.

»La mayoría de los cegetistas afirma que esta unión es una maniobra nuestra. Nos gustaría causarles toda suerte de perjuicios: manipularlos, denigrarlos e incluso suprimir lisa y llanamente la CGT y el PC. Añaden que, al fin y al cabo, los estudiantes no son

más que unos jóvenes con pocas ideas y que, en todo caso, ya no saben qué hacer. Nos encontraríamos, por consiguiente, en un impasse, esperando que los obreros resolvieran nuestros problemas y, al mismo tiempo, pretendiendo darles consejos. Al final del mitin nos enzarzamos, por lo tanto, en polémicas y discusiones estériles. [...] Lancé una discusión acerca de cuál podría ser el objetivo de nuestra acción a medio plazo y se me respondió que lo que teníamos que hacer era presentarnos en su sindicato con una delegación acreditada y representativa y un programa bien diseñado sobre la continuación de nuestra acción»[39].

Ante un muro así, no hay nada que hacer. La CGT seguirá siendo dueña de la situación. Todos los Comités de Acción de diversas tendencias que se desloman para implantarse en Billancourt terminan fracasando. El de Censier y todos los demás[40]. Pese a haber sido desencadenada por obreros, jóvenes e izquierdistas, a veces incluso en contra de la voluntad de los delegados de taller, la huelga, que estalla el día 17, lo hace bajo el control de la CGT[41]. El jefe cegetista Aimé Halbéher se da el lujo de reírse del mundo diciendo a un estudiante:

–Cuando se parte del principio leninista de que la clase obrera no puede alcanzar por sí sola la revolución sino que está obligada y constreñida a aliarse con las capas medias y campesinas, estamos obligados a hablar de unión. ¿Y a quién vamos a unirnos?

–La unión, claro, pero entonces ¿a qué se debe esa actitud hacia los estudiantes en estos momentos? –responde el estudiante, impermeable a la sutileza dialéctica de Halbéher[42].

Al fin solos, los cegetistas pudieron convertir Billancourt en una fortaleza militar. Reprimieron a los izquierdistas y a los cedetistas[43]. Hicieron «reinar el orden obrero»[44]. «Entre comidas, nada de vino peleón. Debemos señalarlo para demostrar que no somos unos truhanes»[45]. En cuanto a Halbéher, este aún sigue felicitándose por su intervención: «Tuve que intervenir dos veces en cinco semanas [...] porque una mujer intentó entrar»[46]. «Protegimos las herramientas de trabajo, distribuimos las pagas, organizamos el ocio»[47]. En definitiva, la CGT demostró su madurez para remplazar a los burgueses y gestionar el capitalismo. Resultado: en Renault-Billancourt, el número de personas que ocupaban la fábrica pasó de

los pocos miles de la primera noche a los pocos cientos de las noches siguientes. El resto de los obreros solo acude en gran número para informarse o participar en los mítines»[48]. Esta desmovilización voluntaria de la «punta de lanza» de la clase obrera francesa tendrá de todas formas su revés. El 27 de mayo por la mañana, Georges Seguy será abucheado por la masa de trabajadores cuando viene a pedirles que avalen los acuerdos firmados durante la noche anterior en la calle Grenelle. La vuelta al trabajo no se votará hasta el 17 de junio. En la Citroën la huelga durará ocho días más. Cabe afirmar, sin caer en exageraciones, que el trabajo del CA no fue ajeno a este resultado.

36. EL COMITÉ DE ACCIÓN CITROËN

Censier comienza a prestar atención a Citroën desde el 14 de mayo. Por primera vez llega un poco de información del ambiente de esta empresa conocida por la represión que hace reinar en su seno una dirección combativa y en la que una policía privada y un sindicato amarillo[49] impiden cualquier posibilidad de huelga. De los cuarenta mil trabajadores de Citroën solo están sindicados mil quinientos. Los veinticinco mil trabajadores inmigrantes, originarios de treinta nacionalidades distintas, están paralizados por un auténtico terror. OS[50] en su mayoría, son víctimas de un racismo abierto que infecta incluso la fracción francesa de los trabajadores de la empresa. Maurice Mafils ha establecido contactos personales con algunos trabajadores, que le informan sobre la realización de algunos paros en varios talleres a partir del 17. Algunos obreros también se han acercado a Censier y han debatido acerca de las condiciones laborales y la mentalidad combativa de la masa trabajadora. «Está dispuesta», dicen, «a dejar de currar el lunes si los piquetes de huelga están en su sitio y se hace propaganda en la fábrica»[51]. Freddy Perlman, militante estadounidense, Mado Perrignon y algunos más preparan una octavilla para distribuirla el 18 por la mañana. Después se acercan a la AG del CATE para reclutar a gente que pueda ir a repartirlas y a obreros del sector automovilístico.

A la mañana siguiente en las puertas de la fábrica se constata la

presencia de cegetistas que convocan la huelga para el lunes y lanzan la reivindicación de un salario mensual mínimo de seiscientos francos. El CA de Citroën reclama mil francos. Los dos grupos de propagadores se ignoran pero la tensión es perceptible. Y es que a esas horas de la mañana ya hay muchas empresas en huelga (Renault, por supuesto, pero también Nord Aviation[52], Hispano Suiza[53], Babcock, Berliet, Rhodiacéta), es decir, cerca de trescientos mil trabajadores. Y su número crece minuto a minuto. CGT reacciona. Quiere controlar el movimiento.

En la reunión del Comité Confederal Nacional de CGT, Seguy declara: «Tenemos que asumir nuestras responsabilidades como cabeza de la lucha». A su juicio, es necesario «mostrar el camino, [...] extender la huelga desde abajo» y, a este fin, elegir «unos Comités de huelga sometidos al control directo de los trabajadores»[54]. Y en Europa 1 añade: «Esta huelga general se prepara sin que hayamos tenido que lanzar la consigna y bajo la responsabilidad de los propios trabajadores».

Para los dirigentes cegetistas de Citroën, los inmigrantes no deben de ser verdaderos trabajadores. Se olvidan de dirigirse a ellos. El Comité de Acción, por el contrario, sí los tiene en cuenta. Se reúne el sábado 18 por la tarde y el domingo 19 desde las 10:00 de la mañana. Prepara dos nuevas octavillas. Una para todos los trabajadores, otra para los extranjeros. No atacan al sindicato CGT ni arremeten contra sus reivindicaciones. Sugieren, por el contrario, que estas son acordes con el sentido de la lucha estudiantil. Las octavillas señalan al enemigo común cuya destrucción no será posible hasta que los trabajadores no se apropien del aparato productivo. La ocupación de la fábrica se presenta como el primer paso en esta dirección. Respecto a la octavilla dirigida a los extranjeros, esta se traduce en cuatro lenguas (castellano, portugués, árabe, serbocroata) y dice:

«Trabajadores extranjeros,

Cientos de miles de trabajadores extranjeros son importados como cualquier otra mercancía útil al capitalismo y el gobierno llega incluso a organizar la inmigración clandestina de los portugueses,

mostrando así su verdadera cara de negrero. Estos trabajadores son ferozmente explotados por los capitalistas. Viven en las terribles condiciones de los, por así decirlo, bidonvilles [barriadas] del cinturón de París. Como carecen de cualificación, están infrapagados. Como solo hablan su lengua, se mantienen al margen del resto de la población trabajadora, que no los comprende. Aislados, aceptan realizar los trabajos más inhumanos en los talleres más duros. TODO PORQUE NO PUEDEN ELEGIR.

Dejaron sus países donde morían de hambre, porque estos países también están bajo el yugo del capital. Víctimas al í, lo siguen siendo aquí.

¡Hay que acabar con esto!

Porque no son enemigos del proletariado francés, sino, por el contrario, uno de sus aliados más seguros. Si no han empezado a moverse aún es porque son conscientes de la precariedad de su situación. Sin derechos, el menor movimiento les cuesta una expulsión, esto es, la vuelta al hambre y, a veces, el ingreso en prisión. Los trabajadores extranjeros contribuyen mediante su trabajo a la riqueza del conjunto de la sociedad francesa. Deben tener los mismos derechos que los demás.

Corresponde, por lo tanto, a los revolucionarios obreros y estudiantes imponer EL DERECHO DE LOS TRABAJADORES EXTRANJEROS A DISFRUTAR DE LA TOTALIDAD DE SUS DERECHOS POLÍTICOS Y SINDICALES.

¡La concreción del internacionalismo empieza por aquí! Con el apoyo de la parte francesa de la clase obrera, los trabajadores extranjeros, que forman parte de ella, se unirán en masa a la lucha radical que abatirá el capitalismo y desembocará en una SOCIEDAD SIN CLASES COMO NUNCA SE HA VISTO»[55].

El 20 de mayo, el CA distribuye sus octavillas y discute con los obreros en las puertas de las fábricas Citroën del distrito XV. El primer contacto con los cegetistas no marcha bien. Estos intentan impedir la difusión de octavillas del CA con el pretexto de que la multiplicación de escritos puede romper la unidad y generar

confusión: «Sería preferible», dice un delegado, «que los elementos ajenos a la fábrica se retiraran: proporcionan un motivo de provocación a la Dirección». Pero nadie se mueve porque es evidente que muchos de los cegetistas presentes no son más miembros de la fábrica que los militantes del CA. Por consiguiente, estos reparten sus octavillas mientras la CGT distribuye las suyas que contienen una sorpresa: la reivindicación del salario mínimo ha ascendido a mil francos, como la del CA. Y mientras los cegetistas arengan a la multitud con sus megáfonos, los miembros del CA discuten libremente con los obreros. El CA ha tomado la precaución de reclutar la víspera, en la AG del CATE, a militantes que hablen árabe, portugués y castellano. Como los extranjeros no se vuelven locos por seguir las consignas cegetistas de ocupar la fábrica, los sindicalistas ponen ojillos tiernos a los «agitadores» a los que hace un rato pretendían echar. Los miembros del CA aceptan prestarse al juego de CGT. Tras una discusión convencen a los inmigrantes de que entren en la fábrica. En la puerta de la fábrica Balard, estas discusiones han sido escuchadas por los miembros de los piquetes de huelga de la CGT, que se dan cuenta de la falta de desacuerdos profundos entre ellos y los estudiantes. Algunos están pensando incluso en participar en el CA cuando de pronto aparece un dirigente cegetista, que se lanza a una diatriba contra los «divisores» y los «irresponsables».

Sin embargo, el CA cree haber ganado esta batalla y el respeto de la CGT. Tendrá que desengañarse muy pronto: el 21 por la mañana las puertas de la fábrica están cerradas con doble vuelta. Los delegados sindicales no permiten la entrada de «provocadores» y apartan al CA de sus contactos. Los jóvenes ocupantes de la fábrica protestan vigorosamente contra la actitud de la CGT. Pero ahora convertida en el nuevo patrón, esta pretende mantener su puesto y hacer de la Citroën su nuevo bastión. Mientras tanto, dedica todo su esfuerzo a hacer olvidar que la ocupación es el primer paso en el camino hacia la expropiación de los propietarios. Para luchar contra la nueva autoridad desmovilizadora, el CA difunde la octavilla citada más arriba: «No dejéis que los megáfonos hablen en vuestro nombre»[56].

También se distribuye una segunda octavilla preparada por varios CA. Esta llama a la organización en la base de todos los que quieran superar el sindicalismo e impedir que los grupúsculos hablen en

nombre de los trabajadores: «No fueron los politicuchos y los sindicalistas quienes lanzaron la huelga. Fueron los propios trabajadores, sindicados o no, los que tomaron las decisiones y así deben seguir haciéndolo».

Preocupado por romper el bloqueo cegetista y continuar con su trabajo de vinculación e información, el CA se implica simultáneamente en tres direcciones: los contactos en las puertas de las fábricas, las relaciones con otras fábricas, la intervención en las barriadas y en los centros de alojamiento para trabajadores extranjeros.

En las fábricas de la plaza Balard (distrito XV) y de Nanterre se celebran mítines diarios. Se discute sobre la naturaleza del movimiento estudiantil y sus relaciones con la huelga. Los obreros sienten que esta se parece cada vez más a una huelga tradicional. Deploran la desmovilización, la despolitización de los piquetes de huelga y la deserción masiva. Por ejemplo en Balard, por la noche solo se queda un pequeño grupo de obreros jóvenes y de trabajadores extranjeros. Pero todos sus intentos de organizarse a su manera son, o bien «olvidados», o bien saboteados por la dirección cegetista.

Los jóvenes no sindicados tratan entonces de romper su aislamiento. Empiezan entrando en contacto con los cedetistas, aparentemente más partidarios de la relación trabajadores- estudiantes. Pero las intenciones de la CFDT revelan en seguida su ambigüedad. Su objetivo principal es reclutar en su provecho, sacando partido de la popularidad del movimiento estudiantil. Los jóvenes se dirigen entonces hacia los grupúsculos (trotskistas y maoístas), que quieren intervenir dentro del sindicato para echar a las direcciones «traidoras». Nueva decepción: una vez más, solo se pretende manipularlos. Los trabajadores jóvenes no sindicados se acuerdan por fin del CA y se acercan a este hacia finales de mayo. Aislados en la empresa, lo que buscan es, sobre todo, un apoyo externo, en un momento en que las fuerzas policiales ya han comenzado a tantear el terreno en algunos sitios de cara al desalojo.

Para responder a esta demanda, el CA propone una serie de acciones. Informa a los jóvenes trabajadores de la posibilidad de obtener comida gratuita contactando directamente con los

campesinos. El problema es disponer de un camión. Después de discutir sobre ello, se decide utilizar un vehículo Citroën. El significado profundo de esta acción se explicita claramente: se trata de reapropiarse de una herramienta de trabajo. Pero los obreros se niegan a cargar ellos solos con la responsabilidad de apropiarse de un camión que, a sus ojos, pertenece al patrón. Como está fuera de lugar que los miembros del CA los sustituyan, los trabajadores piden el apoyo de CGT. El Comité Central de Huelga, con sede en Balard, no rechaza la idea pero su condición para llevarla a cabo es centralizar la operación y controlarla de cabo a rabo. Se abandona la idea.

La segunda forma de acción propuesta por el CA consiste en establecer contactos con trabajadores de otras empresas. La idea ha sido sugerida por los trabajadores de la Compagnie des Eaux[57], que quieren discutir con los trabajadores de Citroën. Pero esta fábrica se ha convertido en un bastión impenetrable. Por lo tanto, no es posible reunirse al í. Se hace entonces otra sugerencia: pelear para que se permita la realización de estos intercambios en un hal reservado para ello. Será tiempo perdido.

La tercera forma de acción consiste en generalizar los contactos con los trabajadores extranjeros. Estos contactos cubren dos aspectos: por un lado apuntan a la radicalización de la lucha mediante la participación de los inmigrantes en la ocupación y los piquetes de huelga, pero su objetivo también es luchar contra los esquiroles, a menudo inmigrantes manipulados por una dirección que no se avergüenza de aprovecharse de su escasa politización, su falta de información y un aislamiento que ella misma cultiva con celo.

Los centros de alojamiento pertenecen a Citroën, que explota a los inmigrantes durante el día y los sangra durante la noche. Estos centros los gestionan empleados de la empresa, que no dejan entrar a nadie –ni siquiera a los parientes de los trabajadores–. Las condiciones de vida son muy duras. En Villiers le Bel[58], por ejemplo, a unos treinta kilómetros de París, se trata de apartamentos de dos o tres habitaciones que han de compartirse entre unos catorce trabajadores. Dado que cada uno paga ciento cincuenta francos al mes y que, tan solo en este centro, hay cuarenta y ocho apartamentos, la fábrica se embolsa mensualmente

cerca de cien mil francos. El reparto por apartamentos se realiza además de forma arbitraria. Se mezcla a yugoslavos con españoles y portugueses para impedir que unos y otros hablen entre sí. El aislamiento se refuerza con una nueva separación de los trabajadores en las distintas fábricas y talleres.

Miembros del CA que hablan las diferentes lenguas de los trabajadores inmigrantes se acercan a los centros de alojamiento, les informan de la existencia del CA y entran en contacto con los huelguistas. El objetivo del CA es impulsar el nacimiento de varios CA de trabajadores inmigrantes para que ellos mismos se ocupen de sus problemas específicos: transporte hasta la fábrica, comida, lucha contra la represión policial, relaciones con los trabajadores franceses. En varias facultades ocupadas y en Casas de la Cultura se organizan clases de francés. En los bidonvilles [barriadas] también se reparten alimentos proporcionados por los campesinos[59]. Se aprovecha cada oportunidad propicia para poner en guardia a los trabajadores inmigrantes contra las maniobras de la dirección, que pretende utilizarlos como esquiroles.

El objetivo de estas diferentes acciones es impulsar la autoorganización de los trabajadores. Entre ellos, un pequeño grupo plantea el problema de la defensa de la fábrica. En caso de agresión, la CGT ha dado la orden de abandonar «dignamente» la fábrica. Consigna que justifica por la «relación de fuerzas» desfavorable. Para demostrar que esto no es así, y a pesar de sus escasas fuerzas, el mismo CA organiza un «piquete de huelga rotatorio». Este piquete defendió la fábrica al menos en una ocasión contra unos matones a sueldo enviados por la dirección. Los asaltantes fueron expulsados.

Un número creciente de trabajadores acude a Censier para contactar con el CA. Esta afluencia abre una perspectiva de acción y de organización de los trabajadores en la empresa. Se celebran reuniones con el Comité Interempresas, del que volveremos a hablar más adelante, y con el Comité de Acción Rhône Poulenc, para hallar las formas de concretar esta nueva posibilidad.

Desde que comienzan a organizarse, los trabajadores de Rhône Poulenc emplean toda su energía en popularizar un sistema de organización en Comités de Base[60]. El modelo propuesto tiene un

eco inmediato. Los trabajadores de Citroën reconocen que ese tipo de organización en el que la gestión de la huelga queda en manos de los propios trabajadores es la solución a los problemas planteados. Sin embargo, este esquema se da a conocer a los trabajadores de Citroën demasiado tarde. La empresa es ya casi la única que sigue en huelga y, gracias a la CGT, ha entrado, en su conjunto, en el redil de las tradiciones más reformistas.

Rhône Poulenc siempre hacía hincapié en que si no se propagaba el sistema de los Comités de Base, en Francia, por supuesto, pero también a escala del capitalismo mundial, nunca nacería un auténtico poder obrero. Y mientras los trabajadores de Citroën se familiarizan con el modelo propuesto por los del sector químico, algunos miembros del CA viajan a Turín a conocer la Liga Trabajadores Estudiantes, activa sobre todo en torno a la FIAT, la mayor empresa europea. En este encuentro se intercambian informaciones sobre las luchas en Italia y en Francia, sobre los obstáculos encontrados en ambos países, sobre las obstrucciones de los sindicatos, sobre el significado de los Comités de Acción. Lo que más interesa a los italianos es la organización de los Comités de Base y del control obrero. Se acuerda un intercambio recíproco y regular de información y una puesta en común de las listas de contactos. Se prevén reuniones futuras. Pocos días después llegan a París unos milaneses que se ven, entre otros, con los miembros del CA de Citroën, algunos de los cuales viajan en el entretanto a Inglaterra y Estados Unidos para extender aún más los contactos internacionales.

El 22 de junio, cuando CGT acaba de negociar con la dirección de Citroën, los trabajadores del CA se oponen a la vuelta al trabajo. Se coordinan con otros grupos con sus mismas intenciones y deciden actuar el siguiente lunes 24 de junio. Los trabajadores elaboran un texto. A su juicio, los resultados obtenidos no están a la altura del movimiento. «Mientras CGT se siente satisfecha por el acuerdo suscrito con la Dirección, una gran mayoría de trabajadores constata que las migajas concedidas no se corresponden ni con sus cinco semanas de lucha ni con la naturaleza de la huelga. [...] Están dispuestos a continuar la huelga».

El día después de la primera vuelta de las elecciones legislativas,

CGT quiere aprovechar los malos resultados de los partidos de izquierda para acabar con la huelga. Pero se encuentra con una oposición muy viva, materializada en tres octavillas distintas. La CGT no encuentra a nadie para repartir las suyas, a favor de la vuelta al trabajo. En el mitin, los delegados y dirigentes cegetistas son abucheados. Los trabajadores piden que tomen la palabra los que quieren continuar la lucha. Pese a los micros, un dirigente de CGT no consigue hacerse oír. Al final no le queda más remedio que recurrir a invocar la democracia para que lo dejen hablar. Se lanza entonces a una violenta denuncia de los alborotadores que «pretenden blandir la bandera roja de la clase obrera más alto que la CGT». No podía haber hablado más acertadamente ya que los militantes del CA de Citroën no ocultaban su deseo de instaurar una «sociedad sin clases, sin mercancías, sin valor de cambio [y de extender] la lucha a los principales centros del capitalismo mundial [para] destruir el Estado Nacional[61].

37. LOS COMITÉS DE ACCIÓN EXTRANJEROS

El internacionalismo del CA de Citroën no es un caso particular. Muchos estudiantes extranjeros también se entregan en cuerpo y alma al movimiento[62].

Los portugueses son los más activos. El 16 de mayo, cuarenta de ellos crean el CATE sección de lengua portuguesa y se coordinan inmediatamente con el CAOE de la Sorbona, el CATE de Censier, el Comité de Acción Extranjeros de Censier y el CA de la Casa de Portugal de la Ciudad Universitaria, además de con organizaciones portuguesas vinculadas con los trabajadores de su país. Ponen en marcha un servicio de impresión para sus octavillas. El día 19 ya han difundido tres octavillas distintas, con más de ocho mil ejemplares cada una. Dos de estos textos son bilingües «para no crear diferencias suplementarias entre los obreros franceses y los portugueses»[63]. El 18 celebran tres mítines, uno en Montreuil, otro en Ivry y un tercero en Saint Denis. Son bien recibidos tanto en los centros de alojamiento, como en las residencias[64] y bidonvilles [barriadas] visitados. Para el día 21 tienen previsto realizar

acciones en Champigny, Nanterre y Bobigny, donde distribuirán octavillas y organizarán mítines. También irán a hablar a Decauville, donde los trabajadores portugueses están a punto de iniciar una huelga. Ese mismo día intervienen en el astillero Poniatowsky: «Doscientos trabajadores portugueses se han puesto en huelga gracias al trabajo de una comisión de agitación. [...] Para la mayoría se trata de su primera huelga. Se desconfía del sindicalismo. Es necesario plantear un apoyo material. También está la posibilidad de plantear la creación de un CA. Mañana iremos a apoyarlos»[65].

Los griegos no se quedan a la zaga. Al igual que los portugueses, estos piensan que «la lucha de la clase obrera es una»[66]. El 22 de mayo a las 7:00 ocupan su pabel ón. Cincuenta personas crean inmediatamente tres Comités de Acción (permanencia, estudiantes-obreros, movimiento francés y problema griego). El 20 de mayo ya han intervenido en Citroën. El miércoles 22 vuelven al í «con franceses, portugueses, españoles y yugoslavos. Se encuentran con el servicio de orden de la CGT. Resultado: no se consiguen demasiados contactos»[67].

En cuanto a los marroquíes, estos ocupan su propio pabel ón el día 21 a las 10:00. Tienen una AG todas las tardes a las 20:30. Designan cuatro comisiones (enseñanza, estudiantes-obreros, gestión, agitación cultural). Y ponen a disposición del CATE «intérpretes para enviar a las fábricas con un número importante de obreros marroquíes y para traducir octavillas»[68].

Pero los extranjeros no se limitan a apoyar. También actúan por su cuenta. Se crea un «Comité de los Tres Continentes», emanado de la Comisión de Enlace Trabajadores-Estudiantes Inmigrantes. Asesora en materia de evitar expulsiones y de eludir la represión a la que los extranjeros son particularmente vulnerables. Reclama la abolición del estatus de extranjería en Francia. Los Comités de Acción Obreros-Estudiantes de la Sorbona apoyan esta reivindicación: «Debe recordarse el ejemplo de la Comuna, cuyo ministro de Trabajo fue el obrero húngaro Fraenkel y cuyo jefe militar fue el polaco Dombrovski»[69].

Cuando la represión se abate sobre los militantes extranjeros, el «Comité de Acción Italiano Obreros-Estudiantes, compuesto por

miembros del movimiento de estudiantes y obreros de Italia, acude en apoyo del movimiento francés [y] acusa a la embajada y al consulado de ser un canal de comunicación entre la policía francesa e italiana y de ayudar en la coordinación de las represiones policiales»[70]. El Comité de Solidaridad franco-alemán, cuya responsable es Beate Klarsfeld, no es más suave con los dirigentes de allende el Rin: «Nunca una parte de la juventud francesa y una parte de la juventud alemana habían estado tan unidas la una a la otra. Pero esta joven izquierda alemana se enfrenta a unos adversarios de desmesurado poder: [...] la presencia a la cabeza de numerosos sectores esenciales de hombres como el nazi Kiesinger, [...] la traición de la socialdemocracia y una derecha neonazi, el NPD; [estos últimos] no tardarán en organizarse en la calle para salir a cazar «ovejas negras» de izquierda con la bendición de los buenos ciudadanos. Si la joven derecha alemana es derrotada, uno de lo más importantes campos de batalla del mundo se habrá perdido para nosotros y Alemania caerá con todo su peso sobre nosotros para eliminarnos también»[71].

En Censier se lucha contra la xenofobia desde el principio. Todos las tardes a las 20:00 hay una AG de estudiantes extranjeros. Desde el 16 de mayo «los estudiantes extranjeros recusan los intentos del poder y de la prensa de explicar todos los problemas del mundo estudiantil a partir de las acciones de algunos “cabecillas” extranjeros. Se indignan contra las sanciones adoptadas contra los estudiantes extranjeros, trabajadores, parados, refugiados, desertores»[72].

En París hay muchos desertores estadounidenses. Se negaron a servir en la guerra de Vietnam, esa guerra ahora olvidada en el fragor de la acción por todo el mundo. Envían un «mensaje de solidaridad al Movimiento Revolucionario de Obreros y Estudiantes franceses».

«[...] Como parte integrante del movimiento de la izquierda estadounidense revolucionaria que contesta a las instituciones capitalistas de explotación, nos declaramos totalmente solidarios con la lucha de los obreros y estudiantes franceses en las fábricas y universidades francesas [...].

Prometemos unirnos a vosotros en vuestras acciones contra nuestro enemigo común.

French Union of American Deserters and Draft Resisters»[73].

Por su parte, los estudiantes estadounidenses establecen una permanencia en Censier, aula 216. Quieren abrir «un debate [porque] muchos estudiantes extranjeros que están actualmente en París han participado en las luchas de sus propios países y en Francia. Podrían dar a conocer experiencias prácticas útiles, así como enseñar a los camaradas estadounidenses las lecciones importantes de París». Se proponen instaurar «un servicio de prensa destinado a los más de dos millones de lectores estudiantes estadounidenses, para los que se difundirán informaciones de forma honesta»[74].

Pero la contribución de los extranjeros no es solamente práctica. Algunos teorizan sobre el movimiento en curso. En Censier tiene su sede un Comité para la Revolución Permanente[75]. Sus dos instigadores son estadounidenses. Sus textos publicados durante y después de Mayo se cuentan entre los más radicales de los producidos por el movimiento.

A su juicio, «el subdesarrollo de la teoría revolucionaria con respecto a la actividad de las jornadas de Mayo es de una realidad que hace llorar»[76]. Es preciso rejuvenecer a Marx[77]: la contestación de la sociedad no la hacen solo los que trabajan sino también los que no quieren trabajar[78]. Pero no cabe confundir la necesidad de una teoría con la de una «línea política», obsesión de todos los especialistas en la falsa contestación, tan vigorosamente barridos de la escena revolucionaria en Mayo. Estos esperan a que los otros hagan la revolución para depositar en ella sus huevos de cuco[79]. Resultado: lo que decayó en Rusia con el advenimiento de Lenin no fue el Estado sino más bien la idea de la decadencia del Estado. Sus portavoces se han convertido en los peores enemigos de la clase obrera[80].

Esto es lo mismo que denuncian los trabajadores provenientes de Europa del Este:

«Comité Europa Central [...]

Desde el principio, el partido soviético actúa contra todas las revoluciones obreras y campesinas en todo el mundo. ¿Por qué? Porque estas rechazan cualquier dominación. Cuando los propios trabajadores se determinen en Francia en un verdadero socialismo, el poder de la clase burócrata policial será destruido antes de su establecimiento y amenazado donde ya existe: al í.

Este socialismo significaría, en último término, que toda Europa se convertiría en socialista en un sentido auténtico. Sería el fin de la hegemonía soviética en Europa Central, el fin de la esperanza del poder burocrático a escala mundial. Aunque más avanzadas, las revoluciones que tras algunos años de existencia experimentaron los países del Este no dejan de parecerse, y mucho, a la de París. Los PC de al í lo han entendido. Ellos prefieren a la burguesía, que también ha entendido. Su comportamiento respecto al pueblo húngaro sublevado fue el mismo que el de los rusos hoy respecto a Francia. La deuda está pagada. En caso de verse acorralada, la burguesía prefiere cien veces más pasar el testigo al Partido que a la masa, y sabe lo que se hace. Estos señores pretenden hablar de igual a igual, entre interlocutores válidos [...].

Los amos han sabido unirse por encima de las fronteras de los bloques. ¿Cuándo nos uniremos nosotros, los trabajadores, para mostrar el error y la mentira, para mostrar nuestra capacidad de gestionar nuestros asuntos y de crear una sociedad fraternal?»

EL FUEGO EN EL LLANO

38. EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL EN EL MUNDO

Censier y muchos de los revolucionarios parisinos comparten esencialmente este análisis y saben que no están tan lejos de los rumanos entre los que De Gaulle aterriza el 14 de mayo al mediodía. Desde hace algunos años, el presidente Ceaucescu se dedica a sustraer a su país del dominio soviético aunque sin llegar a poner en tela de juicio el modelo social bolchevique. Su política interna es estalinista a más no poder pero en el exterior Ceaucescu multiplica las marcas de independencia respecto a un «campo socialista» ya bastante resquebrajado por las secesiones china y albanesa, la «primavera de Praga» y la endémica agitación polaca.

Desde la perspectiva del presidente francés, que desde su vuelta a la asuntos políticos preconiza la disolución de los «bloques», este viaje ha de servir para sancionar su clarividencia, coronar su política y realzar aún más el prestigio y grandeza de Francia. Inmersa en una huelga general e ilimitada, Francia es, por el contrario, una de las más tocadas de las treinta naciones sacudidas por una ola revolucionaria mundial ajena a sus posiciones políticas o geográficas. El crédito del adalid de la independencia nacional no parece, sin embargo, afectado. Sus anfitriones rumanos solo han tenido que ordenar a la prensa que dejara de publicar artículos sobre la situación francesa. Y hacen todo lo posible para que la visita del jefe del Estado francés sea un éxito.

«¿Qué ha sido del general X, mi condiscípulo en Saint Cyr?», pregunta un día De Gaulle a unos oficiales rumanos.

«Está en plena forma», le contestan estos muy incómodos porque no tienen ni la más remota idea de la situación en la que pueda hallarse tal personaje. Se ponen a buscarlo y cuando lo encuentran viviendo de forma miserable de su pequeña jubilación en una

buhardilla, lo trasladan de inmediato a un piso soberbio. En cuanto la calle que conduce a este queda presentable, llevan a De Gaulle. El viejo general rumano, estupefacto y lleno de temor por el futuro, tiene derecho a recibir un apretón de manos. De Gaulle, por su parte, se va después a bailar una périnitza con un pañuelo en la cabeza.

La anécdota da la vuelta a todo el país. Un país perplejo, por otra parte, ante los acontecimientos franceses: «¿De qué se quejan estos estudiantes? Tienen de todo: pantalones vaqueros, chicles, whisky, pelo largo, películas, libros, coches. Si lo que quieren es comunismo, ¡que les aproveche! Pero que luego no vengan a quejarse...». La situación checoslovaca se toma, por el contrario, muy en serio. Aunque, también al í, son los estudiantes quienes están a la cabeza de la lucha. Student, su periódico, y Lit erarny Listy, el periódico de los intelectuales, publican numerosos artículos cuyo sentido general no está tan alejado de las ideas de París. Ivan Svitak, profesor de literatura, es uno de los teóricos más escuchados. Critica el leninismo, rechaza tanto la derecha como la izquierda, el Este como el Oeste, y propone una concepción original de la democracia socialista[81].

Los polacos y los yugoslavos también están buscando un nuevo modelo social. Y, al igual que los franceses, luchan contra el poder, contra el Estado y contra la clase dirigente, en su caso comunista. En un mitin en Belgrado cabe escuchar: «Estamos hartos de la burguesía roja», «Basta de corrupción», «¡No creáis lo que dice la prensa!», «La Universidad de la libertad y de la igualdad», «Supresión de los privilegios», «Unidad de acción con los obreros»[82]. En Polonia la agitación es permanente desde el mes de marzo. Se ocupa la Escuela Politécnica de Varsovia. En su fachada cabe leer «Obreros, vuestra causa es la nuestra». Una gran multitud se concentra frente al edificio, canta el Sto Lat («Que vivan cien años») y aporta víveres y dinero procedentes de colectas organizadas en las fábricas[83]. Reclama libertad de expresión y justicia social. Se solidariza con Checoslovaquia. Las clases no pueden reanudarse hasta el 11 de mayo, precisamente el mismo día de la sublevación parisina –en Pekín tiene lugar una manifestación gigante donde se grita «¡Viva la Comuna de París!»–[84]. El 26 de mayo serán diecisiete los millones de chinos que «arrastrarán al barro al PC»[85], replicando

así a La Habana que, la víspera, había calificado de «notable» el discurso pronunciado por De Gaulle el día 24, y a Moscú, que ataca a Marcuse, Cohn-Bendit y Mao Zedong, mezclando a todos en un mismo batiburrillo[86].

Si los grandes personajes de la política internacional alzan así su voz es porque el movimiento «estudiantil» se expande por el mundo como el fuego en la sabana. El 13 de mayo, el movimiento alcanza Yakarta, en Asia. En Estados Unidos, se registran desórdenes en Columbia (Nueva York) y Berkeley (Nueva Jersey) del 17 al 23 de mayo, tras la llegada a Washington de la «marcha de los pobres», el 13 de mayo. En África, la agitación afecta a Argel del 15 al 17 de mayo, a Nouakchot el 31, a Dakar del 17 de mayo al 14 de junio, a Kinshasa, también el 14. En Europa casi todos los países están afectados en mayor o menor medida. En Austria, Viena se mueve el 13 de mayo. En España la agitación llega a Madrid, Barcelona y Bilbao del 13 de mayo al 13 de junio. Inglaterra no es la excepción que confirma la regla: Londres, Manchester y la Universidad de Essex bullen del 16 de mayo al 3 de junio. Atenas despierta el 13 de junio. En Holanda, Ámsterdam y Utrecht se suman al baile el 23 de mayo y el 22 de junio, respectivamente. Italia toma nota de la ocupación de la Universidad de Milán el 14 de mayo. Florencia, Venecia, Roma son sucesiva o simultáneamente atravesadas por manifestaciones y asisten a enfrentamientos más o menos violentos. El del 7 de junio en Milán inspirará a Pier Paolo Pasolini: «En vuestras refriegas con los polis, de quien me sentía cerca era de los polis. Porque los polis son hijos de los pobres... Lástima de vosotros y vuestras jetas de hijos de papá. Os odio tanto como a vuestros papás»[87]. El PCI se queda perplejo frente a este movimiento. La polémica causa estragos en su seno. Y aún lo sigue haciendo...

En Dublín se toma nota de algunos incidentes el 15 de mayo. El 22 le llega el turno a Luxemburgo. Cuatro días más tarde a Estocolmo. Ankara no empieza a moverse hasta el 13 de junio pero el movimiento seguirá vivo hasta el 25[88]. En la República Federal de Alemania, la agitación se estrena el 9 de mayo, día en que los delegados del SDS, el movimiento estudiantil más combativo y cercano a los franceses, fueron devueltos desde Orly. El 15 le toca a Bonn, el 16 a Fráncfort, el 22 a Berlín y el 23 a Munich. El 29 todas las universidades están tocadas. El 12 de junio el SDS se manifiesta

contra la actitud de las autoridades del Este. En Bélgica, la Universidad Libre de Bruselas se rebela del 13 de mayo al 14 de junio: «El problema fundamental del Movimiento del 13 de mayo, ¿libertad o bolchevización?, se planteó por primera vez ayer por la tarde», escribe Jean Michel Hennebert[89]. Otro belga, Jean Clabeau, publica Zéro, que da cuenta de la experiencia de la universidad crítica de Berlín: «La historia del movimiento obrero muestra muy bien cómo el modelo de organización revolucionaria tan apreciado por los partidos comunistas del mundo entero no permite resolver los problemas actuales. [...] Todos los partidos leninoestalinotrotskistas del mundo han remplazado un amo por otro. Una sociedad "comunista" jerarquizada solo es una prolongación del capitalismo mediante su contrario».

En Suiza, en la mismísima Suiza, despiertan Ginebra, Lausana (26 de mayo) y Zúrich, donde se ocupa [la universidad] el 16 de junio. Pero en estas ciudades la preocupación se reduce casi exclusivamente a los problemas de los estudiantes. Los grupúsculos leninistas son incapaces de impedir el encierro del movimiento en el gueto universitario. En Tesino, por el contrario, el Movimento Giovanile Progressista publica, en junio, su Documento Político 1 donde dice: «el MGP, [que no se] considera depositario de una verdad única, [debe] desarrollar una acción guiada por las dos consignas siguientes: "no a la paz laboral" [...] y "los obreros no tienen patria". [...] La situación particular de Suiza nos impone dirigir nuestro trabajo [hacia] el proletariado de origen extranjero».

Conocida como la Suiza de América Latina, Uruguay comienza a agitarse el 17 de mayo. El 12 de junio, unas escaramuzas enfrentan a estudiantes y policías en Montevideo. Al día siguiente se proclama el estado de sitio y tres días después el ejército se pone en estado de alerta. El Movimiento de los Tupamaros tomará el testigo, así como la «banda de Baader» (Fracción del Ejército Rojo) en Alemania y las Brigadas Rojas en Italia. En Perú, la agitación solo se manifiesta de forma notable un único día: el 30 de mayo. En Chile, Santiago tiembla el 26 de mayo. Bolivia, el 25 de junio. En Argentina el movimiento durará, por el contrario, del 30 de mayo al 25 de junio. Pero es en Brasil donde, pese a su comienzo tardío (12 de junio), el movimiento adquiere su extensión más amplia. El 21 de junio, la manifestación de Río deja seis muertos. Al día siguiente, los

estudiantes ocupan el Parlamento en Brasilia. Dos días después, quince mil estudiantes se manifiestan en Sao Paulo. El 27 de junio, en Río, cien mil personas se echan a la calle al grito de «¡Abajo la dictadura!»[90].

En París, recién llegado de su adelantada vuelta de Rumanía, De Gaulle empieza a barajar la posibilidad de recurrir a los tiros, aunque no puede medir exactamente la amplitud de la ola mundial cuyas principales etapas acabamos de esbozar, pues el 18 de junio esta no ha hecho más que romper. No obstante, la inquietud comienza a adueñarse del mundo. El diario holandés Algemen Handelsblad escribe, pensando en Francia: «Una sociedad que goza de una prosperidad razonable y funciona de modo más o menos aceptable no implica, por lo tanto, una garantía de estabilidad»[91].

39. EL REGRESO DEL GENERAL DE GAULLE Y LA HUELGA EN PROVINCIAS

«Entonces De Gaulle se va y, cuando vuelve, ¡todo está por los suelos!»[92].

Nada más bajar del avión, el presidente de la República da rienda suelta a su mal humor. Tiene un sarcasmo guardado para cada uno de los ministros que han venido a recibirlo: «Bueno, Malraux, le han quitado el Odéon!»[93], «Y sus estudiantes, Peyrefit e, siempre la chienlit [el desorden]...»[94]. Y para todos: «¡Este país es un caos como nunca se ha visto!»[95].

Los ministros aguantan el chaparrón. Georges Pompidou ofrece su dimisión. «Ni hablar. No se abandona el puesto en plena batalla. Primero ganar la guerra. Después ya veremos»[96].

Los ministros concernidos y el prefecto de Policía se vuelven a ver al día siguiente en el Elíseo. El General está rojo de cólera. Se sube por las paredes.

«Todo esto ha durado ya bastante. Es la chienlit, una anarquía, es

intolerable. Hay que frenarlo. He tomado algunas decisiones. Hoy evacuamos el Odéon, mañana la Sorbona. En lo que atañe a la ORTF», dice dirigiéndose a Georges Gorse, Ministro de Información, «vuelva a tomar las riendas. ¡Ponga a los agitadores de patitas en la calle y ya está!»[97].

Silencio. Los ministros están aterrorizados. De Gaulle acaba de darles la orden de encender la chispa que hará saltar el polvorín. Hasta ahora, su táctica se había limitado a retroceder ordenadamente ante el movimiento. Y ahora el Presidente quiere restaurar de forma brutal la autoridad del Estado. Christian Fouchet, Ministro del Interior, toma la palabra.

«Mi general, es imposible tomar la Sorbona sin disparar y causar muertes[98]. Después habrá que seguir disparando, sitiar el Barrio Latino. La revuelta recuperará su popularidad. Los incidentes se convertirán en una mancha de aceite. La negociación con los sindicatos será imposible. Solo Dios sabe dónde podemos acabar»[99].

El Ministro del Interior sabe perfectamente que el movimiento estudiantil aún goza de una enorme popularidad. Un sondeo IFOP publicado la víspera indica que el 60 por 100 de los franceses sigue siendo favorable a las manifestaciones estudiantiles y que un 40 por 100 es, además, partidario de la extensión de la huelga estudiantil a otros sectores»[100].

Georges Pompidou interviene entonces: «Mi General, debe usted saber que las fuerzas del orden están traumatizadas. No podemos volver a realizar operaciones de policía generalizadas en el Barrio Latino.

De Gaulle responde: «¿Traumatizadas?, ¿Qué significa eso?».

Fouchet explica. Soberbio, De Gaulle replica: «Bueno, Fouchet, pues con la policía se tiene que hacer lo que se tiene que hacer, darle “aguardiente”»[101].

El prefecto de Policía acude en auxilio de sus colegas. Defiende la contemporización. Pompidou lo apoya. El General termina gruñendo: «Entonces comenzad por el Odeón, ¡pero ahora mismo!». Nadie se atreve a oponerse abiertamente a esta orden pero todos se

dedican a torpedearla disimuladamente. Y se separan cuando el presidente ordena al ministro de Información: «Decidle a la prensa que he declarado: reforma sí, chienlit no». El movimiento revolucionario le devuelve la pelota con un «la chienlit c'est lui [el desorden es él]».

Ninguna de estas pullas consigue animar a la Banca que ha sido tan indiferente a los acontecimientos estudiantiles como sensible, ahora, al estallido de la huelga. Al final de la primera semana de agitación social se advierte un descenso muy pronunciado de los valores franceses y una apreciable caída del franco. Se registran reintegros masivos porque se teme lo ineluctable: la huelga de la banca[102]. Los únicos que no repatrían sus créditos son los países del Este[103]. Motivos no les faltan, sin embargo, para estar inquietos. Los quinientos mil huelguistas del 17 por la tarde se han convertido en dos millones, veinticuatro horas después. Y todo indica que la bola de nieve engordará el lunes. Ese día, la parálisis del país será, en efecto, casi total, con seis millones de trabajadores en huelga.

Es cierto que hay inmensas zonas provinciales sin tocar. Por mucho que hagan, los estudiantes no pueden enviar a todas partes equipos de agitadores destinados a poner en huelga a cientos de miles de pequeñas y medianas empresas poco o nada sindicadas. En Vendômois, por ejemplo, una manufactura de pantalones emplea a sesenta y cinco personas en Ville aux Clercs, una población de mil habitantes: «Un grupo de jóvenes huelguistas de Jaeger-Vendôme vino en coche y se puso a merodear alrededor de la empresa Boukris para incitar al personal a dejar del trabajo. Los gendarmes estaban vigilando: "Os conocemos, sois de Vendôme", dijeron a los sospechosos visitantes. Intimidados, los jóvenes les respondieron que habían venido a Boukris a comprarse pantalones. "Entonces daos prisa", les ordenaron los gendarmes. Los jóvenes se fueron entonces, estoicamente, a comprarse cada uno un pantalón»[104].

Pero no siempre sucede lo mismo. En Elbeuf, en la región rouenesa, un dirigente de la Unión Departamental de la CFDT cuenta: «Nosotros, en Elbeuf, no estábamos muy al día. La Unión locallestaba compuesta de militantes bastante mayores y desconectados de la actualidad. Al principio, en Elbeuf, no sabíamos cómo posicionarnos. Además, la fábrica de Rhône Poulenc sí se

había puesto en huelga. En aquel momento un militante de la EDF que era jefe de distrito en Elbeuf regresaba de París. Le pregunté: "¿Estás disponible?" Me respondió: "Sí, podéis contar conmigo". Y le dije: "Bueno, entonces toma las riendas en Elbeuf ". Él contaba con medios importantes pues disponía del coche con antena de radio de la EDF. Podía cortar el suministro eléctrico al patrón. Y se pasó toda la noche del domingo al lunes incitando a la huelga a todas las empresas. A las que se resistían, las intimidaba cortándoles la corriente. Hasta llegó a movilizar a algunos estudiantes para poder sostener la cosa. La CGT había empleado medios aún más radicales. Tenían un camión. Llegaban a una empresa, le decían a la gente que dejara de trabajar, los metían en el camión y los llevaban al local [de CGT] donde les entregaban el carnet del sindicato. Y peinaban las empresas a este ritmo. Había estibadores, algunos incluso armados con picos, ¡y se iban todos de maniobras! ¡Era operativo! Hicieron esto durante todo el día en la mayor parte de las empresas de Elbeuf que no estaban sindicadas, salvo en Rhône Poulenc. Entonces nosotros también intentamos sindicar a la gente, implantarnos en las empresas y tratar de montar secciones. En seguida conseguimos siete u ocho empresas. Después tuvimos que organizar todo eso. No fue nada sencillo. Y después de Mayo todo se fue a pique»[105].

El celo de la base cegetista no es algo que ponga precisamente contento a Georges Séguy, que el día 18 plantea con firmeza los límites de la acción en función de la estrategia ya definida anteriormente. La CGT apoyará a los estudiantes siempre y cuando se queden en sus universidades: se vuelven a denunciar «Los intentos de intromisiones externas en la dirección de los asuntos de las luchas obreras»[106]. «La CGT», añade, «es la gran fuerza tranquila que ha venido a restablecer el orden al servicio de los trabajadores»[107]. «No permitiremos que los objetivos reivindicativos de nuestra acción sean relegados a un segundo plano en provecho de fórmulas vagas como la cogestión, la reforma de estructuras, la promoción...»[108]. A nadie le pasa desapercibida esa piedra lanzada al tejado de la CFDT. La CGT no pretende destruir el Estado; ni siquiera pretende cambiar nada. Solo aspira a unos aumentos salariales que le permitan volver a enviar a los huelguistas al trabajo.

Pese a todas las garantías dadas, el miedo no deja de abrirse camino entre las clases sociales altas. El 19 de mayo, un «profesor de universidad, especialista en ciencias políticas y padre de familia numerosa», como él mismo se define, aunque olvidando el detalle de indicar su nombre, publica un texto titulado «La máquina infernal». Este documento es objeto de una difusión restringida entre las esferas dirigentes del ejército. El texto afirma: «Los cuadros sindicales y políticos han entendido perfectamente la maniobra (es decir, la tentativa estudiantil de desbordar las organizaciones tradicionales) y se han dado prisa en retomar la iniciativa de la agitación social al mismo tiempo que se desmarcan tan claramente como pueden, tanto por sus métodos como por sus objetivos, de las reivindicaciones de los estudiantes. Ambas tendencias han comenzado a competir en una carrera y no cabe eludir por más tiempo el debate en el terreno político e institucional. Cuando se llega al punto en que el Partido Comunista y la CGT son los últimos garantes de una solución pacífica, es preciso aceptar riesgos. Al haber retrasado hasta el momento el uso de la fuerza, el gobierno, por su parte, parece estar buscando una solución política cuyo precio habrá de pagar»[109].

Pese a lo que pueda parecerle al autor de este texto, el Gobierno sí tiene en la cabeza el uso de la fuerza.

El viernes 17 se empieza a estudiar el problema a lo largo de una reunión con los responsables del orden. Se proyecta llamar a los tres mil reservistas de la Gendarmería y a los once mil Guardias Móviles auxiliares. El director de la Gendarmería se opone: ¡no está seguro de su lealtad! Georges Pompidou se enfada y se termina desguarneciendo a las provincias y repatriando a la policía militar que está en Alemania. En lo relativo al ejército, el 20 o el 21 de mayo se estudia la posibilidad de recurrir a él[110]. ¿Cómo reaccionará? ¿Obedecerá o se rebelará? El Ministerio de Defensa estima que cabría contar con alrededor del 80 por 100 de los suboficiales pero los oficiales aún no han digerido el asunto de Argelia. En cuanto al contingente, su calma permitiría augurar su neutralidad. Pero ¿en caso de bronca...? Quedan los paracaidistas. Si las cosas se ponen más feas, se acercarán algunos regimientos a los alrededores de París.

Las autoridades no son las únicas interesadas en las fuerzas del orden. Los revolucionarios también las tienen en la cabeza ya que, con la fulminante extensión de la huelga, se abren ante ellos dos nuevos desenlaces posibles. El primero es la insurrección, el segundo la represión sangrienta. Tanto el uno como la otra exigen el debilitamiento del Ejército y de las fuerzas policiales.

La Asamblea General del CATE se preocupa por estos problemas desde el 16 de mayo. Se organiza una acción de propaganda dirigida a la policía y a los cuarteles[111].

«Futuro recluta o beneficiario de prórroga:

Estás del lado de los trabajadores y de los estudiantes en la lucha contra el Estado burgués y el poder gaullista. En algunas semanas o en algunos meses serás “llamado a filas”.

¿Cumplir el servicio militar no es traicionar la revolución? La acción dentro del Ejército se ha revelado a menudo ilusoria. Si te planteas negarte a hacer la mili, contacta con nosotros en Censier, aula 314, todos los días de 20:00 a 22:00»[112].

En la Sorbona, el CAOE no se queda atrás. Su acción se dirige a los reclutas[113], pero los resultados no están a la altura de las expectativas depositadas en ella. Se crea, no obstante, un Comité de Soldados de Vincennes. Este publica numerosas octavillas que invitan a los soldados a rechazar la represión, a exigir sus permisos y a desobedecer en caso de recibir órdenes ilegales, tal y como estas están definidas en el artículo 22 del Decreto 66.743 del primero de octubre de 1966. En Alemania, en el 153 Regimiento de Infantería Mecanizada de Mutzig, se crea un Comité de Acción de Soldados. Su iniciador, el cabo Le Bris, será acusado de complot por haber, a su juicio, «osado expresar el pensamiento de al menos el 80 por 100 de los reclutas»[114]. Esta cifra puede ser una exageración, pero también es cierto que la agitación en el ejército es mayor de lo reconocido por las autoridades militares. Se crean grupos de reflexión. Uno de ellos publica su plan de reforma del servicio militar elaborado a

partir de «una constatación cotidiana de la vida en los ejércitos: los militares solo se interesan por la correspondencia, los permisos y la licencia»[115]. Otros son más activos. En Toulouse, durante las tardes de manifestación y «pese a la consigna, los reclutas salen sin permiso y se prometen a sí mismos que nunca irán contra el pueblo». En Alemania, donde el back out en los cuarteles es total, «unos técnicos de radio montan un receptor que da informaciones (inmediatamente) multicopiadas en roneo y distribuidas por las habitaciones»[116].

Y con la policía, los revolucionarios dan rienda suelta a su inspiración.

Primero se la vilipendia:

«Para evitar que la población civil sea víctima de las brutalidades y de la represión policial, y facilitar el trabajo de ratonnade[117] [cacería] sería conveniente que los universitarios, los estudiantes de instituto y los trabajadores jóvenes tuvieran que llevar un signo distintivo, por ejemplo, una estrella amarilla»[118].

Después, los maoístas, siempre obnubilados por sus fantasías de violencia, la amenazan:

«Llamamiento a la policía [...]

Policías, negaos a ser esquiroles.

Policías, uníos a la lucha popular antes de que la justicia del pueblo trabajador se alce contra vosotros»[119].

Aunque la policía está desmoralizada y muchos de los suyos prefieren ponerse enfermos antes que salir a reprimir manifestaciones, pese a que llegan a registrarse algunos break

downs[120], lo cierto es que, en su conjunto, el cuerpo de policía aguanta el tipo. Entonces, se la ridiculiza:

«¡Camaradas sargentos de ciudad!

Aún no es demasiado tarde: todavía podéis uniros a las filas de los revolucionarios. Coged vuestras metralletas y vuestros revólveres de 9 mm, distribuid vuestras porras entre los estudiantes; cortad las orejas de vuestros comisarios y traedlas a la Sorbona para que podamos clavarlas como adorno en la puerta grande; ocupad vuestros puestos y jugad a la rayuela, al strip póker, a polis y cacos; fumad marihuana; dejaos bigote, melena, barba. Teñid vuestros uniformes de rosa o de color tierra siena tostado. Poneos las condecoraciones en cualquier sitio y de cualquier manera; acostaos con vuestras mujeres o con las de vuestros superiores jerárquicos, con todas, a nosotros no nos importa. Cultivad tomates en el jardín del Luxemburgo. Emborrachaos en vuestras horas de servicio, tiraos pedos, eructad, defecad a placer: POLIS, ¡VIVID!»[121].

Estas excelentes sugerencias quedan, por desgracia, en papel mojado. El Estado puede contar con su policía y la policía puede contar con el Estado para obtener todo el «aguardiente» que desee. El país se parece tanto a un Estado policial que hasta puede confundirse con uno. Y, ciertamente, el padre Daniélou no se equivoca cuando exclama: «De Gaulle ha hecho realidad el sueño de Enrique IV: un poli para cada francés»[122].

LA AUTOGESTIÓN

40. LA ASAMBLEA GENERAL DEL COMITÉ DE ACCIÓN TRABAJADORES-ESTUDIANTES DEL 21 DE MAYO

En la tarde del 18 de mayo, la amplitud alcanzada por el movimiento de huelga no permite seguir eludiendo los problemas nacidos de la acción. En primer lugar, está claro que el CATE no puede seguir trabajando en base a la improvisación. Surgido de la nada, un aparato revolucionario tentacular se desarrolla de hora en hora. Pero su dinámica propia no debería arrastrarnos por lugares distintos de aquellos por los que queremos ir. En segundo lugar, es igualmente evidente que si, como parece, nos estamos dirigiendo con paso firme hacia la huelga general, el capitalismo podría ser derrocado. En ese caso, ¿qué es lo que lo va sustituir? ¿¿ Esa misma tarde, la AG del CATE, acaparada por mil tareas a cual más urgente, define brevemente su posición: «El papel de los CA es organizar a las bases y convertir las huelgas pasivas en huelgas activas tanto en las fábricas como en las universidades»[123]. Censier acaba de lanzar la idea de la huelga activa, que suscita un montón de preguntas. A decir verdad, acaba de abrirse un debate decisivo que se prolongará hasta el 24 de mayo.

El día 19 se aportan las primeras precisiones. Los CA, se dice, no quieren dirigir el movimiento obrero. El único objetivo de su esfuerzo es devolver a los huelguistas la gestión de su huelga. Si se desconfía de los sindicatos es porque lo que quieren es dirigir el movimiento pero lo que pensamos es que los sindicatos no pueden estar más al servicio de los trabajadores de lo que lo está el Estado burgués, ya que uno y otro llevan cien años repitiendo a los obreros que aún no son mayores de edad: solo los dirigentes lo son. Frente a esto, los CA tienen que luchar sin tregua y recordar a los obreros los métodos de acción olvidados y, sin embargo, todavía válidos, como acaba de demostrar el movimiento estudiantil.

Por lo tanto, es preciso actuar en las fábricas para que «el movimiento no tome un cariz folclórico, como en 1936. No debemos abandonar a los huelguistas porque estos no se decantarían de forma automática por las medidas más radicales debido a la presión sindical reformista que pesa sobre ellos y a la falta de otras salidas posibles. En consecuencia, nuestras octavillas deben: 1º denunciar las maniobras de la burocracia; 2º popularizar las formas de organización no burocrática; 3º recordar a la clase obrera las lecciones que aprendimos de ella; 4º incitar a los obreros a tomar directamente las riendas de sus asuntos (convencerles, en particular, de no delegar su poder en nadie); 5º empujar a los obreros a romper el yugo burocrático que se intenta instalar»[124].

A partir de este bosquejo de táctica, desembocamos ineluctablemente en la definición de una estrategia. Esta es la conclusión a la que llega la AG del CATE el 20 de mayo. Tras emitir la hipótesis de que «la acción en la base será suficiente para demoler a los sindicatos», la AG aborda la cuestión del poder. En seguida se llega a un consenso. Una perspectiva de oposición frontal al Estado solo tiene sentido para un partido. Nosotros somos un movimiento. En consecuencia, solo podemos tener una consigna: desarrollo del movimiento de masa.

La Asamblea sabe perfectamente que no acaba de descubrir la pólvora y se centra, por ende, en definir ese «a dónde se va a llegar»[125]. De acuerdo al sentir general, la instauración del poder de los trabajadores es el único desenlace realista. Este poder, todo el mundo está de acuerdo, adoptará la forma de consejos obreros y será autogestionado. Se crea sobre la marcha una comisión destinada a elaborar un informe político de conjunto[126]. Se organizará, además, una charla sobre el tema de la autogestión.

El 21 de mayo a las 20:00, casi cuatrocientas personas se apiñan en una sala demasiado pequeña y llena de humo. La mayor parte de las personas de esta audiencia son miembros de Comités de Acción de empresas y de barrios a los que, en principio, darán cuenta. Los servicios de Censier están presentes al completo. Hasta el Comité de Ocupación se ha desplazado para la ocasión.

Pierre Guillaume tiene la palabra[127]:

«Una vez ocupadas las fábricas, se plantea el problema de crear una nueva sociedad. Se trata de instaurar una gestión popular de la producción y de hacer funcionar una economía sin mercado ni Estado. Algo que no existe en ninguna parte.

Pero aunque no sepamos demasiado bien lo que será el gobierno futuro, sí sabemos, en cambio, lo que no puede ser. No será un gobierno representativo porque no queremos delegar ningún poder en una minoría, electa o no. No queremos porque sabemos perfectamente que todo poder delegado a una minoría se vuelve contra la sociedad en forma de poder externo. La gestión popular no tendrá, por lo tanto, ni presidente, ni comité central, ni burocracia, ni Estado, ni nada que se parezca a un poder central. Si nos preguntaran: ¿quién sustituirá al patrón?, deberíamos responder: nadie. Si nos preguntaran: ¿quién remplazará al Estado?, deberíamos responder: nada. Porque el patrón y el Estado son cánceres que impiden el desarrollo normal de la vida. Cuando se extrae un cáncer, nada viene a remplazarlo. ¿¿ Además, nuestro proyecto de sociedad no puede definirse por adelantado en un programa, ya que este solo podría ser impuesto desde arriba, por un partido político, algo que tampoco queremos.

¿Entonces?

Sí se pueden hacer, de todas formas, algunas observaciones. Por ejemplo, una vez eliminadas las relaciones jerárquicas y autoritarias, quedan las relaciones esenciales, necesarias, las puramente técnicas. Las relaciones técnicas establecidas entre productores forman el verdadero tejido de la economía. Ellas son las que permiten que la economía funcione en el marco de una verdadera gestión popular, es decir, al margen de toda jerarquía, al margen de la sociedad de mercado.

Pero como comprenderéis, este sistema no puede estar geográficamente limitado. Rodeado de una economía de mercado, se vería ineluctablemente constreñido a componerse con ella en el exterior. De forma igualmente ineluctable, le seguiría, en el interior, una recreación de las relaciones sociales que se había intentado eliminar. La revolución ganada terminaría de esta forma perdida o

absorbida. La revolución solo puede ser mundial.

Por eso no cabe hacerse demasiadas ilusiones con la autogestión. Autogestionarse en una u otra fábrica, en un sector entero o incluso en un país, no es algo imposible. No hay ninguna dificultad técnica insuperable. El problema es que si una fábrica, un sector o un país se autogestionan sin destruir el capitalismo circundante, los obreros solo gestionarán, en el fondo, su propia explotación. Al cabo de cierto tiempo, reaparecerán las jerarquías salariales y sociales. Y renacerán todas las contradicciones del capitalismo.

Entonces, ¿qué debemos hacer? Una cosa es segura: habremos de partir de lo que hay. Y lo que hay es que la abundancia ya existe en el marco del capitalismo. Si la penuria sigue afectando a ciertos sectores de la población es por dos razones esenciales.

La primera es que hay demasiados asalariados obligados a realizar trabajos inútiles e improductivos. Por ejemplo, los controladores de la RATP. Si se suprimieran, el metro podría ser sin duda gratuito gracias al ahorro salarial efectuado. Además, a los empleados liberados de estas tareas idiotas y degradantes se les podrían confiar empleos productivos. Gracias al consiguiente aumento del número de productores, cada uno de ellos podría trabajar menos tiempo.

La segunda causa de la penuria es que esta sociedad capitalista produce y distribuye su producción en base al valor de cambio de las mercancías. En la nueva sociedad, el arbitraje entre las necesidades se asentará en el valor de uso de las cosas. Nosotros no gestionaremos mercancías. Solo produciremos valores de uso y, de esta forma, haremos estallar la racionalidad de mercado.»

Esta intervención suscita un debate apasionado. «¿Qué pasará con el dinero?», pregunta alguien, preocupado. «Evidentemente, en una sociedad comunista no habrá dinero. Pero, cuidado: Proudhon quería suprimir el dinero sin suprimir la mercancía. Nosotros preconizamos la abolición de la mercancía, la supresión del intercambio».

Otro, más práctico, quiere saber «¿cómo se puede suprimir el

crédito?, ¿qué podríamos hacer en relación al [banco especializado en créditos] Cételem?». «No hay nada que reformar. Hay que suprimirlo, pura y simplemente. Y mientras llega ese momento, negarse a pagar las letras de cambio».

Varias personas plantean entonces la cuestión de la dimensión mundial de la revolución. «Por lo tanto, es imposible», dice uno de ellos, «implantar la autogestión en una sola empresa o en un solo país. Se generarían problemas de transición. Habría que reflexionar sobre formas de sociedad que permitieran hacer realidad la abundancia». Alguien sugiere entonces apuntar en el orden del día de la AG algunas «discusiones filosóficas». «Totalmente de acuerdo», responde otro, «el problema es la alienación. El hombre se convierte en extranjero de todo lo que hace y de sí mismo. Es necesario que los hombres tomen las riendas de su destino».

Sin embargo, una proporción notable de la AG aprueba la apasionada intervención siguiente: «Esta discusión es, como poco, anticipada, si no utópica». Se teme que las discusiones teóricas dividan el movimiento. Además, la exposición de Pierre Guillaume ha dado vértigo. Se siente más intensamente que nunca la necesidad de volver a poner los pies en la tierra. Este será el objetivo del «Informe de orientación».

Este informe fue redactado por tres militantes[128]. Uno participó en el nacimiento del CA Construcción. Otro milita en el CA Citroën. El tercero participa en el CA Rhône Poulenc. Los tres son ya viejos militantes. Al menos dos de ellos pertenecen al Grupo de Enlace para la Acción de los Trabajadores (GLAT). En un principio instalado en la Sorbona, donde publicó algunas octavillas, el GLAT emigra a Censier hacia el 18 de mayo y, con posiciones políticas y teóricas muy próximas a las del CATE, se integra inmediatamente a su acción. Despliega desde entonces una actividad desbordante y aporta un plus de seriedad que no está de más teniendo en cuenta la amplitud de la tarea.

Se lee el informe:

«[...] Ante la generalización de la lucha, la clase dominante puede

aplicar dos políticas: la primera, la represión directa (recuperar las empresas ocupadas mediante las fuerzas represivas y la detención de los huelguistas). Pero esta no parece una solución viable: el aparato del Estado presenta unos síntomas de descomposición que acentúan su incapacidad para hacer frente al mismo tiempo a un movimiento tan vasto.

Con mayores posibilidades de triunfar, la segunda política consiste en negociar con las direcciones políticas y, sobre todo, sindicales, las únicas poderosas de facto, para que hagan evacuar las fábricas y pongan punto final a la huelga.

Para la consecución de dicho objetivo, la burguesía habrá de hacer concesiones que modificarán en mayor o menor medida la estructura del capitalismo actual. Parte de estas concesiones beneficiarán a la propia burocracia sindical (reconocimiento de la sección sindical de empresa, aumento del papel del Comité de Empresa, más puestos para los pontífices sindicales en los consejos de administración) como contrapartida por el papel desempeñado en la desactivación del movimiento actual, tras haberse atribuido su dirección oficial.

Pero es así mismo evidente (como en 1936 y 1945) que también habrán de satisfacerse ciertas reivindicaciones propiamente obreras. A este respecto, los capitalistas franceses están en una posición complicada, en parte a causa de la competencia del capital extranjero pero, sobre todo, debido a la necesidad de continuar con el proceso de acumulación de capital, que se vería entorpecido a corto plazo por una subida de los salarios reales.

Sin embargo, no se trata en absoluto de hacer creer que el capitalismo moderno no sea capaz de asimilar las reivindicaciones actuales, pues siempre podrá acordar aumentos salariales que luego compensará (una vez más, como en 1936) mediante la inflación, la devaluación y el crecimiento de la productividad.

Esta política se completará, evidentemente, a nivel parlamentario y gubernamental. En estos ámbitos, la burguesía tiene unas posibilidades particularmente amplias. No dudará, si es necesario, en constituir un gobierno de izquierdas con participación del Partido Comunista. El recuerdo de la experiencia de 1945

proporciona una tranquilidad total.

El riesgo del triunfo de esta política capitalista en su conjunto es tanto mayor cuanto que el movimiento actual presenta debilidades importantes: salvo en ciertos lugares como la Sud Aviation-Nantes, punto de partida del movimiento, parecen ser muy pocos los huelguistas que ocupan las fábricas. Pese a la falta de información al respecto, cabe decir que no se eligieron comités de huelga realmente democráticos en casi ningún sitio. La dirección de la huelga parece haberse dejado, en general, en manos de los burócratas sindicales locales. Además, pese al indudable malestar o, al menos, la desconfianza, generados por los sindicatos, la mayoría de los trabajadores sigue sin concebir formas de organización diferentes del partido y del sindicato.

De todos modos, aunque no sea cuestión de caer en un optimismo beato, sí es necesario tener igualmente en cuenta algunas características positivas del movimiento en marcha: su espontaneidad, la determinación de una parte de los obreros, de los jóvenes en general, y la extensión continua de la huelga que aún no ha experimentado ningún reflujo.

Es preciso considerar, por otra parte, que la única burocracia realmente influyente, a saber, la burocracia estalinista, se encuentra muy debilitada. Su política actual de «vía pacífica al socialismo» le impide dotarse de la apariencia revolucionaria que ha sido su punto fuerte durante mucho tiempo. Las disensiones entre países burocráticos le impiden presumir del monolitismo político que durante tanto tiempo ha impresionado a numerosos trabajadores. Además, la represión reciente en los países del Este (estudiantes de Varsovia, proceso de Moscú) no ha contribuido precisamente a volver a dorar su blasón, por no hablar de la represión de la revolución húngara en 1956, todavía fresca en muchas memorias.

De forma más precisa cabe afirmar que los aparatos del PC y, por consiguiente, de la CGT, se encuentran en crisis en la medida en que llevan ya varios años intentando dejar de ser las burocracias de tipo estalinista que son para transformarse en unas burocracias socialdemócratas clásicas.

En la actualidad, no está, por lo tanto, muy claro que el gran capital

pueda llevar a cabo sus planes para romper el movimiento. Si bien es, por desgracia, probable que la huelga se estanque y se pudra, también es muy posible que se produzcan movimientos cuando los dirigentes sindicales pretendan forzar la vuelta al trabajo y una parte más o menos importante de los huelguistas continúe con la huelga, endureciéndola.

La partida no está jugada, de ahí la necesidad de nuestra intervención [...]».

A la AG ya le había costado contener su decepción por las palabras poco triunfalistas de Pierre Guillaume. Pero esto es demasiado. Cuando cada día añade un mil ón largo de nuevos huelguistas, la AG se niega rotundamente a escuchar la voz de la razón y estalla en tumultos e imprecaciones. «Es un texto trotskista», grita alguien. Algunos, y no precisamente de los que pasan más desapercibidos puesto que William Panfield figura entre ellos, queman el informe que se les ha distribuido. La calma se restablece tras una intervención de tono sosegado: «Camaradas, no hay que caer en la utopía revolucionaria. No sabemos exactamente qué grado de conciencia reina en provincias. Quizá estemos aislados. Es preciso establecer urgentemente relaciones con las provincias».

Dicho y hecho. Se lanza un llamamiento. Los voluntarios para salir mañana hacia Dijon, Montpellier o Metz se han de juntar en el aula 321. Mientras tanto, se informa acerca de un equipo que se ha ido a Troyes.

41. EN PROVINCIAS: TROYES

A las dos en punto de la mañana del lunes 20 alguien llama a la puerta de Élisabeth Brünner. Es Mari Jo, una estudiante del Comité París-Provincias de Censier.

–Salen dos coches para Troyes repletos de octavillas para repartir en

las puertas de las fábricas. El equipo no está completo. ¿Te apuntas? Se te devolverá el dinero de los gastos.

–Esperad a que me vista...

Feliz de que se hayan acordado de ella, pues aún no ha encontrado su lugar en el movimiento bloqueada como está entre su trabajo de profesora y el malestar que le inspira la jerga hermética de los militantes, Élisabeth Brünner acaba de tirarse a la piscina. ¡A la porra el trabajo!: «¡Qué potra! El metro dejó de funcionar esa misma mañana. Nadie fue a trabajar. Y yo pude tener mi momento de gloria!»

En dos coches donde ya no cabe una gota de aire, el equipo espera. Se trata de cinco jóvenes asalariados, tres son chicas, dos de ellas estudiantes. Solo un miembro del grupo es militante, un anarquista. Ninguno habla en el lenguaje estereotipado de los políticos. Una gran complicidad se instala inmediatamente entre ellos. Las chicas se atreven a hablar, por fin. De repente se sienten individuos de pleno derecho. En los grupúsculos siempre se esperaba que se comportasen como hembras o, por el contrario, como hombres. A la que no se supiera al dedillo la historia de la revolución rusa o fuera tan inconsciente como para no haber leído nunca El capital, solo le quedaba la seducción para ser tolerada. «Supe que Mayo había terminado cuando, después del 24, un tipo se puso a ligar conmigo en una escalera de Censier. Era la reinstauración del viejo orden. Y yo volvía a ser una tía».

Pero esas antiguas relaciones parecen haberse abolido de repente. Los chicos parecen estar esperando algo de las chicas. Ellas se sienten investidas de cierta responsabilidad. Se descubren capaces de tener iniciativas en todos los dominios. Y de la misma forma que gestionan las míseras economías del grupo (un franco por persona y por comida para alimentarse) también deciden, como todos los demás, sobre las acciones políticas. Y todo sin recurrir jamás a la jerga irreal de los profesionales. Un alivio poder hablar, por fin y sin reticencias, de la propia vida, de las propias experiencias, del propio trabajo que, de repente, se han vuelto significativos para todo el mundo. Cada uno comprende al otro –quizá mejor de lo que se comprende a sí mismo–. La realidad deja de ser un juego de palabras para convertirse en un psicoanálisis gigante. El país entero

se destapa y desfoga en una palabra perpetua.

A las 6:30, la moral del equipo recibe, sin embargo, un duro golpe. Son rarísimos los trabajadores que cogen octavillas en las tres primeras fábricas donde reparten. Y los poquísimos que las cogen no se molestan en leerlas. Los rostros parecen herméticos. La madre de uno de los militantes venidos desde París pasa al lado de su hijo sin dirigirle la mirada. El miedo reina en el ambiente. Pese a la huelga de los ferroviarios, la atmósfera que se respira en la estación no es mucho mejor. Pero al menos se consigue entablar algunas discusiones. Los parisinos tienen mucho cuidado de no dar la impresión de haber venido a dar lecciones: «Solo queremos informaros e informarnos».

Ante este fiasco, el pequeño Comité de Acción volante celebra un consejo de guerra. Decisión: el joven de Troyes irá a ver a sus padres y los demás contactarán con la CFDT, pues la CGT los estuvo insultando por la mañana. En la CFDT, donde es recibido con una actitud ostentosamente zalamera y de buena voluntad cristianota, el grupo consigue la dirección de un profesor de historia de la École Normale de profesores. Este profesor pertenece a las JCR y ha organizado para esa misma tarde un encuentro con trabajadores jóvenes y estudiantes de secundaria. Acuden unos cien. Algunas chicas toman la palabra, a veces incluso más apasionadamente que los chicos. Todos ellos descubren la afinidad de sus problemas. Y todos expresan un deseo muy claro de mezclarse, al menos en su tiempo libre. Finalmente, reclaman una intervención de los parisinos.

Pánico en el grupo. Ninguno de ellos ha hablado nunca en público. Ninguno sabe muy bien qué decir. Pero no es momento de achantarse: el prestigio de la revolución está en juego. Al final, más obligada que voluntariamente («Venga, anímate, tú eres estudiante y también asalariada, tú puedes»), Élisabeth Brünner toma la palabra: «Hemos venido a contaros lo que está ocurriendo en París. No creáis las patrañas que la prensa y la televisión cuentan sobre nosotros. No somos tan malos como dicen. Si destrozamos un montón de cosas es para poder reconstruirlas después. Pensamos que seguramente hay mejores cosas que hacer que aprender un montón de historias inútiles en esas tristes aulas. El viejo mundo es

un tostón, los profes también...».

A medida que habla, Élisabeth Brünner va tomando conciencia de su situación personal: si ha comenzado tranquilizando a su auditorio, también ha sido para tranquilizarse a sí misma. Ahora, por reacción, se embala: «¡Ya está bien de exámenes y de notas! ¡Debemos echar a los profes que nos aburren mortalmente!...».

El profe de las JCR, secretamente inquieto, le tira de la manga. Y mientras va acabando su discurso, Élisabeth se da cuenta de que ella misma se va a convertir en aquello que, según sus propias palabras, debe aniquilarse. ¿Por qué estudio historia? ¿Por qué soy profe? ¿Por qué no estoy en un grupo político? Todas estas preguntas tienen una sola respuesta: «Porque soy una mujer. Intento adquirir vocabulario para imitar el estatus masculino. Pero si me niego a usar la jerga política es porque, de hecho, no me reconozco en ella para nada. Es preciso "despolitizar" todo esto»[129].

El martes por la mañana el ambiente cambia. La gente recoge las octavillas, las comenta, las discute. Los parisinos se quedan espantados cuando se enteran de lo bajos que son los salarios. En el sector textil se gana 2,30 francos la hora; en la fábrica Stam hay salarios de 540 francos mensuales. De hecho, los trabajadores jóvenes han comenzado a moverse desde hace algunos días. En la fábrica Prin, el grupo de trabajadores de entre dieciséis y veinte años se ha puesto de acuerdo el lunes por la tarde para no ir a trabajar el martes. Lo han hecho en secreto, por temor a verse obstaculizados por los más viejos. Estos últimos no quieren ni oír hablar de huelga, menos aún de aventura y, en ningún caso, de toma de poder. A su juicio, «para que la cosa salga, hace falta un jefe o, en su defecto, un sindicato». Sin embargo, los quinientos obreros de la fábrica Stam, que se han puesto en huelga de forma espontánea, se precipitan como un solo hombre a la CGT, donde se apresuran a encuadrarlos.

Las reivindicaciones se centran casi exclusivamente en las condiciones laborales. Los obreros están convencidos de que los patrones no pueden pagar salarios más elevados. Las mujeres asalariadas, por su parte, frenan el movimiento. El miércoles por la mañana, las trabajadoras de correos todavía no han comenzado la huelga cuando el resto de la vida económica está prácticamente

paralizada. Pero los esfuerzos de los parisinos se ven por fin recompensados. Los piquetes de huelga aceptan la discusión e incluso llegan a admitir que se podría trabajar menos organizándose de otra forma. La CGT no entiende la cosa de la misma manera y lanza el rumor de que los parisinos son un comando de sesenta personas. El miércoles serán seiscientos, unos terroristas, prácticamente[130]. Los «izquierdistas» son acusados de haber difundido octavillas provocadoras, fotografiados, insultados e, incluso, maltratados. Se ven obligados a irse de al í.

Pero traen consigo una lección importante. Así como no lo ha hecho en ningún otro sitio, la CGT tampoco ha tomado la iniciativa de la huelga en provincias. Lo único que ha hecho ha sido relajar un poco la presión normalmente ejercida sobre la clase obrera. Los más jóvenes han aprovechado para desencadenar el movimiento. Pero la CGT se ha puesto en seguida a dirigirlo y controlarlo. En provincias la relación de fuerzas no es favorable a la revolución. Prima el miedo al vacío. El nivel de conciencia es demasiado débil como para poder contar con una acción autónoma de los trabajadores.

42. LOS CAMPESINOS DE CAVAILLON Y LA HUELGA ACTIVA

Es difícil que haya podido existir un centro educativo más merecedor de la infamante etiqueta de «instituto cuartel». En Montpellier, el centro que prepara para las oposiciones de acceso a las grandes escuelas se llama Foch. Instalado en un recinto fortificado, el centro lo regenta para colmo un inspector general que habría hecho una brillante carrera como brigada. Los alumnos se dedican a empollar sumidos en el aburrimiento y uno siempre puede terminar castigado el domingo, aunque solo tenga veintiún años. Esto es lo que le sucede en pleno mayo a uno de los gemelos Rocheteau. Fornidos y ya impregnados de todo un saber campesino, ambos preparan la oposición para entrar en la École Nationale d'Agronomie [Escuela Nacional de Agronomía]. El escaso tiempo libre que les queda después de cuarenta y ocho horas de clase semanales, lo dedican a animar los clubes regionales de la Unesco o a asistir a las conferencias del padre dominicano Cardonnel. Los

fines de semana los pasan en la granja paterna, cerca de Cavaillon: catorce hectáreas de buena tierra a la que deben la posibilidad de sufragar sus estudios.

El cierre del instituto Foch les ofrece por fin la oportunidad de reanudar sus lazos en Cavaillon. Las industrias de la ciudad, casi todas ligadas a la agricultura, están en huelga. Una Intersindical ha tomado las riendas de las cosas. En Cavaillon, donde ni siquiera se celebra la manifestación del primero de mayo, esto es la revolución. Los cegetistas beben anís con los dirigentes de FO con los que no se hablaban antes de la huelga. Aunque poco a favor de esta, los comerciantes dan muestra de una inesperada generosidad durante las colectas organizadas por la Intersindical. A la vuelta del mercado, los campesinos acuden de forma espontánea a llevar los productos no vendidos al Ayuntamiento, sede de los sindicatos. Pero cuando los hermanos Rocheteau se acercan a ofrecer los servicios de la pequeña panda de amigos a la que pertenecen, se les hace comprender, de forma cortés pero firme, que pueden prescindir perfectamente de sus servicios.

Deambulan, por lo tanto, en busca de alguna acción a emprender cuando oyen por la radio que los estudiantes parisinos necesitan medicamentos. Un antiguo miembro de la Resistencia forma parte del grupo. «Hay que organizar una colecta [de medicamentos]», dice. «Eso no basta», le replican, «¿por qué no aprovechar para pedir también dinero y víveres? La Intersindical lo hace y le funciona, ¿por qué no lo hacemos también nosotros?». Se constituyen tres grupos de cuatro personas cada uno. El primero se encarga de los comerciantes. En seguida se consiguen dos mil quinientos francos, en perjuicio de los sindicatos a los que no les hace mucha gracia. El segundo grupo visita a los distribuidores de frutas y verduras. En unas pocas horas se amontonan en un local cerca de cuatro toneladas de fresas, cerezas, espinacas y patatas. Pero el tercer grupo se encuentra con el rechazo de los campesinos individuales, reacios a dar nada de nada. Para ellos, la huelga no ha podido ser más inoportuna. En esta región frutícola, mayo y junio son los dos meses en los que hacen su mayor cifra de negocios. Ya están bastante cabreados con el jaleo montado en el país por los estudiantes. Pero algunos campesinos, simpatizantes o miembros del PC, todos ellos antiguos miembros de la Resistencia, prometen,

no obstante, dar algunas cosas a escondidas. Respecto a las medicinas, una tournée entre los médicos y por el hospital ha dado buenos resultados. Ya solo queda «subir» a París.

Por medio de un amigo, se consigue cargar un camión. Se pide un salvoconducto a la Intersindical para prevenir eventuales problemas en el camino. Al día siguiente los Rocheteau llegan a París y desembarcan en Censier donde tienen un contacto. El dinero se entrega a un tipo que dice ser (falsamente) ayudante de Sauvageot y que se lo embolsa sin mayores comprobaciones. En el entretanto, los medicamentos se llevan al Servicio Salud de Censier. Organizado por estudiantes de medicina, este servicio funciona de forma impecable. Una docena de catres, una cámara de oxígeno y material de cirugía básica permiten hacer frente a las necesidades de primeros auxilios. Para los casos graves, hay contactos con algunos hospitales[131] hacia donde se derivan rápidamente los heridos.

Mientras tanto, las cuatro toneladas de vituallas también han sido descargadas por voluntarios. Los hermanos Rocheteau sienten una punzada en el corazón: «teníamos la impresión de estar asistiendo a un pillaje». En realidad, las cestas se asignan a cantidad de pequeñas empresas en huelga que están empezando a tener problemas de dinero. En la secretaría del CATE no pasa un solo día sin que una de ellas acuda a pedir ayuda alimentaria. El resto del cargamento se reparte entre la Sorbona y la cocina de Censier.

Alojados en la Escuela de Artes Decorativas, los hermanos Rocheteau regresan a Cavaillon dos días más tarde. Para ellos, el gesto, aunque modesto, ha sido importante: «En una organización de lucha», explican a sus amigos, «es primordial poner a colaborar a los productores de papeo con los huelguistas. La solidaridad debe ser efectiva. Hemos sufrido un fracaso relativo en la medida en que no hemos conseguido sensibilizar al mundo campesino como esperábamos. Pero no hemos perdido el tiempo ya que por lo menos hemos conseguido llegar a los campesinos comunistas. Otros podrán proseguir ahora el esfuerzo iniciado».

En efecto, dos días después de esa primera entrega de Cavaillon llega un nuevo envío. Durante veinte días Censier recibirá por esta vía veinticuatro toneladas de alimentos. Pero casi nadie sabe cómo llegan todos estos víveres. Tampoco se conoce mucho más acerca de

quién organiza esta cadena.

El organizador es un hombre de cincuenta y cinco años. Roger Marcel, un antiguo miembro de la Resistencia. Padre de familia numerosa, Marcel sigue con pasión los acontecimientos del Barrio Latino. A su juicio, el espíritu de la Resistencia fue confiscado por los políticos. Mayo del 68 representa, a sus ojos, la verdadera Liberación de Francia, la que fracasó después de Vichy. Así, pues, se vuelve a poner en contacto con sus viejos maquisards [miembros de escuadrones de la Resistencia francesa]: «Mayo del 68 es como la Resistencia», les dice por teléfono. «Estos jóvenes han retomado aquellos ideales nuestros que fueron traicionados. Os pido, por lo tanto, que os consideréis movilizados.» De los tres cantones a los que se dirige, uno refunfuña sospechando que Roger Marcel se ha vuelto comunista, otro le da largas reprochándole que no lo es y un tercero se entusiasma de forma inmediata. Comienzan a realizar colectas. Se monta una organización no jerárquica. Mano a mano con Roger Marcel está su antigua ayudante de la Resistencia con la que irá, más adelante, a dar cuenta a sus amigos campesinos. Todo se hace semiclandestinamente: «M. M. me ha telefoneado. Llega en el Province-Express[132], 210 kilos de mercancías. Misma hora, mismo lugar. La cosa se reparte así: 3 judías verdes, 4 espárragos, 12 cerezas.

Marie Claude me ha llamado por teléfono. Se encontrará con la persona que venga a las 22:45, delante de la iglesia situada al final de la calle Bercy. Irá sin coche»[133].

La multiplicación de este tipo de iniciativas en diversas regiones de Francia lleva a la constitución de un Comité de Enlace Estudiantes-Obreros-Campesinos (CLEOP). Se crea el 25 de mayo con la unión de una decena de estudiantes del Instituto de Agronomía con el CA Ciudad-Campo, compuesto por un estudiante de arquitectura, un actor y algunos estudiantes extranjeros. Un grupo de estudiantes del Instituto de Administración de Empresas y dos responsables CFDT de los asalariados agrícolas completan este comité, que tiene un triple objetivo: «En primer lugar, es necesario resolver los problemas vitales del aprovisionamiento para liberar las mentes y posibilitar que los huelguistas se dediquen a la fermentación de ideas y a la reflexión en torno a los problemas de reestructuración

de nuestra sociedad. Por otra parte, esta asunción de la provisión de víveres permitiría superar los circuitos tradicionales y facilitaría los intercambios siempre fructíferos entre la ciudad y el campo. Por último, sería preciso dedicar un gran esfuerzo a transmitir la fermentación de ideas de las ciudades al campo [...], algo que implica contactos estrechos e inmediatos»[134].

El CLEOP se instala rápidamente en el Instituto de Agronomía y se lanza a una intensa campaña de propaganda en favor de la huelga activa. «Las unidades de producción se pondrán en contacto con sus proveedores de materias primas a fin de obtener el material necesario para el funcionamiento de sus fábricas. Los proveedores se pondrán a su vez en contacto con el comité de coordinación que responderá a sus necesidades»[135]. De acuerdo al CLEOP, la huelga activa «debe demostrar que es posible poner a funcionar las fábricas en beneficio de los trabajadores y sin la patronal; debe asegurar el avituallamiento de los huelguistas para que el movimiento dure; debe demostrar la posibilidad, hoy, de un nuevo sistema económico»[136].

Se registran algunos signos esperanzadores. En la fábrica Thomson de Bagneux, los huelguistas, a los que los campesinos suministran las patatas directamente, se reparten una parte de las mismas y venden el resto en el mercado a treinta céntimos el kilo. Su explicación del significado de esta venta: abastecimiento directo. En la Sidi de Levallois, los huelguistas, con un conductor y un camión de la empresa, se van a buscar cuatro toneladas de verduras vendidas a precio de producción por un agricultor de Danville. Los huelguistas distribuyen las verduras entre la Sidi, la Hispano Suiza y Nanterre.

Algunos días más tarde, en Belley, cerca de Chambéry, los campesinos abastecen a los huelguistas a través de los estudiantes y los profesores. En Rennes se asiste a la creación de un consejo económico, una suerte de mercado paralelo asentado en un acuerdo sindicallentre campesinos y trabajadores de las ciudades. En la CSF de Brest, los huelguistas suministran el material eléctrico (transistores, walkie-talkies, etc.). En una de las fábricas de Rhône Poulenc, los huelguistas trabajan para poner a punto las bombas lacrimógenas. En Louviers, al igual que en otros muchos lugares, el

ayuntamiento se pone a disposición de los huelguistas. En Savoie se señala la aparición de bonos en sustitución de la moneda oficial.

En Nantes Saint-Nazaire, todas estas tentativas parciales y locales cristalizan bruscamente. Aprovechando una relación de fuerzas regional desfavorable a la CGT, la CFDT y FO (esta última en manos de los anarcosindicalistas –Alexandre Hébert– y de los trotskistas[137]) crean un Comité Central de Huelga. La noticia de la instauración de un nuevo poder insurreccional se extiende como un reguero de pólvora en el campo revolucionario. Sin embargo, la realidad no es tan apasionante: «En el sentido de haber realizado bajo su propia autoridad un trabajo de competencia prefectoral o municipal, es jurídicamente exacto que el Comité Central de Huelga ha constituido un poder insurreccional. [...] Pero este poder se ha conformado con hacer respetar la huelga y evitar sus consecuencias más nefastas. Nada más. El Comité Central de Huelga solo ha tomado en sus manos los poderes del prefecto y del alcalde (cuidando las formas con este último) para mejorar la circulación y el reparto de los productos. En modo alguno se ha tratado de crear un sistema económico que asumiera la producción, ni tan siquiera de modificar las estructuras del sistema de producción existente. Si algún interés tuvo esta política, no fue, en todo caso, su aportación a la preparación económica de una gestión de la sociedad. De ahí esta apreciación desengañada de un estudiante de izquierdas: "La instauración del Comité Central de Huelga no fue, por lo tanto, como muchos esperaban, un gran gesto de desafío hacia el sistema social"»[138].

Así, pues, pese a algunas realizaciones embrionarias aquí y al á, las provincias no terminan de engancharse. Una vez más, París se queda sola. Y en los círculos más conscientes, se comienza a temer que todo esto termine en una masacre peor que la que sancionó la Comuna de 1871. Sin embargo, como nadie puede detener esa ola gigante y, al fin y al cabo, los revolucionarios tienen que alimentarse, Censier intensifica su acción con los comerciantes. En Les Halles se tantea a los comisionistas[139]. Algunos comerciantes del Barrio Latino se han organizado en un CA y hacen entregas gratuitas en las facultades. Otros hacen lo mismo, pero de forma individual. Un charcutero italiano de la calle Mouffetard distribuye patés y salchichones. Un panadero de la plaza de la Contrescarpe

regala pan. De Bretaña llegan cargamentos de coliflores y alcachofas. Y un día desembarca, nadie sabe de dónde, un cargamento de pollos.

En la cocina de Censier nadie se agobia excesivamente por el fracaso de la instauración de una economía paralela a gran escala. Se cocina con lo que hay y se constata que, ahora, con el pollo cabrá decir al fin adiós a los bocatas. En efecto, pollo se va a comer de lo lindo. En todas las comidas. Hasta la saciedad. Y eso que se endiñan todos los pollos que se puede a la Sorbona, a Bellas Artes y al Comité del XIII, donde se deshacen de ellos distribuyéndolos en la calle. Todavía debe de quedar de aquellos malditos pollos.

La cocina es el dominio de Martine Olivier. Esta abandonó la roneo (donde Marie France Paro dactilografía día y noche los esténcil y Henri Dacier corrige a brazo partido las faltas de ortografía de la propaganda estudiantil) cuando una bella rubia encargada de reorganizar el servicio decidió filtrar a los visitantes, rechazar la impresión de algunas octavillas y, hecho particularmente intolerable, instalarse, sola, en un despacho. La sangre de Martine Olivier se alteró completamente. Frente a la patrona, huelga de brazos caídos. Tras un día de huelga dentro de la huelga, se logra llegar a un acuerdo: Martine y sus amigos reorganizarán una auténtica cocina.

Hay que partir de cero. En primer lugar, buscar una sala adecuada. Como los bedeles se niegan a poner su cantina a disposición de los aspirantes a cocineros, estos requisan un aula de clase. Los platos se fregarán en los aseos más próximos. En segundo lugar, hace falta material. Se llama por teléfono a la RTL que, sin pestañear, difunde el mensaje. En pocos minutos aterrizan cuatro neveras, otras tantas cocinas e infiernillos de gas, botellas de butano, platos y cubiertos. Una pareja de ancianos se pasa por ahí: «Es formidable lo que estáis haciendo los jóvenes» y dejan un kilo de azúcar. Montañas de conservas se apilan en una despensa, donde también hay torres de cajas de botellas. E incluso whisky –que se reserva para los amigos–. Con las verduras frescas enviadas por los campesinos bretones, las frutas del Midi, los productos de charcutería del italiano, el pan de la Contrescarpe y los odiosos pollos llegados de quién sabe dónde, hay materia prima para resistir un estado de sitio y alimentar un

ejército. Bajo la batuta del gran Manu, la participación directa de los «katangueses», y, sobre todo, de Jimmy, su líder, el servicio de orden se pone a pelar patatas. Algunas madres de estudiantes se acercan a echar una mano. De vez en cuando también aparecen amas de casa del barrio. En poco tiempo la cocina está preparada para servir cientos de comidas diarias. Un día de chucrut se alcanza el récord de setecientas comidas[140].

LA OFENSIVA GENERAL

43. LOS COMITÉS DE ACCIÓN DE BARRIO, EL DEL DISTRITO XIII

Mientras Censier se convierte en una «base roja» y se esfuerza por colmar «el abismo que separa [...] a los que aún creen en su propia fuerza de trabajo de los que han dejado de creer en ella»[141], al mismo tiempo que señala a los trabajadores las perspectivas políticas implicadas por su lucha, otras tentativas similares surgen también en diferentes lugares. En la Sorbona, en la facultad de Ciencias de la Halle aux Vins y en Nanterre están igualmente empeñados en perforar el telón de acero levantado por la CGT. Pero salvo contadas excepciones, el fracaso es general. Sin duda porque esos Comités de Acción actúan desde una óptica leninista justamente rechazada por la pequeña franja de los trabajadores revolucionarios.

Incapaces de penetrar en las empresas, los leninistas se abaten sobre los barrios. Su idea es encontrar en ellos a los trabajadores en huelga de los que solo una ínfima parte está ocupando las fábricas. Para las JCR, los CA de los barrios «permitían acceder a las capas profesionales de empleados y obreros hasta ese momento aislados de los estudiantes por las direcciones sindicales. Podían permitir una irrigación política más completa, una mezcla de militantes, una mayor comprensión recíproca entre categorías sociales»[142].

La mayor parte de los CA de barrio que surgen espontáneamente después del 11 de mayo cubren, efectivamente, esas funciones. El domingo 12 de mayo en el mercado de Sarcelle, un CA difunde unas octavillas que explican las razones del «pánico del régimen». Un comerciante de porcelana ambulante presta su micro. Se celebra un mitin de tres cuartos de hora, preludio de una reunión pública en la Casa de la Juventud y la Cultura. El día 18, el CA se constituye definitivamente y difunde nuevas octavillas en los mercados

mientras trata de implantarse en la fábrica de Cifran-Sotta. En su tercera reunión, el día 23, se llega a unas conclusiones bastante pesimistas: «Evitar el contacto directo con los huelguistas en los lugares de trabajo para no provocar la contra-actividad nociva del PC. [...] En todo caso, y pese a la saña del PC, la gente parece muy dinámica –pero el dinamismo sin acción no dura»[143].

En casi todos los sitios se da el mismo tipo de tentativa y, en seguida, el mismo desencanto. Este facilitará la infiltración de los militantes leninistas en los CA de Barrio. No obstante, estos Comités probaron de todo. El 20 de mayo, en Créteil, el Comité de apoyo de la lucha estudiantil pega carteles y fotos, redacta una octavilla y la difunde en un mercado donde, según el informe de la actividad, se registra una «indiferencia del 55 por 100». El día 22 se reúne y proyecta contactar con los PTT y las fábricas de Alfortville. También se alía con el PSU local contra el Comité de Defensa Republicano (gaullista) instalado en los locales municipales. Para echarlo de al í, el CA propone una campaña de acción psicológica sobre la población y, si fuera preciso, un llamamiento a un contingente de estudiantes.

El 21 de mayo, un centenar de personas ocupan la Casa de la Cultura en Villeneuve la Garenne. Hay, sobre todo, militantes del PSU, alumnos de secundaria y estudiantes de bachillerato pero solo unos pocos trabajadores jóvenes. Los contactos trabados con la Bourse du Travail fracasan a causa de la CGT. Se crea un CA: para provocar debate, unos portugueses representan en la calle un relato en mimo de los acontecimientos[144].

En Saint Denis, el Comité de Acción Revolucionario es de tendencia «22 de marzo». Se compone de «obreros, cuadros, profesores, estudiantes universitarios, madres de familia y estudiantes de instituto, convencidos de la necesidad de cambiar la sociedad». En Corbeil, el CA se propone «impulsar y favorecer la reflexión continua, con el propósito de llegar a unas propuestas concretas que servirán para reconstruir la sociedad en base a los deseos y necesidades de cada persona»[145].

Este deslizamiento de la acción hacia la discusión no hace más que ocultar el fracaso de la intervención de los CA de Barrio. La ideología vuelve a ponerse así en primer plano. Por mucho que los

enragés, situacionistas de Montgeron, escriban «El proyecto revolucionario tiene que devenir efectivamente lo que ya era sustancialmente, y su coherencia global se reflejará en sus concreciones sucesivas como la inmanencia del todo [se refleja] en las partes»[146], lo cierto, precisamente, es que ninguna concreción decisiva surge en las periferias parisinas.

En la ciudad se asiste a un proceso idéntico. El CA del distrito IV populariza la idea de la huelga activa: «Los trabajadores han demostrado su capacidad de responsabilizarse y de organizar por sí mismos los servicios públicos, sociales y los medios de producción, esto es, de poner en funcionamiento la máquina económica sin patrón ni explotador de ninguna clase». Pero como ya hemos visto, se trata de una exageración propagandística. En el distrito V, el CATE de la calle Mouffetard defiende la idea del «poder obrero (que) se ejerce sobre la gestión y la producción y se extiende a todas las decisiones políticas a escala del Estado». Algunos días más tarde, este se federa con el Comité Maubert, que ya engloba los CA de Saint Sévérin y Saint André des Arts. Animados por unos militantes políticos clarividentes, estos CA declaran «negarse a crear un nuevo partido político conforme al modelo de los ya conocidos, ya que se convertiría tarde o temprano en uno de los engranajes del sistema»[147].

Algo que ya acecha, precisamente, al CA del distrito VI. El 29 de mayo, con el fuerte respaldo de las trescientas personas que componen su grupo, pide al alcalde del distrito la posibilidad de «disponer de una sala de encuentro y discusión para sus habitantes, abierta de forma permanente en la alcaldía, así como de un panel de anuncios». Pero no solo se le niega esa posibilidad sino que es el Comité de Acción Cívica (gaullista) el que obtiene una oficina en la alcaldía[148].

A partir de ese momento, renacen las discusiones y querellas teóricas. El CA de la calle Bonaparte, que sigue la tendencia de la revista Socialismo o Barbarie, publica una octavilla detrás de otra. Algunas veces las firma como «Los desconocidos», otras como «Unión de Jóvenes contra el Progreso», otras como «Por una Unión de Jóvenes Lumpenproletarios». Aunque se cuentan entre los mejores frutos de Mayo, estos textos no dejan de ser un testimonio

del fracaso de las intervenciones locales: «Ahora que ya no queda nada por hacer con esos estudiantes, que quieren seguir siendo estudiantes ni con esos obreros que respetan el saber y la cultura estudiantiles o las consignas mutiladoras de los aparatos políticos y sindicales, se trata, en lo que nos atañe, de continuar [...] ajustando nuestras intuiciones respecto a las ambigüedades de este movimiento, precisando los medios estratégicos de una revolución radical (por ejemplo, de que derribe el Estado Policial y la propiedad privada manejando –sin avalarlas– las burocracias existentes), desplazando sin cesar el terreno de combate, de suerte que los burócratas vayan siempre siguiendo, por detrás y sin aliento, a un movimiento en estos momentos fuera de su alcance»[149].

No obstante, en los distritos XV, XIV y XIII, las cosas no van tan mal. En el primero de estos barrios, la presencia de las fábricas Citroën proporciona un objetivo a la acción. La finalidad del CATE, que a veces trabaja en alianza con el maoísta Comité de Apoyo a las Luchas del Pueblo, es «favorecer las relaciones directas entre comités de huelga, asegurar la información entre empresas y hacia la población, colaborar con la apropiación de los medios de producción por parte de los trabajadores, combatir la intoxicación de la prensa»[150].

En el distrito XIV, el CATE publica un boletín, el Anti-Mythes, del que saldrán varias decenas de números. Se dedica a difundir informaciones precisas: «Los huelguistas de Draeger, en Montrouge, han ido a buscar provisiones a una cooperativa de Alfortville tanto para ellos como para los huelguistas de Bussières Arts Graphiques y de Meersch. El esfuerzo de ayuda mutua debe continuar ahora en pos de dos objetivos: 1º Crear una Comisión «Aprovisionamiento [distrito] XIV», donde trabajarán juntos militantes de los CA y huelguistas de los comités de huelga de las empresas. 2º Establecer contactos entre esa comisión y fuentes de aprovisionamiento (cooperativas...)»[151].

Pero es en el distrito XIII donde se obtienen los mejores resultados. Fundado el 4 de mayo por unos diez antiguos miembros del Comité Vietnam, el CA se pone inmediatamente a realizar un trabajo de agitación y de politización del barrio. En la esquina de la avenida

Gobelins con el bulevar Saint Marcel, pega carteles manuscritos en las vallas de una tienda en obras. El lugar se convierte en seguida en un foro de discusión permanente. No es extraño encontrarse a las 2:00 de la mañana con algunos grupos que siguen discutiendo acaloradamente. Los debates son tan intensos que después de cierto tiempo, los militantes del CA se limitan a pegar carteles vírgenes que rellenan los propios vecinos del barrio. Una permanencia permite reclutar refuerzos. En pocos días, el CA inicial alcanza tales dimensiones que se divide en varios CA autónomos implantados en diferentes sectores. Para Pentecostés ya estará en condiciones de organizar por sí solo una pequeña manifestación de unas trescientas personas. Y es que este CA toca todos los ámbitos.

A las amas de casa, por ejemplo:

«Trabajadores, amas de casa, comerciantes,

¿Sabéis qué significa comprar diez kilos de azúcar?

¿Sabéis qué significa almacenamiento irracional? Significa limitar las posibilidades de compra de todos los que no disponen de medios suficientes y obligarles a pasar grandes apuros. Significa provocar la escasez de algunos productos de primera necesidad. Significa hipotecar el futuro de los comerciantes. Significa provocar la especulación de los precios, ya que los intermediarios saben usar estos acontecimientos para obtener beneficios. Significa hacer el juego al gobierno gaullista que, a su vez, también sabe que esta es su mejor arma para reducir la capacidad de compra y, por lo tanto, la combatividad y las posibilidades de acción de los huelguistas.

SIGNIFICA FRENAR LA HUELGA, SABOTEARLA.

Esta locura no beneficia a nadie. Y puede perjudicar al comercio en un futuro inmediato, ya que la gente, al haber almacenado, no comprará más.

SEAMOS SOLIDARIOS CON LA LUCHA DE LOS TRABAJADORES.

Podemos organizarnos en base a la solidaridad y no en base a

nuestros intereses individuales. Estemos alerta.

Cita: Cruce Gobelins

Cruce Glacière-Blanqui

Cruce Patay-Tolbiac

Permanencia: CA del XIII en Censier, calle Santreuil 13, 2ª planta, al fondo del pasillo, de 19:00 a 20:00».

Además, el CA del XIII entra en contacto con las empresas del distrito. Y traba relaciones estrechas con algunas de ellas. Cuando la policía intenta desalojar el establecimiento central de correos de la avenida Italie, al í está el CA, apoyando a los carteros con la distribución de numerosas octavillas y la movilización de sus militantes. Pero es con la cochera Lebrun de la RATP con la que se tienen las mejores relaciones.

Esta es la base de ciento cincuenta conductores que cubren cinco líneas. Algunos contactan con el CA del XIII. La CGT, que sostiene el Comité de Huelga, va cediéndoles terreno poco a poco. Su audiencia crece y la idea de pasar a la huelga activa conquista numerosos partidarios. De acuerdo a Michel Moché, uno de los impulsores del CA del XIII: «Tan solo nos faltaron unos ocho días para llevar a cabo esa trasgresión. Los tipos estaban bastante dispuestos. Tenían gasolina. Ya no nos temían, ni a nosotros ni a nuestras ideas. Nos aceptaban por lo que éramos y los problemas del dentro y fuera habían terminado. La distinción entre conductores y estudiantes se había abolido. De hecho, a principios de junio, cuando los disturbios de Flins, uno de estos buses (quizá dos), que cubría de ordinario la línea que va a la estación Saint Lazare, se dejó “requisar” y se fue hasta Flins, repleto de militantes. En cualquier caso, los conductores de Lebrun estaban de acuerdo en utilizar sus autobuses para transportar víveres en el marco de la huelga activa y la instauración de nuevas relaciones sociales».

Pero esa fue, como hemos dicho, una excepción. Así, pues, por mucho que nos decepcione es preciso convenir con Adrien Danset e

que «en los barrios, el esfuerzo se dispersa. Los Comités solo aglutinan una pequeña cantidad de efectivos. Tomando la cifra máxima de cuatrocientos cincuenta Comités de treinta miembros cada uno, se obtiene, para París y su periferia, el número de trece mil quinientos miembros, una cifra que supera con creces la realidad»[152].

Esta cifra es, ciertamente, exagerada pues, creados por grupúsculos leninistas, muchos de los CA de Barrio solo existen sobre el papel. Atraídos por una masa de militantes bastante considerable, los leninistas tratan de hacerse con la dirección del movimiento de los Comités de Acción. Y para conseguir este objetivo, envían a las Asambleas Generales delegados de Comités fantasma que con frecuencia solo son células rebautizadas como Comités de Acción, que algunas veces ni siquiera existen realmente. Con sus votos, los grupúsculos esperan obtener una mayoría en las AG y salir elegidos para la Coordinación de los CA, por el momento en manos de los antiguos miembros del Movimiento de Acción Universitario.

44. LA ASAMBLEA GENERAL DEL MOVIMIENTO DE LOS COMITÉS DE ACCIÓN (23 DE MAYO), EL PARTIDO COMUNISTA Y LAS REACCIONES DE CENSIER

El 19 de mayo se reúne en la Sorbona la primera Asamblea General de Comités de Acción. Se distribuye un «Proyecto de plataforma» entre los doscientos delegados de los ciento cuarenta y ocho CA representados. «Los militantes más activos en las facultades se encuentran en una situación ambigua. Han sentido una ruptura brutal entre el período de lucha activa y el período de ocupación, con la pérdida, sobre todo, del contacto establecido en la acción con los trabajadores jóvenes. Esta es la razón por la que tienden a considerar lo que sucede en la Sorbona como un ejercicio de verborrea y prefieren mantenerse al margen. [...] El establecimiento de una organización coordinada de nuestros Comités, la definición de una problemática común en nuestra acción, la prioridad atribuida al trabajo fuera de las facultades, deberían constituir soluciones positivas a estos problemas. [...] Debemos convertirnos

en comités de agitación permanente, popularizar la idea de las nuevas formas de organización, pasar de la violencia espontánea a la preparación de la violencia organizada[153].

La Asamblea debe constatar, sin embargo, que la diversidad de las opciones ideológicas impide la elaboración de una línea política. Se acuerda, al menos, «la necesidad de pasar de la reacción contra la opresión a la contestación global de las estructuras sociales neocapitalistas. [...] La acción de los CA no puede servir a los oportunistas de la Federación de la Izquierda Demócrata y Socialista (FGDS), sino que ha de contribuir al estallido de las estructuras de los órganos políticos y sindicales tradicionales»[154].

Dicho esto, la verdadera dificultad reside en definir las atribuciones de la Coordinación. Cuanto más fuertes son los CA, más celosos se vuelven de su autonomía, más refractarios a aceptar una línea, más propensos a denunciar la burocracia de cualquier autoridad tutelar. El miedo de recrear una estructura paralizante inhibe a los CA en conjunto. La próxima reunión habrá de intentar superar ese miedo.

Un nuevo texto titulado «Preparar la Asamblea General del 23 de mayo» plantea, en efecto, algunas preguntas cruciales. «¿La coordinación de los CA puede o no ejercer un mínimo de acción política autónoma? ¿Puede, por ejemplo, lanzar llamamientos, dar consignas de manifestación, etc., o ha de limitarse a informar a los Comités de las acciones respectivas de unos y otros? Si se opta por una coordinación política y no solamente técnica, surge el problema del control regular por parte de los CA del trabajo de los militantes encargados de la coordinación. Es ilusorio pensar que la asamblea de los delegados de todos los Comités pueda reunirse todos los días (en seguida estaremos hablando de quinientos o más Comités). Será, por lo tanto, necesario establecer una instancia intermedia que reúna de veinte a cincuenta Comités por sectores geográficos, profesionales, disciplinarios u otros».

Por desgracia, la AG reunida en el Instituto de Arte de la calle Michelet se revela tan incapaz como la anterior –y las posteriores, de hecho– de responder a estas preguntas. Se queda en generalidades confusas («destrucción del régimen gaullista, no tanto en su calidad de gaullista como en la de ejemplo de gobierno fascistizante», «creación de la sociedad socialista teniendo cuidado

de no imitar las formas degeneradas de socialismo instauradas en muchos países del mundo donde a menudo se pisotean las condiciones de libertad»)[155] y su único rasgo de audacia es retomar la idea de huelga activa lanzada por Censier cinco días antes. Ahora bien, en estas circunstancias, cinco días son una eternidad. Ahogados entre la masa de delegados de los CA de barrio, los de Censier no ocultan su decepción. Sienten que el movimiento debe retomar inmediatamente la ofensiva. Y se dedican a propagar su análisis de la situación por los pasillos de la AG.

La inacción en la calle, dicen, empieza a generar una rutina nefasta para el movimiento, que está cayendo en el atolladero de las disputas ideológicas y replegándose en el sectarismo y el formalismo, preludios del burocratismo. Además, observan, si se mira atentamente, la situación es favorable a una reactivación. De nuestro lado, nunca hemos estado tan fuertes. Tenemos más poder en nuestras facultades del que tienen en los ministerios. En el otro lado, nuestros adversarios nunca han estado tan débiles. No es solo que los aparatos hayan empezado a resquebrajarse, sino que, además, el movimiento de masas está en su cénit. De los quince millones de personas activas, aproximadamente diez millones están en huelga. Es preciso lanzar una ofensiva que haga saltar por los aires los aparatos, tanto los del poder como los de las organizaciones tradicionales. Y es necesario hacerlo lo antes posible, dada la conjunción de acontecimientos favorables.

Los campesinos han convocado una manifestación a escala nacional para mañana, 24 de mayo. No cabe esperar maravillas, salvo quizá en Bretaña. Pero esta agitación va a obligar al Gobierno a desguarnecer París de una parte de sus fuerzas o le va a privar, en todo caso, de recursos. A menos que decida echar mano del ejército, le costará mucho contener una gran manifestación decidida y bien organizada. Este es el sentido que hay que darle a los llamamientos a la calma del prefecto de Policía, inquieto, por otra parte, por el malestar de sus policías. Estos, que ya no saben muy bien hacia qué dirección les va a soplar el viento, se quejan entre dientes. Las federaciones CFDT, CGSI, CGT y los sindicatos de los oficiales de policía, independientes y cristianos, declaran que «comparten totalmente el sentimiento de rencor de todos los franceses que, como el personal de policía, están hartos de tanta promesa

incumplida»[156].

Por otra parte, el gobierno ha vuelto a meter la pata al rechazar la vuelta de Daniel Cohn-Bendit desde Alemania. Esta medida inicua ha revuelto los espíritus y cabe volver a recurrir eficazmente al tema de la solidaridad. Además, el poder, seguro de sí mismo, anuncia una alocución del general De Gaulle. Es un secreto a voces que el general informará al país de su decisión de convocar un referéndum. Y aunque no se sepa exactamente el objeto del mismo, no hace falta ser una lumbrera para prever la imposibilidad de organizarlo rápidamente y el rechazo por parte del movimiento al completo así como de los partidos de izquierda. Por consiguiente, el Estado se encontrará mañana en una situación de debilidad insólita. Hay que aprovechar la ocasión, tanto más rápido cuanto que el PC y la CGT también están atravesando una fase delicada.

Prueba de ello es el Congreso del SNE Sup. Los comunistas han intentado echar a Alain Geismar de la Secretaría General. Pero a pesar de una victoria táctica, no han logrado alcanzar su propósito. La CGT vive, por su parte, un golpe de efecto. André Barjonet, uno de sus hombres de confianza, acaba de dimitir. Asqueado por las discusiones mantenidas con Georges Séguy después de algunas reuniones secretas con el presidente de la patronal francesa, declara: «Quiero proclamar mi convicción de que se podía haber llegado más lejos, haber avanzado hacia el socialismo o, al menos, haber derrocado el régimen gaullista (pero) el Partido está tan integrado en el sistema como la socialdemocracia. El patriotismo de partido acabó con todas las posibilidades. Se protege la organización en vez de arriesgarla en la acción»[157].

La partida de Barjonet traduce un malestar que desciende hasta la base del sindicato y del Partido Comunista. En los escalones intermedios también se abren algunas grietas. El Secretario General del sindicato de músicos cegetistas dimite mientras ciento cincuenta actores se separan de la dirección de CGT y, en Nantes, Andrieu, un sindicalista importante, se dispone a quemar las naves el día 24. «El movimiento que ha sacudido toda la sociedad sacude también nuestro Partido, que forma parte, en cierta medida, de esta sociedad. Pero, se quiera o no, las condiciones objetivas han hecho emerger una nueva vanguardia, sobre todo en las capas más

jóvenes. [...] Nuestro enemigo principal no es el izquierdismo, sino el inmovilismo y el oportunismo», escriben los militantes del PC el 21 de mayo[158].

Por último, algunos intelectuales del Partido reúnen el coraje suficiente para murmurar pero aún no para actuar. La hora de la acción llegará el 26. Ese día treinta y seis intelectuales entregarán una carta a la dirección del Partido para afirmar «su solidaridad política con el movimiento que, nacido entre los estudiantes, ha sabido levantar a millones de trabajadores, a la juventud de las fábricas, a la de los institutos, a la gran mayoría de los intelectuales. Su contestación común pone en tela de juicio las mismas bases del sistema social actual, pasando por el régimen gaullista. Al tratar, en un principio, de frenar este impulso excepcional, la dirección ha separado al Partido de una gran fuerza de renovación socialista [...]. Un análisis sincero de la realidad y de las iniciativas políticas audaces, debe permitir el establecimiento de lazos con las nuevas fuerzas cueste lo que cueste»[159].

Para hacer entrar en razón a estos contestatarios y a modo de prueba de franqueza, el PC envía a los que, entre sus dirigentes, están más en consonancia con la contestación, aunque igualmente obligados por el centralismo democrático a defender la línea oficial: Garaudy y Leroy. El encuentro tiene lugar el 3 de junio. Los descontentos tienen la oportunidad de desahogarse. Hélène Parmélin, novelista, arremete vivamente contra L'Humanité, donde, a su parecer, «se han desatado el odio, la estupidez y la ceguera»[160].

Jean-Pierre Vernant pone en cuestión la estrategia del Partido, que «ha seguido en sus trece, como si no hubiera pasado nada. Ha visto en los acontecimientos una forma de presión para empujar a la FGDS a firmar ese pacto de gobierno común que debe salir de las próximas elecciones. Ha orientado las huelgas desde el principio hacia un nuevo acuerdo Matignon con el gobierno vigente. Esto era hacer saber claramente al régimen que no se buscaba su caída, que no se ponían en tela de juicio ni su existencia ni su legitimidad. [Resultado:] hemos perdido en todos los escenarios»[161].

Por su parte, J. P. Durant, alto funcionario del Ministerio de Equipamiento inscrito en una célula de Passy, se ciñe a contar a sus jefes lo que está ocurriendo en el Partido. Así, por ejemplo, «el 20

de mayo por la mañana fui a recoger a su casa, en la banlieue, a una compañera, liberada de nuestro sindicato CGT en el ministerio. De camino le pregunté: "¿Cómo van las cosas por Asnières?" La gran huelga estaba cobrando un auge vigoroso y yo pensaba que me iba a hablar de la moral de los trabajadores, de su grado de combatividad, de la naturaleza y amplitud del movimiento en una banlieue bien conocida por ella. "Ayer", me dijo, "mi marido y yo fuimos a visitar algunas empresas en huelga y a discutir con diferentes camaradas. Y mira, te diré que la cosa va bien, que va incluso mucho mejor: los tipos están más sensibilizados ahora del peligro izquierdista". Tamaño es el grado de deformación caricaturizadora al que han conducido finalmente tres semanas de denuncia de los izquierdistas, cuando está aconteciendo uno de los movimientos de masa más potentes de nuestra historia»[162].

Mientras el PC recibe el fuerte apoyo de Philippe Sollers, otras grietas se van abriendo en distintos lugares. En Force Ouvrière, Robert Cot ave y Marcel Caballero, dirigentes de la Federación de cuadros e ingenieros, se unen al PSU. También entre los gaullistas hay partidarios de abandonar el barco. Los gaullistas de izquierdas no dejan pasar ninguna oportunidad para solidarizarse con el movimiento, mientras Maurice Clavel tiene una nueva revelación: «A decir verdad, me caben pocas dudas de que el General De Gaulle no esté preparando uno de sus grandes golpes –quizá ratificando e instituyendo la cogestión o autogestión–»[163]. Menos místicos, en Censier no esperamos nada de nada. Contamos más con la manifestación del día siguiente.

Las decisiones adoptadas después de la Asamblea General de los Comités de Acción nos dejan sumidos en una gran perplejidad. Algunos han acordado tomar el Ayuntamiento donde «en un fausto al estilo de la Comuna, los militantes del "22 de marzo", de los CA y de los Comités de Acción de los institutos responderán a De Gaulle y leerán la declaración de lucha que el Movimiento 22 de marzo habrá preparado»[164]. Jean Louis Péninou y un equipo se han ido, de hecho, a inspeccionar los lugares. Si no fuera posible ocupar el Ayuntamiento, los siguientes objetivos planeados son el Ministerio de Justicia o la Bolsa. Pero no está muy claro el sentido de ocupar la Bolsa o el Ministerio de Justicia. El significado de ocupar el Ayuntamiento es, sin embargo, evidente: una toma de poder al más

puro estilo bolchevique.

Más que aturdidos por una audacia que denota una subestimación de las fuerzas del Poder y una sobreestimación de nuestras capacidades, nos sentimos desgarrados. Por un lado, el atractivo de la vuelta al modelo de estrategia leninista manifestada por este plan es incuestionable. Por otro lado, ya sabemos que no es posible ceñir este movimiento en un esquema de toma de poder a lo bolchevique. Aun admitiendo que aceptara tomar por asalto el Ayuntamiento, ¿qué haría en caso de salir victorioso? Nadie tiene un programa, nadie tiene un plan. Y, en el fondo, nadie quiere ese poder. Cuando reclamamos una manifestación de masas tan dura como fuera posible, ese no era en absoluto el objetivo perseguido. Los CA de Empresas no estimaban que «hay que tomar el poder» como proclama el llamamiento de los Comités de Acción. Querían cortar por lo sano con la perspectiva de las negociaciones sindicales y, al imponer una huelga larga, forzar el nacimiento y la generalización de la huelga activa. Lo que querían, en definitiva, era desarrollar la subversión de las relaciones sociales en la base, mientras que los leninistas acaban de arrojarnos a una perspectiva de conquista del poder político. Y esta implica un enfrentamiento a muerte con el Estado y sus aliados.

El proyecto de tomar el Ayuntamiento es la materialización de una estrategia de ataque a la opresión, mientras que el preconizado por Censier encarna una estrategia de ataque a la explotación.

Como es demasiado tarde para impedir cualquier cosa, lo único que queda por hacer en Censier es tratar de hacer prevalecer su punto de vista popularizándolo tan amplia y rápidamente como sea posible. Firmamos a toda prisa, por lo tanto, una octavilla propuesta por el «22 de Marzo», que defiende unas posiciones bastante próximas a las de Censier.

«No a las negociaciones que se limitan a prolongar el capitalismo moribundo.

Alto al referéndum. Basta de circos.

No dejemos que nadie hable en nuestro nombre.

Mantengamos la ocupación de los lugares de trabajo.

Para continuar el combate, pongamos todos los sectores de la economía afectados por la huelga al servicio de los trabajadores en lucha.

Preparemos hoy el terreno de nuestro poder de mañana (aprovisionamiento directo, organización de los servicios públicos, transportes, información, vivienda, etc.). En la calle, en los Comités de Acción, al í donde estemos, organicemos y coordinemos nuestras luchas.

Por la abolición de la patronal.

Por el poder de los trabajadores.

TODOS AL MITIN EN PEQUEÑOS GRUPOS AUTÓNOMOS Y ORGANIZADOS

TODOS A LA BASTILLA A LAS 18:30

Comité de Acción del 22 de Marzo

Comité Estudiantes-Trabajadores de Censier

Comité de Acción de los Institutos

Comité de Acción del CNRS

Comité de Acción Revolución Odeón Alpha.»

Y también nos ponemos de acuerdo, aunque esta vez solo con el «22 de Marzo», en otro texto más cercano al pensamiento de Censier:

«[...] Organizaremos la vida colectiva:

Dentro de algunos días, los huelguistas habrán de decidir entre:

– conformarse con las migajas negociadas por sus representantes y abandonar lo esencial.

– continuar intensificando la lucha. A este fin, es preciso defender las ocupaciones de empresas y organizar en cada barrio:

a) la huelga de todos los pagos (alquileres, impuestos, letras, etc.);

b) la gratuidad de los cuidados y la alimentación, la gestión colectiva de los centros de distribución;

c) los transportes gratuitos.

La represión se acentuará si no nos aprovechamos hoy de nuestra fuerza, si nos dejamos dividir.

ACUDID EL VIERNES A LAS 19:00 A LA ESTACIÓN DE LYON. Elaboraremos juntos una respuesta política a las decisiones del Poder.»

Movimiento 22 de marzo y Comités Trabajadores- Estudiantes[165].

Después, Censier se pone en pie de guerra. Se trata de prevenir cualquier eventualidad. Ya se sabe, además, que la batalla será caliente.

Esta tarde del 13 de mayo han estallado algunos disturbios de forma espontánea en el Barrio Latino. Mientras los militantes organizados en los grupúsculos o en los Comités de Acción se afanan preparando la manifestación, tienen lugar unos enfrentamientos muy duros. El servicio de orden de la UNEF y Alain Geismar se esfuerzan en reinstaurar la calma –algo que, ironías del destino, les valdrá los halagos de la Prefectura de Policía–. Teniendo en cuenta el discurso expresado en Censier, no se corre el riesgo de semejanza

desventura.

Después de avisar a la enfermería de que se prepare para poder atender a numerosos heridos, se celebra una asamblea general en el gran anfiteatro de donde han sido desalojados los estudiantes reformistas. Se explica el sentido de la manifestación del día siguiente y se dan consignas de lucha ante más de mil personas. «Formad pequeños grupos autónomos, que operen de forma separada y se compongan de personas conocidas entre sí». También se dan indicaciones someras sobre [métodos] de guerrilla urbana. Se enseña el arte de esquivar carros de combate pues, dada la debilidad de las fuerzas policiales y la naturaleza del objetivo apuntado, se teme su entrada en acción. El ambiente es tenso. Las largas diatribas sin pies ni cabeza típicas de las AG han faltado hoy a su cita. Las intervenciones tienen un tono pausado, grave incluso. Todo el mundo siente de alguna manera que la suerte del movimiento se jugará mañana.

45. LA NOCHE MÁS CALIENTE (DEL 24 AL 25 DE MAYO)

La cosa se convierte rápidamente en un manicomio. Los fantasmas leninistas de la toma del Ayuntamiento no superan la prueba de la realidad, ni de la falta de preparación, ni del escaso deseo generalizado de tomar el poder «de verdad».

Nada más llegar a la estación de Lyon, los militantes del «22 de Marzo» se pierden en el tumulto de los cincuenta mil manifestantes apiñados en un espacio demasiado exiguo. Su reunión, que debía difundir las directrices prácticas, no puede celebrarse. Alguien toma entonces la iniciativa de ponerse a leer aquí la declaración prevista para el Ayuntamiento, cuya ocupación es imposible en vista de la fuerte concentración de efectivos policiales en su entorno. Ante esta incompetencia, algunos dirigentes del SNE Sup, entre los que figura Alain Geismar, y algunos miembros de la Coordinación de los Comités de Acción intentan improvisar una dirección alternativa. Un poco más al á, la UNEF y el PSU hacen lo mismo, pero lanzando consignas diferentes. Estas dos organizaciones han acudido con un

enfoque particular. Su idea es protestar contra la denegación del permiso de residencia a Daniel Cohn-Bendit. Sus lemas aumentan la confusión y transforman esta manifestación anticapitalista en una manifestación antirrepresiva. Las JCR se enfurruñan a su vez pues si antes del 13 de mayo no se les consultaba apenas, después de ese día no se les consulta nada en absoluto. La UJC m-l está dividida. Mientras una parte se cree en Vietnam, la otra se suma a las tesis de los Comités de Acción –que no son más coherentes– . Los comités de empresa tiran para un lado, los de barrio tiran para todos los lados según lo infiltrados que estén por los distintos grupúsculos. Cada uno tira, en definitiva, hacia donde le da la ventolera. Cada uno quiere imponer su línea, cada uno quiere tomar las riendas. Entre unos y otros acaban finalmente neutralizándose y, una vez más, la masa ha de determinarse sola: «La manifestación [será] veleidosa y extremista»[166].

La tensión no ha dejado de crecer en los últimos tres días y se percibe inmediatamente una vivacidad insólita en los manifestantes. Algunos han llegado incluso a participar en las manifestaciones del PC y la CGT, que esta tarde han organizado dos marchas, una en la margen izquierda del Sena y otra en la derecha. Infiltrados en las escuálidas procesiones cegetistas, los «izquierdistas» se han dedicado a hacer propaganda y a tratar de desviar a los participantes hacia el mitin de la estación de Lyon. Cuando las palabras ya no daban más de sí, algunos no han dudado en invocar unos supuestos cordones policiales para arrastrar hacia la Bastilla a algunos de los participantes en esas marchas.

La policía ha evitado escrupulosamente hacer acto de presencia en los alrededores de las marchas cegetistas pero en la estación de Lyon es, por el contrario, omnipresente. Al í, una multitud abigarrada, envuelta en las músicas vertidas por miles de transistores, discute intensamente mientras espera la alocución del Jefe del Estado. Hay mucho casco de motorista. Los pañuelos están sabiamente anudados alrededor del cuello, como si estuviera de moda. Los bolsillos de las chupas de cuero se entreabren bajo el peso de las bolas y pernos de acero. Se distribuyen limones y diversos productos supuestamente útiles para protegerse de los efectos de los gases lacrimógenos. Las tiendas de deporte deben de haber agotado sus existencias de zapatillas de tenis y baloncesto.

El General habla. El silencio reina en la plaza, así como en toda la ciudad y, seguramente, en todo el país. De todas las ventanas abiertas en esta magnífica tarde de primavera, de todos los coches con radio, emana una voz cansada. Todo se detiene, todo está inmóvil, en un efecto de gigantesca estereofonía. Pero las palabras chorrean como un aguachirle tibio. La conocida voz clama en el desierto. Y nada más terminar la alocución, en cuanto empiezan a sonar las primeras notas de La Marsellesa, la multitud entona una Internacional vibrante y una ola de pañuelos se agita por encima de las miles de cabezas revolucionarias que gritan hasta quedarse sin aliento y hasta perderse de vista: «¡Adiós De Gaulle, adiós!». La gente se felicita, se abraza. Todo el mundo está convencido de haber escuchado el canto del cisne, de haber asistido al error definitivo. El error que le costará el Poder. Hemos ganado, o casi. La ciudad comparte esta impresión y el mismo De Gaulle se ve obligado a reconocer que se ha «equivocado de medio a medio».

Esta metedura de pata desata las energías hasta ese momento contenidas. Los manifestantes se dirigen hacia el oeste, hacia los barrios acomodados, hacia los ministerios, hacia el Elíseo. En la calle Lyon, la policía tiene orden de permitir la concentración pero también de impedir eventuales peregrinaciones de esta multitud. Un comisario busca un interlocutor. Alain Geismar se acerca. Pero se niega a discutir y a dar la orden de dispersión. En seguida comienza a oírse el sonido familiar del levantamiento de los adoquines. Algunos equipos se cuelan, al mismo tiempo, en los portales de los edificios, suben los escalones de cuatro en cuatro, alcanzan los tejados, toman posiciones. Un grupo se pone a arrancar la verja metálica de una armería. El servicio de orden de las JCR se opone vivamente. Pero la policía ha comenzado a cargar. A diferencia del 10 de mayo, esta vez no van permitir la construcción de barricadas. Saben que hoy les costaría mucho tomarlas porque la multitud a la que se enfrentan no es la misma que la de la primera noche de las barricadas. Los estudiantes son una minoría. Hay muchos trabajadores y jóvenes obreros procedentes de las banlieues. Todos ellos tienen un espíritu vencedor, muy superior al de los estudiantes del 11 de mayo que no salían del asombro de su propia audacia. Por último, pese a las contradicciones políticas que socavan su campo, los revolucionarios dan una impresión de unidad mientras que del otro lado, los policías no están del todo seguros de encontrarse en el

campo de los vencedores. El miedo de la policía y la alegría de los manifestantes explican la violencia de los enfrentamientos desatados.

Las réplicas son proporcionales a los terribles asaltos de las fuerzas del orden. Desde los tejados se lanzan chimeneas sobre las escuadras policiales que, a menudo, se desbandan. Los tirachinas hacen estragos en las filas negras. En respuesta, las bombas lacrimógenas disparadas causan heridas graves. Un joven cae de repente. Ha sido mortalmente alcanzado por una bomba –la policía dirá después que fue víctima de una cuchillada–. Un poco más al á, otra bomba alcanza a un manifestante en la cabeza. La violencia del impacto hace que uno de sus ojos salga disparado de su órbita. El chico se vuelve literalmente loco. La gente se le echa encima. Lo agarran por la cintura. Alguien tiene la precaución de recoger el ojo. Los conductores de ambulancias voluntarios se lo llevan rápidamente de al í. En Censier, la enfermería está desbordada de heridos graves. No obstante, cuando llegan las camillas de dos CRS gravemente heridos, estos son tan bien atendidos como los nuestros. Después son enviados a verdaderos hospitales, no sin antes haber tomado la precaución de desarmarlos y, sobre todo, de vestirlos con ropa de civiles.

En la margen izquierda explota la revuelta. La manifestación ha estallado en multitud de bandas compuestas por un centenar de personas cada una. Dotados de mucha movilidad, estos grupos se deslizan por el entramado de callejuelas y hostigan sin tregua a las fuerzas del orden. Les tienden emboscadas, se repliegan al primer enfrentamiento, regresan, se vuelven a esfumar, provocan incendios, abaten árboles y frenan por todos los medios posibles el avance de las fuerzas represivas, incapaces de asegurar realmente el control de la situación en ningún momento. Estas corren de una punta a otra. El comisario del distrito XIX tiene bajo su mando tres escuadrones de Guardias Móviles que salen de Austerlitz y a las 21:10 están enzarzados en el bulevar Diderot. Veinte minutos después, se encuentran combatiendo en Daumesnil. De ahí se van a liberar la comisaría central del distrito XII, amenazada por el levantamiento. A las 22:00 deben intervenir urgentemente en la comisaría del XI. Un cuarto de hora después tienen que volver a tomar las barricadas de Reuil y-Diderot. Cinco minutos más tarde se

les envía a bloquear el puente de la Concorde, principal acceso a la Cámara de los Diputados. Tardarán una hora en llegar hasta al í. Tendrán que tomar por la fuerza el puente de Austerlitz, recuperado por los manifestantes, y abrirse camino a través de una jungla de barricadas y escaramuzas. El 25 de mayo a las 3:00 de la mañana se encuentran bloqueados en la esquina de Saint Germain con la calle Four. A las 4:00 de la mañana están en la plaza Saint Michel, que abandonan para ir a combatir a la calle Écoles. A las 5:10 reciben, por fin, la autorización para retirarse.

El conjunto de las fuerzas policiales embarcadas en esto están sometidas al mismo ritmo infernal. En la cima del aparato represivo se teme no poder resistir durante mucho más tiempo. Son muchos los hombres que se están derrumbando. El jefe de las operaciones sufre un «bajón» alrededor de la 1:00 de la madrugada. En su base, Mado Perrignon, refugiada en el hueco de una escalera, se encuentra con un CRS bañado en lágrimas y jurando por todos sus dioses que presentará su dimisión al alba. El prefecto de Policía da la orden de «cortar por lo sano». Se decide concentrar el grueso de las fuerzas en el Barrio Latino. En la margen derecha solo se asegura la protección del Elíseo y de los Ministerios de Interior, Justicia y Economía. Y no demasiado, en vista de las fuerzas someras que protegen el Ministerio de Justicia: cuando un grupo de unos cien manifestantes hace amago de atacarlo, la única reacción suscitada procede de unos enloquecidos militantes del PSU y de la UNEF.

Un poco antes, el grueso de las tropas JCR que se había perdido del lado del canal Saint Martin llega por fin a los grandes bulevares. «Llegamos ante la sede de L'Humanité. Nos detenemos, cantamos, levantamos el puño: "¡Comprometeos!", "¡el PC a la calle!", "Seguy, ¡no te conocemos!"[167]. Pero las persianas de L'Huma permanecen obstinadamente cerradas. El poder que no han podido transmitir al proletariado en Billancourt, los estudiantes y trabajadores, por fin mezclados, vienen a blandirlo con orgullo y resentimiento ante L'Huma. Lo tienden sin ilusión y como con pesar, con un sentimiento de impotencia, al "partido de la clase obrera" que se mantiene simbólicamente escondido tras esa fachada ciega. [...] Los que pueden tomar el Poder, lo rechazan; y los que lo quieren, no pueden tomarlo todavía»[168].

Las JCR son víctimas de sus sueños bolcheviques, ya que, salvo los leninistas (una ínfima minoría perdida entre una multitud), nadie quiere el Poder. Prueba de ello es que en la Bolsa han desembarcado dos mil manifestantes sobre las 22:00 y han ocupado su edificio desierto y desabrido sin saber qué hacer después, más al á de verlo incendiarse poco a poco. Al í, llamado por Jean Pierre Vigier, Alain Geismar se encuentra cara a cara con Pierre Mendès France, que le tiende su mano. Geismar solo tiene una idea en la cabeza: «¡Ojalá ningún fotógrafo inmortalice este apretón de manos!»

Este incómodo cara a cara es felizmente interrumpido por un rumor llegado de ninguna parte.

«En el Barrio Latino, los polis aprovechan nuestra ausencia para masacrar a nuestros camaradas». El grueso de la revuelta se dispone inmediatamente a volver a su santuario. Los puentes del Sena se encuentran milagrosamente despejados.

Los diversos grupúsculos se acusarán mutuamente después de haber drenado a los manifestantes hacia el Barrio Latino. Lo más verosímil es que se tratara, una vez más, de un movimiento espontáneo originado por una hábil intoxicación policial propagada por los inspectores de civil y los espías que pululaban esa noche, a menudo pertrechados de radios portátiles. Una maniobra probablemente facilitada, si no hecha posible, por el hecho de que desde el 23 las radios periféricas se habían visto privadas del uso de sus radioteléfonos. Y mientras que antes se tenía la «impresión, al escuchar la radio, de estar ganando la partida»[169], el 24 nos sentimos perdidos en un terreno demasiado vasto. «Decidimos ir a la Sorbona porque no sabíamos dónde estaba sucediendo la cosa. Preguntábamos a la gente: “¿Dónde están?”. Nos respondían: “Imposible saberlo, no hay radio”. Nos guiábamos por el sonido de las explosiones. Nos sentíamos desamparados. La noche nunca nos había parecido tan negra. Nos encontramos con algunos grupos pequeños. Solo sabíamos que estábamos rodeados. En la calle Racine un tipo colocó un foco para filmar. Algunos le gritaron: “¡Cabrón, nos estás iluminando!”. Otros replicaron: “Eso nos viene bien, así vemos dónde está la policía”. En definitiva, ya no sabíamos cómo juzgar, qué interpretar»[170].

Llega, además, el descubrimiento doloroso de la hostilidad de la población. Pese a la pervivencia del viejo fondo antipolicial francés, el idilio con los «estudiantes» toca a su fin. El dueño de una cafetería asume el riesgo, muy serio en estos momentos, de dar asilo a un grupo de manifestantes a quienes van pisando los talones unos policías furiosos. Incluso ofrece bebidas a sus protegidos. Pero una vez pasado el peligro, el hombre explota: «¡Hatajo de gilipollas! No nos dejáis trabajar. Estamos hartos de vuestras tonterías». Más frecuentes son los porteros que se niegan a abrir los portales de los edificios y que, cuando estos se fuerzan, no dudan en denunciar a los refugiados. Son huidas enloquecidas que rara vez acaban bien. «Vi a gente trepando por las paredes», recuerda Martine Olivier. Esa noche se producen más de ochocientas detenciones.

Tejas, pizarras, chimeneas, adoquines e incluso bombas lacrimógenas y ofensivas cogidas al enemigo caen desde los tejados para proteger a los fugitivos. En la calle Saint Jacques, un grupo bien organizado resiste en una barricada. Un desconocido que dice ser teniente del ejército israelí aconseja lo siguiente: «Cuando la policía cargue, nos os quedéis detrás de la barricada. Al contrario, saltadla e id a por ellos. Tras el choque de la primera ola, repliegue. Una segunda se lanza entonces al asalto y persigue a los policías en desbandada». En el primer ensayo se consigue coger tres fusiles, que son inmediatamente destruidos. Alentado por el éxito, el mismo grupo prueba la vieja táctica romana de la tortuga. Todos van provistos de escudos, tapaderas de contenedores o accesorios de teatro encontrados en el Odéon. Todos van armados con palos de madera o barras de hierro. Bien protegido por los escudos, el grupo arquea sus espaldas cuando la ola policial arremete a tropel. «Con nuestras picas apuntábamos a las caras, a los ojos. Oías gritar a los tíos cuando les abrías las carnes. Berreaban como bestias», cuenta un combatiente cuyo deseo de mantener el anonimato resulta comprensible.

En este sector, las peleas alcanzan el paroxismo y en uno y otro campo se llega a situaciones extremas. Se abre fuego en ambos bandos. En la comisaría del Panthéon, adoquines y cócteles Molotov incendian los coches policiales aparcados en la plaza. Incluso se lanzan vehículos en llamas contra las puertas y ventanas de la comisaría. Mientras los asaltantes buscan realmente la forma de

incendiarlo o de tomarlo, o bien con un ataque por detrás o bien sitiándolo desde pasajes subterráneos de supuesta existencia, los hombres del brigadier jefe Boucheny creen llegada su última hora. A la 1.00 de la madrugada ya tienen ocho heridos. Ante el peligro de morir abrasados bajo las llamas, se disponen a salir armas en mano. La Prefectura de Policía se muestra entonces incapaz de socorrerlos. Todas las calles del entorno están imposibles, todas las compañías ocupadas. In extremis, una de ellas consigue abrirse camino. Cuando la masacre es inminente, el comisario Petit y sus treinta valerosos hombres surgen, cual el Zorro, y limpian dura y rápidamente la plaza.

Pierre Mendès France se halla bastante cerca de al í, en la sede de la UNEF, calle Soufflot. En sus peregrinaciones nocturnas ha podido hacerse una idea de las dimensiones de la batalla. A lo largo de las calles hay ochenta coches particulares incendiados o destrozados. Los chasis ennegrecidos de ocho camiones de bomberos y de tres coches de policía yacen igualmente diseminados por unas calles seriamente bloqueadas por más de ciento treinta árboles abatidos con hachas o sierras. Para poder avanzar, los policías han de echar mano de bul dozers.

«En mis tiempos de estudiante en la Sorbona», declara Pierre Mendès France, «vi muchos disturbios en el Barrio Latino pero nunca de un salvajismo semejante. Los combates entre la policía y los manifestantes son demasiado desiguales».

Cuando él pronuncia estas palabras, la resistencia ya es solo esporádica en muchos sectores y la policía se lanza a la caza[171] de aquellos donde ya ha cedido. La represión es terrible. No se salva nadie. «Jean Pierre Rey, fotógrafo, que acaba de sorprender a un grupo de CRS sacando del coche a una joven enfermera voluntaria y sacudiéndola salvajemente a golpe de culata, pasará tres días en el hospital tras recibir una paliza similar»[172].

Y este es precisamente el momento elegido por el ministro de Interior para dar una rueda de prensa. Es contra «la chusma [...] contra quien la policía sigue combatiendo a estas horas. Esta chusma surgida de los bajos fondos de París, realmente enragée y disimulada detrás de los estudiantes, pelea con una locura asesina. [...] Pido a París que vomite esta chusma que la deshonra».

L'Humanité se apresura a responder a este envite: «Durante toda la noche, en los distintos barrios de París [...] nos encontraremos con gamberros sospechosos, esa chusma organizada cuya presencia ensucia a quienes la aceptan y más aún a quienes la solicitan»[173].

La «chusma» en cuestión, conviene recordarlo, está compuesta de obreros, empleados, cuadros, profesores, artistas, intelectuales, jóvenes aún no asalariados, desempleados, estudiantes. En definitiva, de todos los revolucionarios con los que cuenta la ciudad y que han estado luchando esta noche, durante nueve horas seguidas, con una pasión y un coraje extraordinarios. Y en esta mañana lloviznosa que recuerda a la del 11 de mayo, a la «chusma» no le faltan motivos para creer en su victoria. Por primera vez, lo esencial de la batalla se ha desarrollado fuera del gueto que es el Barrio Latino. Por primera vez, los estudiantes han sido ampliamente minoritarios. Por primera vez, el movimiento se ha extendido a las provincias. En Nantes, los campesinos han bloqueado la ciudad. En Rennes, la han ocupado. En todo el Oeste se ha confraternizado con los huelguistas y los estudiantes. En Estrasburgo se han levantado barricadas. En Burdeos, algunos incidentes han sido el preludio de una nueva manifestación que se desarrollará esa tarde del 25 de mayo y que será muy dura. En Lyon, se ha librado una batalla aún más brutal que la de Nantes, donde ha perdido la vida un comisario de policía.

Sin embargo, los revolucionarios desatienden la tarea de equilibrar esa balanza tan positiva a causa de una escena, de una sola escena, minúscula e irrisoria: durante la mañana del 25, cuando los gases lacrimógenos vagan aún por las calles como bancos de niebla, los trabajadores municipales vuelven a adoquinar los mil doscientos metros cuadrados de calzada arrancados por los manifestantes. Viéndolos trabajar es imposible sustraerse al temor de estar presenciando un acto simbólico: la clase obrera restaurando el viejo orden transitoriamente perturbado.

Tres días después, la amarga realidad se impondrá más claramente. Un sondeo revela que el 55 por 100 de las personas encuestadas en París están preocupadas por la situación, cuando diez días antes el 49 por 100 de los parisinos apoyaba el movimiento estudiantil. En este momento solo un 2 por 100 de las personas sondeadas se

declaran revolucionarias[174]. Entre las causas de este giro en redondo de la opinión cabría señalar, con más peso quizá que la violencia de la noche del 24 de mayo, la huelga de la televisión iniciada ese mismo día. El pueblo y el proletariado acaban de comprender que se arriesgan a perder sus cadenas de televisión.

46. «¿QUÉ HACER?»

A diferencia de la penuria televisiva, el cine está pletórico. Los políticos comienzan a cogerle el gusto. El 26 de mayo, François Mitterrand preconiza públicamente «la destrucción de las estructuras de esta sociedad que es preciso hacer volar en pedazos»[175], mientras en el bulevar Saint Germain, Valéry Giscard d'Estaing se mezcla con el pueblo y discute con la gente de a pie. Estas actitudes denotan el fracaso de De Gaulle. El anuncio del referéndum no ha bastado para llevar la batalla al terreno político tradicional. Los primeros días de la próxima semana, escribe Pierre Viansson Ponté, decidirán si Francia pasa de «una grave crisis nacional a una situación revolucionaria»[176].

Los revolucionarios, por su parte, están sumidos en la perplejidad. Desde el amanecer del 25 de mayo, luchan contra el abatimiento provocado por el fracaso de una noche de combates que no han hecho progresar su causa sino que, por el contrario, la han relegado a una posición defensiva. En su fuero interno deben admitir que su incapacidad para definir una estrategia ha permitido que el PC y la CGT impongan la suya: según lo previsto, las negociaciones sindicatos-patronal-gobierno se inician en el Ministerio de Asuntos Sociales, en la calle Grenelle.

El fracaso no suele ser fuente de unidad. Las peleas vuelven a desatarse. Se busca un chivo expiatorio. En el mitin de la Ciudad Universitaria del domingo 26, el «22 de marzo» ataca a la UNEF. «En Nanterre, si desatamos el movimiento fue contra la UNEF. Si continuamos con él en la Sorbona y en otras partes, sobre todo en la calle, fue a pesar de las maniobras dilatorias y las tentativas de negociación de la UNEF, a la que el Poder se esmera en fortalecer

contra nosotros. Pompidou intenta convertir la UNEF en la CGT estudiantil»[177].

Sin embargo, el movimiento acepta la consigna lanzada por Alain Geismar: «Pasar del enfrentamiento a la organización, de la agitación en las calles a la explicación»[178].

En Censier, donde se ignoran las maniobras políticas encubiertas por todo esto, se está bastante de acuerdo con esta formulación. Aunque ha llegado muy tarde, se está justo a tiempo de lanzar todas las fuerzas disponibles hacia las empresas y la organización de la huelga activa. Múltiples indicios revelan que las bases sindicadas solo obedecen a regañadientes a las direcciones nacionales. La asamblea general de taxistas parisinos ha desautorizado ampliamente a la CGT. La base del sindicato CGT de los artesanos ha protestado contra la condena de los estudiantes realizada por su dirección. En la Hispano Suiza, la unidad en la base va por buen camino. También en Sud Aviation. En general, concluye la AG de Censier del 25 de mayo, «la CGT está preocupada por la fuerte presión de su base». En estas condiciones, el ambiente en Censier es claramente menos pesimista que entre los grupúsculos que, a semejanza de las JCR, teorizan ya sobre el reflujo, o, a semejanza de los maoístas, se disponen a ceder a la locura de la violencia desesperada. Desde la perspectiva de Censier siguen existiendo las bases para una contraofensiva generalizada. Pero deben cumplirse distintas condiciones previas. Una reunión con el «22 de Marzo», el CAR- Odéon y el SNE Sup ofrecerá la posibilidad de elaborar un estado de la cuestión.

Después de señalar el malestar de las bases tras la «carnicería» de la noche del 24, los representantes de Censier informan a sus anfitriones de su determinación de no obedecer nunca más cualquier iniciativa adoptada por la AG de los CA. Demasiado heteróclita, esta oscila entre la parálisis y el delirio. Por consiguiente, no participaremos en el mitin previsto en el estadio Charléty el 27 por la tarde, que es, desde nuestro punto de vista, el inicio de una maniobra de recuperación de gran envergadura por parte de los políticos. Esta es la postura adoptada por la AG del 26 ante la demanda del CA Construcción.

Seguimos siendo partidarios, no obstante, de una verdadera

coordinación de los CA. A juicio de Censier, esta solo puede llevarse a cabo en el marco de una práctica política interna adecuada a las condiciones históricas excepcionales en las que nos encontramos: «En un primer momento, el rechazo a organizarse de forma burocrática se generalizó en el rechazo a cualquier forma de organización. En cuanto hay práctica, el problema deja de plantearse: la organización se hace en y por el mismo movimiento respecto al cual ella es solo uno de sus aspectos. El movimiento no tiene ninguna necesidad de líderes o guías profesionales; él mismo se dirige hacia la única dirección posible, ya que la realidad no le da a elegir entre varios caminos. [...] La coordinación [sigue siendo] una demanda insatisfecha. Esta demanda [...] pone de manifiesto una preocupación generalizada de antiburocratizacionismo en busca de una solución al problema de la eficacia. [...] El deseo de que el movimiento sea y deba seguir siendo la mejor forma de abordar el camino hacia la sociedad socialista por construir se manifiesta miles de veces. Cualquier iniciativa que no lo tuviera en cuenta sería un fracaso. Y si llevara a la separación, esta solo podría reproducir en su seno unas categorías separadas que prefiguraran las clases sociales futuras. La mayoría, evidentemente, no lo admitiría»[179].

Además, la regulación positiva del problema de la coordinación implica para Censier la definición de una práctica externa –clara y unificadora–. En este momento es necesario ampliar la acción del centro a la periferia, del Barrio Latino a las banlieues. Los CA de barrio encontrarán ahí un terreno de acción verdadero. La práctica liquidará rápidamente las divergencias teóricas que los minan y convierten en marionetas manipuladas por los grupúsculos. Es preciso comprometer a los CA en acciones concretas: ocupación de pisos vacíos, distribución de stocks de supermercados entre los huelguistas y otras acciones de ruptura que se inscriban en la perspectiva definida en la madrugada del 25 de mayo:

«¿Qué hacer?

La extraordinaria combatividad manifestada por los trabajadores, los universitarios, los estudiantes de secundaria y los campesinos, que desde hace ya casi dos semanas responden sin tregua a las

fuerzas represivas del Estado capitalista, hace añicos todos los programas y estructuras de las organizaciones tradicionales de la clase obrera.

La cuestión del poder ya se ha planteado. No se trata de sustituir un gobierno por otro. Se trata de instaurar el poder de toda la clase trabajadora sobre toda la sociedad, de abolir la sociedad de clases.

Cualquier objetivo por debajo de este traicionaría el sentido profundo del movimiento.

Desde hace más de una semana, los trabajadores ocupan las fábricas, los estudiantes las universidades y los trabajadores agrícolas, víctimas de las absurdidades de los mercados capitalistas, se han sumado a la lucha.

La bandera roja de la clase obrera, que no de ningún partido, ondea en todas partes. Las bases comienzan a organizarse y desarrollan su formidable capacidad de iniciativa.

El Estado se retracta e intenta reconquistar el país por medio de la negociación y de arrancar a los trabajadores lo conquistado hasta el momento, mientras prepara solapadamente la represión. La bandera roja debe seguir ondeando en las fábricas. Para ello los trabajadores deben organizar desde ahora mismo su propio poder.

La ocupación de fábricas y facultades se ha llevado a cabo de forma organizada y con un mínimo de violencia. Pero la violencia es inevitable mientras siga pesando sobre el conjunto de los trabajadores la amenaza de perder todo lo conquistado, mientras subsista el poder represivo del Estado.

El orden reina en las calles y los trabajadores pueden mantenerlo si las fuerzas represivas no intentan destruir su organización, su fuerza y sus conquistas.

Frente al poder de la clase obrera en proceso de organización, con la destrucción del poder patronal y burgués en la fábrica, la subsistencia del Estado hace planear continuamente la amenaza de guerra civil. Es el momento de destruir las propias fuentes de ese poder organizando en todas partes el poder de los trabajadores.

Los trabajadores han ocupado las fábricas pero aún no se han apropiado colectivamente de ellas. Es el momento de transformar la huelga, de hacerla activa, siguiendo el ejemplo de los carteros de varias ciudades que aseguran las comunicaciones entre los huelguistas. Que los trabajadores generalicen la organización en la base que comienza a aparecer en algunas fábricas. Que se reúnan de forma permanente en los lugares de trabajo, discutan sobre su acción, designen a unos portavoces para asegurar la indispensable coordinación a escala de la empresa, de la región, del país.

De esta forma, haciendo reinar el orden proletario, los trabajadores tranquilizarán a las capas de la pequeña y mediana burguesía ahora vacilantes y preocupadas por una violencia cuyo sentido no entienden. Les interesa, sin embargo, unirse a los trabajadores, ya que, comparadas con las inmensas ventajas que puede ofrecerles la sociedad a cuyo nacimiento estamos asistiendo, las mediocres ventajas ofrecidas por el capital resultan irrisorias.

Trabajadores, ¡organizaos desde la base para conservar el control de la lucha!

Por mucho que se generalicen en París, el poder represivo no caerá solo a fuerza de manifestaciones desordenadas y de barricadas.

Es preciso destruir la fuente del poder volviendo prescindible la burguesía. Asumiendo nosotros mismos la organización de la producción y de la distribución a escala nacional.

Entonces el poder tendrá que ceder.

Que los huelguistas monten puestos en las carreteras y controlen la circulación de bienes y personas. Que establezcan lazos con los militares del contingente. Que su firme actitud desaliente las provocaciones del Estado y provoque la disolución del aparato represivo, garantizando la integridad y la seguridad de todos los policías y militares que se pasen del lado de los trabajadores.

Que los trabajadores se preparen organizando su poder para aplastar cualquier tentativa represiva, organizando una respuesta armada a cualquier provocación. Cuando los trabajadores se organizan, la fuerza armada del Estado no puede nada contra ellos.

Solo la actividad deseada y organizada por los propios trabajadores pondrá fin a las crisis de la sociedad actual restableciendo la dominación del hombre sobre su actividad principal que es el trabajo.

Comité Trabajadores-Estudiantes Censier.»

Teniendo en cuenta esta disposición de espíritu ofensiva, también es preciso, de acuerdo a Censier, frenar el progreso del miedo físico, sensible en muchos militantes. En la AG del día 25 muchos reclamaron la constitución de grupos de autodefensa. Una preocupación natural ya que tras la noche anterior, el movimiento registró aún más pérdidas. Cuatrocientas cincuenta y seis personas fueron atendidas en los hospitales parisinos, ciento setenta y ocho de ellas terminaron hospitalizadas. Desde el 3 de mayo se cuentan más de dos mil heridos, cifra inferior a la realidad pues no se contabiliza a quienes prefirieron mantener el anonimato por miedo a posibles fichajes de la policía[180].

Los grupos de autodefensa encuadrarán y organizarán los combates si, como cabe que suceda, la situación deviene insurreccional. El día 25 se designa una comisión, que redacta la siguiente directiva:

«¡Estudiantes, Trabajadores!

Es un momento crítico:

La unión entre estudiantes y trabajadores se ha roto. A golpe de bombas ofensivas, el poder ha encerrado a los universitarios en su gueto: las facultades. Los dirigentes sindicales se apresuran a firmar un acuerdo para privar a los trabajadores de sus reivindicaciones profundas y desmovilizar a sus “tropas” con algunas mejoras salariales que la inflación dejará muy pronto reducidas a nada. Los estudiantes responsables han decidido abandonar la táctica de defensa violenta para impedir una escalada represiva del poder y

privarle del fantasma de la guerra civil.

Desde la perspectiva de los estudiantes y los trabajadores lúcidos se trata, por lo tanto, de adoptar una nueva estrategia y de precisar su táctica hasta en los más mínimos detalles:

1.–Dispersión de las grandes masas en pequeños grupos de información muy estructurados. Se trata de informar a la población parisina, a las provincias y a Europa de los verdaderos objetivos de nuestro movimiento y del cambio estructural que preconiza.

2.–Estos grupos pequeños (veinte personas como máximo), cuyos componentes habrían de conocerse personalmente, se agruparán en Comités de Acción de barrio, de empresa, de instituto, a fin de coordinar acciones precisas y minuciosamente preparadas.

3.–Se diseminarán, por París en primer lugar, tanto de día como de noche, y organizarán mítines pacíficos y espontáneos de información y discusión.

4.–En cuanto lleguen las fuerzas del orden, se dispersarán y reagruparán en diferentes lugares fijados de antemano.

5.–Cada grupo tendrá un programa de trabajo de cuatro a seis horas.

6.–En conjunto, los grupos trabajarán, alternándose, veinticuatro horas sobre veinticuatro. Los grupos de noche estarán especialmente bien preparados para cualquier eventualidad de huida y enfrentamiento.

7.–Estos grupos nunca deberán aceptar atrincherarse detrás de barricadas, si no es para frenar a la policía mientras llega el refuerzo de los grupos vecinos y solo en caso de superioridad manifiesta.

8.–En caso de enfrentamiento inevitable con la policía, se recomienda a los pequeños grupos evitar a toda costa la detención y dejarse aporrear in situ para poder ir a un hospital –pues sale mucho menos cara una paliza en la calle que una paliza en comisaría.

9.–Como norma general, estos grupos estarán equipados con todos los medios que permitan evitar el enfrentamiento directo y el cuerpo a cuerpo.

10.–Conforme a la expresión consagrada, la fuerza de estos grupos debe ser la disciplina –la minuciosidad de la preparación intergrupos en un sector geográfico determinado y durante un lapso de tiempo preciso.

11.–Algunos grupos de intervención estarán preparados para intervenir al í donde un grupo pueda estar en apuros.

12.– Principio general: no atacar nunca o hacerlo solo para defenderse, debiendo evitarse a toda costa las detenciones. LA LUCHA CONTINÚA.

CA Trabajadores-Estudiantes Censier.»

47. EL COMITÉ DE ACCIÓN DE LAS NOUVELLES MESSAGERIES DE LA PRESSE PARISIENNE [NUEVAS AGENCIAS DE DISTRIBUCIÓN DE PARÍS] (NMPP)

Las Nouvelles Messageries de la Presse Parisienne (NMPP) [Nuevas Agencias de Distribución de París] llevan en huelga desde el 14 el mayo. En el centro de La Villette «la gente llegó por la mañana y decidió no trabajar. El delegado de CGT pidió la vuelta al trabajo para que el sindicato pudiese discutir con el patrón de Messageries. Estas palabras fueron acogidas con indiferencia por los trabajadores en huelga, quienes mantuvieron el paro y procedieron a la elección democrática de un Comité de Huelga, sin distinción de colores sindicales u otras»[181]. Así es como se decide ocupar y los demás almacenes, Bobigny (dos mil trabajadores), Charolais (cuatrocientos), se suman en seguida al movimiento.

En el almacén Paul-Lelong, en el barrio de la Bourse, los quinientos empleados están repartidos en tres equipos. Todos ellos están

igualmente descontentos con los nuevos ritmos de trabajo aceptados por el Sindicato del Libro –único y cegetista–. Los jefes de máquina imponen el ritmo de trabajo según les parece y este se hace cada vez más monótono. El ambiente es, por lo tanto, favorable a la huelga. Sin embargo, cuando llega una delegación de La Villette, nadie se atreve a hacer el primer gesto. Francis Berbel se eclipsa discretamente y retira los fusibles del conmutador central. Las máquinas se detienen. Las luces de emergencia se iluminan. Y a su pálida luz se celebra una asamblea que decide una huelga con ocupación. Pero el movimiento de Francis Berbel no ha pasado desapercibido para todo el mundo y será despedido una vez finalice la huelga.

La parálisis de las NMPP tendría que haber imposibilitado la aparición de los periódicos, cuya impresión asegura el Sindicato del Libro impidiendo la huelga de los maquinistas de las rotativas. Solo dejan de trabajar las imprentas de labeur, que son las que sacan los semanales y las revistas. Pero ese no es el único trabajo de zapa realizado por el sindicato. Este también tolera a los esquiroles que, pagados por la dirección, aseguran el transporte y manipulación de la prensa hasta los puntos de distribución y venta. «Los fijos de L'Humanité se movilizaron contra todos los trabajadores de las NMPP, utilizando primero los argumentos más demagógicos ("L'Humanité es el periódico de los trabajadores") y después la fuerza bruta, forzando con coches las filas de trabajadores a riesgo de herirlos. Ahora bien, todos los obreros sabían que en los coches no había solo ejemplares de L'Humanité, sino también grandes stocks de Paris-Jour procedentes de la imprenta Poissonnière», recoge una octavilla probablemente maoísta[182].

Los comités de huelga intentan reaccionar. El de Bobigny se revela como el más combativo. Su líder había sido profesor de filosofía. Hecho prisionero durante la Segunda Guerra Mundial en compañía de proletarios decidió hacerse obrero y quedarse en la base. Cegetista, organiza de forma ejemplar la ocupación permanente y la cantina. No duda en utilizar los camiones de la empresa para ir a buscar víveres a las cooperativas.

Sin embargo, los llamamientos de los trabajadores en huelga a la Intersindical se revelan inútiles. Esta aprueba invariablemente su

movimiento pero argumenta que en este período difícil es necesario llevar la información al público y, en consecuencia, convencer a los trabajadores de las rotativas para que no dejen de trabajar.

«Estudiamos detenidamente este argumento, machaconamente repetido a lo largo del día por el sindicato y recogido por los periódicos», escribe un responsable del comité de huelga. Es evidente que no teníamos derecho a privar a las personas de sus medios de información y esa no era, de hecho, nuestra intención. Pero en lugar de seguir asegurando una información comercial, fuente de ingresos para los patrones, nos habría gustado hacer una información gratuita o, mejor aún, una información garantizada por militantes. La publicidad, los pequeños anuncios, etc., tendrían que haber desaparecido en provecho de una información seria. Era, entonces o nunca, el momento, no de imponer al periódico una orientación contraria a sus objetivos, sino de asegurar una relación mucho más objetiva. Lo que reprochamos al sindicato es, en definitiva, no haber sabido tratar los problemas en un principio planteados y, en consecuencia, le repetimos que su actitud fue más negativa que constructiva. Quienes salieron ganando no fueron los obreros sino los patrones, que pudieron seguir vendiendo su moto sin demasiadas dificultades. En efecto, se organizó una red paralela para remplazar a la nuestra. Almacenes clandestinos, taxis, ambulancias, coches particulares, etc., fueron utilizados para difundir el periódico a cualquier precio. [...] Abandonados, intentamos llevar a cabo una huelga activa, es decir, intentamos, organizados en pequeños grupos, desorganizar algunas distribuciones de periódicos»[183].

Estas acciones se deciden en torno al 25 de mayo. Se trata de convencer a los vendedores de prensa de detener la venta. Varios informes conservados en los archivos de Censier dan testimonio de los flacos resultados obtenidos. El del día 26 indica: «De M., de las NMPP de Bobigny, nos informa: nos presentamos en grupos de siete u ocho ante los vendedores de prensa y protestamos diciéndoles, sobre todo, que nos están robando nuestro trabajo, que son unos esquiroles. Se trata de alborotar a la gente y de hacerla comprender que el hecho de vender periódicos es ilegal. Resultado: los transeúntes desvalijan los quioscos de prensa».

Ese mismo día, una directiva ordena la generalización de este tipo de acción, a partir del 27 de mayo y mediante grupos mixtos, estudiantes-trabajadores. Pero el quite de la patronal es inmediato. Un informe de la reunión mantenida el 27 por la tarde señala que se ha acordado una prima especial para los vendedores de periódicos. ¿¿ A los trabajadores en huelga de la NMPP no les queda más remedio que innovar. Los de Bobigny se reúnen con el CATE- NMPP de Censier, en activo desde el 17 de mayo. «No estamos luchando por dinero», declaran, para alegría del CA, «lo que queremos es una reducción de la jornada laboral y una mejora de las condiciones laborales. Ahora bien, Hachette, que controla las NMPP, rompe la huelga pagando a esquiroles. Sabemos de donde salen. Necesitamos doscientos coches para cercar París y controlar todas las salidas de camiones. Si transportan periódicos, estos serán confiscados y tirados a los túneles del metro, en la periferia o en el Sena».

Doscientos coches es imposible. Pero después de anunciar la cosa en la AG del CATE, se consigue formar varios equipos. Todos los peleones, Jean Yves Mignochon, Jean Lancelot, Claude Frèche, Claude Boulanger, Martine Olivier y algunos más, dedicarán sus noches a inventar la técnica del «rodeo», posteriormente emulada por los obreros del Parisien libéré.

Primer problema: la gasolina. Primero se aspiran los depósitos de los vehículos del Barrio Latino. Como las gasolineras están en huelga, este yacimiento se agota en seguida. «Íbamos a mangar hasta el distrito XVI», cuenta Jean Yves Mignochon. «Al í está lleno de coches americanos, con depósitos profundos como pozos. Teníamos unos bidones enormes. Una noche estábamos bombeando tranquilamente. De repente, un grito. “¡Alto o disparo!”. Nos reímos. Pero el tipo, una especie de viejo coronel, se puso a disparar de verdad. Nos pusimos a correr como locos, con nuestros bidones. Hay que decir que en estas expediciones terminábamos colocados de gasofa. ¡Después te lo pensabas dos veces antes de encender un pitillo!».

Se forman varios equipos de tres o cuatro vehículos. En cada coche va al menos un empleado de las NMPP, encargado de dar la charla al «esquirol» bloqueado. Los demás miembros de la tripulación son militantes de Censier. La cacería comienza. No nos emboscamos

muy lejos de los almacenes clandestinos. Una vez avistado un camión sospechoso, se le sigue y obliga a detenerse en un lugar propicio. Saltamos a su puerta: «¿Puedes enseñarnos tu carga?». Si se trata de periódicos, uno de los miembros del comando se instala junto al conductor y, escoltado por varios vehículos, lo dirigen hacia el lugar de descarga. Por la mañana, extraños y gigantescos nenúfares impresos cubren las mansas aguas del canal Saint Martin.

«La primera tarde, bloqueamos L'Humanité. Por casualidad. El tipo cogió un cabreo tremendo. Hubo que ponerse al volante. Y al día siguiente, el tipo vuelve a las andadas. Repetimos la operación de forma igualmente brusca. El tipo sonreía... Abrimos las puertas y nos sale un grupo de gorilas, con picos y perros... ¡A correr! Después de esto, a L'Huma lo dejábamos pasar... En otra ocasión en que volvíamos un poco con las manos vacías, pues los conductores ya habían comprendido que debían cambiar su itinerario si no querían terminar desvalijados, y solo nos habíamos hecho dos o tres furgonetas, Frèche, que estaba al volante, pegó un grito de repente: "¡Ya está, aquí tenemos uno!". Y vimos un camión repleto hasta el techo de chismes blancos. ¡Genial! Se dirigía a Les Halles. Una persecución de locura, ¡como en las películas! Por fin, conseguimos arrinconarlo. "Bueno, cabrón, ¿nos enseñas tus periódicos o qué?", le pregunto a la vez que veo una pipa en su mano. Y cuando estoy gritando para avisar a los demás, Martine Olivier, que estaba abriendo las puertas, chilla: "¡Mierda, tíos, son huevos!"».

Miles de ejemplares de periódicos son así descubiertos y destruidos. Solo se salva L'Humanité y no solo por el episodio relatado. «L'Huma ni lo tocábamos», recuerda Jean Lancelot. «Aunque fuera una guarrada, pensábamos en los obreros que seguían de todas formas al PC. Teníamos mala conciencia».

Por el contrario, cada vez confraternizábamos más con los huelguistas de las NMPP. «Estábamos juntos. Discutíamos sobre la organización de la huelga. Cada día les decíamos de unificar los distintos comités, porque el único vínculo de unión entre los almacenes éramos nosotros. Y pasó lo que tenía que pasar. Una mañana en que iba como de costumbre al almacén de la estación de Lyon, dos grandullones me cerraron el paso. "Se ha acabado", me dijeron. El comité de huelga, democrático, había sido remplazado

por un comité puramente CGT. L'Humanité escribía que nuestras acciones eran fascistas. Le Monde decía que éramos "elementos irresponsables"».

Jean Yves Mignochon conserva un recuerdo tan amargo como Jean Lancelot del final del CA de las NMPP. «Como estaban muy contentos con nosotros, nos invitaron a comer en la cantina de Bobigny. Nos vinieron a buscar a Censier. Su piquete de huelga escuchaba música clásica. Había una asamblea. Su asamblea era absolutamente democrática. Doscientos o trescientos participantes dejaban hablar a los oradores hasta el final, aunque estuvieran diciendo gilipolleces. En todo caso, le preguntabas a un camarada de qué iban aquellas gilipolleces. Discutían intensamente. No querían subidas salariales. Y de repente, un día, los dos líderes se presentaron en Censier. Estaban completamente avergonzados. "Tíos, gracias por todo lo que habéis hecho por nosotros", dijeron, "pero se acabó. Han vuelto al trabajo. Por pasta, como en todas partes. Estaban sin blanca. Y ya solo pensaban en eso"».

LAS GRANDES MANIOBRAS

48. LAS NEGOCIACIONES DE GRENELLE (DEL 25 AL 27 DE MAYO)

Una subida salarial del 7 por 100 desde el primero de junio y un 3 por 100 suplementario a partir del 1 de octubre: este es el resultado esencial de las negociaciones sindicatos-patronal- gobierno, que se abren el 25 de mayo a las 15:00 y se cierran el día 27 a las 19:15. El protocolo de los acuerdos de Grenelle incluye ciertamente otros puntos, como la subida del Salario Mínimo Interprofesional Garantizado en un 35 por 100, el pago de la mitad de los días de huelga, a recuperar, sin embargo, con tiempo de trabajo suplementario, y el reconocimiento de la sección sindical de empresa.

Estos resultados aparentemente positivos son, en realidad, un engañabobos –salvo el último, que demuestra que los únicos beneficiarios reales de la huelga son los sindicatos–. En estas condiciones, Daniel Cohn-Bendit no se equivoca cuando dice: «Las grandes maniobras de Grenelle representan la mayor estafa del siglo. Todos los poderes reunidos para salvar su propio poder. [...] Pompidou salvando al PC y a la CGT, Séguy sosteniendo el poder a punto de hundirse»[184].

Un artículo firmado por Jean Marc Coudray, pseudónimo de Cornelius Castoriadis, entonces economista en la OCDE y uno de los principales teóricos de la revista Socialisme ou barbarie, demuestra la estafa: «En 1936», escribe, «los huelguistas obtuvieron inmediatamente la semana de 40 horas y dos semanas de vacaciones retribuidas, derechos sindicales considerables y un aumento sustancial de los salarios efectivos –en total, un aumento de 35 a 40 por 100 de las remuneraciones efectivas, de acuerdo a la estimación de Alfred Sauvy–. En Mayo del 68, [los trabajadores] deben aceptar puras y simples promesas en todos los puntos de la

negociación y, salvo el aumento del SMIG, que solo atañe, asalariados agrícolas incluidos[185], al 7 por 100 de los asalariados[186], un “incremento” salarial, de hecho, negativo. El 10 por 100 acordado se reduce en realidad a un 7,75 por 100 (ya que el 7 por 100 se aplica a tres cuartas partes del año y el 10 por 100, solamente al último cuarto). Ahora bien, sin huelgas, el nivel salarial sube anualmente en Francia un 6 por 100 de media de acuerdo a las estadísticas oficiales –y los ingresos efectivos (incluyendo primas, «deslizamientos jerárquicos», etc.) un 7 por cien–. ¿Habríamos hecho, por lo tanto, una huelga general de quince días para obtener un aumento de un 1 o un 2 por 100? Ni siquiera, ya que el impago de los días de huelga convierte este margen en negativo (quince días no retribuidos disminuye en un 4 por 100 el salario anual). Esto sin contar lo arrebatado por el Estado a los asalariados en los últimos nueve meses, en primer lugar, con las ordenanzas de la Seguridad Social (aumento de las cotizaciones y disminución de las prestaciones, oficialmente estimados en torno a un 1 por 100 de la masa salarial) y, después, con la extensión del TVA[187] al comercio minorista. [...] Por no hablar, tampoco, del aumento de precios al que procederá la patronal con el pretexto de esta subida salarial imaginaria, ni mencionar, menos aún, el aumento de la productividad, es decir, la aceleración de los ritmos laborales, cuya necesidad ya está proclamando [la patronal] y respecto a la cual Séguy no ha dicho esta boca es mía desde el principio de la huelga»[188].

Todavía hoy nos seguimos preguntando por las razones que condujeron a los sindicatos a presentar a la clase obrera unos resultados tan pobres.

Para algunos, estos fueron fruto de una mala preparación. De acuerdo a André Barjonet, «los dirigentes de las dos centrales (CGT y CFDT) no habían tenido para nada en cuenta las características propias de la situación»[189] y negociaban en base a una plataforma de enero de 1966. Otros tienden a pensar que el PC ordenó a la CGT que firmara rápidamente, debido a su preocupación por las maniobras políticas de la izquierda socialista y de la extrema izquierda revolucionaria que estaban preparando el mitin del estadio Charléty. Esta es la tesis de Philippe Alexandre. Se basa en el hecho de que el 26 a medianoche Georges Séguy declaró a un

periodista: «No hay la menor posibilidad de acuerdo antes del martes»[190], pero después de recibir, dos horas después, un mensaje del Buró Político del PC, comenzó a negociar este acuerdo desde las 4:40. Una tesis bastante similar en los hechos pero diametralmente opuesta en la interpretación es la sostenida por Jean Raymond Tournoux, apoyada en un artículo de Georges Albertini[191]. A su juicio, durante la noche del 26, Georges Séguy «recibió varias llamadas telefónicas, con toda probabilidad del Buró político, pidiéndole firmeza y reiterando la necesidad de politizar la huelga. Cuando volvió a la sala de conferencias, se le notaba contrariado. Estaba librando dos batallas: una contra "sus adversarios de clase" en la sala, otra contra la dirección del partido por teléfono».

Esta última hipótesis parece capaz de explicar el rechazo de los acuerdos por parte de los trabajadores de Renault. A este respecto, estos últimos siguen las directrices de L'Humanité, que en la noche del 26 al 27 de mayo «sacó, para las fábricas, una edición especial titulada "¡Continuemos la huelga!". Esta edición se distribuye junto a una octavilla del mismo espíritu escrita durante la noche»[192]. Así lo confirma Adrien Dansette, quien publica la octavilla en cuestión, firmada, efectivamente, por CGT, CFDT y FO[193]. Aunque está claro que no fue precisamente dando saltos de alegría cómo Benoît Frachon, Georges Séguy y Eugène Descamps fueron a dejarse escarnecer y abuchear por seis mil obreros de la Renault el 27 de mayo a las 8:00 de la mañana[194], este sí pudo ser, en cambio, el precio que aceptaron pagar por una maniobra delicada.

Pues aunque no quepa descartar del todo la hipótesis señalada por André Fontaine[195], según la cual habrían aflorado desacuerdos entre los dirigentes cegetistas y comunistas, la tesis más convincente es, una vez más, la de Lucio Magri. «Lo que realmente cuenta», dice, «no es saber si los sindicatos querían y esperaban la adhesión de los trabajadores a los acuerdos de Grenelle, sino, por el contrario, saber que los sindicatos ya habían tomado partido renunciando a considerar como previas y discriminantes las reivindicaciones de carácter general y político y evitando la ruptura inmediata en el transcurso de las negociaciones. Estas decisiones marcan el punto final de la fase general de la lucha. Y serán definitivas pese al rechazo de los trabajadores puesto que, a partir de ese momento, la huelga se mantiene a escala de las empresas, su único objetivo es

mejorar el compromiso alcanzado, renuncian a volver a poner sobre la mesa las reivindicaciones generales (escala móvil, ordenanzas de la Seguridad Social...) y a volver a elevarse al nivel del enfrentamiento con el conjunto de la patronal. En ese momento, al menos en lo que atañe al terreno reivindicativo, solo se trata ya de una lucha de usura que cada empresa lleva a cabo en su propio interés»[196].

Los sindicatos atomizan de esta forma la lucha en una multitud de combates perdidos de antemano pero no se olvidan de aprovechar la envergadura del movimiento para consolidar su poder. El reconocimiento de la sección sindical de empresa significa que, en lo sucesivo, las centrales tendrán derecho a pegar sus carteles dentro de las empresas, a tener delegados oficiales (además de los de personal y los del Comité de Empresa), que serán, por decirlo en una palabra, reconocidas como interlocutoras privilegiadas, fortalecidas como están por su monopolio en la representación de los trabajadores –se cortan así de raíz las tentaciones de organización autónoma de la base, pesadilla común de sindicatos y patronal–. Esta es la razón por la que patronal y gobierno no dudaron ni un momento en satisfacer esta reivindicación específica de los aparatos sindicales. Ninguna de los dos ignora que al í donde existe este tipo de estatus, las tasas de sindicalización crecen. En Estados Unidos «hace mucho tiempo que la debilidad de la sindicalización dejó de considerarse una garantía contra los desórdenes sociales», observa justamente Jean Ferniot[197] quien, siempre tan cortés, se abstiene de añadir que en la Unión Soviética, por ejemplo, la sindicalización total es una de las garantías contra las huelgas.

Pero las organizaciones sindicales no se conforman con esta mejora sustancial de su estatus. No pueden dejar de mendigar unas migajas. Georges Séguy, desde entonces conocido como el «director general de la clase obrera»[198], intenta llegar a un acuerdo con Georges Pompidou para recuperar algunos de los puestos perdidos en las empresas nacionales y en la Oficina Internacional del Trabajo. Y también aprovecha la ocasión para reclamar algunos puestos nuevos en las instancias europeas. «Esta intervención provocará algunas reacciones de las demás centrales sindicales y Pompidou se retirará con vagas promesas»[199]. «A pícaro, pícaro y medio», debe pensar el

primer ministro, a quien, de haber sido informado de ellas, habrían sorprendido mucho las palabras pronunciadas ese día por el general De Gaulle: «Los jóvenes quieren un cambio y tienen razón. Los mayores se conforman con lo que tienen y no quieren cambios»[200].

¡Un poco más y se presenta en el mitin de Charléty!

49. LA OPERACIÓN MENDÈS FRANCE Y LA CONCENTRACIÓN EN EL ESTADIO CHARLETY (27 DE MAYO POR LA TARDE)

El 26 de mayo, en Censier, la Asamblea General del CATE se plantea durante largo rato el problema de si participar o no en la concentración preparada para el día siguiente por la UNEF. La idea de ir al estadio Charléty no está nada clara. El único en defender sin reticencias esta manifestación, a su juicio «llamada a tener una gran repercusión», es un representante de los Comités de Acción de Institutos. Pero como se sabe que los callestán manipulados por los grupúsculos, la desconfianza aumenta. Algunos se oponen totalmente a esta concentración pues se teme un nueva deriva hacia violencias inútiles. Para otros, «esta concentración, con las consignas discutibles de una UNEF que no representa nada, es contraria a la dinámica real del movimiento»[201]. Este, se estima, «debe prepararse para atacar al Estado». Conviene ampliar nuestra base popular. Y más que un mitin centralizado de motivaciones dudosas es preciso priorizar reuniones pequeñas y descentralizadas donde defender la línea esbozada en nuestra octavilla titulada «¿Qué hacer?».

Nos hacen saber que una octavilla anterior y menos radical que esta no había sido muy bien acogida en provincias. ¿Qué pasará entonces con el «¿Qué hacer?»

Censier toma conciencia de su soledad por primera vez. Dos sensibilidades se ponen de manifiesto. Una suscribiría muy a gusto la solución que los políticos profesionales intentan poner en marcha. Otra sigue sin ver una salida conforme a la naturaleza del movimiento que no sea la de la generalización de la subversión en

la base. En lo sucesivo, los primeros irán cayendo poco a poco en la corriente reformista y política, los otros reaccionarán reuniendo fuerzas en torno al Comité Interempresas.

Por el momento solo estamos asistiendo al inicio del proceso de diferenciación. Llegamos, además, a una solución intermedia: los partidarios de Charléty acudirán a título personal y repartirán el «¿Qué hacer?». Hasta entonces, se tratará de convencer a la UNEF de anular el mitin y, de acuerdo con el «22 de marzo», se propondrá la organización de numerosas intervenciones en el mayor número de lugares posible.

Pierre Guillaume y yo nos acercamos a la sede de la UNEF. Nuestra primera sorpresa es constatar el estado de suciedad de los locales que contrasta con la limpieza de Censier. Y nuestra segunda sorpresa no es realmente una sorpresa. Estaba claro que los dirigentes del sindicato estudiantil no iban a querer reconsiderar su decisión pues la reunión de Charléty solo es la parte visible de una vasta operación política.

En la noche del 26 al 27 de mayo tiene lugar una discreta reunión entre los dirigentes del PSU (Rocard, Martinet, Heurgeon), dos dirigentes de CFDT, dos de FO, dirigentes de la UNEF (entre ellos Sauvageot) y del SNE Sup. Objetivo: convertir a Pierre Mendès France, igualmente presente, en el candidato ideal. Con el apoyo de fuerzas políticas tradicionales, dos sindicatos y la aceptación del movimiento, este podría encarnar una solución. Si bien audaz, este plan no es del todo peregrino. De hecho, los invitados a esta reunión no tardarán en demostrar su capacidad de encarrilar a sus organizaciones en esta dirección. El 29 de mayo, la CFDT y FO lanzarán un llamamiento oficial a Pierre Mendès France. Influenciada por el PSU, la UNEF revelará su juego desde el 27. En Charléty, el servicio de orden –UNEF y PSU mezclados– llevará al antiguo presidente del Consejo a la tribuna.

El SNE Sup, por su parte, al principio indeciso respecto a dar su apoyo a la operación Mendès France, es objeto de operaciones diversas. A Alain Geismar, quien dimitirá precisamente el 27 de su puesto de secretario general del sindicato para dedicarse a la acción política, Pierre Mendès France le propone un puesto en su eventual futuro gobierno[202], oferta que supedita a una discusión en

profundidad. Al término de la misma, con el rechazo de Alain Geismar de renunciar al proyecto de autogestión y de Pierre Mendès France de desorganizar la economía, la colaboración de estos dos hombres se revela imposible.

No se sabe cómo pero la reunión del 26 de mayo llega inmediatamente a oídos del Partido Comunista. Le inquieta sobre manera y le incita a presionar a los negociadores cegetistas de Grenelle. El 5 de julio de 1968, L'Humanité se sigue estremeciendo: «Hemos podido ver», escribe, «esbozarse un momento de alianza entre "ultrarrevolucionarios" (léase Geismar), tecnócratas del neocapitalismo (léase Rocard) y taimados del atlantismo (léase Mendès France)». Por diferentes motivos, el PC detesta efectivamente a estos tres hombres. Es comprensible, por lo tanto, el mal humor que le provoca esta alianza y su deseo de establecer rápidamente un cortafuegos, en primer lugar sindical, es decir, Grenelle, y después político, esto es, un llamamiento a la no participación en el mitin del estadio Charléty, reforzado por la organización, a la misma hora, de una docena de concentraciones. A estas últimas asisten entre diez y quince mil personas, mientras que en la concentración de la UNEF llegan a participar cincuenta mil. Tras este hiriente fracaso del PC, la relación de fuerzas parece favorable a la revolución, impresión reforzada por el hecho de que el día ha comenzado con el rechazo de los acuerdos de Grenelle, acontecimiento unánimemente interpretado como contrario a la voluntad de comunistas y cegetistas. Hasta Raymond Aron cae en la trampa de estas apariencias engañosas. «Admito», escribe, «que yo también estuve desvariando durante dos días, después del rechazo de los acuerdos de Grenelle por Billancourt y antes del discurso del general De Gaulle»[203].

En la tribuna del estadio Charléty, los «confabuladores» de la noche anterior gozan, en consecuencia, de un «espíritu ganador». Frédo Krumnow, secretario general de la Federación CFDT del textil, declara: «La lucha de obreros y estudiantes es la misma lucha y debe superar las reivindicaciones materiales». Maurice Labi, secretario de la Federación FO de las industrias químicas: «Lo que queremos no se negocia, se conquista». Jacques Sauvageot: «Ni hablar de negociar con el gobierno. No es un interlocutor válido. Para remplazarlo, [hace falta] una unión de fuerzas capaces de

empujar al movimiento hasta sus últimas consecuencias, la instauración del socialismo».

Después del «todo es posible» de André Barjonet, fervorosamente aclamado por haber dimitido de la CGT, toma la palabra Alain Geismar.

Geismar no está a gusto. Sabe que su presencia parece avalar el «lanzamiento» de Pierre Mendès France. Se pregunta si esta no será una operación de la «gran burguesía financiera [que] duda [...] entre Pierre Mendès France y De Gaulle»[204]. Y ¿de dónde salen esos fajos de billetes que algunas almas caritativas agitan bajo la nariz del «22 de marzo» que los rechaza? Por otro lado, la solución Mendès France es quizá la menos mala de las salidas políticas cuando el movimiento parece incapaz de trazar una propia. Pierre Mendès France, «el reformista más inteligente de Francia [es, ciertamente] la última oportunidad de la burguesía»[205]. Pero si se consigue crear otro poder, un doble poder, y que este tenga en el futuro gobierno Mendès France un aliado seguro en la persona de Alain Geismar, la situación política podría evolucionar en un sentido favorable a la revolución.

Estas preocupaciones dictan la intervención del antiguo secretario general del SNE Sup. «Él sugiere que, a guisa de transición hacia la toma del poder por los trabajadores de empresa, se experimente un sistema de doble poder. Aplaude la puesta en marcha de la producción en algunas industrias en beneficio de los huelguistas. Y aboga vigorosamente para que obreros y estudiantes salgan de sus guetos respectivos para preparar, juntos, el advenimiento del socialismo»[206].

Dicho esto, Alain Geismar coincide bastante con Daniel Cohn-Bendit, a punto de entrar clandestinamente en Francia. «Me habría gustado», confesará este último nueve años después, «que hubiéramos retomado la iniciativa en la calle para crear este doble poder. En Charléty se perdió una oportunidad. Faltó audacia. Se tendría que haber presentado un gobierno. Con la presión de la masa, De Gaulle habría caído y el gobierno Mendès France se habría visto obligado a contar con nosotros. Pero nuestra gran debilidad era nuestra ineptitud para teorizar sobre nuestra propia autonomía»[207].

50. FRANÇOIS MITTERRAND ENTRA EN ESCENA (28 DE MAYO)

En materia de autonomía, a François Mitterrand le preocupa, en primer lugar, la suya. En la tarde del 29 de mayo, cuando el vacío político es casi total, Mitterrand se negará a que el movimiento esté representado en el gobierno de izquierdas. «Es una provocación», le dice a Pierre Mendès France, en presencia de Guy Mollet, Gaston Deferre y René Billières, líderes de la Federación de la izquierda Demócrata y Socialista (FGDS). [Si proponéis] una cartera para Geismar, haréis que todo fracase»[208].

Existe un riesgo real de que el PC retire por esta razón su apoyo a Mitterrand y al plan que este expone en una rueda de prensa ofrecida el día 28 a última hora de la mañana. Si François Mitterrand se declara entonces candidato a la presidencia de la República en caso de dimisión de De Gaulle es porque cuenta con el apoyo seguro del Partido Comunista.

Desde hace varios días, el PC presiona «con fuerza e impaciencia crecientes a la FGDS para pasar a una nueva etapa de acercamiento entre ambas organizaciones. Se trata de pasar de la plataforma común del 24 de febrero a un mínimo programa de gobierno»[209]. Esta presión se traduce en reuniones privadas y públicas. En su respuesta, en la tarde del 27, a una carta enviada por Waldeck Rocher algunas horas antes, François Mitterrand escribe: «En todo caso, adelantar la reunión de mañana de las 21:00 a las 17:00 solo puede sernos ventajoso. Lo cual no excluye, todo lo contrario, la conversación para compartir informaciones ya convenida antes de este intercambio de correspondencia»[210].

Los comunistas no quieren un gobierno Mendès France a ningún precio. François Mit errand torpedea con mucha habilidad esta tentativa dibujando públicamente el marco del eventual «gobierno provisional de gestión, que duraría como mucho hasta la elección del nuevo gobierno de la República que se celebrará a lo largo del mes de julio». La identidad del jefe de gobierno pierde así toda su importancia. Para mayor seguridad, Mitterrand se declara, además,

dispuesto a asumir ese cargo. Y para rematar la faena, su candidatura a la presidencia muestra la determinación del político de ser el único patrón. Negar la cartera a Alain Geismar es, por último, dar el golpe de gracia al equipo mendesista y recuperar al PC con vistas al poder. François Mitterrand será, como en 1965, el candidato de la izquierda. Y esta vez con la victoria al alcance de la mano.

Por desgracia, incluso en el apogeo de tan grandiosas esperanzas siempre tiene que haber un miserable dispuesto a reírse sarcástica y salvajemente. «¿Considera usted apasionante la perspectiva de remplazar un equipo que no tiene autoridad desde hace diez días por uno que la perdió hace ya diez años?», pregunta un espectador anónimo al célebre orador.

Este desconocido impertinente quizá fuera de derechas. Pero resumió los sentimientos del movimiento revolucionario hacia François Mitterrand. En la misma medida en que Pierre Mendès France goza de un aura real, si bien marchita y ambigua, François Mitterrand es abiertamente despreciado. Daniel Cohn-Bendit dio el la en su declaración del 13 de mayo: «Mit errand no es un aliado. Como mucho, podríamos simplemente servirnos de él».

En Censier, desde el día en que intentó utilizarnos solo sentimos hostilidad hacia él. Una noche, uno de sus emisarios vino a hablar con los «estudiantes». E invitó a varios a acompañarlo al domicilio del político. Saciados de buen whisky, nuestros ingenuos camaradas volvieron deslumbrados y lisonjeros. Nuestra reacción fue brutal. Solo evitaron su exclusión del movimiento redactando una octavilla que fue inmediatamente difundida:

«No a la colaboración.

De acuerdo a la prensa, el Sr. Mitterrand mantiene numerosos contactos con estudiantes.

Para denunciar esta maniobra de recuperación electoral hemos tenido la oportunidad de constatar hasta qué punto el Sr. Mitterrand no está al corriente de la verdadera opinión del

Movimiento a su respecto. Se ha comprobado, de hecho, que el Sr. Mitterrand se siente aislado y desconoce por completo a dónde quiere llegar el Movimiento y si este ha dicho sí o no a una toma de posición en lo relativo a la campaña electoral

La ignorancia del Sr. Mit errand carece, en cualquier caso, de la menor importancia. Lo importante es la maniobra en sí misma, la pretensión del Sr. Mitterrand de engatusar a miembros del Movimiento.

A este respecto, nos parece fundamental afirmar:

1.–Que nos negamos totalmente a entrar en el juego electoral y a avalar a ningún partido u organización política.

2.–Que denunciamos toda maniobra destinada a hacer creer que el Movimiento está ligado de una u otra forma al Sr. Mitterrand o a cualquier otro político.

3.–Que todo miembro del Movimiento que, bajo cualquier pretexto, mantuviese relaciones con políticos sería, por ese mismo motivo, excluido del Movimiento.

Nuestra advertencia se dirige, por lo tanto, a dos destinatarios:

a) a los hombres políticos,

b) a los miembros del Movimiento con ganas de entrar en un juego personal y de servirse, a su vez, del Movimiento»[211].

51. LA MANIFESTACIÓN DEL PARTIDO COMUNISTA Y LA DESAPARICIÓN DEL JEFE DE ESTADO (29 DE MAYO)

La preocupación de Censier por mantenerse apartada de la cocina

política es compartida por el conjunto del Movimiento que contempla asqueado cómo los políticos rivalizan entre sí para remplazar a un régimen ciertamente tambaleante pero todavía en pie. Además del «gobierno del movimiento» de Mendès France y del «gobierno provisional de gestión» de Mitterrand, Giscard d'Estaing propone uno propio compuesto por «hombres de renovación», Lecanuet habla de un «gobierno de salvación nacional» y los propios gaullistas acarician el proyecto de un «gobierno de unidad francesa». La carta ofrecida por todos estos marmitones estaría incompleta sin el «gobierno popular y de unión democrática con participación comunista» que añade el Partido Comunista[212].

Pero mientras los demás se dedican a perorar, el PC actúa. Convoca una manifestación para el 29 de mayo. La víspera, la CGT se reúne a las 16:00 con Jacques Sauvageot, quien «mitad en serio, mitad en broma, declara: "una manifestación cuyo objetivo no sea el Elíseo o el Hôtel Matignon no tiene [...] ningún sentido"»[213] en estas circunstancias. Espantada por esta perspectiva, la delegación comunista se retira. CFDT, FO y la FEN hacen oídos sordos. De esta suerte, aunque estas organizaciones se vieran tentadas por la aventura, el aislamiento del PC y de la CGT impediría por sí mismo cualquier toma de poder.

Sin embargo, el general De Gaulle empieza a actuar como si existiera un peligro comunista real e inminente.

De un político de segunda categoría cabría admitir que hubiera cedido a un momento de pánico, a un instante de desánimo o a una hábil intoxicación. Pero con un De Gaulle estas explicaciones no nos sirven. Él ha demostrado en multitud de ocasiones su intuición y su capacidad de acierto a la hora de estimar las relaciones de fuerza políticas. Si no ha dejado de equivocarse desde el 3 de mayo es porque está lidiando con un movimiento extraordinario, al margen de la política tradicional. Pero ahora, frente al Partido Comunista, vuelve el juego normal. Aquí De Gaulle es imbatible y es, desde mi punto de vista, esa confianza en sí mismo la que explica que una valoración de la situación que podría haberle resultado funesta, se volviera, sin embargo, a su favor con tal rigor que cupo creer a posteriori en la existencia de un plan maquiavélico, en una soberbia maniobra de dramatización que permitió una brusca y sorprendente

recuperación del control.

En mi opinión, el 29 de mayo el general De Gaulle creyó verdaderamente que el Partido Comunista podía tomar el poder. Razonando desde el punto de vista del estratega y en función de su ideología, el presidente de la República pudo pensar de forma perfectamente razonable que el PC no tendría nunca una oportunidad mejor. El Estado impotente desde hace tres semanas, el partido gaullista muerto de miedo, los funcionarios en huelga, los ministerios desiertos, los ministros preparando su partida (algunos hacen la mudanza de sus archivos, otros compran billetes de avión) y el puñado de leales dedicados a buscar armas para enfrentarse a las que, según Jean Pierre Dannaud[214], habrían sido distribuidas entre los cegetistas. Por otro lado, la extrema izquierda y la izquierda están a punto de adelantar al Partido Comunista por su izquierda, algo que este nunca ha tolerado sin reaccionar. Por último, De Gaulle es incapaz de confiar totalmente en las declaraciones tranquilizadoras de los jefes comunistas y cegetistas, o en las discretas garantías ofrecidas por Moscú. Último argumento: aunque el PC no pretenda tomar el poder, no hay ninguna prueba de su capacidad de controlar la manifestación, sobre todo si los «izquierdistas» se inmiscuyen y encuentran en la acción el apoyo de una fracción obrera caldeada por el rechazo de los acuerdos de Grenelle.

En estas condiciones, el jefe del Estado pudo juzgar que era su deber sustraerse al riesgo, mínimo pero real, de una privación de libertad. Pudo estimar la necesidad de ponerse momentáneamente a salvo para poder reconquistar el poder después, por la fuerza en caso de necesidad. De ahí su desaparición rigurosamente organizada en un secreto absoluto. De ahí su instalación en el corazón de la fracción más segura del ejército en el mismo momento en que la policía, hasta entonces baluarte del régimen, hacía saber a través de sus sindicatos que podía encontrarse «en su derecho de considerar en conciencia la ejecución de algunas misiones»[215] y en el Hôtel Matignon no había precisamente ambiente de disparar sobre los manifestantes cegetistas[216].

Los dirigentes comunistas comprendieron perfectamente la determinación del jefe de Estado. De acuerdo a J. R. Tournoux,

«uno de los hechos más sorprendentes que constatamos [...] es la certeza, arraigada en la mentalidad de todos los dirigentes comunistas desde el 29 y el 30 de mayo, de que, preparado para un "18 de junio" interno, el general De Gaulle se mostraba dispuesto a emprender, si fuera necesario, la reconquista del territorio»[217]. Jean Schaeffer, dirigente cegetista, confirma que ese día: «Estábamos patidifusos. Cada uno maniobraba por su lado, como en el Partido Radical antes de la guerra. La CGT era la infantería. Solo tenía que obedecer órdenes. Y punto. Nos informamos del estado de ánimo de los militares. El contingente parecía indiferente pero, en el ejército del aire y la marina se habrían encontrado hombres dispuestos a disparar. Además, no se podía excluir la hipótesis de una intervención extranjera en el marco de la alianza atlántica»[218]. Entre el PC y la CGT también circulaban rumores alarmantes: «Vienen los paracas, los blindados están en las puertas de París».

En efecto, desde el 27 de mayo, el ejército se mueve. Pese a la reticencia de la mayor parte de los oficiales superiores, el general Le Doyen, comandante en Verdun de la 4ª División motorizada del primer Cuerpo del ejército, recibe la orden de comandar las tropas encargadas de intervenir, llegado el caso. El coronel Héraud, comandante del grupo de blindados de Satory, recibe la misión de servir de enlace entre las fuerzas del orden y el ejército. Dispuestos a defender el Elíseo, los paracaidistas están en los Invalides. A partir del 29, se concentran en Satory escuadrones blindados de la gendarmería dotados de AMX 13 y ametralladoras automáticas M 8. La 2ª Brigada blindada de la VIII División se lleva a Compiègne. Los AMX 30 del Regimiento 501 de carros de combate se concentran en Rambouillet. En Melun, el 1er Regimiento de artillería de marina regresa a sus cuarteles. A Pontoise llegan unidades del Regimiento de Marcha del Chad. En definitiva, París está rodeada y el presidente de la República ha reunido el ejército desplazado a Alemania, capaz de presentarse en París en cuarenta y ocho horas.

El 29 de mayo a las 18:25, el general De Gaulle reaparece en Colombey les deux Églises. Telefonea al primer ministro. «Me quedo». A sus ojos, la situación ya está clara. Los trescientos o cuatrocientos mil manifestantes que aún desfilan de la plaza de la Bastilla a la estación Saint Lazare no lo hacen movidos por ninguna intención bélica particular y «los izquierdistas» no se han

inmiscuido en esta procesión tradicional. El PC, «aislado y cornudo [había] reaccionado mostrando las uñas[219], [...] organizando su gran manifestación, fingiendo una ofensiva, parodiando una toma de poder»[220]. Solo el general De Gaulle se había dejado engañar por este simulacro. Pero su error sirvió para revelar su determinación mucho mejor que largos discursos. Y salía de la prueba tan decidido como antes había estado «altamente amenazado, sin que se hubiera tenido ni la fuerza ni la intención real de asestarle un golpe duro. En suma, cuando el movimiento popular parecía estar en su apogeo [...] la izquierda ya se había desecho a sí misma; había creado todas las condiciones necesarias para la contraofensiva del poder. Para vencer, a De Gaulle solo le quedaba una cosa por hacer, la más fácil, quedarse»[221]. Y esto es lo que anuncia el 30 de mayo a las 16:30. En cuatro minutos de discurso pone término a cuatro semanas de palabras. Lo que ofrece es, sustancialmente, la elección de una cámara desprovista de poder en lugar de un referéndum desprovisto de interés. Todos los políticos se adhieren en ese momento a lo que el movimiento revolucionario califica instantáneamente como «una trampa para gilipollas».

LA RESISTENCIA

52. LA MANIFESTACIÓN GAULLISTA Y LAS REACCIONES DE CENSIER (30 DE MAYO)

«Francesas, franceses, como depositario de la legitimidad nacional y republicana he estado ponderando durante las últimas veinticuatro horas todas las eventualidades, sin excepción, que me permitirían defenderla. He tomado una resolución. En las circunstancias presentes, no me voy a retirar. [...] Si, por lo tanto, esta situación de fuerza [mayor] se mantiene, para defender la República me veré obligado a tomar, conforme a la Constitución, caminos distintos de un escrutinio inmediato a escala nacional. En cualquier caso, es preciso que la acción cívica se organice en todas partes y en seguida. [...] Francia está efectivamente amenazada de dictadura. Se pretende constreñirla a resignarse a un poder que se impondría en un contexto de desesperación nacional, a un poder que sería, por ende, esencialmente el del vencedor, es decir, el del comunismo totalitario...».

Concentrados en torno a los transistores, todo Censier escucha al general De Gaulle. Son las 16:30. Tanto del tono como del contenido se desprende que el jefe de Estado acaba de enseñar sus cartas. El artículo 16 si se le permite celebrar sus elecciones, la guerra civil si fuera necesario.

Un golpe de audacia admirable. El viejo jefe pone la muerte en la balanza. Evidentemente, solo la muerte puede derrotar a la vida. Ahora bien, por primera vez en la historia, un movimiento subversivo quiere vivir la revolución y no morir por ella. Y el Estado, al principio sorprendido por una violencia que se parece a un simulacro por negarse a llegar hasta sus últimas consecuencias, restaura el viejo orden imponiendo la lógica de la lucha a muerte. Recién nos vuelve a llevar a su terreno, asumiendo de forma brutal su verdadera naturaleza, esa naturaleza que desde hace un tiempo

fingía haber olvidado como si, en lo más profundo de su ser, le produjese secretamente horror y vergüenza.

Sea como fuere, el Estado ha vencido al maleficio involuntariamente lanzado por el movimiento y, a cambio, el encantamiento que protegía el movimiento se ha roto. La irracionalidad que parecía presidir el destino del país desde el 3 de mayo y que solo era, en realidad, otra racionalidad diferente, se ve repentinamente sustituida por la racionalidad tradicional[222].

A nadie le pasa desapercibido que «unos minutos después del breve anuncio [de la disolución de la Asamblea Nacional], los diputados federados y comunistas ya estaban buscando gasolina para volver a sus circunscripciones»[223]. El PC, que al mediodía aún seguía declarándose «dispuesto a asumir todas las responsabilidades que corresponden al partido de los trabajadores [en un gobierno] donde dispone de la representación a la que tiene derecho», declara a las 18:30 «que se presentará en la consulta exponiendo un programa de progreso social y de paz». En la calle, entre trescientos y cuatrocientos mil manifestantes gaullistas[224] suben los Campos Elíseos. Jacques Julliard y Michel Winock se cruzan con tres de ellos, que declaran «"si se piensa detenidamente, lo más triste es que la causa de todo este espantoso desorden sea un alemán. [...] Poco ha faltado, poco ha faltado", repiten»[225].

Censier pierde por primera vez la razón. Se teme el azote de una oleada de marea gaullista en el Barrio Latino. Se teme una masacre. Llegan informaciones inquietantes. Algunos militantes han visto filas de camiones militares. Otros han visto a paracaidistas vistiéndose de civil antes de unirse a los manifestantes. Desde Fresnes, La Croix de Berny, Petit Clamart, nos telefonean para informarnos del paso del Regimiento 501 de carros de combate y de los del Regimiento de Marcha del Chad. Y no sabemos que dos brigadas motorizadas del 1er Cuerpo del ejército, la 8ª de la 7ª División y la 1ª de la 4ª División, están llegando a Maisons Laffitte, Montlhéry, Rambouillet y Meaux. Según René Andrieu, editorialista de L'Humanité, hay, en total, cien mil hombres concentrados alrededor de París[226].

El ambiente provoca una convocatoria extraordinaria de la Asamblea General de Censier a la que acuden todos los servicios,

todos los permanentes, todos los responsables de los principales CATE, todos los miembros del Comité de Ocupación, todos los miembros de la Coordinación. La excitación es enorme. Se habla de designar una dirección investida de todos los poderes.

Me manifiesto contra estos proyectos: «Este edificio de cristal es indefendible. Más vale abandonarlo. Mañana lo reocuparemos. Si no se puede, el embrión de organización clandestina constituido ayer encontrará su razón de ser. Además, no tenemos armas capaces de contener un asalto de los paracaidistas, aunque vinieran desarmados. Y aunque las tuviéramos, su utilización solo nos llevaría a nuestro propio sacrificio en una masacre inútil. Por último, Censier no se ha dado hasta el momento ninguna dirección centralizada. Instaurar una dictadura en este momento no solo es grotesco, sino contradictorio con toda nuestra andadura anterior. Nos llevaría a la política tradicional. Eso es exactamente lo que quiere De Gaulle».

Pero Patrick, del Comité de Ocupación, es el único en apoyar este punto de vista. La Asamblea inviste entonces a Pierre Guillaume y a otros dos militantes del CA Construcción de la responsabilidad de defender Censier. Este triunvirato envía inmediatamente a unos centinelas pertrechados de emisores- receptores portátiles a vigilar los alrededores. Tienen órdenes de esperar hasta el próximo relevo. No ha transcurrido ni una hora cuando, muertos de aburrimiento, abandonan su guardia. Nadie se acuerda de avisar al único vigía que permanece fielmente en su puesto. Se trata, casualmente, de un joven obrero...

53. EL RECHAZO DE LAS ELECCIONES. POSICIONES DEL COMITÉ DE ACCIÓN ESCRITORES Y DE CENSIER

El aspecto caricaturesco de la reacción de Censier no debe ocultar lo esencial. Cuando llegan los malos tiempos, es en el CATE en quien se piensa a la hora de confiar todos los poderes. Dos causas de este reflejo. La primera reside en el éxito de la política de los Comités de Acción Trabajadores-Estudiantes. De todas las tentativas llevadas a

cabo, la de Censier es la única que alcanza un éxito relativo. La segunda causa deriva de la anterior. Al «Me quedo» del general De Gaulle, la franja revolucionaria responde con un «Yo también». Con la resistencia en el orden del día y el CATE como aleación de trabajadores y «estudiantes», su nueva política se define ipso facto: rechazo de las elecciones y rechazo de la vuelta al trabajo. ¿¿ El primer aspecto de esta línea no es nada original. El conjunto del movimiento revolucionario lanza su propaganda en este mismo sentido.

Este es, por ejemplo, el caso del Comité de Acción Escritores-Estudiantes-Trabajadores[227] que se reúne en la Sorbona y en Censier. Marguerite Duras, Maurice Blanchot, Dionys Mascolo, Georges Goldfayn y otros se ponen decididamente del lado de la «chusma». El 26 de mayo, uno de sus textos los «declara solidarios de los jóvenes furiosos, enragés de ayer, blousons noirs de hoy. Frente a cualquier intento de segregación en el interior del movimiento, nosotros, que hemos participado en las acciones atribuidas a una supuesta chusma, afirmamos que todos somos alborotadores, que todos somos chusma».

El 29 de mayo proclaman su acuerdo con la línea más radical. «La huelga», escriben, «agota al capitalismo pero también corre el riesgo de agotar [a la base]. Se puede preconizar: huelga de alquileres, de facturas, de letras. Pero no es suficiente. Entonces, poned en marcha las fábricas, las máquinas, en provecho de quienes quieren terminar con este Estado podrido y sin libertades. Solución utópica: que los especialistas, es decir, lo trabajadores, decidan. Los necesitamos a todos. Que los empleados de las tiendas de alimentación decidan. También sobre la forma que darán a la gestión que ellos mismos asumirán. Un ejemplo: la Sorbona, Censier. Base de los estudiantes en huelga donde detrás de una apariencia caótica se está desarrollando un trabajo intenso»[228].

Al discurso del general De Gaulle, el CA Escritores replica secamente: «De Gaulle incita a la violencia [...] no entramos en ese proceso [...] es necesario continuar la huelga». Sin embargo, los escritores no rechazan las elecciones. Creen vaciarlas de toda sustancia al declarar: «Las empresas serán gestionadas por Consejos Obreros que fijarán su producción en función de las necesidades del

país y de sus capacidades. Estos Consejos Obreros serán el verdadero instrumento del poder popular y se reunirán en Asamblea a escala nacional. Esta Asamblea dará a conocer sus resoluciones al gobierno»[229].

Aunque hábil, esta postura no deja de preconizar la constitución de un doble poder y de retornar, en el fondo, al seno leninista. Uno, al menos, de los miembros del Comité de Escritores sí sintió, no obstante, la radical novedad de Mayo. Según un estudio de Georges Préli, este hombre es Maurice Blanchot, inspirador, si no autor, de estas líneas de sorprendente agudeza: Mayo, «revolución más filosófica que política, más social que institucional, más ejemplar que real; destruyéndolo todo sin nada destructivo, destruyendo, más que el pasado, el propio presente en que se lleva a cabo y sin ninguna intención de darse un futuro, extremadamente indiferente al futuro posible, como si el tiempo que buscaba abrir ya estuviera más al á de estas determinaciones usuales»[230].

Y es precisamente a esta «indiferencia al futuro posible» y a esta nueva concepción de la temporalidad a las que conviene atribuir la extrema radicalidad de la posición de Censier frente a las elecciones legislativas. Ya que, a diferencia de otros muchos, Censier no aboga ni por el boicot, ni por la abstención, ni por el voto en blanco o nulo. Censier está por el:

«Sabotaje de las elecciones.

¡Votación-Traición!¿¿ Con este eslogan se expresó, de forma espontánea, la primera forma de resistencia a las elecciones impuestas por De Gaulle,

¿Por qué elecciones?

Cuando el Movimiento imposibilitó la celebración del referéndum, el Gobierno recurrió, para romper la huelga, a esta vieja artimaña de las elecciones, contando con que el Partido Comunista Francés caería, una vez más, en la trampa del parlamentarismo. Y acertó. La maniobra electoral está en su apogeo: a nivel de la plana mayor, «estas elecciones se han convertido en la preocupación esencial».

Así es como se pretende aislar a los estudiantes y a los trabajadores que oponen el hecho revolucionario a la vía reformista y al mito de la conquista pacífica del poder.

No a las elec iones.¿¿ Si rechazamos las elecciones no es, evidentemente, porque el PC, por ejemplo, ha echado una mano generosa a la maniobra gubernamental. Tampoco porque nos neguemos, de todas formas, a reconocer el resultado de las elecciones: este nos tiene sin cuidado. Para nosotros las elecciones no significan nada. Ni siquiera se trata de boicotearlas con votos blancos o nulos, esto es, entrando en el juego parlamentario. Lo que rechazamos es la propia democracia parlamentaria, que viene denunciándose desde hace más de un siglo. El sufragio universal es la niña bonita de las armas de una burguesía que tiene en sus manos todos los medios de información y de presión económica. Seguir respetando esta legalidad es prestarse a toda suerte de maniobras. Es negarse a pensar en la revolución, negarse a hacerla. La democracia que queremos es la democracia proletaria.

Sabotear las elec iones.

Denunciar las elecciones, rechazarlas, es el primer paso.

El segundo paso, y se trata de una idea ya expresada pero aún difusa en el movimiento, es el sabotaje de las elecciones.

Las modalidades de este sabotaje nacerán por sí mismas.

¿Por qué SABOTEAR?

Porque las elecciones solo perpetuarán, con algunos matices, el sistema capitalista. Es preciso aclarar las cosas: el Movimiento solo puede existir mediante una alianza cada vez más estrecha con la clase obrera destinada a destruir las estructuras actuales. Por esta razón, el sabotaje de las elecciones no es un gesto gratuito.

Es necesario evitar que las elecciones se desarrollen en la habitual atmósfera de kermés en la que suelen hacerlo. Nuestra contestación, su violencia, su amplitud, deben hacerse visibles; y la obligación de hacer votar bajo la protección de la policía, de los CRS, desenmascarará al gobierno y a quienes lo ayudan»[231].

Semejante diatriba enfurece al nuevo ministro de la policía. Raymond Marcellin, nombrado Ministro de Interior el 31 de mayo, coge este texto y lo lee en la Asamblea Nacional e, incluso en RTL, el 15 de junio, para justificar sus tesis represivas. ¿Había olido la pista de las actividades de Censier y estas lo habían preocupado especialmente? Es poco probable pero, de ser así, el azar le fue favorable y puso al descubierto la única base que aún contaba con recursos suficientes para intentar catalizar el rechazo de la vuelta al trabajo y para tratar de reactivar la huelga.

54. EL COMITÉ DE ACCIÓN RHÔNE POULENC

Esta última fase de la acción de Censier debe inscribirse en el haber del Comité Interempresas (CI), fruto de la iniciativa de militantes del Grupo de Enlace para la Acción de los Trabajadores (GLAT), cuya llegada a Censier y cuyo papel en la redacción del «Informe de Orientación»[232] han sido evocados anteriormente. Decepcionados por la hostilidad suscitada en algunas personas por dicho texto, los militantes del GLAT orientaron su acción hacia las empresas. Animaron así, pacientemente, la reagrupación de los trabajadores más combativos. Su objetivo era armonizar los esfuerzos de los Comités de Acción de Empresa y popularizar el modelo de organización instaurado en la fábrica Rhône Poulenc de Vitry sur Seine.

En esta fábrica con tres mil seiscientas personas empleadas, obreras la mitad de ellas, la huelga con ocupación fue efectiva desde el lunes 20 de mayo. Dos mil obreros, técnicos, capataces e, incluso, alrededor de quince cuadros, se organizaron en treinta y nueve Comités de Base –uno por cada nave de la fábrica–. Eligieron un Comité Central de ciento cincuenta y seis miembros, revocables en todo momento. La proporción de elegidos sindicados era idéntica a la de los militantes sindicados existentes en los Comités de Base. Con el pretexto de que la dirección de la empresa solo quería discutir con sindicados, la CGT impuso un Comité Ejecutivo que

solo comprendía personas sindicadas[233].

El 20 de mayo, un grupo de trabajadores se presentó en la AG del CATE para hablar de este sistema de organización. La sorpresa fue recíproca. Ellos pensaban que todas las empresas en huelga se organizaban de acuerdo a este modelo, pues era el modelo propuesto por la CGT –nadie entendió nunca por qué–. Pensamos que este era el medio ideal para romper el bloqueo cegetista y promover la autonomía de la base. Y los animamos a redactar un texto que explicara lo más claramente posible su principio de organización. El 28 de mayo empezaron a difundirse en las empresas vinculadas a Censier los primeros de las docenas de miles de ejemplares de esa octavilla.

Al mismo tiempo, estos trabajadores de Rhône Poulenc[234] deciden crear un Comité de Acción. Situado al margen de la organización oficial, su campo de visión es más amplio que el de los trabajadores exclusivamente organizados en los Comités de Base. Así, mientras que estos no logran superar la división entre obreros y técnicos ni renovar los temas de discusión tradicionales, los militantes del CA se amalgaman sin problemas con los «estudiantes» de Censier y no tardan en derivar hacia temas de discusión cruciales. ¿¿ Antesdel24demayosecelebraunareunióndelCAdentrode la empresa. Participan unas trescientas personas. Los obreros son minoría. Se entabla un diálogo con los «estudiantes», en su mayoría asalariados y militantes del GLAT. «La asamblea», recuerda uno de ellos, «no tardó demasiado en reconocer que el problema era la revolución. Como un joven comunista suscitó la cuestión de la actitud del ejército, también se abordaron las cuestiones militares. Este tema causaba cierta inquietud entre los participantes pero, aparentemente, la mayoría no tenía miedo. Todos tenían claro que el desenlace dependería de la actitud de una fracción notable de la clase obrera»[235].

Evidentemente, estos propósitos tan viriles no pueden por menos que molestar a los cegetistas, que se preparan para retomar el control de unos Comités de Base tan permeables al «izquierdismo».

En torno al 28 de mayo «vienen a buscarnos a Censier», cuenta el mismo militante. «Volved en seguida, la CGT ha movilizado a todos sus “peces gordos” para reinstaurar el orden en casa». Dos

militantes del GLAT se van con ellos. «Los cegetistas nos cierran el paso en la puerta de la fábrica. Después de negociar un poco nos dejan pasar... a condición de no tomar la palabra.

El mitin es del más puro estilo estalinista. En la tribuna: toda la dirección de la Federación química de CGT colocada en la misma fila. La sala: impecablemente ordenada. En las sillas: una mayoría de obreros cegetistas. Estos escuchan a unos «mandamases» incómodos, tratando de recuperar las riendas de una lucha que se les va de las manos. En seguida nos damos cuenta de que está sucediendo algo raro. La sala plantea preguntas. Los jefes sindicalistas no quieren o no pueden responderlas. Se dirigen entonces a nosotros, los reprobados, relegados al fondo de la sala, para que los sustituyamos. Naturalmente, aprovechamos la ocasión para demostrar que el aparato sindical no sabe nada mientras que nosotros, los "izquierdistas", sí sabemos.

El gran jefe cegetista de Rhône Polenc se levanta entonces para soltar su discurso. En este momento, todos los asistentes –no obstante, cegetistas– le dan la espalda y, en vez de escucharlo, se acercan ostensiblemente a discutir con nosotros.

Es el tipo de cosas que te recompensan por veinte años de actividad.

El 30 de mayo, nueva asamblea en la fábrica. Pero el ambiente ha cambiado mucho desde el discurso del general De Gaulle escuchado en común[236]. «Comprendimos que para hacer frente al reflujo era necesario acentuar nuestro esfuerzo de reagrupamiento de los CA más radicales en el Comité Interempresas».

55. EL COMITÉ INTEREMPRESAS

La primera reunión del Comité Interempresas (CI) tiene lugar en la fábrica Nord Aviation de Châtillon. La CGT dirige la huelga pero, controlada por un trotskista (OCI) bastante indeciso, la sección FO favorece los contactos entre trabajadores y estudiantes, al principio episódicos.

Dos asalariados de Nord Aviation habían venido a Censier al comienzo de la huelga. Después del 27, ese contacto se retoma. Nos ponemos fácilmente de acuerdo en la necesidad de intervenir en el frente más amplio posible y de popularizar el ejemplo de los Comités de Base de Rhône Poulenc. Entre veinte y treinta militantes, sindicados y no sindicados, trabajadores de una docena de empresas o sectores diferentes (Construcción, París; BNP, sede parisina; CET, Malakoff; CSF, Malakoff; Nord Aviation, Châtillon; Ascinter-Otis, Levallois; PTT, París; RATP, París; Rhône Poulenc, Vitry; Schlumberger, Clamart; Sud Aviation, Suresnes; Thomson Houston, Bagneux) deciden coordinar sus acciones.

Redactan una primera octavilla titulada: «Defendamos nuestra huelga», un llamamiento conmovedor a una organización de la base contemplada desde una perspectiva a largo plazo: «No solo debe permitir», concluye el texto, «que la huelga actual termine en las mejores condiciones, sino que debe, sobre todo, mantenerse después de la vuelta al trabajo, a la vez para seguir defendiendo los intereses materiales de los trabajadores (pues las conquistas actuales serían muy pronto cuestionadas en caso de desmovilización de los trabajadores) y para mantener una conquista esencial que ha de ser irreversible a cualquier precio: el hecho de que los trabajadores, a quienes siempre se ha negado la palabra, la han tomado y deben continuar decidiendo por sí mismos respecto a sus propios asuntos»[237]. Con su afirmación de la irreductibilidad de la autonomía proletaria al juego politiquero, afortunadamente esta declaración rompe, como se ve, con las estrategias del doble poder.

Tras esta primera octavilla, el CI se reúne cotidianamente en Censier. Los militantes participan con al menos un delegado por cada CA. En seguida se ven obligados a reconocer que su acción llega tarde. El movimiento ocupa ahora una posición defensiva y las fábricas están firmemente tomadas por los cegetistas más duros, que presionan con todas sus fuerzas para conseguir la vuelta al trabajo. Dirigirse a ellos es como predicar en el desierto. Se decide difundir las octavillas en la calle, donde están los obreros. Es entonces cuando se pone de manifiesto con toda su crudeza la debilidad de esa cadena esencial que podrían haber sido los Comités de Acción de Barrio, ahora infiltrados por los grupúsculos derrotistas y defensores de líneas divergentes. La del CI no se adapta: «Les

decíamos a los obreros que volvieran a las fábricas», cuenta uno de los fundadores del CI. «Era utópico. Solo podíamos hacer progresar a individuos. Nos defendimos todo el tiempo que pudimos. Las primeras recuperaciones intervinieron ahí. Escribimos una segunda octavilla “La lucha continúa” y después otras, más específicas, como la dirigida a la PTT[238] [administración postal francesa]:

«Todos los camaradas consultados en París-Brune han declarado que su posición es muy firme y que quieren pelear hasta el final por la victoria de sus reivindicaciones. […] Pero el Gobierno dispone ahora de un arma de chantaje particularmente eficaz: se ha puesto, en efecto, su máscara de demócrata para anunciar unas nuevas elecciones legislativas, lo cual obliga a las PTT a reemprender su actividad – independientemente del resultado de las negociaciones por ramas, sectores o empresas».

Es cierto: el ambiente general es de reflujo. Sin embargo, los núcleos duros de trabajadores se niegan casi en todas partes a volver al trabajo, pese a las exhortaciones y presiones del PC y la CGT, que llegan a poner en titulares (L’Humanité del 6 de junio): «Unidad en la victoriosa vuelta al trabajo», cuando solo la SNCF, los bancos, las minas, la RATP y las armerías habían votado el final de la huelga en unas consultas realizadas sobre la base de informaciones unas veces falaces, otras amañadas y otras engañosas, sin olvidar el recurso a la violencia.

Pese a la debilidad de sus medios, el CI intenta obstaculizar la campaña de intoxicación psicológica llevada a cabo por el PC y la CGT, exclusivamente preocupadas por el restablecimiento del orden indispensable para el desarrollo de la campaña electoral. El 8 de junio el CI publica su sexta hoja informativa, donde se constata que en muchos sitios, la base, a la que las manipulaciones sindicales han abierto los ojos, comprende por fin la naturaleza de las centrales y se organiza al margen de las mismas. En Rhône Poulenc, por supuesto, pero también en Thomson, donde tras una tercera ruptura de las negociaciones se señala la creación de Comités de Base con trabajadores sindicados y no sindicados. También en la Hispano

Suiza se habla de crear Comités de Base. En Nord Aviation, unas negociaciones en punto muerto favorecen las adhesiones a la idea de los Comités de Base. En Hachette, desde hace tiempo relacionada con Censier, un Comité de Acción obrero se rebela ante la decisión de volver al trabajo, arrancada en oscuras condiciones.

Pero la radicalidad de la base es especialmente clara en la RATP.

Este fenómeno no pasa desapercibido a Censier, testigo, como todo el mundo, del atasco más formidable jamás registrado en París que protagoniza durante quince horas la flota de vehículos privados, el día 4 de junio. Causa evidente: ausencia de transportes colectivos, todavía en huelga. Muchos de los automovilistas y pasajeros atrapados en los atascos se lo pensarán dos veces antes de volver a enfrentarse a semejante berenjenal.

La idea de imponer la continuidad de la huelga toma consistencia. Solo hace falta paralizar la RATP. Ciertamente, el medio no es en absoluto democrático y rompe desagradablemente con la política seguida hasta entonces por Censier. Pero tampoco se puede dejar de reconocer que la vuelta al trabajo se ha logrado a menudo mediante procedimientos aún más antidemocráticos, sobre todo en la RATP.

56. EL COMITÉ DE ACCIÓN DE LA REGIE AUTONOME DES TRANSPORTS PARISIENS (RATP)

El lunes 10 de junio se reúnen en uno de los grandes anfiteatros de Censier entre cuatrocientos y quinientos empleados de la RATP. Ningún CA había tenido nunca tanto éxito. En el orden del día, nada más y nada menos que la reactivación de la huelga. Todo el mundo es consciente de que si el CA RATP consigue capear la ofensiva de los esquiroles cegetistas, todas las esperanzas están permitidas. Sin embargo, la mayoría de los fundadores del CATE acude con un sentimiento de incredulidad a la asamblea donde, hecho excepcional, también están presentes, como en la del 29 de mayo[239], los periodistas.

Un documento redactado tras la lucha por el propio CA RATP constituye su memoria. Merece una atención particular porque ilustra la forma en que los sindicatos, sobre todo CGT, se las arreglaron para romper la huelga. Cabría aportar numerosos ejemplos más o menos idénticos. El caso de la RATP puede considerarse, por lo tanto, paradigmático.

«El 22 de mayo, tres trabajadores de la RATP se presentan en Censier. Buscan estudiantes para crear un Comité de Acción. Uno de ellos ha estado "haciendo" barricadas con los estudiantes (un trabajador joven) pero a los tres los mueve por igual el deseo de "hacer algo", propósito imposible, a su juicio, desde las organizaciones sindicales de la "Retape"[240] (los tres están "debidamente" sindicados).

»Al día siguiente, el CA ya está constituido. Existen numerosos problemas porque los 36.000 trabajadores están en extremo divididos desde el punto de vista geográfico: 22 cocheras de autobuses, 17 talleres, 14 cabezas de línea de metro, sin contar el resto de estaciones. Se decide comenzar redactando una octavilla (los estudiantes la repartirán el 24 de mayo), que invita a juntarse a los camaradas deseosos de trabajar en un CA. Es una octavilla moderada: no aborda el problema de los sindicatos.

»Durante la siguiente semana se suman a nosotros trabajadores de diferentes cocheras y líneas (Balard, Ligne de Sceaux, Nation 2 y 6, Lebrun). La mayoría de camaradas viene de motu propio y nunca ha oído hablar de nuestra octavilla (recogida, en general, por los responsables de CGT en cada distribución, no es difícil adivinar la suerte que corrieron).

»Las principales discusiones que una preocupación "táctica" muy discutible nos contendrá de trasladar a nuestras octavillas versan sobre los problemas siguientes:

»– Cómo forzar la barrera que los sindicatos oponen a la comunicación (entre trabajadores y estudiantes, etc.), siguiendo el viejo adagio del "divide y vencerás".

»– Cómo sacar a la luz la verdadera naturaleza de una huelga que los sindicatos, especialistas en mercadear con la fuerza de trabajo

del proletariado, quieren mantener a toda costa dentro de unos límites reivindicativos.

»– Cómo organizar la solidaridad con los huelguistas desde una perspectiva diferente a la de la caridad o el “gesto” espectacular.

»– Análisis de denuncia del papel de los sindicatos, cuya forma de organización JERÁRQUICA condena a no ser más que instrumentos del poder .

»– Cómo debe organizarse el proletariado para tomar las riendas de su destino sin delegar su poder en nada ni nadie (Cfr., los Comités de Base de Rhône Poulenc).

»A lo largo de la semana, nuestras acciones se mantendrán muy alejadas de los temas de discusión debido a la necesidad de intentar multiplicar los contactos, con poca fortuna durante bastante tiempo. Lo que parecía destinado a convertirse en un Comité de Enlace cuajará como Comité de Acción con una treintena de miembros funcionando en circuito cerrado.

»Los trabajadores relevan a los estudiantes como repartidores de octavillas para evitar los enfrentamientos que se están multiplicando entre estudiantes y delegados preocupados por evitar “cualquier provocación”. Por las mismas, y discutibles, razones, nuestras octavillas se mantendrán así mismo al margen de los temas de discusión y versarán sobre:

»– Información: existe un CA RATP.

»– El intento de hacer palidecer a los esquiroles ironizando sobre “la libertad del trabajo”.

»– El rechazo de las reivindicaciones irrisorias y la mención a las reivindicaciones mínimas (cualitativas y no cuantitativas).

»Los acuerdos de Grenelle, el anuncio de las próximas votaciones en las cocheras y la disminución del número de piquetes, presagio de una vuelta al trabajo inmediata, van a acelerar nuestra acción. El 4 de junio se distribuye una octavilla redactada a iniciativa de los trabajadores de las terminales Nation 2 y 6, que invita a la continuidad de la huelga.

»En las cocheras, los perros guardianes sindicales duplican su vigilancia: durante su ausencia, los contactos son numerosos, fructíferos y fraternales, pero todo se estropea en cuanto regresan. En la cochera Hainaut acusan a dos camaradas de la línea de Sceaux (uno de ellos con doce años de servicio) de ser agentes provocadores y de no haber pertenecido nunca a la RATP, y hacen que los trabajadores así engañados los echen a la calle. (detalle suculento: dichos camaradas están o, más bien, ESTABAN, afiliados a la CGT).

»Al día siguiente, unos cincuenta trabajadores se presentan en la Bourse du Travail, en el número 15 de la calle Charlot, para informarse acerca de la votación de la red y de la reunión intersindical que acaba de tener lugar en este espacio. Se les impide acceder a la Bourse a puñetazo limpio (la CGT no escatimó en calumnias, de hecho contradictorias, para intentar justificar este comportamiento de los “trabajadores manuales” que vigilaban las puertas: nos pagaban los estadounidenses, la policía, el gobierno, la CFDT, etc.). Varias octavillas son inmediatamente redactadas y distribuidas esa misma tarde.

»– La primera denuncia el recibimiento reservado a los trabajadores por parte de la CGT y de sus gorilas, las maniobras destinadas a influir sobre la votación y el amaño de los resultados cuando dicha presión se revelaba insuficiente, la utilización deshonesta del monopolio de hecho de los medios de comunicación entre trabajadores gracias a la cual los sindicatos se disponían a imponer una vuelta al trabajo opuesta a la voluntad del conjunto de los trabajadores.

»– Las demás, firmadas por quienes han decidido continuar la huelga pese a las amenazas de la CGT (la cual anuncia que dejará

de cubrir a los huelguistas a partir del lunes 6 a las 8:00), invitan a los camaradas a tomar decisiones similares en cada cochera y terminal.

»Pese a la ORDEN de los sindicatos, el jueves 6 la huelga continúa en diferentes brigadas. En cuanto salta la noticia, los sindicatos delegan en sus peces gordos la vuelta al orden de esta situación intolerable. Pese al histórico titular del Humanigaro[241] del día 6 ("¡Unidad en la victoriosa vuelta al trabajo!"), en seguida nos enteramos de que la susodicha vuelta ha costado muchos sudores en Gonesse, Ivry, Lilas, Croix-Nivert, Clichy, Montrouge, Lebrun, Nation 2 y 6, etc. Los intentos de volver a declarar la huelga se han multiplicado, los trabajadores se han unido para actuar un poco en todas partes.

»De esta suerte, el viernes 7 unos cincuenta camaradas de la cochera Croix-Nivert se reúnen (en un bar, pese a la invitación de un camarada de Lebrun de reunirse en Censier, ya que, influidos por sus delegados, la idea de contactar abiertamente con los "estudiantes izquierdistas y provocadores" sigue resultando repulsiva para muchos). Ante la violencia de las preguntas y respuestas de "su" base, dos delegados de CGT venidos para defender las posiciones asquerosamente electoralistas (como se confirmaría después) de su sindicato, deciden, cuando su postura resulta indefendible, retirarse, con el pretexto de que se está haciendo antisindicalismo (en actitud de cura virtuoso tapándose los oídos ante una blasfemia: "¡Prefiero no oír esas cosas!"). Ya hay libertad pues para trasladarse a Censier. Resultado de la discusión: convocatoria mediante octavilla de una asamblea general de trabajadores de la RATP para el día siguiente.

»La octavilla se distribuye durante toda la mañana del sábado 8. Se celebra la asamblea: los trabajadores de la cochera de las Lilas anuncian su reciente constitución en Comité Obrero (o Comité de Base, o consejo obrero, o soviet, o consejo de trabajadores, etc.). Se constata que el proceso ha sido el mismo en todas partes: al í donde los huelguistas no han terminado votando la vuelta al trabajo a regañadientes bajo la presión sindical, los delegados, amañando resultados globales, han dado la ORDEN de volver al trabajo en

nombre de “la unidad de la lucha de la clase obrera”. (Un ejemplo: más de un 80 por 100 se pronunció en Lebrun por la continuidad de la huelga pero un lapsus curioso llevó a la CGT a anunciar en las demás cocheras que el 80 por 100 de Lebrun estaba por la VUELTA AL TRABAJO). En estas condiciones parece posible relanzar la huelga pero no somos suficientemente numerosos; redactamos, por lo tanto, otra octavilla para convocar a una nueva asamblea general el lunes 10 de junio.

»Lunes 10 de junio: éxito casi total, 11 cocheras, 9 líneas y 1 taller están representados. Cada uno cuenta el desarrollo de la huelga en su línea o cochera. Los hechos han sido decididamente iguales en todas partes: la falta de lazos entre los trabajadores es lo que ha permitido el engaño de los huelguistas y su derrota. Se decide formar un comité de enlace compuesto por dos camaradas de cada brigada. En el transcurso de los debates sobre la organización de los trabajadores en Comités de Acción que llevan a la formación de Comités de Base y mientras los camaradas del Comité de Enlace se dedican, retirados en otra sala, a redactar una octavilla invitando a esta forma de acción, se manifiesta otra tendencia: cierto número de camaradas, jóvenes en su mayoría, se declaran cansados de tanta “palabrería” y reclaman una acción inmediata. Proponen una reactivación puntual de la huelga en ciertas cocheras impulsada por los más decididos que deberían ser capaces de arrastrar sin mayores problemas al resto de trabajadores. Pese a no ser incompatible con la otra, esta tendencia desemboca finalmente en una cierta confusión a la que cabe responsabilizar de un doble fracaso.

»Por una parte, las tentativas de organización asentadas en la constatación del papel de los sindicatos, que podían haber sido muy positivas, se relegaron a un segundo plano, por otra, la reactivación puntual de la huelga no pudo hacerse realidad ya que, adoptadas en el entusiasmo de una asamblea de cuatrocientas o quinientas personas, muchas de las resoluciones no superaron la prueba de la realidad»[242].

Así es como la esperanza de relanzar la huelga llegó a su fin. El CA RATP había forzado demasiado tarde el telón de acero cegetista. Demasiado débil, no pudo consolidar la cabeza de puente establecida. Demasiado aislado, no pudo resistir a la contraofensiva

sindicalista.

Su historia resume la de los CATE.

Pero a sus militantes les cuesta admitir que la debilidad numérica, causa principal del fracaso, solo será superada por el lento trabajo de la Historia. Muchos de ellos desaparecen mientras esperan días mejores y se recuperan de la inmensa fatiga acumulada durante un mes de noches en blanco. Otros se niegan a reconocer la derrota. Algunos se obstinan en mantener con vida unos CATE cada vez más exangües. Otros se adhieren a los grupúsculos leninistas que, a falta de haber encontrado el camino hacia los trabajadores y de haber comprendido el sentido del enorme acontecimiento recién vivido, rematan el movimiento creyendo vivificarlo. Las JCR lo descuartizan arrancando la dirección de los CA y los maoístas arrastran los restos a la encerrona de Flins.

LA RETIRADA

57. LA ASAMBLEA GENERAL DE LOS COMITÉS DE ACCIÓN (3 DE JUNIO)

Durante la noche del 28 de mayo en la Sorbona, un moreno bajito, mofletudo y con rizos toma, de repente, la palabra. Cuando la Asamblea General reconoce a Cohn-Bendit se produce una explosión de alegría. Todos confían, una vez más, en una nueva ocurrencia de Dani.

En un principio y a juzgar por las palabras del proscrito, esa esperanza parece fundada.

«Al parecer en Francia se me considera un indeseable porque mi presencia compromete el orden público... El Barrio Latino ha vivido desórdenes importantes en dos ocasiones. La primera vez, cuando la policía entró en la Sorbona. Mientras nadie demuestre lo contrario, no fue Daniel Cohn-Bendit quien la llamó. Pido la expulsión de Francia para el responsable. La segunda cuando, después de mi partida, se hicieron algunas manifestaciones. Pido la expulsión de Francia para quien me expulsó a mí y provocó todos estos desórdenes en las calles de París...»[243].

Pero en la tarde del primero de junio, después de haberlo visto desfilar a la cabeza de los treinta y cinco mil manifestantes[244], es preciso rendirse a la evidencia: Daniel Cohn-Bendit ha perdido la gracia que hasta ahora constituía su fuerza. Es como si al teñirse el pelo de negro se le hubieran oscurecido también las ideas. ¿La decepción se debe a que se esperaba demasiado de él? Sea como fuere, el orador que el 16 de mayo había seducido a los espectadores franceses rompiendo los códigos y convenciones del debate televisivo, pronuncia esa tarde un discurso titubeante. Es cierto que defiende la huelga activa, pero para embarcarse inmediatamente en una copla sobre el «orden revolucionario»[245]. Es

cierto que se opone a las pretensiones leninistas de fundar sobre la marcha una organización revolucionaria a su manera, pero les cede demasiado terreno cuando declara «la necesidad de “capitalizar” el movimiento revolucionario en sí mismo»[246]. Es cierto que constata, y con toda la razón, el reflujo del movimiento, pero también afirma que «son los obreros quienes tienen que decidir»[247].

Diez años después, Daniel Cohn-Bendit admite: «A nuestro juicio, la fuerza central de la revolución era la clase obrera. [Ahora bien] por su propia historia, esta constituía un freno. En Mayo, al ponernos al servicio de la clase obrera no hicimos ningún favor a nadie, ni a ella ni a nosotros»[248].

Los leninistas del movimiento se obstinan en generalizar este error. Daniel Bensaïd, uno de los pilares originales del «22 de marzo» pero también uno de los líderes de las JCR, se esfuerza muy especialmente en orientar el movimiento en la dirección de la organización leninista. A su juicio, los únicos revolucionarios son los organizados, pues «demasiados militantes desperdigados se han convertido ya en cadáveres políticos»[249]. Jean Pierre Vigier, último orador de esta rueda de prensa ofrecida en la Sorbona, subraya una vez más esa idea y pasa sin pestañear del cadáver político al cadáver sin más: «El régimen gaullista», dice, «comenzó con un imperio liberal y va a terminar con un imperio estilo Franco. Es absolutamente necesario reunir el máximo de información acerca de los Comités de Acción Cívica, esa nueva Gestapo que De Gaulle pretende echar sobre el país»[250].

Este es el desdibujado ambiente en el que el 2 de junio se abre la nueva Asamblea General de los Comités de Acción convocada el 29 de mayo por la Coordinación.

En el orden del día: adopción de la plataforma política de los CA; discusión de un texto presentado por el «22 de Marzo» y treinta CA sobre las medidas a adoptar de forma urgente para impedir el movimiento de vuelta al trabajo; voto de un órgano de coordinación y designación de responsables[251].

Como recogen las actas de la AG, la sesión «se desarrol ó en un clima apasionado donde los debates se hicieron en ciertos momentos agitados y confusos»[252]. El paroxismo se alcanza al

iniciarse el debate sobre un punto en el que normalmente debería haber resultado fácil ponerse de acuerdo. Una comisión, compuesta por Jean Pierre Duteuil y Serge July por el «22 de Marzo», Robert Linhardt por la UJC m-l, Tiennot Grumbach por el Movimiento de Apoyo a las Luchas del Pueblo, Marc Kravetz y Jean Louis Péninou por la Coordinación de los Comités de Acción, ha redactado un cartel titulado «La burguesía tiene miedo». Sometido a la AG, el cartel se aprueba prácticamente por unanimidad. Tras la votación, el delegado de los Comités de Acción del distrito XII pide, en esa calidad y sin más presentaciones, la palabra. En la sala pocos saben que se trata de Daniel Bensaïd. Este plantea entonces la cuestión, aparentemente anodina, de la firma del cartel y, jugando muy hábilmente con la voluntad de unidad del movimiento, pide «que se ponga fin a la acumulación de firmas y que el cartel vaya simplemente firmado como Comités de Acción de la región parisina»[253].

Los demás grupúsculos se dan inmediatamente cuenta de que han caído en la trampa tendida por las JCR. Si no aceptan la firma única, pasarán por antiunitarios. Si la aceptan se pondrán, de hecho, bajo la férula del movimiento de los Comités de Acción, prácticamente controlado, a su vez, por las JCR, que esa noche «organizan» la sala y constituyen, en consecuencia, la fuerza mayoritaria.

«Los “diversos movimientos” y rumores posteriores condujeron a un alboroto total. La cosa se calmó momentáneamente con la llegada al micro de André Barjonet, quien sustancialmente declaró: [...] “Independientemente de su composición, los CA deben unificarse y conservar su independencia”»[254].

Esta declaración de bella factura radical-socialista no simplifica, evidentemente, las cosas. Alain Geismar se lanza entonces a la arena: «La unificación de los Comités de Base es una realidad deseable pero tampoco hay que engañarse respecto a esta firma cuando los Comités de Base aún no están unificados... Firmar en común sería un símbolo pero no lo haremos hoy si no nos sentimos unidos».

«El guirigay reemprende con más fuerza hasta que, considerándose tratado de “antiunitario”, el representante de un CA de barrio

decide retirarse, con su grupo, de la discusión. El Movimiento 22 de Marzo señala, a su vez, que se irá a deliberar sobre la actitud a adoptar en estas circunstancias. Son casi las 23:00. [...] Responsables de distrito y delegados de numerosos CA toman entonces la palabra en un ambiente de "feria de consignas", interpelándose unos a otros en tono de verduleros. Se proponen algunas modificaciones pero reiterándose que el acuerdo podría repercutir sobre el fondo. A las 23:00, un cuarto de la sala ha desaparecido y el presidente ha abandonado sus funciones. A las 23:30, un tercio de los asistentes se ha ido; veinte minutos después solo queda la mitad de los participantes. El presidente pide entonces que se proceda a votar la plataforma y a elegir tanto una comisión de enmiendas como una dirección del movimiento. La agitación se vuelve cada vez más incontrolable, el estrado está invadido de gente y el delegado arranca el micro al presidente así destituido. El nuevo presidente (el tercero ya) consigue, no obstante, hacer votar la plataforma [...]. Con la sala cada vez más desierta y revuelta, se termina decidiendo que el Comité de Coordinación se compondrá de dos delegados por distrito existente, dos por distrito a crear y dos para los CA de estudiantes así como para los comités por actividad»[255].

En consecuencia, la batalla acababa por falta de combatientes. La maniobra de las JCR había vaciado los Comités de Acción de todo lo que no fuera JCR. Las JCR se habían adueñado de sí mismas.

Mientras el «22 de Marzo», la UJC m-l y el Movimiento de Apoyo a las Luchas del Pueblo se retiraron urgentemente a Bellas Artes, donde fundarán la Comisión Permanente de Movilización que desempeñará un papel considerable durante la batalla de Flins, los CA habían observado los «debates» de la AG del 2 de junio con una mirada entre asqueada y divertida. No esperaban nada bueno del inevitable ajuste de cuentas entre leninistas de diversas obediencias pero tampoco podían asistir al descuartizamiento del movimiento de los CA sin sentir náuseas y desolidarizarse de ese circo. El mismo día siguiente, Censier hace pública su decisión:

«A los Comités de Acción

Los delegados de los Comités de Acción Trabajadores- Estudiantes siguientes:

Interempresas¿¿ Rhône Poulenc

Sud Aviation

Nord Aviation

Thomson Houston

CSF

Schlumberger

PTT

CATE RATP¿¿ Simca

Construcción-Obras Públicas

Citroën

NMPP

Régie Renault

Saint Ouen

Province

CA Coordinación

CA Enlace Ciudad-Campo

CA Escritores-Estudiantes

se reunieron el 3 de junio, tras la Asamblea General del 2 de junio celebrada en la Sorbona donde estaban representados los distritos englobados por los Comités de Acción.

Estiman que, en su calidad de espacio de encuentro y de relación entre trabajadores y estudiantes, por una parte, y entre trabajadores

de empresas y sectores diferentes, por otra, Censier es y debe seguir siendo, un centro autónomo al abrigo de toda maniobra burocrática.

No es cuestión, por lo tanto, de seguir el juego a los grupos «políticos» que intentan ponerse al frente del movimiento actual. Se decidió, por ende, que Censier no podía formar parte de ningún distrito geográfico y que el fichero trasladado a la calle Serpente[256] debía ser devuelto hoy mismo a Censier.

Estos delegados estiman además que en lo relativo a las informaciones es preciso hacer realidad la coordinación propuesta durante la Asamblea General.

Comités de Acción Trabajadores-Estudiantes.»

Además de poner de manifiesto la autonomía de Censier, la recuperación del fichero materializa, sobre todo, la secesión con respecto a los elementos leninistas del movimiento. Establece la independencia de los CATE de Censier, que ya no se reconocen ni en las políticas ciegas de las tendencias trotskistas y maoístas, ni en el activismo por el activismo en el que comenzaba a caer el «22 de Marzo».

Reflexionando sobre ello, creo que esta declaración de independencia debía haber llegado mucho antes. Estaba dentro de la lógica de las cosas desde el principio y todo el mundo habría salido ganando si Censier hubiese funcionado de una forma más audaz, teniendo en cuenta que el peso político de los CA que se adherían era ampliamente superior al de todos los CA de barrio juntos. A mi juicio, a partir del 24 de mayo, cuando se hizo evidente que los leninistas volvían a tener peso y que estaban echando a perder el movimiento, nos faltó determinación.

Sea como fuere, el 3 de junio la fascinación de la muerte comienza a hacerse notar. El movimiento de los CA ha sido asesinado y el movimiento en su conjunto no anda mucho mejor. La desesperación empieza a insinuarse en los corazones y a confundir los espíritus. Un terreno propicio para los planes de los maoístas que nunca han

dejado de soñar con un enfrentamiento militar con el poder.

Sin embargo, Censier reacciona de forma indolente. Y mientras los CATE dan, en general, libertad a sus militantes para decidir sobre si ir o no a Flins, una minoría se mantiene firme en su deseo de anteponer la vida a la muerte. La única fiesta celebrada en Censier entre mayo y junio de 1968 tiene lugar en este período. Pero aunque solo esconde –y mal– una tristeza profunda, no pierde la oportunidad de marcar con claridad su sentido simbólico al desarrollarse en el local de la FER. El templo del leninismo resulta así definitivamente profanado.

58. EL ÚLTIMO CARTUCHO DE FLINS

En la noche del 5 al 6 de junio, un millar de CRS, Guardias Móviles y gendarmes ocupan la fábrica Renault de Flins. Ubicada en pleno campo, la empresa lleva ocupada desde los primeros días de la huelga por obreros a menudo no sindicados, algunas veces cedetistas y raras veces cegetistas. Los maoístas vieron inmediatamente en esta su oportunidad única de implantarse en la clase obrera y, por si fuera poco, en su sector más prestigioso: la Renault. Desde el principio de la huelga se dedicaron, por lo tanto, a cortejar a estos proletarios particularmente permeables a los discursos anticapitalistas pues muchos de ellos se habían visto recientemente obligados a abandonar sus empleos agrícolas. La intervención de las fuerzas del orden provoca instantáneamente una gran efervescencia y acentúa el acercamiento entre obreros y militantes revolucionarios.

Es preciso señalar que, sin embargo, al menos por lo que yo sé, nunca se pasará de una simple alianza. La aleación lograda por los CATE de Censier no se reproducirá aquí, pese a los esfuerzos desplegados en este sentido por los militantes de Censier presentes en el terreno desde el principio de la huelga[257].

Para cualquier observador atento se hace en seguida evidente que el poder busca el enfrentamiento con vistas a quebrar las últimas

resistencias obreras y a romper, al mismo tiempo, el movimiento «estudiantil». En esta batalla, el Estado puede contar con el apoyo del «partido del miedo» pero también con el de todos los partidos políticos preocupados por el buen desarrollo de la campaña electoral[258]. Cuenta, sobre todo, con el apoyo incondicional de una CGT poco deseosa de ver a los izquierdistas adueñándose de un bastión obrero, y de un PC con prisa por eliminar el movimiento que lo adelanta por su izquierda. Los cálculos del poder no se verán decepcionados. En materia de ignominias, L'Humanité se superará a sí misma en este período.

Por lo tanto, no se trata en absoluto de una provocación improvisada. Es una encerrona planificada.

Sin embargo, la UJC m-l, el Movimiento de Apoyo a las Luchas del Pueblo y el «22 de Marzo» se precipitan con la cabeza gacha hacia la trampa. Los maoístas, literalmente, deliran: «La dictadura gaullista», escriben los sindicalistas proletarios de la CGT (maoístas), «debilitada y aislada por millones de huelguistas, por toda la población trabajadora, ha lanzado un desafío a la clase obrera. [...] Los obreros de Renault se saben apoyados por los obreros de todos los países. La clase obrera cierra filas. Camarada, a tu puesto de combate, la fábrica»[259].

La Comisión de Movilización Permanente se esfuerza en traducir este lenguaje militarista a los hechos con la puesta en marcha de una nueva aventura de taxis de la Marne: «Los obreros de Renault invitan a la población a venir a apoyarlos en masa a Flins, el 7 de junio por la mañana a las 4:00, delante de la fábrica. [...] Hacen falta todos los coches, autobuses y camionetas posibles»[260].

«Saint Lazare, 1:00 de la madrugada», señala Philippe Gavi, «Unos estudiantes de los Comités de Acción de Censier pegan unas cartelitos donde pone: "La violencia es cosa de De Gaulle; el poder sois VOSOTROS". Discuten en el patio con el piquete de huelga de la estación. Una conversación que habría sido imposible hace un mes, tanto como oír las palabras de este viejo sombrío, de voz desengañada, y cegetista desde hace treinta años: "Nos han engañado. Hemos de reconocerlo. Los sindicatos no han presionado lo que hacía falta. Ahora contamos con vosotros, los estudiantes. Nosotros vamos a volver al trabajo, esto ha terminado. Pero

vosotros continuad, continuad...” Y como prolongación de este llamamiento patético, un grupo de jóvenes carteros que también ha venido a “confraternizar” pide cartelitos para pegarlos. Al igual que los otros, ellos también han empezado a soñar con una revolución en su vida»[261].

Resultado: durante todo el día 7 de junio, el área urbana y la región de Flins viven escaramuzas y enfrentamientos de todo tipo. La Comisión de Movilización Permanente intensifica su propaganda:

«Renault Flins

Nueva etapa

Viernes, Flins, 5.000 CRS bloquean la fábrica.

A las cinco. Frente a la madera, 9.000 obreros se unen para continuar la huelga.

A las diez. La madera lanza bombas lacrimógenas a la concentración obrera.

– Los CRS son los únicos provocadores. El poder y la radio pretenden hacer creer que quienes se baten son los estudiantes.

Desde las diez del día siguiente, los obreros organizan y dirigen la respuesta.

– Para todo el movimiento huelguista.

Algunos sectores reemprenden la huelga por solidaridad, empezando por el servicio de correos.

SOLIDARIOS CON FLINS

MOVILICÉMONOS EL SÁBADO, EL DOMINGO, EL LUNES PARA CONTRIBUIR A LA CONSOLIDACIÓN DEL MOVIMIENTO DE HUELGA»[262].

El lunes 10 de junio la muerte acecha de cerca el espacio codiciado por ambos campos. Aunque reticentes los días anteriores, los broncas de Censier ya no aguantan más la presión de la propaganda maoísta.

«A primeros de junio», cuenta Claude Frèche, «nos aburríamos un poco. Yo no tenía ganas de que se volviera a trabajar. Debatíamos entre nosotros. Teníamos una amiga médico en Mureaux, al lado de Flins, y decidimos hacerle una visita. En seguida nos dimos cuenta de que Flins era una auténtica ratonera. Nos fuimos volando a Mureaux para advertir a los que llegaban de que aquello era una encerrona. Por el camino nos cruzamos con un convoy de veinte furgones de la madera. Estábamos súper contentos de habernos salvado de un arresto. En Mureaux había doscientas personas concentradas.

De pronto llega un jeep con tres polis a bordo. Un policía con graduación desciende de él, se acerca hacia nosotros, en la carretera, a quinientos metros más o menos de la población que acabamos de dejar atrás después de advertir a los amigos.

–¡La documentación!

–¿Con qué derecho? –le respondemos con viveza. ¿Cómo sabemos que sois policías? ¡Volved a vuestro coche! ¡Venga, rápido!

El tipo se queda tan estupefacto que nos obedece. Nos morimos de risa... y luego nos achantamos. «Nos hemos pasado», dice uno. «Van a volver con refuerzos», dice otro. Y un tercero: «Pues sí, ¡ahí están!». En efecto, una columna de furgones negros y de motos viene hacia nosotros. Nos ponemos a correr. Campo a través. Por las cosechas. Nos quedamos pegados al suelo. Tenemos la impresión de no avanzar, como en una peli a cámara lenta. Afortunadamente nuestros perseguidores no son más ágiles que nosotros.

Para asegurar la escapada, nos separamos. Claude Boulanger se va por un lado, Jean Lancelot y yo tiramos por otro. Los quince CRS que nos persiguen se dividen en dos grupos. Estamos llegando a Mureaux. No podemos más pero nos imaginamos la paliza que nos espera y no queremos que nos cojan.

De repente oímos: “¡Alto o disparo!”

Aceleramos y corremos en zig zag. Oímos unos disparos, tres o cuatro»[263].

Preguntado acerca de este episodio, Jean Lancelot confirma el hecho: «Escuché», precisa, «el impacto de una bala en la tierra, a mi lado»[264].

Los dos fugitivos se encuentran de repente con un muro. Jean Lancelot no consigue escalarlo. Los policías lo detienen. Aunque más pequeño, Claude Frèche supera el obstáculo y sigue corriendo por los jardines. «No sé cuántos de esos malditos muros atravesé. ¡El último lo salté sin sospechar que iba a caer sobre un furgón de policía!»

Unos minutos después, los tres compadres se encuentran en el mismo furgón policial donde los muelen a palos. Tanto Jean Lancelot como Claude Frèche tienen el arco cigomático fracturado. Son transferidos a Flins y encerrados en un local. Al í se reencuentran con Henri Dacier, quien acaba de recibir una tunda de un CRS ya responsable de haber dado otra paliza a dos trabajadores inmigrantes cuyo único error había sido pasar en coche por al í. También detienen a Martine Olivier.

«Nos hicieron ponernos de rodillas en el patio de la fábrica», cuenta ella. «Después nos encerraron a los ciento sesenta en un pequeño hangar, sin ventanas ni aseos. Los maderos nos amenazaban con lanzar bombas lacrimógenas dentro de ese local donde no se podía ni respirar. También nos hacían creer que había muchos muertos. Me sentía como los judíos cuando los estaban deportando. Estaba furiosa. Entonces, escrito con un Marker verde y minúsculas en la parte de atrás de una señal, leí: “Venceremos”»[265].

Transportados a la oficina de correos del antiguo hospital Beaujon, los detenidos, aunque aún muertos de cansancio, heridos muchos de ellos y algunos también aterrorizados, recuperan rápidamente un humor extraordinario y juegan al escondite en el gimnasio donde están hacinados. Algunos terminan encerrados. No paran de agobiar a los policías con sus burlas. Uno de los polis es pelirrojo. Alguien le grita: «Vaya, vaya, Cohn-Bendit, ¿acaso nos has traicionado?». Los

demás prisioneros se ponen entonces a «jugar a las manis». Divididos en dos bandos, los unos gritan «¡CRS-SS!», mientras los otros los reprimen e insultan.

Este ambiente alegre no resiste un segundo a la noticia de la muerte de Gilles Tautin. El cuerpo ahogado de este estudiante de instituto de diecisiete años ha sido encontrado en el Sena, cerca de Flins.

Esta muerte deja seco a todo el movimiento. Todo el mundo es consciente de que acaba de franquearse un umbral decisivo. Hasta ese momento las muertes habían sido accidentales. En Flins, por el contrario, lo accidental es que haya habido un solo muerto. La alternativa está clara: hay que tirar la toalla o apostar más alto. Y esta vez la apuesta es el sacrificio de una o varias vidas. Esta alternativa repugna al movimiento. Una parte del mismo finge creer que esta muerte ha sido, así mismo, una muerte accidental. La otra se siente derrotada y, en cierta medida, estafada. Alain Geismar no es el único en pensar: «Gilles Tautin podía haber sido yo»[266].

Pero esta muerte tiene una dimensión más. Marca el fin de la mitología leninista de la revolución. «Era la ruptura con el pensamiento de la muerte, con el mártir», dice hoy Alain Geismar. «Nosotros, los ambiguos, esto es, los que funcionábamos con el viejo esquema político, éramos quienes importábamos al movimiento el fantasma de la lucha armada. Si nosotros, los políticos importados del movimiento, hubiésemos forzado su naturaleza tensándola, las cosas habrían sido radicalmente distintas. Pero habríamos desembocado en una nueva Comuna de París, en una guerrilla, en un partido. Si no lo hicimos fue porque en el fondo no éramos tan vanguardistas y porque éramos más sanos de lo que creíamos. Yo sentía que la verdadera relación de homogeneidad entre el movimiento estudiantil y una franja de la clase obrera era la exclusión de la política. No había ese odio al sistema. Era un odio hacia otra cosa... No digo que el movimiento no hubiera podido terminar hallando una forma de violencia específica, pero no era algo que saliera propiamente de él. Por primera vez se veía a gente que no quería morir por la revolución, sino vivirla»[267].

59. LAS EVACUACIONES

Derrotado por haber aceptado librar batalla en el terreno elegido por el poder, el movimiento muere con Gilles Tautin. Para que le quede bien claro a todo el mundo, el Estado lleva a cabo una segunda demostración con la muerte de Pierre Beylot, obrero de Peugeot, el 11 de junio en Sochaux[268]. Tras dieciocho horas de combate, el Estado se impone, aquí también, como dueño de la situación. El mismo día se desencadenan enfrentamientos entre obreros y policías en Saint Nazaire, Toulouse y Lyon. Afortunadamente, no se cobran ninguna vida. Las duras manifestaciones parisinas de los días 10 y 11, provocadas por la muerte de los nuestros y enmarcadas por la UNEF y las JCR, terminan, así mismo, sin ningún drama irreparable que lamentar. ¿¿ A partir de ese momento, el Poder sabe que el Movimiento está aislado. Su violencia desesperada asusta a las gentes de bien. Estas reclaman la vuelta del Orden. El 12 de junio, el consejo de ministros decide disolver once organizaciones revolucionarias[269], sin duda con la esperanza de disolver al mismo tiempo la realidad revolucionaria.

El hecho de que, obviamente, no lo consiga, no retrasa los efectos del endurecimiento de su actitud, que comienzan a dejarse sentir muy pronto. Cediendo a una campaña que la prensa viene orquestando desde hace algunos días, la Sorbona decide expulsar a los «katangueses» el día 13. Procedentes de todos los horizontes, estos desclasados de pasado a veces turbulento constituyen desde hace tiempo una banda de camorristas escandalosos y lo bastante megalómanos como para asustar a los pequeños y valientes estudiantes reformistas. Ahora bien, los «katangueses» siempre han estado en primera línea de batalla y, en esa medida, prestado servicios tan importantes a la revolución que no resulta fácil tirarlos después de usar y sin ninguna forma de proceso previo. Pero su culto a la violencia y su ideología bastante somera preocupan en secreto. La tensión de la derrota saca a la luz estas inquietudes hasta ahora reprimidas.

Las cosas se estropean cuando los «katangueses» se sienten abandonados. Temen las repercusiones de sus acciones y se huelen, justamente, que sus orígenes y estatus dudosos atraerán sobre ellos

todos los rayos de la represión. Si llega la hora de un ajuste de cuentas, la «chusma» será la que pague los platos rotos y «la chusma» son ellos. No sabiendo a dónde ir, los «katangueses» se apalancan en la Sorbona donde, sintiéndose ahora de más, se atrincheran en un papel de malotes que los estudiantes retroalimentan con el único fin de tranquilizarse a sí mismos.

El Comité de Ocupación de la Sorbona es muy consciente del problema y busca una solución. «Como también desempeñábamos un poco la función de hacer justicia», cuenta Armand Plas, «les pedimos que se disolvieran. Sus dos jefes no se ponían de acuerdo. Entonces no quedó más remedio que solucionar el problema»[270].

Se convoca una reunión el jueves 13 de junio a las 17:30. «Ya es hora de tomar medidas», comentan los grupos asentados de forma permanente en el patio de la Sorbona. Y los rumores empiezan a circular: «Los “katangueses” se drogan, chantajean, violan».

¿Cierto? ¿Falso? No tengo ni idea. Solo puedo decir que en Censier, donde teníamos nuestros propios «katangueses» ni mejores ni peores que los de la Sorbona, no hubo nunca nada grave que reprocharles. El puñado de tonterías que hicieron, inevitables en un movimiento tan vasto, siempre fueron reparadas tras discutir y llegar a un acuerdo con ellos.

Pero en la Sorbona, las cosas se empiezan a poner feas durante la noche del 13 al 14 de junio. De acuerdo a Patrice Louis, testigo ocular de los hechos, «a lo largo de la tarde, algunos grupos intentaron entrar en el antro de los irreductibles. Algunos lo consiguieron y fueron rápidamente transformados en “prisioneros voluntarios” de los “katangueses”. Cuando media hora después uno de esos grupos regresó al patio, su testimonio hizo hincapié tanto en lo disparatado del armamento de los “katangueses”, que comprendía desde el machete a la granada de mano pasando por la escopeta de cañón recortado, el hacha de bombero y el tirachinas, como en la infinita diplomacia que era preciso desplegar para discutir con ellos, a causa de su pánico a ser entregados a la policía».

La tarde y parte de la noche se consagran a la organización del asalto y a las negociaciones. A las 3:30 se llega a un acuerdo que

estipula la salida de los «katangueses» de la Sorbona a las 5:00 pero estos lo vuelven a cuestionar en seguida y piden un plazo suplementario de doce horas. El servicio de orden de la Sorbona, dirigido por Roland Perrot y esencialmente compuesto de militantes del Comité de jóvenes parados, se niega a aceptar el plazo y hace un cerco a los «katangueses».

«A las 05:30», cuenta Patrice Louis, «una vez expirado el plazo del ultimátum, los estudiantes atacaron gritando para desanimar al "adversario". Los combates, sin cuerpo a cuerpo ni heridos graves, duraron veinticinco minutos. Se lanzaron algunos cócteles molotov. Los katangueses se refugiaron en el Rectorado. El problema fue entonces encontrar el modo de echar a los irreductibles a la calle sin arriesgarse a que los detuvieran. Finalmente los katangueses salieron por una puerta que daba a la calle Saint Jacques, no sin antes haberlos provisto de ropas de civil.

»[...] Los estudiantes se concedieron entonces unos "hurras" por una victoria tan bien lograda, aunque sin conseguir quitarse de la cabeza el malestar por haber expulsado de forma violenta a un grupo que, pese a sus defectos y excesos inexcusables, se había puesto voluntariamente al servicio de la Sorbona contra un eventual ataque de las fuerzas del orden. Por una curiosa paradoja, esta es la misma razón que los estudiantes invocaron para echar a sus amigos de los primeros tiempos».

A la misma hora en que se desarrolla esta lucha fratricida, la policía sitia el Odeón. Dos días después, el 16 de junio a última hora de la tarde, se evacua la Sorbona. La víspera, el CATE de Censier había abandonado sus locales ordenadamente, no sin antes haber establecido una estructura de acogida para el futuro. El Comité Interempresas se reunirá en lo sucesivo en la Mutualidad y, más adelante, en una de las salas del número 44 de la calle Rennes. Así funcionará hasta febrero de 1969, fecha en que prefiere disolverse antes que organizarse como un grupúsculo leninista.

Sin embargo, al abandonar Censier, el CATE dejaba el campo libre a los grupúsculos y a los estudiantes reformistas. Antes incluso de que el CATE hubiera hecho definitivamente las maletas, ya se había instalado una burocracia colaboradora. «Tras el acuerdo con la Administración», escribe el nuevo Comité de Coordinación de

Censier, «todos los comités y servicios deben remitir a la Coordinación una lista de sus necesidades en mobiliario de oficina y cerraduras de seguridad. [...] Los extintores quedarán listos para funcionar. [...] Y el tema de la cocina se discutirá al mismo tiempo que el de la tesorería»[271].

Censier será finalmente evacuada el 6 de julio de 1968, sin más incidentes que el permiso otorgado a dos o tres desconocidos para conceder unas entrevistas a Le Monde en las que presumen del «buen trabajo»[272] realizado en Censier bajo su mando...

Desgraciadamente, al desaparecer, el CATE abandona así mismo a su suerte a los «katangueses» de Censier. El 26 de julio los jefecillos del nuevo Comité de Ocupación les lanzan un «ultimatum. Durante casi una hora una pelea tremenda enfrenta en los pasillos del segundo piso a “katangueses” y estudiantes. Al día siguiente, ciento cincuenta estudiantes se presentan en respuesta al llamamiento lanzado por el Comité de Coordinación para “desalojar a los ‘katangueses’”. Seis de estos piden quedarse para trabajar en la cocina y en el mantenimiento de los locales»[273].

Completamente desesperados, los demás pierden la razón y deciden pasar a la clandestinidad. Su plan es fundar una guerrilla de tipo guevarista. Instalan su campamento en un bosque del Eure. Algunos días después, un buscador de setas encuentra el cadáver de Jimmy, el antiguo jefe del servicio de orden «katangués» de Censier. Con una bala en la nuca. Murió por no haber sabido convencer a sus amigos de la locura de su empresa. Tomado por traidor, Jimmy corrió la misma suerte que Netchaïev, uno de los principales inspiradores de Lenin, había reservado un siglo antes al estudiante Ivanov. Para colmo de ironías, Jimmy fue asesinado en el bosque de Saint-Just[274].

60. Y DESDE ENTONCES...

La gran noche pasó

Y llevamos diez años caminando

Para los hombres azules la fraternidad es más preciosa que el cataclismo

Ante nosotros solo hay oasis para quienes creen en los espejismos

El año que viene la revolución

Lausana, 3 de enero de 1976

París, 11 de noviembre de 1977

Notas al pie

[1] Jacques Frémontier, La forteresse ouvrière: Renault, p. 360.

[2] Le Monde, primero de junio de 1968.

* «No hay que desesperar a Billancourt» es una famosa frase atribuida a Sartre y que viene a significar «no hay que desilusionar a la clase obrera».

[3] Ibid., 15 de mayo de 1968.

[4] Me ha sido imposible averiguar la identidad –ni siquiera los nombres de pila– de estos trabajadores. Es preciso decir que en esa época la discreción era de rigor y el culto a la personalidad estaba pasado de moda.

[5] En la primera versión de la octavilla se usó la palabra obreros. Pero ya en las primeras reimpresiones se prefirió sustituirla por el término, más amplio, de trabajadores. Es la misma razón por la que el nombre del Comité de Acción al principio completado con la fórmula Obrero-Estudiante, quedará finalmente fijado como CA Trabajadores-Estudiantes (CATE). La sigla CAOE se conservará en el CA de empresas de la Sorbona.

[6] Subrayado en el original de esta octavilla redactada durante la noche del 13 al 14 de mayo de 1968.

[7] Acta de la AG del 20 de mayo de 1968. Archivos de Censier.

[8] Es una muestra bastante buena de lo que será el estilo de las octavillas del CATE. Frases cortas y palabras sencillas que dan cuenta de una preocupación didáctica pero, por encima de ella, de una voluntad de lucha contra el poder, de no sustitución de las masas por un grupo. En Des tracts en Mai, un grupo de investigadores estudió las octavillas del CATE mezcladas, por desgracia, con las del CAOE de la Sorbona. Estos investigadores

escriben: «los colectivos improvisados sobre el terreno son los que muestran una mayor coherencia expresiva. [...] Sin duda no peleaban entre sí; seguramente reunían a militantes de ideologías diferentes e, incluso, poco politizados, neutralizándose los unos a los otros las especificidades más patentes. No es inexacto decir, por lo tanto, que en Mayo del 68 el "comité" era más unificador que la "organización", lo espontáneo menos disperso que lo organizado» (p. 281). Los mismos autores señalan además que en estas octavillas las palabras más usadas son, por orden de frecuencia decreciente: trabajadores, estudiantes, poder, huelga, acción, lucha, trabajo, movimiento, comités. En el caso del PC, el orden es el siguiente: estudiantes, poder, trabajadores, lucha, gobierno, Mayo, huelga, movimiento, represión, obreros.

[9] En esta época las estadísticas indican que el 23 por 100 de los desempleados tenía menos de veinticinco años. Notas de J. B.

[10] Alusión a unas protestas que tuvieron lugar durante el invierno anterior. En esa ocasión se pudo observar la fuerte combatividad de los obreros jóvenes.

[11] Los cien mítines fueron una propuesta del «22 de marzo» y del Comité de Coordinación de los CA con sede en la Sorbona.

[12] Octavilla, 14 de mayo, 1968, firmada «CA Luchas obreras y estudiantiles», Centro Censier. Subrayado en el original.

[13] Octavilla del CATE, 17 de Mayo de 1968.

[14] La praxis se entiende como aleación (no como alianza) de teoría y práctica.

[15] El 5 de junio de 1968 el Comité de huelga de la FNAC propondrá una reunión de los estados generales de trabajadores y estudiantes. Cfr. la octavilla reproducida en J. P. Simon, La révolution par elle-même, p. 129.

[16] Todas las informaciones sobre los contactos de los militantes de Censier con las empresas han sido extraídas de los dosieres y fichas constituidos por la secretaría del CATE. Por desgracia, muchos de estos documentos han terminado destruidos o extraviados. Solo he

podido encontrar alrededor de una quinta parte de ellos.

[17] Su primera octavilla será publicada el 17 de mayo de 1968. Cfr. J. P. Simon, p. 75.

[18] En las paredes de Censier cabía leer: «La pedagogía es el arte de dar por culo a los demás sin que se den cuenta». Según André Stéphane, L'univers contestationnaire, p. 198, se puede llegar a la conclusión de que a los rebeldes los movía «en última instancia el miedo a la sodomía» (!).

[19] Lucio Magri, Considerazione Sul Fat i di Maggio, cit.

[20] Raymond Aron, La révolution introuvable, cit., p. 15.

[21] Entrevistas a Nadia Ringart y Denis Clodic.

El 28 de mayo de 1968, la AG del CATE escucha un informe del CA de estudiantes de Censier, celebrada ese mismo día a las 11:00. El informador señala: «Historia de la laboriosa toma de conciencia de filósofos, psicólogos y sociólogos de que el problema está más al á de la universidad. Los CA han venido después, por obligación, al aula 323 [es decir, al CATE] y han echado por tierra sus bellos estudios». Acta de la AG del CATE del 28 de mayo de 1968, Archivos de Censier.

[22] Octavilla reproducida en J. P. Simon, pp. 29-30.

[23] La figura más destacada del Comité de Ocupación es Patrick, tan conocido por sus trabajos como historiador como por su larga carrera militante. Bernard, estudiante, se ocupa de las cuestiones universitarias. Jacques, un sociólogo que después de Mayo se reciclará en el circo, mete mano un poco en todas partes. Alexandre, un personaje algo misterioso, probablemente alemán y gran especialista en el Kurdistán, de donde procede, también desempeña un papel de primer orden. Por último, Jeanne Cossé, de quien hablaremos más adelante, se ocupa de las cuestiones económicas.

[24] Actas del AG del CATE del 19 de mayo de 1968, Archivos de Censier. Se forma inmediatamente una comisión para decidir el uso

de estos fondos. Su primera inversión será la degustación de una buena comida...

[25] Se cuenta que una de sus compañeras había ido a Nanterre a ofrecer sus servicios a los estudiantes revolucionarios. Y estos, por ofuscación o incomodidad, la habían echado.

[26] Entrevista a Martine Fabien.

[27] El 28 de mayo se establecerá un nuevo contacto. Se constatará entonces que, pese a la gran desconfianza que se sigue teniendo hacia los estudiantes, también existe un interés indudable. No se rechaza el diálogo y, una vez entablado, este revela que la base se plantea desbordar las direcciones sindicales. Algunos trabajadores se atreven incluso a prever la división sindical. Otros son partidarios de la acción fuera del espacio laboral. Archivos de Censier.

[28] Este tipo de acciones inspirará a un grupo de jóvenes patrones que se acerca a Censier hacia el 24 de mayo y propone la idea de soldar con soplete las puertas de la sala donde la patronal va a reunirse dentro de poco. La propuesta pareció demasiado espectacular para ser realizada. Y ahí quedó la cosa.

[29] En la AG del CATE del 17 de mayo tres estudiantes vienen desde Nantes a pedir refuerzos para oponerse al golpe de estado de FO sobre la huelga.

[30] Rioux y Backmann, L'explosion de Mai, p. 253.

[31] Ibid., p. 246.

[32] Actas de la AG del CATE del 15 de mayo.

[33] De las cinco mil personas que trabajan en Cléon, mil están sindicadas (porcentaje cercano a la media nacional): 2/3 son cegetistas y 1/3, cedetistas. La huelga del 13 de mayo solo fue secundada por un 30 por 100. El paro de una hora del 15 por la mañana fue, por el contrario, total.

[34] Maurice Bruzek, Philippe Bauchard, Le syndicalisme à l'épreuve, p. 80.

[35] Esta consigna fue lanzada por la UNEF, el SNE Sup y los CA antes del 13 de mayo.

[36] Jacques Frémontier, La forteresse ouvrière: Renault, p. 360.

[37] CGT, «Appel à la classe ouvrière», 15 de mayo de 1968.

[38] Ibid.

[39] Archivos de Censier.

[40] Sin embargo, continuará funcionando. El 20 de mayo, la AG del CATE discutirá sobre una octavilla que será difundida al día siguiente y que alienta a la base a organizarse en CA.

[41] El 17 de mayo L'Humanité publica una octavilla de CFDT pidiendo a los trabajadores que se sumen «a la lucha junto a Cléon, Flins y Le Mans». De acuerdo a M. Goldstein, esta es «la única declaración publicada por L'Humanité que define una línea de acción», Les Temps Modernes, noviembre de 1968, p. 870.

[42] J. Frémontier, La forteresse ouvrière: Renault, cit., p. 365.

[43] Ibid., pp. 355-359. El 21 de mayo, la sección Renault del PC publica una octavilla que denuncia a los «falsos revolucionarios [que] deben ser desenmascarados, ya que sirven objetivamente a los intereses del poder gaullista y de los grandes monopolios capitalistas». «ALMT», añade el PC, «distribuye su material bajo la protección de la policía y arranca sistemáticamente los carteles de CGT».

[44] Ibid., p. 359.

[45] Ibid., p. 358.

[46] Ibid., p. 359.

[47] Ibid.

[48] Adrien Dansette, Mayo 1968, p. 177. Según un testimonio citado por J. Frémontier, cit., p. 354: «solo el 15 por 100 de los obreros ocupaba noche y día la empresa pública».

[49] Véase Le livre noir du trust Citroën, folleto CFDT, abril de 1966.

[50] OS significa ouvriers specialisés, esto es, obreros no cualificados [N. de la T.]

[51] FreddyPerlman,RogerGrégoire, WorkerStudentActionCommities,p.23.

[52] En la fábrica Nord Aviation de Châtillon se crea un CA que participará sin desfallecer en el Comité Interempresas (véase más adelante, p. 343). Nord Aviation se unirá además a Sud Aviation (Courbevoie). El 27 de mayo algunos cuadros de esta fábrica piden que «los criterios de rentabilidad y de productividad [sean] sustituidos en gran medida por la búsqueda de un nuevo modo de vida orientado hacia el humanismo y la cultura en el sentido más amplio del término, mediante la utilización intensiva de las posibilidades ilimitadas que el progreso técnico pone a nuestra disposición». Al terminar la huelga, muchas octavillas contrarias a la vuelta al trabajo circularán por ambas fábricas: «No somos mendigos, no queremos limosnas», se dice en una de ellas, firmada por trabajadores no sindicados.

[53] El 20 de mayo, el CATE se enfrenta en la Hispano Suiza con los maoístas del «Comité de Apoyo a las Luchas del Pueblo». «Nos impidieron», dice el informe, «retomar el excelente contacto establecido el 18, provocando en la puerta de la fábrica una discusión que resaltaba las disensiones internas del movimiento estudiantil. Además, un grupo de cegetistas se interpuso de forma consciente entre nosotros y los obreros con el objetivo evidente de impedir la reanudación del diálogo».

[54] Laurent Salini, Le mai des proletaires, p. 29.

[55] Esta octavilla fue objeto de numerosísimas ediciones y seguramente difundida en todas las empresas empleadoras de trabajadores extranjeros y relacionadas con Censier. Seguro que la versión proporcionada aquí no fue la primera del todo.

[56] Véase p. 195.

[57] El 20 de mayo se pone en huelga el Service des Eaux de la Ville

de Paris [Compañía del Agua de París] por iniciativa de sus bases. Ese mismo día, tres militantes de Censier son enviados para contactar con los servicios de Quai d'Austerlitz 47. En el anejo de la calle Tombe Issoire 113, veinte obreros han desencadenado el movimiento. Algunos se preguntan si la huelga general no ha sido originada por provocadores extranjeros. Desean que un dirigente obrero tome la palabra en la ORTF: esto les alentaría a resistir. Vienen regularmente a la AG del CATE (Archivos, informes de los días 20 y 22 de mayo de 1968, y AG del 21 de mayo de 1968).

[58] El primer contacto se establece el 24 de mayo de 1968. El obrero que redacta el informe señala: «Encerrados en una suerte de prisión dorada, sin contacto con el exterior; [...] debemos volver e intentar prestarles ayuda para que no se sientan abandonados». Archivos de Censier.

[59] También se colectan fondos, por ejemplo, en la AG del CATE, el 27 de mayo de 1968.

[60] Véase más adelante, p. 340 y siguientes.

[61] Archivos de Censier. El resultado de la política cegetista en Citroën se traducirá, en las elecciones de los delegados sindicales de abril de 1969, en una pérdida de más de 600 votos en el colegio I y en una caída estrepitosa en el colegio II (cuadros). La CFDT, por el contrario, duplicará sus votos.

[62] Después de haber participado en las manifestaciones estudiantiles del 3 al 13 de mayo, liberaron los pabellones de la Ciudad Universitaria. En el bulevar Jourdan, las Casas de África, Argentina, España, Grecia, Marruecos, Italia y el CA de la Ciudad declararon su solidaridad con «los movimientos obreros y estudiantiles de reforma profunda de la sociedad actual». (Octavilla sin fecha)

[63] Informe del 19 de mayo, Archivos de Censier.

[64] Se trata de un tipo de alojamiento que se institucionaliza en Francia, en primer lugar, en la década de 1950, durante la guerra de Argelia, para alojar a los trabajadores procedentes del Norte de África y después, en las décadas de 1969 y 1979, para seguir siendo los espacios de residencia destinados a recibir las nuevas olas

migratorias procedentes de las antiguas colonias. http://diccionario.sensagent.com/Foyer%20de%20travailleurs%20migrants/fr-fr [N. de la T.].

[65] Ibid., 21 de mayo de 1968.

[66] Octavilla bilingüe, 12 de junio de 1968.

[67] Informe del 22 de mayo de 1968, Archivos de Censier.

[68] Ibid. , 21 de mayo de 1968.

[69] Octavilla CAOE, sin fecha.

[70] Octavilla, sin fecha (hacia el 10 de junio de 1968).

[71] Octavilla, sin fecha, firmada por Beate Klarsfeld.

[72] Octavilla del Comité Extranjeros de Censier, sin fecha (posterior al 16 de mayo). El problema de las nacionalidades también despierta en ese momento en la propia Francia. Una octavilla del Comité de Acción de la Sorbona dice: «En este momento en que el Estado francés se tambalea sacudido por la revuelta de la juventud, las nacionalidades oprimidas por este Estado tienen una gran oportunidad de sacudir su yugo. La liberación de los bretones, alsacianos, vascos, antilleses, corsos, occitanos, reunioneses y, en particular, de la juventud de estas etnias oprimidas, puede contribuir al mismo tiempo a la emancipación de la juventud francesa, ya que un pueblo libre no puede oprimir a otro» (sin fecha). Al parecer, solo los guyaneses y los reunioneses actuaron en este sentido en aquella época. Pero en la Sorbona existió un Comité de Acción para la Revolución Socialista de las Regiones. El 2 de junio de 1968, este publicó un informe de síntesis que declaraba: «Al igual que el gaullismo, todos los partidos tradicionales franceses perpetúan el centralismo opresor. La responsabilidad comienza en la base, en el espacio cotidiano, en la vida cotidiana. La lucha por la democracia socialista regional es una de las piezas maestras del combate revolucionario».

[73] Octavilla sin fecha.

[74] Ibid. , un abogado californiano, John, se ocupa del servicio de

Prensa. Una joven originaria de Plains, la ciudad del presidente Carter, lo ayuda.

[75] Que también firma algunas veces como «Comité para la revolución actual».

[76] Octavilla, «Observación acerca de una línea política».

[77] Octavilla, «Observaciones acerca de un equilibrio».

[78] Octavilla, «Trabajo, ocio y lumpenproletariado».

[79] Octavilla, «Dictadura y coordinación».

[80] Octavilla, «¿Qué es el socialismo?».

[81] Exiliado tras la invasión de Checoslovaquia por las tropas del Pacto de Varsovia, Ivan Svitak vive en Estados Unidos donde en 1975 publica Dialectics of marxism. Escribe que «la URSS encarna la fuerza más contrarrevolucionaria del mundo» y que «el bolchevismo es una revisión del marxismo auténtico».

[82] Combats étudiants dans le monde, p. 256. Mitin del 3 de junio de 1968, colectivo.

[83] Ibid., p. 209. Manifestación del 21 de marzo de 1968.

[84] Le Monde, 23 de mayo de 1968.

[85] Ibid. , 27 de mayo de 1968.

[86] Ibid., 30 de mayo de 1968.

[87] Ibid., 13 de junio de 1968.

[88] Véase documentos en Combats étudiants dans le monde.

[89] Octavilla, «Les mains libres», núm. 5, 2 de junio de 1968.

[90] En lo que atañe a los movimientos brasileño y mexicano, este último más tardío, véase igualmente Combats étudiants dans le monde.

[91] Le Monde, 20 de mayo de 1968.

[92] P. Viansson-Ponté, Histoire de la République gaullienne, tomo 2, cit., p. 497.

[93] J. R. Tournoux, Le mois de Mai du Général, cit., p. 157.

[94] Ibid.

[95] Philippe Alexandre, L'Élysée en péril, p. 41.

[96] M. Grimaud, En mai fait ce qu'il te plait, cit., p. 209.

[97] Ibid.

[98] P. Alexandre, L'Élysée en péril, cit., p. 41

[99] P. Viansson-Ponté, Histoire de la République gaullienne, tomo 2, cit., p. 498.

[100] En Claude Paillat, Archives secrètes, p. 157.

[101] M. Grimaud, En mai fait ce qu'il te plait, cit., p. 210.

[102] Le Canard Enchaîné del 22 de mayo de 1968 señala que el 20 de mayo el general De Gaulle retiró quince millones de antiguos francos de su cuenta personal en la Banque de France.

[103] J. R. Tournoux, Le mois de Mai du Général, cit., p. 305 (nota).

[104] Georges Chaffard, Les orages de Mai, p. 96.

[105] Entrevista, en J. M. Salomon, Mouvement étudiant et mouvement ouvrier en Mai 1968.

[106] L'Humanité, 18 de mayo de 1968.

[107] Rioux y Backmann, L'explosion de Mai, cit., p. 292.

[108] Ibid., p. 291. L'Humanité del 21 de mayo insiste en el mismo tema.

[109] Folleto de 11 páginas copiado con la roneo, del 19 de mayo de

1968.

[110] Adrien Dansette, Mai 1968, cit., p. 299.

[111] Acta de la AG del CATE del 16 de mayo de 1968. La cuestión del ejército será nuevamente abordada los días 17 y 25 de mayo de 1968.

[112] Octavilla sin fecha.

[113] Octavilla, 17 de mayo de 1968.

[114] Octavilla, «Voy a ser condenado», sin fecha, firmada Le Bris.

[115] Action, 27 de septiembre de 1968

[116] Bensaïd y Weber, Mai 68, une répétition générale, cit., p. 198.

[117] «La palabra ratonnade, que deriva del término de argot peyorativo “ratón”, usado para referirse a los magrebíes, significa “Expedición punitiva o brutalidad ejercida contra los magrebíes”(Larousse), una práctica corriente de la policía en esa época», cita extraída del libro de Nicolas Daum, Des révolutionnaires dans un village parisien, Londreys, París, 1988.

[118] Octavilla anónima, sin fecha.

[119] Archivos de Censier, Manuscrito de esta octavilla, sin fecha.

[120] Maurice Grimaud, p. 246, relata que en la noche del 24 al 25 de mayo, André Friedrich, jefe de las operaciones de mantenimiento del orden, se «derrumbó» por un instante.

[121] Octavilla del «CA para la protección de las minorías étnicas», 8 de junio de 1968.

[122] Le Canard Enchaîné del 22 de mayo de 1968.

[123] Actas de la AG del CATE del 18 de mayo de 1968.

[124] Ibid., 19 de mayo de 1968.

[125] Ibid., 20 de mayo de 1968.

[126] Ibid., la comisión se pondrá a trabajar en el aula 343. Solo la integrarán voluntarios que compartan un mínimo de coherencia ideológica. Esta propuesta despierta un clamor de protestas. Se acusa a sus defensores de maniobra burocrática. Estos la defienden diciendo que solo se trata de una cuestión de eficacia. Nuevo clamor de protesta. Finalmente se decide que se reúnan varias comisiones y que, en consecuencia, se preparen varios informes para el día siguiente. Pero, finalmente, ese día solo se presentará un informe.

[127] Intervención reconstruida a partir de las actas de la AG del CATE del 21 de mayo de 1968, de las notas preparatorias del orador (notas conservadas en los archivos de Censier) y de los recuerdos personales de este último así como de algunas personas que formaron parte de la audiencia.

[128] Es posible que en la elaboración de este texto participara una cuarta persona. Conforme a mis recuerdos se trataría de Mustapha Khayati, entonces miembro de la Internacional Situacionista y autor del célebre opúsculo titulado De la misère en milieu étudiant, Estrasburgo, 1966 [Sobre la miseria de la vida estudiantil, véase traducción de Carme López (Barcelona, Icaria, 1977).

[129] De acuerdo a ciertas informaciones, las primeras reuniones del movimiento feminista francés habrían tenido lugar en Censier en Mayo de 1968. En cualquier caso, si bien es cierto que en esa época no se manifestó una acción femenina autónoma, también lo es que para muchas mujeres Mayo fue un acontecimiento revelador: «Fue una revolución muy masculina», explica Marie Thérèse B, «pero de repente me dije: ¿acaso esta sociedad no está padeciendo porque la política es algo únicamente pensado por los hombres?», en Jacques Durandeaux, Les journées de Mai 1968, p. 153.

[130] En Marsella, el 26 de mayo de 1968, La Marseillaise, periódico local del PC, escribe: «Nos han informado de la llegada de unos cincuenta coches que han bajado de París para traer a nuestra región unos comandos que han estado operando estos últimos días en París y Lyon principalmente».

[131] En los hospitales se hace lo mismo. Un CA propone: «Para empezar, ser muy prudentes y serios, de forma que los enfermos

sean los beneficiarios y no las víctimas de nuestro hacer. La huelga no da derecho a abandonar a los enfermos. Debe ser una “toma de poder”. [...] Ocupación de un hospital (de acuerdo con el cuerpo médico, con los alumnos y con el personal). Pasar a la autogestión. Decretar: 1º La independencia frente a la jerarquía: organización interna entre personas iguales y responsables. 2º El derecho a la salud sin racismo ni discriminación social». Archivos del CATE, sin fecha. Censier es así mismo sede, en el aula 527, de otro Comité de Acción Salud.

[132] El CATE tiene un contacto en la estación de Lyon, a donde llegan estos convoyes. El informe señala: «Contra la CGT, sobre todo gente joven. [...] La mayoría sigue a la CGT. Son muy favorables a la idea de crear alguna “especie” de CA destinado a definir algunos de sus objetivos y a extraer líneas políticas. Vendrán dentro de dos días a Censier. (25 de mayo, a las 13:00)».

En el depósito de Ivry, con el que se tienen contactos desde el 22 de mayo, «la CGT ha sido superada. Los obreros tienen muchísimas ganas de reunirse con los camaradas estudiantes. Discusión muy fructífera. Se crea un CA. Están dispuestos a actuar en el sentido del movimiento. Parece que, en general, la huelga ha arrancado de forma espontánea». Pero otro informe elaborado por el CA del distrito XIV es mucho menos positivo. En el transcurso de una discusión mantenida con un ferroviario, «este nos reprochó la presencia del alemán Cohn-Bendit».

[133] Carta firmada como Patrice. Roger Marcel se dedicará además a aprovisionar Censier de papel y diversos materiales de impresión. Echando mano de todos los recursos de su edad, de su autoridad natural y de su Legión de Honor, conseguirá muchas proezas como, por ejemplo, la de hacer pagar a la FNAC el material de sonorización que necesitaba Censier. Al final del acontecimiento perderá su empleo por su participación en el movimiento.

[134] Actas de la primera reunión del CA Estudiantes-Trabajadores Agrícolas, de donde nacerá, el 27 de mayo, el CLEOP.

[135] Octavilla del Comité de Coordinación del CLEOP, sin fecha – posterior al 25 de mayo.

[136] Ibid., «Octavilla a distribuir por todos los CA antes de la medianoche del lunes», sin duda el 27 de mayo de 1968.

[137] 15.000 cegetistas, 9.500 cedetistas, 5.000 FO.

[138] Adrien Dansette, Mai 1968, cit., p. 268.

[139] Por ejemplo, el 24 de mayo de 1968, la empresa Barthélémy-Sapiem, Archivos de Censier.

[140] El 19 de mayo, Charly, un militante de Censier, prepara una octavilla dirigida a los trabajadores de hostelería, llamando a la huelga general. El 22 asiste a la reunión en la que se decide la huelga en el Plazza-Athénée y el hotel Meurice. Después se organiza un CA, que se reúne cada día en Censier, aula 306. A las reivindicaciones profesionales clásicas, el CA añade la de la gratuidad de las escuelas de hostelería y concluye su llamamiento con un: «Unámonos al movimiento general que está abocando al fracaso cualquier posibilidad de represión».

Los empleados de los restaurantes universitarios se organizan de forma paralela. Los contactos con Censier tienen el objetivo de «convencer a la gente de que el movimiento existe y su finalidad es obtener nuestra libertad en todos los frentes». (Archivos del CATE, 4 de junio de 1968)

[141] Jean Baudrillard, L'échange symbolique et la mort, p. 51.

[142] Daniel Bensaïd y Henri Weber, Mai 68, une répétition générale, cit. p. 176.

[143] Memoria de actividades del CA Sarcelles, Archivos de Censier.

[144] Ibid. CA Villeneuve la Garenne.

[145] Octavilla sin fecha.

[146] Octavilla sin fecha.

[147] Octavilla sin fecha.

[148] Octavilla, 2 de junio.

[149] Octavilla, 21 de mayo

[150] Octavilla CATE del XV, sin fecha.

[151] L'anti-Mythes, 3, (8 de junio de 1968). Otro CATE del XIV, «Banlieue Sud» publica por su parte el boletín Mai 68, del que saldrán varios números.

[152] A. Dansette, Mai 1968, cit., p. 203.

[153] «Proyecto de plataforma», AG de los CA del 19 de mayo, p. 13. Subrayado en el original.

[154] «Actas rápidas de la AG de los CA del 19 de mayo», Archivos de Censier.

[155] La lut e continue, boletín del CA de Choisy le Roi, número del 3 de junio, 1968, p. 3.

[156] Le Monde, 26/27 de mayo de 1968. El comunicado es del 24 de mayo por la mañana.

[157] Où était le Parti? , p. 11.

[158] Alain Schnapp y Pierre Vidal Naquet, La commune étudiante, p. 785.

[159] Ibid., p. 187.

[160] Ibid.

[161] Ibid., p. 287-791.

[162] Ibid., p. 794.

[163] Le Monde, 25 de mayo de 1968.

[164] Alain Geismar, Serge July, Vers la guerre civile, p. 203.

[165] Fruto de una solución intermedia, esta octavilla no había tenido en cuenta algunas de las directrices de acción lanzadas por Censier, en particular, la ocupación de pisos vacíos y la apropiación de los stocks de víveres de los supermercados. De hecho, este último punto

había sido objeto de encendidos debates en el propio Censier, incluso el servicio roneo se había negado al principio a imprimirla por su «carácter provocador».

[166] L. Magri, Considerazione Sul Fat i di Maggio, cit.

[167] En respuesta a Séguy, que se había hecho el gracioso preguntando: «Cohn-Bendit, ¿quién es?»

[168] Daniel Bensaïd y Henri Weber, Mai 68, une répétition générale, p. 163-164.

[169] Philippe Labro y otros, Ce n'est qu'un début, p. 127.

[170] Ibid., p. 137.

[171] El término usado por el autor es «ratonner», véase nota 25 de La gran noche [N. de la T.].

[172] Rioux y Backmann, L'explosion de Mai, p. 369.

[173] L'Humanité, 26 de mayo de 1968, p. 8. Para no pecar de corto, este periódico añade que los «fascistas» participaron en el combate. La federación girondina del PC no se anda con chiquitas. En Burdeos, afirma, «todo el mundo pudo reconocer entre quienes arrancaban los adoquines [...] a la morralla de Burdeos: proxenetas, ladrones y delincuentes habituales, comandos de antiguos "paracas", fascistas de toda calaña, etc.». Le Monde, 28 de mayo de 1968.

[174] C. Paillat, Archives Secrètes, cit., p. 193 y 194.

[175] Le Monde, 28 de mayo de 1968.

[176] Ibid.

[177] AG del CATE de Censier, Archivos de Censier.

[178] «La organización de la libertad», publicado en el núm. 3 de Mouvement, periódico de Censier.

[179] Actas de la AG del CATE, del 25 de mayo de 1968.

[180] Le Monde, 26/27 de mayo de 1968. Las fuerzas del orden habrían tenido 860 heridos desde el comienzo de los acontecimientos.

[181] Archivos de Censier.

[182] Octavilla, sin fecha (16 de mayo). Otra octavilla acusa a un responsable del sindicato de haber «sencillamente telefoneado al delegado de la Sirlo para que volvieran al trabajo».

[183] Archivos de Censier.

[184] Daniel y Gabriel Cohn-Bendit, Le gauchisme, remède à la maladie sénile du communisme, cit., p. 142.

[185] El salario mínimo agrícola aumenta en un 56 por 100.

[186] Es decir, dos millones de personas, 30 por 100 de ellas mujeres trabajadoras.

[187] El IVA [N. de la T.].

[188] J. M. Coudray, C. Lefort, La brèche, cit., p. 122.

[189] Citado por J. Ferniot, Mort d'une révolution, cit., p. 96.

[190] P. Alexandre, L'Élysée en péril, cit., p. 181.

[191] Aparecido en el número del 15 de junio de la revista Est-Ouest.

[192] J. Ferniot, Mort d'une révolution, cit., p. 121.

[193] A. Dansette, Mai 68, cit., p. 426.

[194] Rioux y Backmann, L'explosion de Mai, cit., p. 408.

[195] A. Fontaine, La guerre civile froide, cit., p. 129.

[196] L. Magri, Considerazione Sul Fat i di Maggio, cit.

[197] J. Ferniot, Mort d'une révolution, cit., p. 120.

[198] Le Figaro, 26 de mayo de 1968.

[199] J. Ferniot, Mort d'une révolution, cit., p. 120

[200] A. Dansette, Mai 68, cit., p. 305.

[201] Actas de la AG del CATE del 26 de mayo de 1968.

[202] El PC le había ofrecido un puesto dirigente. Entrevista a Alain Geismar.

[203] R.Aron, Larévolutionintrouvable,p.134.

[204] A. Geismar, S. July, E. Morane, Vers la guerre civile, p. 218.

[205] Ibid., p. 52.

[206] Le Monde, 29 de mayo de 1968.

[207] Entrevista a Daniel Cohn-Bendit.

[208] A. Dansette, Mai 68, cit., p. 313.

[209] Pierre Viansson-Ponté, Le Monde, 29 de mayo de 1968.

[210] Le Monde, 29 de mayo de 1968.

[211] Le Mouvement, organe de Censier Libre, 3.

[212] Título de L'Humanité del 29 de mayo de 1968. Subrayado en el original.

[213] P. Alexandre, L'Élysée en péril, cit., p. 187.

[214] M. Grimaud, En mai fais ce qu'il te plaît, cit., p. 281.

[215] A. Fontaine, La guerre civile froide, cit., p. 131.

[216] A. Dansette, Mai 68, cit., p. 309. Diez páginas después, este autor ofrece varios ejemplos de pánico entre los dirigentes. Un «diputado de París tiene relación con un comisario de policía susceptible de proporcionarle papeles de identificación falsos; ya no sale sin una porra en el bolsillo».

[217] J. R. Tournoux, Le mois de Mai du Général, cit., p. 317.

[218] P. Alexandre, L'Élysée en péril, cit., p. 190.

[219] De hecho, a los que enseñó sobre todo las uñas fue a la CFDT y a los partidarios de Pierre Mendès France. Ya que si los obreros del Sindicato del Libro se negaron ese día a imprimir el periódico gaullista La Nation, tampoco sacaron de muy buena gana los periódicos y octavillas cedetistas. Además, la centralita telefónica de la CFDT se cortó durante un rato. Eugène Descamps envió entonces un equipo de sus militantes para poner orden en la central Trudaine, controlada por la CGT. Por otra parte, el secretario general de la CFDT precisará en L'Express que el 29 de mayo unos cegetistas habían ocupado puntos neurálgicos (citado por J. Ferniot, p. 137). Por último, ese día se realizaron por primera vez cortes de corriente eléctrica a iniciativa de CGT desde las 9:30 a las 11:00 horas y a partir de las 14:00.

[220] D. Bensaïd y H. Weber, Mai 68, une répétition générale, cit., p. 185. Subrayado en el original.

[221] L. Magri, Considerazione Sul Fat i di Maggio, cit.

[222] «Desde el inicio de los acontecimientos, el Hospital Sainte Anne registró tres veces menos ingresos que de ordinario», afirma el 18 de junio el núm. 4 de la revista surrealista L'Archibras.

[223] Michèle Cotta, en el Express, citado por Jean Ferniot, p. 155.

[224] M. Grimaud, En mai fais ce qu'il te plaît, cit., p. 295.

[225] Esprit, junio-julio de 1968. Durante la manifestación se gritaba: «¡Cohn-Bendit a Dachau!».

[226] René Andrieu, Les Communistes et la Révolution, p. 171. Esta cifra está probablemente exagerada dado el interés de los comunistas en hinchar el peligro para justificar su inacción.

[227] Los escritores no fueron los únicos artistas que se unieron al movimiento. Sin contar a los cineastas que interrumpieron el Festival de Cannes y reunieron los Estados Generales del Cine, fueron muchos los profesionales del espectáculo movilizados. En la noche del 19 al 20 de mayo de 1968, 128 artistas de variedades se

reunieron en la plaza de la Contrescarpe. Decidieron «organizar varias galas cuyo espíritu será lo más próximo posible al del movimiento revolucionario; destinar la recaudación de dichas galas a una caja de resistencia para los huelguistas. [...] La asamblea general de los trabajadores del espectáculo del 20 de mayo de 1968 en el Théâtre de la Porte Saint-Martin será informada de esta propuesta e invitada a participar en la iniciativa», Octavilla anónima.

[228] Octavilla del CA de Escritores, fechada del día 27 del movimiento estudiantil.

[229] Ibid., sin fecha (después del 30 de mayo).

[230] Georges Préli, La force du dehors, p. 105, nota, que cita la página 164 del número de junio-julio de 1969 de Let res Nouvelles. La cursiva es de J. B.

[231] Le Mouvement, núm. 3.

[232] Ver página 254.

[233] Tras una semana de huelga, los Comités de Base lograrán que una persona no sindicada sea admitida en el Comité Ejecutivo.

[234] Se trata sobre todo de técnicos, de responsables CFDT que, después de Mayo, se vieron obligados a cambiar de empleo.

[235] Entrevista del GLAT.

[236] A partir del 3 de junio, el ambiente sufre un cambio tremendo. «Los largos debates se sustituyen por partidas de cartas, petanca o voleibol. Los sindicados empiezan a barrer para casa... Los sindicatos comienzan un trabajo de zapa. Es la época en que se abren las negociaciones con el patrón sobre las bases definidas en la octavilla (del 28 de mayo). Los sindicatos han encontrado su razón de ser: el regateo. La primera victoria es, de hecho, el reconocimiento de los derechos sindicales en la empresa. El hecho de ser los únicos en negociar, les permite recuperar (por fin) un papel protagonista. Para empezar, el resultado: en ocho días, los sindicatos obtienen... los acuerdos de Grenelle. La CGT no tarda

mucho en invitar a todo el mundo a volver al trabajo ("las elecciones", "no obtendremos nada más"). Y ante la enérgica resistencia de los ocupantes, el lunes 10 de junio decide sacar a sus militantes de la fábrica. Resultado: ruptura de cierto número de carnets de la CGT. El día 12, la CFDT decide la vuelta al trabajo pese al voto contrario de los ocupantes de la fábrica (580 votos por la continuidad de la huelga, 470 en contra)». Cita extraída de un artículo de Maurice Mafils, «Les Comités de Base à Rhône-Poulenc (Vitry), la recherche d'une action nouvelle après la reprise» [Los Comités de Base en Rhône Poulenc (Vitry). Búsqueda de una nueva acción tras la vuelta al trabajo», en Les Cahiers de Mai, 2, 1º de julio, 1968].

[237] Octavilla del Comité Interempresas, sin fecha (entre el 31 de mayo y el 3 de junio de 1968).

[238] Entrevista del GLAT, cit.

[239] Le Monde, 31 de mayo de 1968. Esta infracción a la costumbre bien establecida de no admitir ningún representante de los medios de comunicación en Censier dista mucho de haberse decidido de forma unánime.

[240] Juego de palabras con la fonética francesa de las siglas RATP y el significado de la palabra retape, que alude a la captación de clientes por parte de las prostitutas [N. de la T.].

[241] El comunista L'Humanité, mezclado con el Conservador Le Figaro, da como resultado esta palabra de significante inexistente, L'Humanigaro, con la que ironiza el autor [N. de la T.].

[242] Folleto del CA RATP, sin fecha.

[243] Rioux y Backmann, L'explosion de Mai, cit., p. 555.

[244] La CFDT se abstuvo finalmente de participar en esta manifestación, a la que la CGT se negó, naturalmente, a sumarse.

[245] Bertolino, Les «Trublions», cit., p. 391.

[246] Ibid., p. 395.

[247] Ibid., p. 389.

[248] Entrevista.

[249] Bensaïd y Weber, Mai 68, une répétition générale, cit., p. 209.

[250] Bertolino, Les «Trublions», cit., p. 396.

[251] Octavilla de la Coordinación de los CA, donde se adjunta el proyecto de plataforma política de estos.

[252] «Asamblea General de los CA del 2 de junio de 1968», roneocopiada, 4 páginas.

[253] Bensaïd y Weber, Mai 68, une répétition générale, cit., p. 210.

[254] «Actas de la AG de los CA del 2 de junio de 1968».

[255] Ibid.

[256] Sede de la Coordinación de los Comités de Acción.

[257] La Grève à Flins, obra colectiva, p. 29.

[258] Sabemos que se saldó con una de las mayores derrotas de la izquierda, en la que, con respecto a las elecciones legislativas de marzo de 1967, tanto el PC como la Federación de la izquierda perdieron el 2,4 por 100 de sus votos.

[259] Octavila,en LagrèveàFlins,cit.,p.32.Enestemomentosoloquedaun mil ón de personas en huelga.

[260] A. Geismar, S. July, E. Morane, Vers la guerre civile, cit., p. 428.

[261] Temps Modernes, julio de 1968, p. 93.

[262] A. Geismar, S. July, E. Morane, Vers la guerre civile, cit., p. 430.

[263] Entrevista a Claude Frèche.

[264] Entrevista a Jean Lancelot

[265] Entrevista a Martine Olivier.

[266] Entrevista a Alain Geismar.

[267] Ibid.

[268] Otro obrero, Henri Blanchet, murió así mismo como consecuencia de un accidente provocado por estos enfrentamientos. Serge Hardy y Joël Royer quedarán amputados.

[269] Entre ellas, la FER, Révolte, el CLER, que son así bastante mal recompensadas después de haber hecho todo lo posible por impedir el movimiento. Se disuelven igualmente las JCR, Voix Ouvrière, el «22 de Marzo», el PCI, el PCM-LF, etc.

[270] Entrevista a Armand Plas.

[271] Octavilla de la Coordinación de Censier, 14 de junio de 1968.

[272] Le Monde, 6 de julio de 1968.

[273] Ibid.

[274] Christian Charrière, Le printemps des enragés, p. 420.

FUENTES

I.–Las personas cuyos nombres o seudónimos (indicados con la utilización de cursivas) aparecen a continuación se han prestado a concederme largas entrevistas grabadas:

Pierre Arènes (1-12-76); Francis Berbel (16-11-76); Élisabeth Brünner (18-1-77); Daniel Cohn-Bendit (18-3-77); Denis Clodic (13-2-77); Jeanne Cossé (24-2-77); Henri Dacier (5-2-77); Martine Fabien (22-11-76); Claude Frèche (8-12-76); Alain Geismar (1-2-77); GLAT (5-3-77); Pierre Guillaume (18-12-76 y 22-1-77); Marc Kravetz (24-2-77); Jean Lancelot (9-12-76); Maurice Mafils (6-12-76); Roger Marcel (24-2-77); Caroline et Jean-Yves Mignochon (17-2-77); Michel Moché (11-1-77); Martine Olivier (18-2-77); Marie-France Paro (5-2-77); Patrick (22-3-77); Armand Plas (8-3- 77); Tudor (10-2-77); Nadia Ringart (30-677); Jean y Claude Rocheteau (19-2-77).

II.–Asimismo me han proporcionado informaciones:

Denis Authier, Jean-Marcel Bouguereau, Francois Cérutti, Georges Goldfayn, Serge July, Pierre Letourneur, Jean-Louis Péninou, Freddy Perlmann, André Sarfaty, Slimane X.

III.–Además de documentos de mi propiedad, he utilizado documentos de archivos pertenecientes a las siguientes personas:

Gérard Delaloye,Jean-Louis Dubois, Patrice Louis, Claudine Rudolf, Marcel Varnet.

IV.–Los archivos del CATE de Censier, durante mucho tiempo conservados en el Centro de documentación de la librería «La vieille taupe», me fueron confiados por Pierre Guillaume, en lo sucesivo a mi cargo.

Estos archivos comprenden:

1. Las actas de las asambleas generales cotidianas del CATE del 15 al 28 de mayo. Con varias versiones a veces de una misma asamblea.

2. Dosieres de desigual importancia relativos a los Comités de Acción siguientes:

Air France y Air Inter

Arts et Métiers [Artes y oficios]

Ascinter-Otis

Bátiment Boussac

Centre de tri d'Orly Citroen

Confection F.N.A.C.

Grands Magasins Hachette

Hótel erie et restaurants universitaires Intérimaires

Nord-Aviation y Sud-Aviation N.M.P.P.

Simca

Rateau

R.A.T.P.

Renault

Rhone Poulenc (Vitry)

Schlumberger

Thomson-Houston, C.S.F.

3. Fichas relativas a los contactos con las siguientes empresas:

Alsthom

Astral

C.E.A. Saclay

Commissionnaires des Halles

Coop (Bd Richard Lenoir)

Coty-Blanchet

Dassault

Dufour

Égoutiers-Éboueurs

Entreprises de Troyes

Frimatic Hispano-Suiza

Illustration

Imprimeries (Nationale et autres)

I.N.S.E.E.

Laboratoire central d’armement Personnel hospitalier

Presse (Europe N° 1, O.R.T.F., O.C.O.R.A., France-Soir)¿¿ Santé

S.C.A.F.

Sellier-Leblanc

S.E.M.A.

Service des eaux

S.N.E.C.M.A. (Corbeillet Gennevilliers)

S.N.C.F. (Conductores de trenes de la estación de Lyon, cantina de la estación el Este, depósito de Ivry).

4. Dosieres relativos a los Comités:

Comités de Extranjeros (griego, marroquí, portugués)

Comités de Acción de Barrio y de Banlieue;

Comités de Acción de las Casas de Cultura de la región parisina.

V.–Octavillas y documentos impresos o multicopiados con roneo y procedentes de varias fuentes me han permitido constituir dosieres sobre los siguientes Comités:

Comité Bidonville, Comité Bonaparte, Comité Escritores-Estudiantes-Obreros, CLEO, CLEOP, Comité Interempresas, Comités regionalistas, Comité Revolución Permanente.

VI.–Sobre los siguientes temas también se ha juntado un material de características similares.

Acontecimientos (incluidas las transcripciones de los boletines de radio de la noche del 10 al 11 de mayo –Europa 1– y todos los boletines del 19 al 28 de mayo –Europa 1, France-Inter y Radio-Télé-Luxembourg).

Censier (organización interna y línea política).

Coordinación de los Comités de Acción (Sorbona, Contrescarpe, Serpente). Sorbona; Estudiantes; alumnos de los Col èges, estudiantes de institutos, enseñanza vigilada, C.E.T.; Profesores, C.N.R.S.; Iglesia; Partidos: Comité Vietnam, J.C.R., F.E.R., Occidente, P.C., M.A.U., maoístas varios; Sindicatos: C.F.D.T., C.G.T., F.E.N., F.O., S.N.E. Sup, U.N.E.F.; Varios.

VII.–He utilizado, por último, las compilaciones de octavillas siguientes:

Partisans, Ouvriers, Étudiants, un seul combat! , número especial, 42, mayo-junio, 1968.

Marc Kravetz, con la colaboración de Raymond Bellour y Annette Karsenty, L'insurrection étudiante, 2/13 mai 1968, ensemble critique et documentaire, París, 1968.

Michelle Perrot, Madeleine Rebérioux, Jean Maitron, La Sorbonne par elle-même, mai-juin 1968, n° 64 de Mouvement Social, julio-septiembre 1968.

Jean Pierre Simon, La révolution par elle-même, tracts révolutionnaires, de la crise de Mai à l'af aire tchécoslovaque, París, 1968.

Alain Schnapp y Pierre Vidal-Naquet, Journal de la commune étudiante, textes et documents, novembre 1967-juin 1968, París, 1969.

Me ha sido igualmente útil consultar: Des tracts en mai 68, mesures de vocabulaires et de contenu, de Michel Demonet, Annie Geoffroy, Jean Gouazé, Pierre Lafon, Maurice Mouillaud, Maurice Tournier, París, 1975.

VIII.–Entre el considerable volumen bibliográfico de obras y artículos relativos a 1968, he consultado y utilizado los títulos siguientes:

Alexandre Philippe, L'Élysée en péril; 2/30 mai 1968, París, 1969.

Andrieu René, Les communistes et la révolution, París, 1968.

Aron Raymond, La révolution introuvable, París, 1968.

Barjonet André, La C.G.T., París, 1972.

Barrot Jean, Le mouvement communiste, París, 1972.

Bauchard Philippe et Bruzek Maurice, Le syndicalisme à l'épreuve, París, 1968.

Baudrillard Jean, L'échange symbolique et la mort, París, 1976.

Bensaïd Daniel y Weber Henri, Mai 1968: une répétition générale, París, 1968.

Bertolino Jean, Les «trublions», París, 1968.

Besançon Julien, Les murs ont la parole, París, 1968.

Bookchin Murray, Post Scarcity Anarchism, Berkeley (Cal.), U.S.A., 1971.

Bouyer Christian, Odéon est ouvert, París, 1968.

Brau Jean-Louis, Cours, Camarade, le vieux monde est derriére toi! Histoire du mouvement révolutionnaire en Europe, París, 1968.

Chaffard Georges, Les orages de mai. Histoire exemplaire d'une élection, París, 1968.

Certeau Michel de, La prise de parole, París, 1968.

Clavel Maurice, Combats de Franc-Tireur pour une Libération, París, 1968.

Cohn-Bendit Daniel y Gabriel, Le gauchisme, reméde à la maladie sénile du communisme, París, 1968.

Cohn-Bendit Daniel, Le Brand bazar, París, 1975.

Obras colectivas:

Club Jean-Moulin, Que faire de la révolution de Mai. Six priorités, París, 1968.

Combats étudiants dans le monde, París, 1968.

Fondation Nationale des Sciences Politiques, L'année économique 1968, París, 1968.

La gréve á Flins, documents, témoignages, reunidos por J. Ph. Talbot, París, 1968.

I.N.S.E.E., Annuaire statistique de la France, Résultats de 1968, París, 1969.

Mai 1968, Révolution ou psychodrame? Textos y documentos reunidos por Claude Fohlen, París, 1973.

Movimiento 22 de marzo, Ce n'est qu'un début continuons le combat, París, 1968.

Notre arme c'est la grève, trabajo realizado por un colectivo de militantes del Comité de Acción que participaron en la huelga de Renault-Cléons del 15 de mayo al 17 de junio de 1968, París, 1968.

Poèmes de la révolution, Mayo 68, préface de B. Durocher, París, 1969.

Positions et actions de la C.F.D.T. au cours des événements de mai 68, por el B.R.A.E.C. dirigido por Albert Détraz, número especial de Syndicalisme, París, 1969.

Quel e université? Quel e société? Textos reunidos por el Centre de regroupement des informations universitaires, París, 1968.

La Révolte des étudiants al emands, textos de Uwe Bermann, Rudi Dutschke, Wolfgang Lefévre, Bernd Rabehl, París, 1968.

U.N.E.F./S.N.E. Sup: Le livre noir des journées de mai, París, 1968.

Coutin André, Huit siécles de violence au Quartier latin, París, 1969.

Dansette Adrien, Mai 1968, París, 1971.

Durandeaux Jacques, Les journées de mai 68, Rencontres et dialogues présentés par –, París, 1968.

Épistémon (Didier Anzieu), Ces idées qui ont ébranlé la France, Nanterre novembre 1967-juin 1968, París, 1968.

Ferniot Jean, Mort d'une révolution, La gauche en Mai, París, 1968.

Fontaine André, La guerre civile froide, París, 1969.

Fonvieille-Alquier Francois, Les illusionnaires, París, 1968.

Fouchet Christian, Au service da général de Gaulle, París, 1971.

Frémontier Jacques, La forteresse ouvriére: Renault, París, 1972.

Gallo Max, Gauchisme, réformisme et révolution, París, 1968.

Gascon R., La nuit du pouvoir ou le 24 mai manqué, París, 1968.

Geismar Alain, July Serge, Erlyn Morane, Vers la guerre civile, París, 1969.

Glucksmann André, Stratégie et révolution en mai 1968, París,

1968.

Goustine Luc de, 10 mai 1968, París, 1968.

Grimaud Maurice, En mai, fais ce qu'il te plais, París, 1977.

Hess Rémi, Les maoïstes français comme analyseurs des institutions politiques, dactilografiado, París, sin fecha (Tesis).

Internationale Situationniste, La véritable scis ion dans l'Internationale, Circulaire publique de –, París, 1972.

Jurquet Jacques, Le printemps révolutionnaire de 1968. Essai d'analyse marxiste léniniste, París, 1968.

Kancer Serge, Les enfants de la colére, París, 1968.

Kerbouc'h Jean-Claude, Le piéton de mai, París, 1968.

Kessel Patrick, Le mouvement maoïste en France, París, 1972.

Labi Maurice, La société en révolution, París, 1968.

Labro Philippe, Les barricades de mai, présentation de – , París, 1968.

Labro Philippe y otros, Ce n'est qu'un début, París, 1968.

Lecceur Auguste, Le P.C.F. continuité dans le changement, París, 1977.

Lefebvre Henri, L'irruption de Nanterre au sommet, París, 1968.

Magri Lucio, Considerazione sul Fat i di Maggio, Bari, 1968.

Malaquais Jean y Éluard Paul, Le nominé Louis Aragon, París, 1947.

Manceaux Michéle, Les Maos en France, París, 1972.

Marcellin Raymond, L'ordre public et les groupes révolutionnaires, París, 1969.

Merle Robert, Derrière la vitre, París, 1974.

Minces Juliette, Un ouvrier parle, París, 1969.

Mongoly Robert, En face, les C.R.S. , París, 1969.

Morin Edgar, Lefort Claude, Coudray Jean-Marc, Mai 1968, La brèche, París, 1968.

Paillat Claude, Archives secrètes – 1968/69: les coulisses d'une année terrible, París, 1969.

Paillet Marc, Table rase, 3 mai-30 juin 1968, París, 1968.

Paraf Pierre, Les grandes contestations de l'histoire, París, 1973.

Penent Jacques-Arnaud, Un printemps rouge et noir, París, 1968.

Peuchrnaurd Pierre, Plus vivants que jamais, París, 1968.

Philip André, Mai 68 et la foi démocratique, París, 1968.

Poilblan Pierre, Le cas du C.D.R. du Calvados, Caen, 1970.

Ravignant Patrick, La Prise de l'Odéon, París, 1968.

Rawicz Piotr, Bloc-notes d'un contre-révolutionnaire ou la gueule de bois, París, 1969.

Rioux Lucien y Backmann René, L'explosion de mai-11 mai 1968. Histoire complète des évènements, París, 1968.

Rochet Waldeck, Les enseignements de mai-juin 1968, París, 1968.

Salini Laurent, Mai des prolétaires, París, 1968.

Salmon Jean-Jacques, Mouvement étudiant et mouvement ouvrier en mai 1968. Raptares et nouvelles tendances. Tesis, fotocopia, dirigida por Sartre Jean-Paul, Situations VIII, París, 1971.

Sauvageot Jacques, Geismar Alain, Cohn-Bendit Daniel, Duteuil Jean Pierre, La révolte des étudiants. Les animateurs parlent, París, 1968.

Sauvy Alfred, La révolte des jeunes, París, 1970.

Seale Patrick, Mc Conville Maureen, Drapeaux rouges sur la France. Les causes, les thèmes, l'avenir d'une révolution, París, 1968.

Servan-Schreiber Jean-Jacques, Le réveil de la France, París, 1968.

Singer Daniel, Prelude to révolution, Londres, 1970.

Soldatus, Le manège. Chronique d'un agacement, París, 1972.

Stéphane André, L'univers contestationnaire, étuude psychanalytique, París, 1969.

Thirion André, Révolutionnaires sans révolution, París, 1972.

Touraine Alain, Le mouvement de Mai ou le communisme utopique, París, 1968.

Tournoux Jean-Raymond, Le mois de mai du Général, Livre blanc des évènements, París, 1969.

Viansson-Ponté Pierre, Histoire de la république gaullienne, T. 2: Le temps des orphelins, août 1962-avril 1969, París, 1976.

Viénet René, Enragés et Situationnistes dans le mouvement des oc upations, París, 1968.

Walker Eugen, France Spring 1968, Masses in motion. Ideas in free flow, Detroit (Mich) USA.

Zegel Sylvain, Les idées de Mai, París, 1968.

Revistas y folletos :

Anónimo: Contribution à la prise de conscience d'une classe qui sera la dernière, París, 1970.

Anti-Mythes (L'), boletín del C.A. del Distrito XIV.

Barrot Jean, Contribution à la critique de l'idéologie ultra-gauche, multicopiado con roneo, París, 1969.

Base (La), boletín del C.A. de los grandes almacenes.

Behouir Bartholomé, De la conciergerie internationale des situationnistes, París, 1971.

Bulletin 4954 bis du Mouvement du 22 mars-Nanterre, Nanterre, 1968.

Cahiers de discussion pour le socialisme des conseils, número especial, noviembre 1968, «Réflexions à propos de la révolution de Mai».

Cahiers de la Gauche Prolétarienne.

C.F.D.T., Livre noir Citroën, París, 1966.

Confrontation, 3, Londres, 1968.

C.R.I.R., Le mouvement étudiant entre en lut e contre l'exploitation du proletariat, París, 1968.

Dinge der Zeit, 34, Londres, 1969.

Esprit, número de junio-julio 1968.

Informations et Correspondance Ouvrière, Rencontre nationale, 84, 1969.

Khayati Mustapha, De la misère en milieu étudiant, Strasbourg, 1966.

Let res Nouvelles, número de junio-juillet 1969.

(Le) Mouvement, periódico de Censier libre, núms. 1, 2, 3 – mayo- junio 1968.

Oú était le Parti?, folleto anónimo, París, 1968.

Quaderni Piacentini, núm. 35, Sergio Bologna y Giairo Daghini, «Maggio 68 in Francia», Piacenza, julio, 1968.

Revolution Internationale, «Comprendre Mai», 2, Toulouse 1969.

Revue Internationale du Socialisme, 26/27, «Les étudiants en lutte», Roma, junio, 1968.

(Les) Temps Modernes, 265, julio, 1968, «Le précédent berlinois», de

Serge Bosc y Jean-Marcel Bouguereau, «Des ouvriers parlent», de Philippe Gavi.

(Les) Temps Modernes, 266-267, «Problémes du mouvement ouvrier», artículos de Illios Yannakakis, Rossanna Rossanda, André Gorz, Jean-Marie Vincent, Ernest Mandel, Lucio Magri.

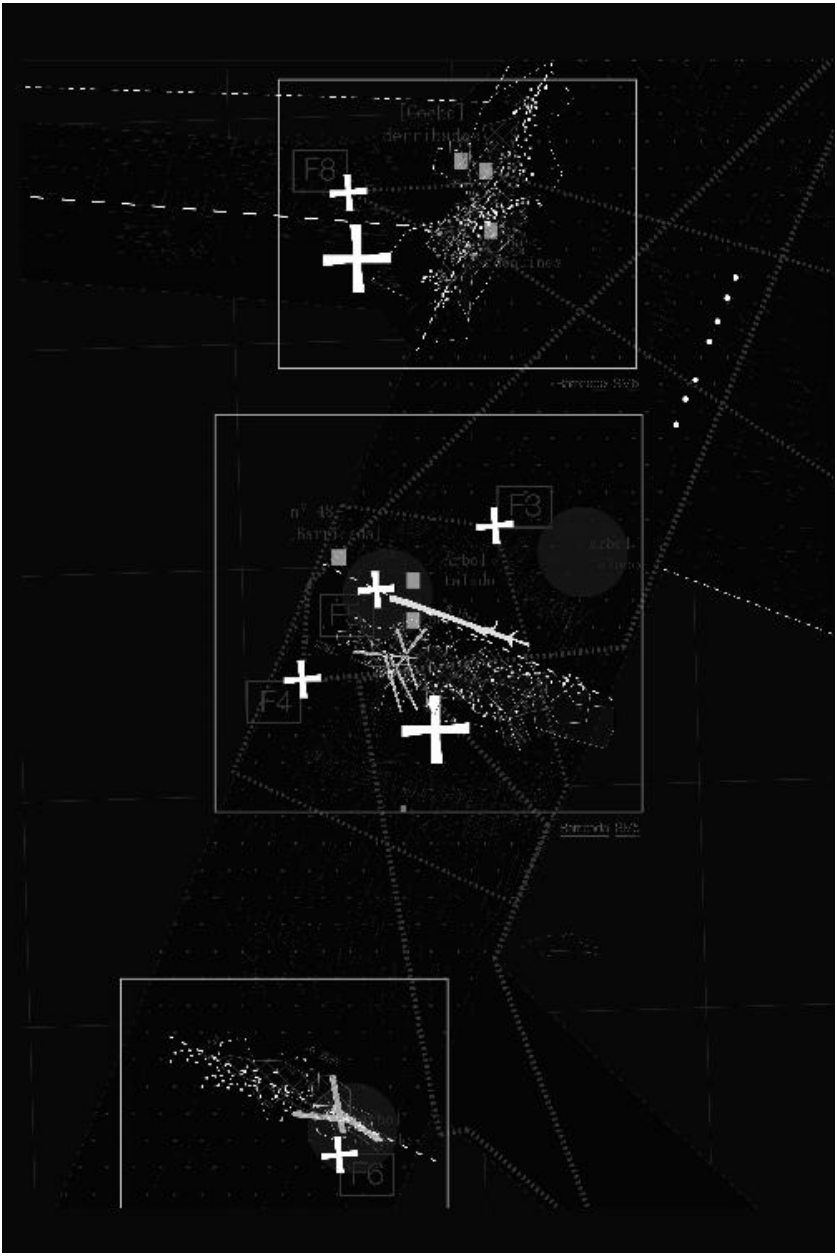
(Les) Temps Modernes, 269, noviembre 1968, «Le P.C.F. du 3 mai au 16 juin 1968» de Marc Goldstein.

(La) Tour de Feu, 102, Le socialisme à l'État sauvage (poèmes).

IX – Por último, hemos consultado los siguientes periódicos, semanarios y revistas:

Action, Le Monde, Le Figaro, L'Humanité, France-Soir, Combat.

Le Canard Enchainé, L'Express, Le Nouvel Observateur, Paris-Match, Les Cahiers de Mai.



MAYO 68: UNA HIPÓTESIS SOBRE

LA ESTRATEGIA, EL TIEMPO

Y LA REVOLUCIÓN

MAYO 68: UNA HIPÓTESIS SOBRE LA ESTRATEGIA, EL TIEMPO Y LA REVOLUCIÓN[1]

Jacques BAYNAC

A diferencia de todas las revoluciones anteriores, el desencadenante de Mayo de 1968 no fue la escasez, sino la abundancia. El acontecimiento no encaja, además, en ningún esquema teórico conocido y, a partir de él, todas las estrategias reformistas y revolucionarias conocidas quedan fuera de lugar. La ridícula impotencia de los políticos de todo pelaje los conduce, en consecuencia, a negarse a sí mismos conformándose con lo social. Este patinazo incontrolado no podrá dar, nunca, ningún fruto. Todo está por repensar. Todo está por reinventar. Todo está por rehacer.

El estupor teórico característico de esta época en esta sociedad no cesará hasta la elucidación del «misterio» de Mayo, que no reside en muchas cosas: en Mayo, la novedad radical de la motivación revolucionaria engendró una estrategia radicalmente nueva. La generación espontánea de esta estrategia pasó casi desapercibida, por una parte, porque solo existía en germen, por otra, porque resultaba demasiado incómoda para la pereza teórica de los intelectuales revolucionarios. De golpe, su principal característica se vulgarizó en unas subideologías de supervivencia que, por supuesto, llevaron directamente al fracaso a todos los que habían presentido que en Mayo no se había peleado por tener sino por ser y que, de esta forma, se había invertido la relación estratégica espacio-tiempo.

LA NOCHE DE LAS BARRICADAS

Disfrazar Mayo con los oropeles del guardarropa histórico se revela una tarea ardua. Siempre sobresale algún vergonzante fervor que el desprecio o la ceguera no saben ocultar. Espléndido de indecencia, el inaprensible fantasma del porvenir se burla de detractores y adoradores. Rebelde temible, si no fuera fruto de prácticas humanas este misterio llevaría la teoría al misticismo. Su discernimiento comienza por arrojar luz sobre la noche de las barricadas.

A primera vista, estas barricadas se presentaban como una reedición de las del siglo XIX. Solo lo eran, sin embargo, en la medida en que, como las del pasado, innovaban el porvenir. En cuanto espontáneamente construidas con un poco de aquí y otro poco de al á, en cuanto dispuestas fuera de todo sentido común militar, si esta idea no hubiera sido inmediatamente destruida, podían haber parecido la materialización de un santuario, la delimitación de un territorio donde se erigía un poder otro.

No eran un simulacro de las barricadas del siglo pasado ya que al amanecer del día 11 de mayo no se recogió ningún muerto. Por más que se trató de hallarlos hasta llegar, incluso, a imaginarlos, no se encontró ninguno. Si se buscaron fue, no obstante, porque no cabía duda de que lo acontecido ante nuestros ojos había sido una verdadera batalla; si no se encontraron fue porque no habíamos comprendido las reglas del juego, la estrategia de la batalla. Del mismo modo que nadie dudaba que el enfrentamiento terminaría con un vencedor y con un vencido, a todo el mundo se le escapaba que la lucha no era a muerte sino, si cabe decirlo así, a vida, y que, por consiguiente, las pérdidas y las ganancias no se podían medir en términos de muerte, sino en términos de vida. Vencedor sería quien saliera vivificado; vencido, quien terminara desvitalizado. El ganador fue, como sabemos, el «Estudiante», cuya vitalidad admiró el país durante toda una noche, y el derrotado, el Poder mortificado.

En sí mismo, semejante resultado hace pensar que el Poder se había

enredado en un falso simulacro. Si hubiera tenido que vérselas con uno de verdad, habría salido victorioso –teniendo en cuenta la relación de fuerzas militar tan ampliamente a su favor–. En otras palabras: el simulacro era un simulacro de simulacro. El falso simulacro era, efectivamente, un simulacro verdadero, porque lo que se había erigido tras las barricadas era realmente un poder. Pero el verdadero simulacro era también, y al mismo tiempo, falso, porque ese poder establecido en el espacio protegido por las barricadas era un poder de naturaleza radicalmente otra que la del Poder establecido. Esta diferencia de naturaleza lo llevaba a desarrollar unas reglas de juego que imponía al Poder establecido.

Para este último, ignorarlo habría sido sustraerse al combate y perder, en primer lugar, su legitimidad y, después, su existencia misma. En suma, el Desorden había atraído el Orden a su terreno. Este último solo podía salir perjudicado ya que, al aceptar la batalla en el terreno elegido por el adversario, estaba obligado, al menos parcialmente, a parecerse a él. El Orden debía hacerse momentáneamente Desorden. Se convertía así, de forma inevitable, en objeto de crítica tanto para los partidarios del uno como para los partidarios del otro.

Pero ¿qué es lo que se había erigido en el espacio del que se habían apropiado los manifestantes? No era tanto otro poder como un poder otro. Lo que había nacido al í no era algo simétricamente opuesto al Poder establecido. Entre ambos había algo más que una diferencia de signo. Había una diferancia[2] .

En un lado de las barricadas había un Poder en el sentido tradicional del término. En el otro lo que había no era un antipoder, sino un no poder. En la explosión del presente, la sociedad instituyente se había mezclado con la sociedad instituida. El resultado era la autodestrucción de la sociedad instituida y la autocreación de una sociedad instituida otra, que no quería institucionalizarse. De esta trascendencia inmanente no podía nacer ningún mimetismo de lo nuevo respecto de lo viejo. Entre ambos había una alteridad radical que excluía, así mismo, la operación inversa, el mimetismo de lo viejo respecto de lo nuevo –que habría supuesto la disolución de lo viejo.

En este área vacía que separará, para siempre, a los adversarios, se

abre una era de diferancia radical, pues su mera existencia da al no poder el poder de disolver el Poder establecido. El ser del no poder es disolver el Poder del tener. El ser del no poder es el ser. En definitiva, la batalla de la noche del 10 de mayo de 1968 enfrentaba el ser al tener en el marco de la estrategia del ser. En esto residía su carga subversiva.

LA ESTRATEGIA

Al menos en lo relativo a su evidencia, la estrategia inmanente desplegada esa noche carece sin duda de precedentes[3]. Captar su naturaleza requiere, en primer lugar, regresar al encadenamiento de los actos.

En vez de aburrirse mientras se desarrollan unas negociaciones vanas, los manifestantes del 10 de mayo edifican barricadas sin haber recibido ni orden ni plan ningunos. Pero las construyen tanto para volver impracticable el camino del Poder establecido hacia ellos, como para bloquearse a sí mismos el camino hacia el Poder. Objetivando de este modo la ruptura radical que separa ambos campos, no hacen, en suma, más que crear materialmente las condiciones que retrasarán el avance del Poder –avance que saben ineluctable–. En otras palabras: al pasar su tiempo caotizando el espacio del Poder cuyo proyecto esencial es planificarlo todo, hacen perder el tiempo al Poder y ganan tiempo para el no poder. La pérdida y la obtención de tiempo son, a la vez, los medios y el fin de la batalla. Quien pierde tiempo acerca el final de su vida, quien gana lo aleja. Quien pierde tiempo se aleja de su objetivo que es su propia perpetuación, quien gana tiempo se acerca, también, de su objetivo, que es su propia negación.

En otras palabras: mientras la batalla clásica apunta a controlar el espacio para instaurar o restaurar un Poder, en la batalla del 10 de mayo de 1968 uno de los adversarios apunta a ocupar el tiempo para volver inválido (invalidar) al otro, al Poder –lo que equivale a realizarse como no poder–. El segundo combatiente solo apunta a invalidar su invalidación, esto es, a autoconfirmarse (hacerse válido) como Poder. El Poder está, por lo tanto, a la defensiva frente a un adversario que está, por su parte, a la ofensiva. Esta es ya una desventaja importante. Pero mucho mayor aún es la desventaja de tener que responder conforme a una estrategia que se despliega, como en la batalla clásica, en la dimensión esencial del espacio, a un adversario que despliega en esta batalla una estrategia anclada en el tiempo. En esto residía la «inaprensibilidad» de la situación

precisamente enunciada por De Gaulle. Como en los universos de ciencia ficción, no podía haber captura del uno por el otro (ni, en consecuencia, decisión firme), sino únicamente promiscuidad de los adversarios.

Desde la perspectiva del Poder el adversario hacía necesariamente trampa ya que se negaba a jugar la partida conforme a las reglas tradicionales del juego, sobre el tablero tradicional. Pero si desde la racionalidad del Poder era una locura jugar conforme a unas reglas distintas de las suyas, también era absolutamente necesario aceptarlas, al menos de forma parcial – de ahí el rechazo a abrir fuego–, siempre y cuando no pareciera que el Poder había dejado de ser el Poder. Sin embargo, lanzarse a las banderas rojas como un toro a la muleta era caer en una trampa de la que el Poder solo podría salir ridiculizado y vencido. Porque si el campo insurrecto podía abandonar sin perder nada el espacio momentáneamente birlado al Poder, si podía retroceder tomándose su tiempo y, de esta suerte, alcanzar la pureza de su ser abandonando sus harapos espaciales, el Poder, por su parte, debía perder el menor tiempo posible para reapropiarse del puñado de acres de adoquinado donde se concentraba y anclaba su legitimidad. Mientras tanto, la imagen de Estado pastel que tanto le había costado fabricarse hace algún tiempo se iba agrietando al ritmo de los golpes asestados y bajo las grietas reaparecía su naturaleza de Estado porra. Al restaurar su vieja legitimidad, el Estado acababa con su nueva imagen. El son de las bombas lacrimógenas y la luz de los incendios ponían fin al espectáculo de luz y sonido del Capital, obligado a reconocer ruidosamente su incapacidad para adecuarse durante más tiempo a su tiempo y la necesidad a la cual se enfrentaba, por lo tanto, de detener el tiempo. El ser del Poder del tener, es la muerte. Por eso la muerte le fascina tanto como le amedrenta. Si no disparó fue porque no quería morir, porque ya no podía seguir siendo por más tiempo lo que era.

Habiendo luchado contra sí mismo al luchar contra su juventud, el Poder del tener se había aislado. El no poder del ser se granjeaba, por el contrario, la simpatía de todo lo que estaba vivo en el país. Cuando se puso en huelga fue tanto para salir a su vez del aburrimiento como para demostrar su solidaridad con su propia vida. Aprovechando el instante de debilidad de un poder con

reputación de fuerte, disfrutó a fondo del momento tomándose su tiempo. Si el Poder no terminó finalmente desbancado fue porque la estrategia de la noche de las barricadas dejó de ser la estrategia dominante, porque fue poco a poco inundada por las estrategias tradicionales de las revoluciones del capital, estrategias de conquista del territorio, de conquista del poder, estrategias de la cantidad asentadas en la escasez y, por ende, en el tener, estrategias cuyo arquetipo es el leninismo.

LO VIEJO Y LO NUEVO

¿¿ Poco después de la noche de las barricadas debutó el movimiento de los trabajadores. Cabe decir que el resultado del movimiento se jugó en la rivalidad de las estrategias de cada uno de sus dos elementos constitutivos.

Precisemos inmediatamente que el uso de los términos «estudiante» y «trabajador» esconde el hecho de que en el campo denominado «trabajador» había estudiantes y viceversa. A decir verdad, lo que hace los campos no es tanto el origen social de sus partidarios como las estrategias seguidas, consciente o inconscientemente. Así, por ejemplo, todos los estudiantes leninistas catalogados como «izquierdistas», ya sean maoístas o trotskistas, alineados bajo la bandera de la vieja estrategia revolucionaria que es, poco más o menos, la de los partidos tradicionales y el Poder, razonan en términos de poder y de tener, de espacio y de cantidad, de mediación y de organización, lo cual los alinea en el campo aquí denominado «trabajador». Hay por el contrario, trabajadores que siguen una estrategia pensada en términos de no poder y de ser, de tiempo y de calidad, de inmediatez y de espontaneidad, lo cual los alinea en el campo aquí denominado «estudiante».

Esta diferencia tan contrastada entre ambas estrategias nace obligatoriamente de la realidad material.

Por una parte, la motivación de los «trabajadores» seguía siendo en gran medida la motivación tradicional de las revoluciones: la escasez. Con la esperanza de ser (mejor), primero querían tener. Más sensibles a las reivindicaciones cuantitativas, luchaban para modificar las relaciones de distribución, homólogas de las relaciones de producción que se ponían así indirectamente en tela de juicio. Se movían, en definitiva, en el marco de una estrategia global de lucha contra la opresión, una opresión que querían expulsar de su cotidianeidad. Es este sentido el que habría permitido la osmosis con el campo «estudiantil», fuertemente motivado también contra la opresión padecida en la universidad y

más aún contra la que temía padecer en el futuro, si la membrana burocrática que separaba los dos campos no se hubiera vuelto (¿de forma voluntaria?) absolutamente impermeable. Desde el punto de vista táctico, el objetivo principal era reventar esta membrana. Quienes lo consiguieron de forma local pudieron observar cómo se formó la aleación de una minoría de trabajadores con una minoría de estudiantes.

Estos estudiantes minoritarios realizaron dicha aleación pese a proceder, en general, del otro campo, el que se movía de acuerdo a una estrategia global de lucha contra la explotación. Esta era ciertamente una perspectiva futura para ellos, tanto más temida cuanto que a la certeza de ser explotados se sumaba la de concurrir en la explotación de los ejecutantes. Por consiguiente, al luchar por la modificación de las relaciones de producción, ellos ponían las relaciones de distribución igualmente en tela de juicio. Eran, en todo caso, más sensibles a las reivindicaciones cualitativas. En primer lugar, querían ser –quizá con la secreta esperanza de tener más–. Su motivación era, no obstante, una motivación radicalmente nueva, una motivación que la historia nunca había visto en funcionamiento: la abundancia.

Fueron los primeros revolucionarios engendrados por la riqueza de la sociedad pero no serán ciertamente los últimos. Como el capitalismo está destinado a producir por producir, son las clases sociales en su conjunto las que se desplazan hacia la situación de estos precursores. El estudio de su caso no es, por ende, el de un caso particular destinado a seguir siéndolo, sino el de un caso llamado a generalizarse.

Sea como fuere, la realidad de la existencia de dos estrategias concurrentes, e incluso antagónicas en ciertos aspectos, funcionando en el movimiento de conjunto, es fácilmente verificable en varios ámbitos. Nos limitaremos aquí a esbozar sus problemáticas relativas al espacio y al tiempo.

Mientras que, como ya se ha dicho, en la noche del 10 de mayo de 1968, los «estudiantes» birlaron un espacio del que se retiraron ganando tiempo, la acción de los «trabajadores» pasa por apropiarse de los espacios de producción y por encerrarse en ellos con doble vuelta. Mientras que, al congelar el espacio, los «trabajadores»

atesoran un tiempo que solo es el de su encierro voluntario, limitándose, de hecho, a espacializar la temporalidad (que es una de las funciones del sistema capitalista), al poner el tiempo al rojo vivo, los «estudiantes» lapidaron y dilapidaron el espacio de su encierro simulado, temporalizando, de hecho, la espacialidad.

Desde el punto de vista de la estrategia, más interesantes todavía son las posiciones respectivas de los espacios puestas en juego por «estudiantes» y «trabajadores», así como el uso que estos hacen de ellas.

Los estudiantes consumen pero no producen. En este sistema de producción son marginales. En 1966, el sistema comenzó, de hecho, a marginarlos físicamente. Los excluyó de los centros urbanos, los aparcó en campus ubicados en las periferias, en los márgenes, de las ciudades. Al rebelarse, los estudiantes regresan en masa al centro. Y, una vez lo han vaciado suficientemente de su autoridad, en vez de encerrarse en los bastiones de la política tradicional (bastiones que, de hecho, desdeñaron cuando tuvieron la posibilidad de apoderarse de ellos) optan por acampar, como bárbaros o nómadas, en los espacios culturales que, de todos los espacios posibles, son ciertamente los más cargados de temporalidad. Y para curarse en salud, los abren inmediatamente a todos los vientos de la historia, a todos los vientos del tiempo. Desde ese espacio temporal liberado, dedican su tiempo a lanzar innumerables llamamientos a la sociedad para animarla a reorganizarse según sus propias ideas, pero no necesariamente como ellos ni, en todo caso, en torno a ellos. No quieren ser el nuevo centro de la sociedad, lo dicen y actúan en consecuencia. Su acción apunta, por el contrario, a la multiplicación de los poderes, con la certeza de que esta inflación los hará consumirse y paralizará, como poco, el Poder establecido. Un Poder que se guardan cuidadosamente de provocar para no darle ocasión de imponer sus reglas del juego. Cometen, sin embargo, un error capital. En la noche del 24 de mayo, el campo «estudiantil» cede a los fantasmas leninistas de su fracción izquierdista. Al librarse a un verdadero simulacro de toma de poder en el Hôtel de Ville de París, reubican la batalla en el terreno del Poder, que camina, desde entonces, hacia la victoria.

Cabe decir, sin embargo, que, en su conjunto, la estrategia del

movimiento «estudiantil» apuntó a desplazar la sociedad hacia sus márgenes y que, al mantenerse fijo, el antiguo centro se encontró marginalizado.

Por el contrario, la estrategia de los «trabajadores» se resume, en el mejor de los casos, en afirmarse como nuevo centro y enfrentarse al centro real sin tener medios para ello.

A simulacro verdadero, verdadera derrota. Todos los grupos revolucionarios activos en Mayo que pretendieron aferrarse y seguir la estrategia de los «trabajadores» o bien murieron por este motivo, o bien mejor que lo hubieran hecho. Obnubilados por su obrerismo, no fueron capaces de ver que instalándose en los espacios productivos que son, evidentemente, el centro espacial del sistema, los «trabajadores» solo se afirmaron claramente como antipoder, como poder simétrico al Poder establecido, como poder aproximativamente idéntico, como poder, en definitiva, de misma naturaleza, lo cual significaba encerrarse en el único papel que reforzaba el sistema independientemente de lo que pasara.

En efecto, actuando de esta forma los «trabajadores» superaban al Poder en una de las intenciones más firmes de este último: se mostraban aún más refractarios que él al tiempo que pasa e incluso rechazaban toda promiscuidad con la «chusma estudiantil». Y mientras que los «estudiantes» se habían ocupado en primer lugar de interiorizar la exterioridad y de exteriorizar la interioridad abriendo las puertas de las universidades, los trabajadores prefirieron empezar parapetándose en su interioridad falaz, como si solo pudieran ver como amenazante todo lo procedente de la exterioridad, de la historia, del tiempo.

Reflejo dramático pero no carente de objeto. El movimiento «estudiantil» significaba, en realidad, que la era de la dictadura del proletariado se había cerrado (en caso de que hubiera estado alguna vez abierta), porque el sistema había dejado de producir proletarios para ponerse a producir excluidos. Endurecidos frente a una realidad que ponía fecha a su condena y les arrebataba el papel histórico en el que, sin embargo, les había hecho creer durante mucho tiempo, los «trabajadores», desde entonces separados del flujo principal de la historia, se separaban del mundo del presente soldando las puertas de sus fábricas tras las cuales, dedicados a

sacar amorosamente brillo a unas máquinas destinadas a una inutilidad inminente, esperaban impertérritos la llegada de los CRS tártaros que, por supuesto, no llegarían.

Para comunicarse con el mundo solo les quedaba la tenue mediación de la organización político-sindical. Aislados y divididos, los trabajadores se entregaban a ella atados de pies y manos, redoblando así su encierro, masificándose en una unidad abstracta, dejándose tener por haber querido tener demasiado y haber querido ser demasiado poco, mientras que, justo del otro lado de la muralla china, unos «estudiantes» se unían en una totalización jamás terminada, jugaban con los pies y con las manos, luchaban sin mediaciones, cada uno siendo a la vez todo y parte del grupo que combinaba las vidas concretas, transportados, todos y cada uno de ellos, por la nueva fuente del tiempo.

LA ESTRATEGIA ENERGÚMENA

Existen múltiples razones capaces de explicar la clandestinidad en la que se mantuvo la nueva estrategia. Solo señalaremos aquí las que sirven para precisar algunos aspectos suplementarios.

Al desplazar el campo de batalla del espacio al tiempo, el movimiento «estudiantil» había dejado brutalmente fuera de lugar todas las estrategias revolucionarias precedentes. Las organizaciones que invocaban el modelo estratégico 1789, modificado en 1917, no podían admitir su caducidad sin condenarse a su disolución. A este extremo fueron reducidos los maoístas franceses, que tan solo retuvieron el aspecto arcaico, obrerista, de Mayo. Ya fueran grandes o pequeñas, las demás organizaciones tuvieron que empecinarse en negar todo lo que en Mayo las había negado a ellas y para probar la veracidad de sus palabras, tuvieron que recuperar si no Mayo, sí al menos su imagen falaz. El colmo del ridículo se alcanzó cuando el PC se convirtió en el guardián del mausoleo donde había momificado Mayo, tras haberlo vaciado de su novedad radical.

Al no apuntar a la instauración de un nuevo poder, el movimiento «estudiantil» no había tenido que imitar al existente ni que igualarse a él en una carrera hacia lo mismo. Ajeno a una lógica de lucha a muerte entre simétricos, el primer objetivo del movimiento no había sido borrar la diferencia del otro –ni, por lo tanto, de sí mismo–. Había tenido que vivificar, por el contrario, la diferencia del otro exaltando la suya propia. En una palabra: había pasado del área de la diferencia a la era de la diferancia. De golpe, el otro, el adversario, se veía reducido, para sobrevivir, a negar su diferancia exaltando su propia diferencia, su aptitud para el diferendo (polémos). Lo cual equivalía prácticamente a negar la diferancia de lo nuevo, es decir, a afirmar la permanencia de lo viejo, de lo mismo. Reconducir lo nuevo a lo ya visto equivale a borrar la diferancia y equivale, sobre todo, a terminar con ella. El endurecimiento del alma (del centro) de los poderes instalados en los países más desarrollados, endurecimiento observable desde 1968 en paralelo al relativo debilitamiento de su envoltorio, es la

traducción política de la dialéctica de la diferancia. El futuro solo puede afirmar esta evolución, salvo que un hundimiento de la producción reconduzca a las sociedades más desarrolladas al terreno de la escasez y las saque, en consecuencia, de la dialéctica infernal que las socava.

Por otra parte, mientras que todas las estrategias de la escasez son trascendentes, la de la abundancia es inmanente. No es un saber (detentado por especialistas) que hace hacer. Es, directamente, aleación indisociable del saber y del hacer de los no especialistas. Es el saber hacer del amateur, opuesto al hacer saber del profesional. Es una praxis real. En otras palabras: mientras que la estrategia clásica es la estrategia de la clase de los amigos de la estrategia, esto es, en definitiva, de militantes y militares, la nueva estrategia es la estrategia de los enemigos de la estrategia, esto es, en última instancia, de los civiles. Mientras que la primera es el instrumento adecuado a la perpetuación de la sociedad política de clase, la segunda es la estrategia de la sociedad civil.

Más interesante todavía es el hecho de que la nueva estrategia no puede ser recuperada en cuanto tal. En su calidad de praxis, contiene una parte de saber susceptible de autonomización, de ideologización. Pero si este saber es extirpado de la praxis, si este saber es trascendido mediante su exteriorización, o bien pierde su carga subversiva, o bien, si la conserva y es, por extraordinario, íntegramente recuperado por los enemigos de la estrategia de los enemigos de la estrategia, [este saber] transforma inmediatamente a estos últimos en amigos de la estrategia de los enemigos de la estrategia. Convertidos para sí mismos en sus propios enemigos, estos llevarían a cabo el objetivo perseguido por la nueva estrategia. En vez de tratar de detener el tiempo, se dejarían llevar por él. En otras palabras: el Poder no podrá imponerse jamás en el terreno del tiempo. Para él, entrar en ese terreno significa deshacerse, licuarse. Consciente de ello, todo su juego consiste en traer a su adversario de vuelta a su propio terreno: el espacio.

En la lucha permanente por imponer el terreno del enfrentamiento, la vieja estrategia tiene una severa desventaja dada su incapacidad para concebir el tiempo de un modo distinto al del recorte en porciones nítidas: pasado, presente, futuro –que equivale, como

señala Castoriadis, a «representar el tiempo con el no tiempo puro, es decir, la línea», como hicieran Aristóteles, Kant y Hegel (L'institution imaginaire de la société, París, 1975, p. 262 [La institución imaginaria de la sociedad, Barcelona, Tusquets, 1983])–. Al espacializar así la temporalidad, esta se ve necesariamente abocada a impedirse concebir hasta la propia idea de irrupción de la alteridad radical. Para ella, lo nuevo es siempre antiguo disfrazado. De esta forma, cuando la alteridad radical surge, no solo no la reconoce, sino que la trata como un loco y monstruoso resurgimiento del pasado. Así, pues, en la noche de las barricadas los más idiotas vieron la reedición de lo político histórico y los más avispados la reedición de lo social histórico, cuando no se trataba ni de lo social, porque no había institucionalización, ni, todavía menos, de lo político, porque no había proyecto de poder. Desde ese momento, abalanzarse sobre la alteridad radicallemergente era abrazar el vacío. Desequilibrada, la vieja estrategia quedaba entonces a la merced de la alteridad radical que, aunque infinitamente menos fuerte, podía abatirla mediante un gesto comparable al del yudoca que usa la fuerza desplegada por su adversario. Al igual que el yudoca, la nueva estrategia juega con las relaciones de debilidad y no con las de fuerza. Y, de esta suerte, temporaliza la espacialidad.

Sin embargo, desde 1968 la nueva estrategia que, cabe decirlo ahora, no puede ser convenientemente designada con el término de estrategia habida cuenta de que no se despliega en un espacio, sino en el tiempo, y de que no apunta a construir un poder, sino un no poder, no ha registrado ninguna victoria significativa. Cabe pensar, como poco, que esta estrategia energúmena no ha tenido la oportunidad de hacer su llave de yudo al mundo. Pero la causa principal de este estado de cosas reside más bien en el hecho de que, en vez de temporalizar la espacialidad, quienes han intentado actuar, de forma más o menos consciente, en el marco de la nueva estrategia, se han ceñido a desespacializar la temporalidad. Y así es como han cosechado algunos pequeños éxitos.

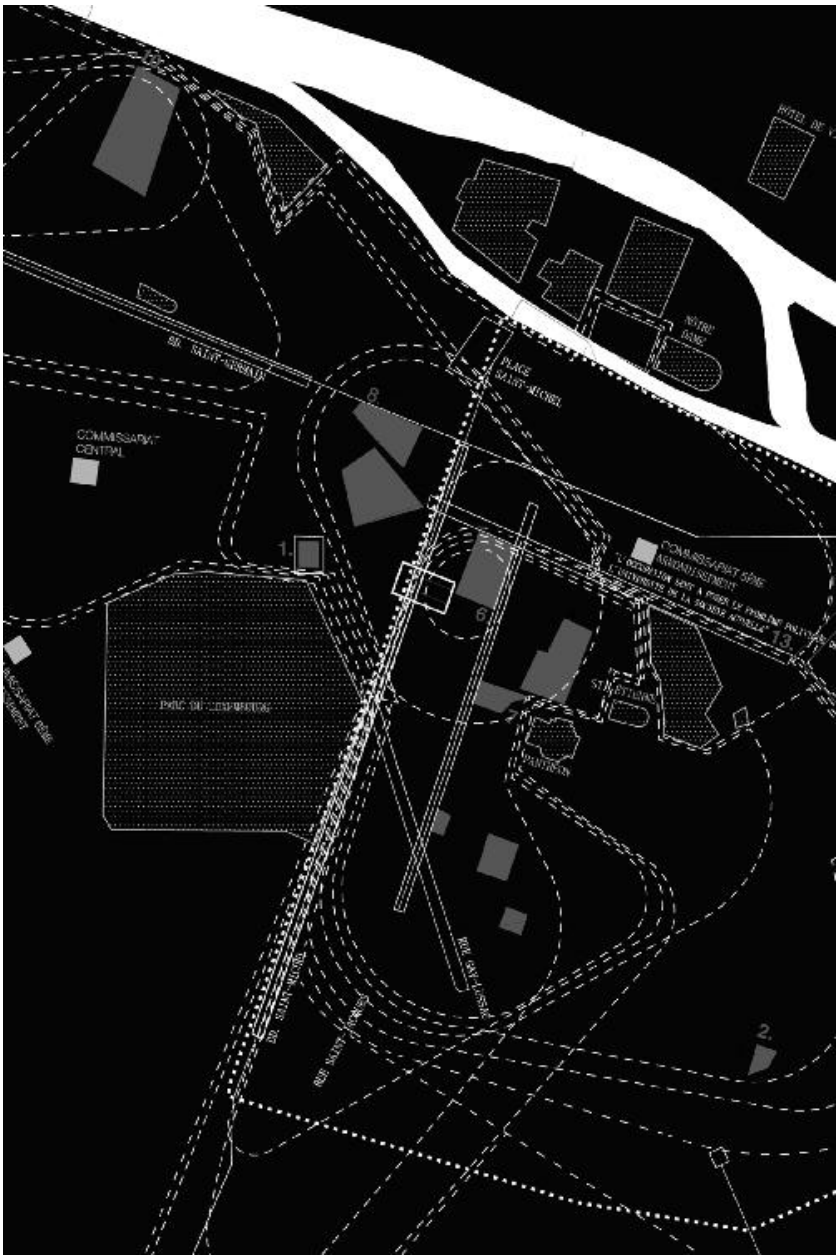
Pero este desplazamiento o esta incapacidad para llegar hasta la temporalización de la espacialidad solo ofrece materia para la resistencia y no para una posición ofensiva. El error teórico típico se resume en este lema: «Espacios infinitos se abren a la autonomía».

Para estar en lo concreto de la subversión moderna basta con sustituir «espacios» por «tiempos».

Más interesante es la pretensión feminista de fundar una nueva política sobre una noción de la temporalidad que sería propia de las mujeres. Este punto quedaría por demostrar, pero no parece descartable conseguirlo. Dicha búsqueda podría partir de ciertas afirmaciones de orden psicoanalítico conforme a las cuales el tener sería del orden de lo masculino y el ser del orden de lo femenino. De ser así, resultaría más fácil comprender por qué el nuevo feminismo irrumpió después de 1968. Pero se podría ir sin duda más lejos. En efecto, si como se ha sugerido a lo largo de este texto, el espacio y el tener están en la misma relación que el tiempo y el ser, cabría establecer dos series. Por un lado, la del ser, el tiempo y lo femenino, por el otro, la del tener, el espacio y lo masculino. Pero como sabemos que cada individuo pertenece a su propio sexo así como al sexo contrario, el movimiento subversivo de las mujeres y el de los hombres podrían llegar a reconciliarse en el marco de una estrategia del tiempo asentada en el ser.

En cualquier caso, aunque sea estupendo saberse sin ascendencia y quererse sin descendencia, ser sin referentes y no querer convertirse en referente, aunque sea bueno instalarse en el presente infinito de una eterna juventud donde el ser puede realizar todos sus siendos, aunque sea, por último, admirable haber llegado, prácticamente, a pasar de lo político a lo poético, cuanto mejor no sería llegar a desfasar realmente el Poder y el tiempo. A este fin, todos los medios del orden del tiempo son buenos porque, en caso de ser tales, también lo son del desorden del Poder.

27 de agosto de 1978


COMMISSARIAT
CENTRAL
PLACE
SAINT-MICHEL
8.
1.
6.
13.
2.

Notas al pie

[1] Este artículo se publicó en el número 4 de la revista Libre (politique-anthropologie-philosophie), París, 1978.

[2] Como sabemos Jacques Derrida (Marges de la philosophie, París, Minuit, 1972, p. 8 [Márgenes de la filosofía, trad. C. González Marín, Madrid, Cátedra, 1989]) propuso la grafía diferancia [différance] (con «a») para la palabra diferencia [différence] (con «e»), a fin de «remitir al diferir como temporización y a la diferencia como polémos». Si retomamos aquí esta grafía no es solo en el sentido derridiano. En efecto, aunque Derrida vio claramente la implicación estratégica de la distinción propuesta, aunque llegó incluso a plantearse una estrategia no teleológica («sin finalidad»), no hay duda de que también subestimó la diferancia como alteridad radical. De suerte que en el caso de la noche de las barricadas, en la que hay diferancia en la diferencia (polémos), su propuesta pierde parte de su eficacia. Aquí la diferancia es tal por ser, al mismo tiempo, temporización, polémos y alteridad radical de los adversarios. Aquí el Poder temporizaba para atemperar el «deseo» de la revolución, mientras esta temporizaba para atemperar la «voluntad» del Poder. Pero la primera temporización apuntaba a realizar el devenir espacio del tiempo y la segunda, a realizar el devenir tiempo del espacio. Estas operaciones no son simétricas y esto es lo que funda la radicalidad de la alteridad.

[3] La alteridad siempre es del orden de lo mismo. Decir que la estrategia de la noche de las barricadas carecía de precedentes equivale a decir su diferencia respecto de todas las demás –de ahí la necesidad de calificar de radicallesta alteridad–. No obstante, si bien es efectivamente posible pensar la alteridad radical, no es menos cierto que, en el caso que nos ocupa, la radicalidad de la alteridad no era completa. Para convencerse de ello solo hay que remitirse a los relatos de ciertas revoluciones, a la rusa de 1905, en particular. Cabe decir, sin embargo, que había alteridad radical respecto de los modelos estratégicos dominantes en las revoluciones

anteriores, así como alteridad radical respecto del modelo estratégico dominado en estas revoluciones, ya que, aquí, este modelo estratégico fue dominante.

SOBRE LAS «ILUSTRACIONES»

Herramientas para atrapar el cosmos

Ahora mismo no podría asegurar si este título me lo inventé yo o está enteramente extraído del texto de Gaston Bachelard en el que habla de los útiles o aparatos que el ser humano inventa para poder comprender las leyes de su propio entorno. Seguramente sea íntegramente suyo. Si me lo apropié es porque esta idea de crear herramientas propias para el entendimiento me interesa. Traslada a los dibujos la condición de aparatos vivos, aparatos que sirven para atrapar lo intangible, para entender mejor algunas cosas que ocurren y cuya visualización no es directa.

Por esa misma razón, las cartografías que aparecen en este libro no han de considerarse ilustraciones. Es más, si hubiese que definirlas hablaríamos más bien de herramientas, gráficas, sí, y resultantes de un proceso investigador, sintetizadoras de complejidad. Los dibujos destilan la investigación compendiando lectura, datos, fotos, entrevistas, pero no solo visualizan, sino que abren nuevas preguntas sobre lo que ocurrió en las calles del Barrio Latino aquel Mayo.

Al plasmar los distintos eventos, fases y escenarios del movimiento en estos documentos gráficos, se nos permite ahondar y simultanear temporalidades para llegar así a «ver» más cosas, difícilmente perceptibles si no es porque los dibujos contienen esa componente espacial que permite localizar situaciones que en los textos no se pueden poner en relación, como por ejemplo los espacios vacíos, las calles donde no ocurría nada, la posición de las barricadas en relación a los árboles o al parque de Luxemburgo cercano, etc. Los dibujos funcionan de ese modo como modelos dinámicos, como probetas de laboratorio. Los modelos sirven de motor de pensamiento, permiten probar otras posibilidades. ¿Qué hubiese ocurrido si...?

Pensando cómo hacer bailar los dibujos con los textos de Jacques Baynac, decidimos que, para enriquecer los múltiples puntos de vista que cada lector podía tener en su propia experiencia de lectura, sería interesante ofrecer distintas visiones o caras del acontecimiento a través de los dibujos; así, elegimos intercalar entre los textos cuatro formas de acercarse al acontecimiento, a cuatro distancias distintas de observación, con cuatro enfoques también distintos, acordes a cada uno de estos cuatro niveles de aproximación.

En la visión condensada y general que ofrece el dibujo 1 se observa el cuerpo disidente del París de Mayo desde una visión alejada, casi como desde un avión, para apreciar qué calles estuvieron ocupadas y cuáles no. ¿Qué se ve si solo se dibujan las calles y edificios ocupados durante todo el movimiento?, ¿qué relación de forma presentaba ese cuerpo ideológico de afectos con respecto al resto de la ciudad?

En el dibujo 2 damos un salto, haciendo un gran zoom como los que hace Google Earth, acercándonos hasta adentrarnos en una de las calles más significativas para la revuelta, el bulevar Saint Michel del Barrio Latino. Así, visualizamos solamente aquellos elementos urbanos que influyeron en la dinámica revolucionaria. Desaparecen las casas, pues la actividad se dio principalmente en las calles y en edificios públicos como la Sorbona. Importan los perímetros de la calle, las líneas que forman las fachadas, el espacio que queda entre las aceras, los árboles derribados, vemos los coches que se utilizaron como trincheras, la conformación de esa agregación de objetos urbanos que son las barricadas, su posición, su radio de influencia, nos importa cómo se movían las personas entre ellas, los cuerpos incandescentes en movimiento, las hileras de personas que agarradas de las mano avanzaban por las calles entendiendo su espacialidad de otra manera, refundando el espacio público, al darle otra lectura, resignificándolo y dotándolo de una espacialidad alternativa.

Pero si nos acercamos más, como quien mira por un microscopio, llegamos hasta una visión aproximada de los dispositivos que conformaron ese entendimiento alternativo del espacio público ortodoxo: las barricadas. ¿Cómo es una barricada? ¿Qué lógica

espacial sigue en su conformación? ¿Por qué se coloca en determinadas esquinas y no en otras? En el dibujo 3 vemos aparecer alcorques, diminutos adoquines, troncos de árbol que se han desplazado de su lugar de origen para fundar nuevos cuerpos compuestos por objetos urbanos resignificados. Vemos qué ocurre alrededor de una trinchera, cómo se mueven los cuerpos por ella, cómo la atraviesan o cómo esperan, a qué distancias. Y además detectamos las huellas hoy presentes en el bulevar, los espacios en blanco que dejaron los árboles que fueron barricadas.

Tras esta visión de detalle, nos alejamos otra vez, bruscamente, hasta volver al conjunto del Barrio Latino, en el dibujo 4. Esta vez aparecen reflejados los dos polos en conflicto: el de los estudiantes, y los espacios que estos ocupaban, y el de la policía o fuerza de oposición y absorción del movimiento. Es curioso observar qué espacios estaban controlados por las fuerzas policiales y de control y cuáles se apropiaron los estudiantes. Los espacios policiales servían de repelente, suponiendo resistencia e inaccesibilidad, mientras que el resto de calles y edificios quedaban habitados por las pintadas, los lemas y acciones de Mayo, conformando una especie de topografía, más intensa en los puntos de mayor libertad y más débil en aquellos espacios donde se situaban las comisarías y los espacios más controlados por las autoridades, que frenaban e incluso anulaban las fuerzas mayistas.

Desde estas cuatro pequeñas visiones de Mayo, creemos que la percepción de la narración de Baynac puede enriquecerse y contrastarse, completando la experiencia que el lector pueda tener de su lectura y alimentando sus preguntas. Las relaciones que este pueda establecer en esta combinación de dibujos y texto permitirá que cada lectura sea distinta y que el cuerpo de relaciones y dialécticas entre dibujos y textos construya relatos más personales e ideas muy diversas de lo que fue Mayo.

A fin y al cabo, no se trata de generar un punto de vista único, sino de contribuir a esta idea del acontecimiento como amalgama, alejándolo de la idea de linealidad cartesiana. Porque cada lectura distinta y personal de Mayo contribuye a seguir abriendo, como dijo una vez Sartre, el camino de lo posible.

Natalia MV.

www.cumulolimbo.com

LEYENDA DE ILUSTRACIONES

Espacios interiores

Espacios exteriores

Barricadas y dispositivos de ocupación

Huella estimada de barricada

Vehiculo volcado

Madero

Árbol derribado

Adoquines arrancados del pavimento

Alcorques desplazados

Árbol talado

Sorbona: espacio esterior ocupado

Sorbona: esp. ocupado intermitentemente

Sorbona: esp. exterio ocupado

Cuerpo policial

F2 Rastreo fopográfico y punto de vista

Elementos espaciales protagonistas

Entorno no-conductor del cuerpo afectivo
entorno de propagación y contagio desfavorables

Entorno con capacidad transmisora de afectos
entorno de propagación y contagio favorable

Capacidad de afección y multiplicidad
entorno de propagación y contagio favorable

Barrio latino

La conversación sobre este libro continúa en:

acuarelalibros.blogspot.com

y en www.facebook.com/acuarela.libros.7

Se pueden consultar completos en la web de Acuarela,

en la dirección http://bit.ly/1kweUwc

los siguientes documentos mencionados en el libro:

1. Octavilla CFDT de la fábrica Rhône Poulenc (Vitry);

2. Actas de la AG de los CAOE del 19 de mayo de 1968. Censier; 3. Octavilla del Comité de Acción de la calle

Bonaparte y de los Inconnus. «Contra la pseudosolidaridad estudiantes-obreros»; 4. Archivos de Censier; Ficha del enlace de Hachette; 5. Archivos de Censier. Ficha del enlace de Europa 1; 6. Archivos de Censier: Informe de actividad de la sociedad Frimatic; 7. Archivos de Censier: Ficha del enlace de la empresa Coty-Blanchet; 8. Octavilla del Comité para la Revolución Permanente, «Dictadura y coordinación»; 9. Octavilla anónima, «Llamamiento a la violencia»; 10. Octavilla atribuida al Comité para la Revolución Permanente, «Trabajo, ocio y lumpemproletariado»; 11. Copia de un alumno del CET, posterior a mayo de 1968.